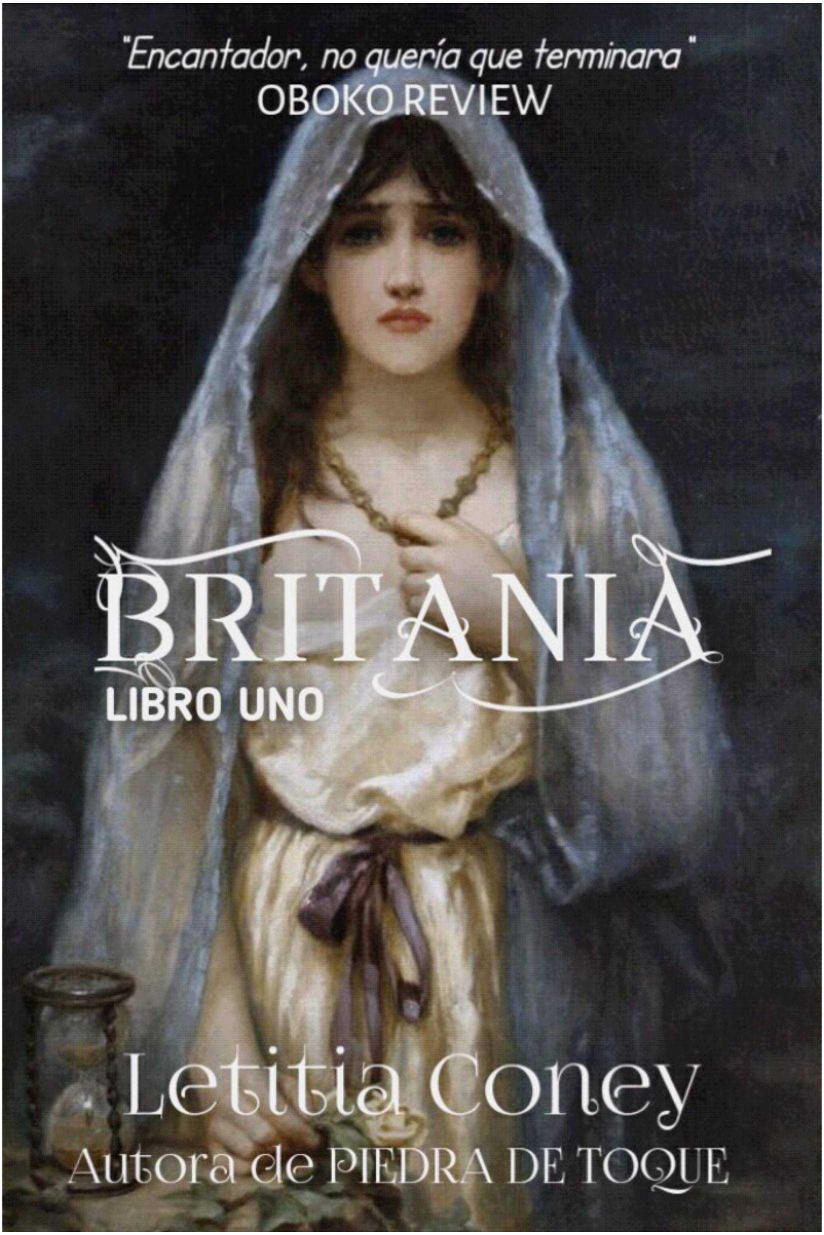

"Encantador, no quería que terminara"
OBOKO REVIEW
BRITANIA
LIBRO UNO
Letitia Coney
Autora de PIEDRA DE TOQUE

# Créditos

**Britania** (versión gratuita en español. Prohibida su venta)


Publicada en Artifacs Libros
Traducción y Edición: Artifacs, enero 2021.
Diseño de Portada: Artifacs, derivada de “As Time Goes By” (1893) por Norman Prescot-Davies.

**__oOo__**

Obra Original: **Britannia**

ISBN: 978 0 99 228550 0
Publicada gratuitamente en Smashwords

# Sobre la Autora

**Letitia Coney** es australiana, madre, jardinera, ebanista, amante de los animales y ha sido publicada por 1889 Labs.

Puedes saber sobre ella en:

- Web (medialetitiacoyne.blogspot.com.au)
- Smashwords (smashwords.com/profile/view/LetitiaCoyne)
- Twitter (@LetitiaCoyne)
- Facebook
- Wattpad (LCoyne999)
- LinkedIn

# Otras Obras

Todas estas obras son gratuitas y puedes encontrarlas en inglés en Smashwords o en castellano en Artifacs Libros.

__oOo__

- Piedra de Toque (Touchstone, 2012)
- Serie Roma 1: Britania (Britannia, 2013)
- Serie Roma 2: Hispania (2013)
- Serie Roma 3: Caledonia (2013)
- Serie Roma 4: Petra (2013)

______

# Britania

**por**

**Letitia Coney**

# Capítulo 1

**Gallia Belgica, 77 d.C.**

Lyvia hizo un breve y crítico estudio de la novia. Con una suave túnica azul claro, el pelo rapado y atado con nudos de muselina roja y el *flammeum* como velo en la cabeza, la chica estaba presentable. Al menos parecía limpia y su linaje era irrelevante para el nicho que la historia establecería para ella. Lo haría bastante bien.

Maia se frotó unas manchas imaginarias de las palmas. Había comido poco durante los últimos días y dormido aun menos. Ahora sus flaqueantes rodillas despertaban oleadas de temblor que le recorrían el cuerpo, le revolvían el estómago vacío e irrumpían en su piel con una punzante erupción de sudor vacío.

No era la emoción y no era el miedo lo que le causaba malestar. Ella no temía una unión con Cilo. Lo amaba mucho, como lo había hecho desde el primer día que se habían conocido y como lo había hecho mientras habían creido juntos. Ella siempre lo había amado, y había llorado por su compañía cuando él se unió al ejército hacía tantos años, cuando la había dejado allí sola. Ella había contado los días y rezado para que los dioses lo trajeran a casa de nuevo. Si él era temido por su reputación como soldado, ella solo había conocido su amor, su protección y su risa dispuesta.

Pero la sensación tampoco era de alegría. Por mucho que ella lo amara, lo amaba como siempre había sabido. Ella lo amaba como a un hermano.

"¿Por qué estás ahí parada, chica?" Las palabras de su madrastra fueron severas.

Se formaron lágrimas lentas a lo largo de las pestañas inferiores de Maia y ella parpadeó para apartarlas. Quiso decir "Ojalá mi madre estuviera conmigo," pero su madre también se había ido y ella estaba sola. Este frío desprecio ahora pasaba por el amor de una madre. "¿Se ha vestido Cilo?" preguntó Maia en su lugar.

"Por supuesto. Él y los muchachos aún están celebrando la nueva cosecha. Si no estás lista pronto, no quedará nada para el banquete."

Eso era poco probable. Lyvia había planeado demasiado bien este día. Incluso su desfavorable coincidencia con el festival de Vinalia Rústica se había programado mucho antes de que se le hubiese dado a la novia la impactante noticia.

Maia se puso las sandalias rosas y trató por enésima vez de enderezar el nudo de la cintura. Necesitaba lavarse las manos de nuevo, pero no había agua cerca. Levantó la diadema de clavel silvestre y amaranto y la colocó con cuidado para que sujetara el velo en su sitio sobre las complejidades de su cabello. "Adelante, entonces," dijo ella. "Estoy preparada."

Lyvia no necesitó un segundo aviso. Salió de la habitación dejando que pequeñas brisas dieran risitas a su perfumado paso.

Maia buscó la bolsita de cuero oculta en el pecho y sacó una monedita de plata. Su madre había puesto esta misma moneda en su propio zapato el día en que se había casado con Bassus. Maia no recordaba claramente la costumbre ni su significado, estaba demasiado lejos de su tierra natal, pero esta era una muestra, un pequeño gesto que acercaba la memoria de su madre en este día tan especial.

Levantó el dobladillo de la larga y estrecha túnica, deslizó la monedita dentro de una sandalia bajo el talón y se preparó para cruzar andando la puerta hacia su boda, sola.

Cilo podría haberse vestido formalmente en algún momento de la mañana, pero las celebraciones del día lo habían dejado más que moderadamente desaliñado. Su cabello era una masa salvaje de rizos negros que se anudaban sobre sus orejas y caían sobre el cuero de su coraza ornamental. Llevaba uniforme, aunque técnicamente ya no era un soldado, y su aspecto te dejaba sin respiración.

Él se levantó cuando vio a su novia entrar en el salón. Sus labios carnosos, por los que hacía mucho tiempo que lo habían llamado Cilo, se abrieron cuando sonrió con tranquilizadora firmeza y unos

dientes tan blancos como la tiza brillaron en contraste a su piel morena. Pero la sonrisa no alcanzó sus serios ojos verdes ni tocó el ceño fruncido instalado sobre ellos.

Maia quedó paralizada en el umbral. Ninguna parte de ella quería moverse. El miedo la hacía sentirse frágil, de huesos quebradizos y articulaciones poco fiables. Pareció que los pies se habían asentado en la dura arcilla cocida de teja y bajo las temblorosas rodillas y caderas.

Todos los ojos se posaron en ella mientras un silencio expectante llenaba la habitación. De pie sola, podía ver todos los rostros que tenía ante ella: duros hombres marrón tierra en atuendo de batalla. Lyvia y Bassus también entre ellos: él con una amplia sonrisa sobre un orgulloso mentón, ella con la aguda eficiencia de la carne que mostraba su mezquindad de espíritu con tanta claridad como el volumen mostraba la generosidad de su esposo.

El torrente de sangre en los oídos de Maia era ensordecedor. Su pecho estaba tenso, como si las costillas fueran bandas de hierro, frías y constreñidas. Le ardían las mejillas. Se le escapó un gemido y se obligó a bajar las pegajosas palmas por los muslos para alisar la suave franela de su túnica.

Tiberia estaba al otro lado de la habitación en una mesa baja, su amplia sonrisa era suplicante, deseando que Maia se adelantara y ocupara su lugar para la ceremonia. Una sirvienta como pronuba; otro de los desaires de Lyvia, pero nadie a quien Maia podía tomarse demasiado en serio. La vieja criada era amable y tan maternamente cálida como cualquiera que hubiera conocido Maia.

Y Cilo dio un paso adelante con la mano extendida como si su toque compensara las insuficiencias de Maia. Inclinándose ligeramente hacia la izquierda, se apoyó en el borde de una mesa y caminó hacia donde ella estaba.

"Estás hermosa." Le besó el dorso de los dedos donde yacía el aro de hierro de su compromiso, oscuro ante su piel pálida, luego levantó los ojos hacia ella, suplicantes. En el instante en que estos se encontraron, Maia vislumbró desesperación, pero él inclinó la cabeza y los rizos negros apartaron el momento de crisis mientras él

la conducía hacia el estrado.

Dada la oportunidad de Maia al fin, Tiberia les juntó las manos. La alegría temblaba por todo el cómodo exceso de su envejecida complexión y, tan cuidadosamente como su radiante alegría lo permitía, pronunció sus solemnes palabras en voz alta. "¿Acudes voluntariamente a tu esposo?" Alzó las cejas y movió el rostro hacia Maia en un exagerado estímulo para hablar.

Maia estudió al hombre a su lado. En Roma, o en su casa en *Pompeii*, harían mosaicos para capturar esa imagen. Él era glorioso, divino y se mantenía tenso, su decidido perfil no le ofrecía ningún consuelo. Ambos habían asistido voluntarios a esta ceremonia y, sin embargo, la desesperación que se movía detrás de esos ojos era incondundible.

Él era su esperanza de felicidad y el conocimiento de que él había acudido a ella abatido, tal vez incluso resentido, pisoteaba hasta convertir los últimos restos del coraje de Maia en polvo. Ese valor sabía espeso y amargo en la lengua, secando todo sueño de escapada y libertad. Respiraciones lentas dominaban el pecho de Maia. Ella no podría haberse obligado a correr aunque hubiera habido santuario que encontrar.

Él era su única esperanza y Maia estaba atada a él allí con tanta seguridad como si el anillo que llevaba fuese un grillete de hierro de esclava. Él era su roca, su único lugar seguro. Con la mano aplastada dentro de la de Cilo por la ansiosa garra de Tiberia, ella obligó a su garganta a trabajar, diciendo: "Cuándo y dónde seas Gaius, entonces y allí seré Gaia."

La matrona de honor ya no pudo controlar su deleite. Avanzando, inundó a la pareja, aplastando a Maia entre la calidez del amplio pecho de una vieja criada y la dura delgadez de su esposo. Sus oídos estaban al rojo vivo por arder con viejas vergüenzas, y un persistente zumbido le aturdía los sonidos a su alrededor. En algún lugar profundo de su interior, su alma cantó una antigua canción de lamento en un idioma que no podía recordar del todo. Contra la fuerza silenciosa del agarre de su esposo, ella se sintió mecerse gentilmente.

El Auspex era un hombre mayor. Maia no recordaba haber visto su rostro en los días transcurridos desde la llegada de la guarnición. Llevaba la insignia de la Vigésima Legión y su porte era lento y profundamente serio. Él se aclaró la garganta para apresurar a Tiberia desde su lugar en medio de la ceremonia y luego murmuró solemnemente un encantamiento a Júpiter. Ofreció las tortas de grano, las partió y las presentó al novio y a la novia para que las comieran.

De los dedos de Maia, Cilo comió la ofrenda y ella la de él, pero cuando ella buscó en ese rostro la empatía o algún tipo de fuerza o coraje que pudiera pedir prestado, solo vio la confusa emoción del vino, que podría haber sido dolor o humillación.

Cilo se negaba a mirarla a los ojos, fijando su visión borrosa en el Auspex mientras este sacaba las *Tabilae Nuptiales* y las colocaba ante ellos para firmar. Luego, en su graciosa mano, con el escrito de un hombre destinado a ser senador, elaboró él su nombre: Oppius Pompeius Bassus. Junto a sus palabras, ella colocó el *stylus* tratando de respirar con la suficiente calma para refrenar los nervios y estabilizar los temblorosos dedos, y escribió: Maia Pompeia. Su esposa, eternamente.

Cuando por fin Cilo acercó el rostro al de ella, esos adorables ojos estaban desbordados. Estaba hecho, y la tensión que lo había mantenido tan rígidamente erguido cedió de repente. Él pareció flaquear brevemente, luego se compuso, sonrió y le apretó la mano mientras la atraía hacia sí despacio y la besaba levemente en los labios.

Él sonrió de nuevo, no hacia ella, sino hacia la multitud. En un instante se rehízo a sí mismo y tiró de ella a su lado. Un brazo fuerte descansado sobre el hombro de Maia, el otro llevado alto en el aire en desafío o saludo mientras la multitud levantaba una salvaje ovación y se avanzaba deprisa en celebración.

El primer testigo en firmar no fue Lyvia ni Bassus como ella esperaba, sino Cneo Julius Agrícola, cónsul de Galia Aquitania, Pontifex, Comandante de la Legio XX Valeria Victrix, ahora gobernador de Britania. Oficial al mando de Cilo.

La fiesta de Lyvia fue tan suntuosa como lo permitían los mercados de provincia: ricas carnes, pavos reales y otras aves de caza, lechones y lo mejor de la cosecha de otoño. Los dignatarios habían venido río abajo desde Lutetia y las familias de los hombres libres de las granjas y pueblos a lo largo del valle del Sena se habían unido a la celebración, pero los soldados superaban en número a los demás invitados.

Entre ellos, Cilo parecía elevarse por encima de su tristeza a medida que pasaban las horas. Había elegido el deber. Había elegido cumplimiento y obediencia al futuro dispuesto para él. Un futuro en Roma, lejos del campo de batalla, con Maia como su esposa. Este futuro comenzaba ahora, rodeado por aquellos que él amaba, celebrando en voz alta, festejando y cantando como si cada pájaro, cada cáliz, cada canción pudiera ser la última.

Pero a medida que su recepción nupcial progresaba, Maia quedó sentada sola en silencio, viendo poco y preocupándose menos. Con ojos y oídos introspectivos hacia al recuerdo de una antigua canción. Esta semejaba una flauta, dulce y hueca, aunque mientras ella estudiaba la melodía reconocía en ella el llanto de una mujer. Era la canción del insondable duelo de su madre por una vida perdida, y la suya propia.

El cuerpo no le exigía atención y la irritación de la monedita de plata apenas era notable a menos que ella se pusiera en pie. Drenó Maia su copa de vino fresco y la rellenó, sentándose de nuevo a un lado del salón del banquete. Con un estómago vacío, la niebla del vino era reconfortante, calmaba el hambre y aliviaba el estrés del cuello y los hombros. La ayudaba a flotar hacia la canción, la transportaba al pasado de otro mundo, de otra vida.

Podía ver el rostro de su madre el día que esta se casó con Bassus, diciendo verdades importantes sobre el destino y la felicidad. Sobre el coraje. Recordó estar de pie entre sus hermanastros Appius y Oppius, sintiéndose pequeña y muy expuesta, pero aferrándose con fuerza a manos que le habían prometido protección.

Muchos se habían ido, pero no Cilo. No el hermano mayor que la amaba y que le había dado refugio durante pérdidas demasiado dolorosas para soportar. No Cilo. Quien seguramente nunca se

avergonzaría de ella. Dirigiendo su atención hacia el exterior, Maia lo encontró entre la multitud y lo observó reír. Él era su única esperanza. Lo que necesitaba ahora era el coraje de su madre. El coraje para estar a su lado, a toda costa, y juntos, de alguna manera, encontrarían alegría en su unión.

Pero la noche seguía avanzando y la hora de formar la Pompa, la procesión hacia el lecho nupcial, iba y venía. A Tiberia le habían ordenado que volviera a las cocinas, así que estaba limpiando y sirviendo aún, por lo que Maia no tenía una matrona que la acompañara. Lo que debería haber sido una madre estaba conspicuamente en otra parte, con la intención de dejar a Maia sufrir su humillación sola, mientras ella misma lograba una obra maestra en el entretenimiento colonial.

Sola entonces, se acercó a su esposo. “Cilo, tenemos que irnos ahora. Algunos de los invitados ya han tenido que irse."

"Todo está bien." La atrajo a su lado bajo su brazo, como si ella perteneciera allí con sus compañeros, como una miniatura o una mascota para las tropas. “Hay abundante tiempo, ángel. Toma, bebe un poco de vino."

"No, no más vino." Ella aceptó el cáliz que él le empujó en la mano. “Tu comandante ha salido hacia el cuartel, ¿no te has dado cuenta? Eso es un mal protocolo, Cilo. Si él se va, ¿no deberían todos estos hombres volver también al cuartel?"

"Él es un buen hombre. Y justo. Nunca detendría la celebración de una boda. Y yo soy su tribuno, él confía en mi juicio."

"Pero tenemos que irnos, ¿no lo ves? Aunque cada una de las otras partes de esta celebración haya sido una farsa, esto tenemos que hacerlo. Tenemos que encender las Antorchas Blancas y hacer la procesión. Tú lo sabes."

“¿Una farsa? Esta ha sido la mejor celebración de la historia. Nuestra querida madrastra se ha encargado de eso. Mírala por allí, reptando entre sus invitados."

“¡Cilo, basta! No tan alto, te va a oír."

"Sí, me va a oír y va a invocar a las Furias. Oh, demasiado tarde. Hay una ahora."

"¡Cilo!" Advirtió Maia inútilmente.

“Cabello de serpiente y ojos de sangre, a mí me parece que es ella. ¿Tú qué crees?"

"Basta. Nos causarás problemas."

"¿Problemas? Ángel mío, no puedes ni imaginar el problema que nos hemos creado nosotros, tú y yo. Bebe. Brinda por nuestro glorioso futuro." Le pasó un dedo por la mejilla y abandonó la sonrisa en los labios. “No tienes idea del precio que los hados han exigido. Y así es como debería ser. Toma, bebételo todo. "

El peso de Cilo le era cada vez más incómodo en el cuello y razonar con él era inútil. Maia tomó un trago de vino para combatir el ardor en la garganta y, girando, se escabulló de debajo del brazo y caminó tristemente hacia donde un grupito de invitados se estaba preparando para irse.

Por fin, cuando los sirvientes empezaron a vaciar parte del caos, Bassus la abrazó gentilmente. "Querida mía, ¿por qué no estás sonriendo? ¡Qué fiesta! Los rumores sobre esta noche llegarán hasta Roma." Se carcajeó deleitado. "Estos muchachos cantarán canciones sobre esta noche durante los próximos años." La miró amablemente, girándole el rostro hacia él con gruesos dedos de salchicha. “¿Tan triste estás? ¡Qué boda! ¡Qué esposo! Aunque yo soy parcial. Y qué novia. Mírate, mi dulce chica. ¿Cómo podría haber sido mejor el día?"

Maia intentó esbozar una sonrisa, pero titubeó insegura ante la depredadora sonrisa burlona de Lyvia. ¿De cuántas formas podía ella contar? “Bueno, papá, yo podría haber venido con una dote. Cualquier cosa que pudiera haber llamado mío."

"¡Oh!" Bassus estaba obviamente impresionado. "No pensé que...," comenzó.

Lyvia lo interrumpió. “Tonterías, chica. Seguro que traes todo lo

que te dejó tu madre."

"Sí," coincidió el anciano. "Cuando yo me casé con tu querida madre, todo lo que yo poseía se convirtió en suyo y, a través de ella, en tuyo. Toma lo que quieras. Cualquier cosa que quieras." Feliz con esta idea, él giró para buscar a su hijo, para compartir sus bendiciones mientras se retiraba.

Lyvia se quedó el tiempo suficiente para espetar: "Yo estaba pensando en algo mucho más pequeño, más íntimo. ¿Qué fue lo que trajo tu madre a los puestos de esclavos? Aparte de ti." Sus ojillos se entornaron para ver si sus palabras daban en el blanco.

Maia engulló la quemazón. Se negó a parpadear ojos secos y obligó al labio inferior a quedarse quieto. Solo sus nasales se inflamaron levemente cuando siseó una respuesta. "Valor."

Su madrastra se puso en pie, cautelosa, con rostro inexpresivo mientras estudiaba a la chica frente a ella. Buscó en cada rasgo, en cada tono de los dorados ojos de Maia, buscó entre la fatiga y los escombros emocionales de la noche y sondeó todo indicio de amenaza. Después dio una carcajada echando la cabeza atrás. Movió desdeñosa largos dedos en la cara de Maia antes de darle la espalda y seguir a su esposo hacia la noche, todavía riendo.

Maia se frotó con determinación las manos, presionando una palma contra la otra en un intento de triturar la suciedad. Pequeños músculos cerca de los ojos y la barbilla se engrosaron y tensaron hasta que su rostro cayó en un incierto malhumor.

Su madre había sido una guerrera, había luchado junto a su padre y lo había visto caer. Había mantenido con vida a su hijita entre la suciedad de los puestos de esclavos, a través de leguas de nieve, por vastas llanuras donde había suplicado por agua. Hasta una nueva tierra, una nueva vida. Un nuevo nombre.

Lo único que Maia tenía de su madre era una tosca moneda de plata que se le clavaba ahora en el talón cada vez más hondo cuanto más seguía ella en pie.

"¿Has brindado por la diosa?" La voz desconocida fue tranquila, solo

levemente arrastrada por el vino. Como ella se negó a levantar los ojos, una copa de vino pasó por debajo de su rostro y quedó a la vista. "Voy a ser tu escolta *in domum mariti* ."

"¿Y solo tengo un escolta entonces, no tres? ¿Ni matrona tampoco?"

“No, hay tres de nosotros. Pero no estoy seguro de cuánta ayuda van a ser esos dos." La copa de cristal le atrajo la vista, señalando hacia donde dos soldados se apoyaban mutuamente entre una sonora canción olvidada. La copa volvió a estar a su alcance, sostenida por una mano fuerte y un brazo cubierto de fino cabello rubio y bronceado por el sol.

"Tú eres extranjero." Maia alzó la vista hacia unos ojos grises. Ojos profundos e intensos.

Él sonrió. “¿Extranjero dónde? No soy un local, no. Y no soy romano. Ni de Galia Aquitania tampoco, aunque llevamos sirviendo allí tres años."

"Eres bretón."

"Sí. Pero más exótico aún. Caledonio. O mi padre lo fue. Lo es. Lucius." Ofreció una mano. "Luc."

Cilo apareció junto al hombro del joven. “Este se come a los bebés," balbuceó su esposo riendo y dándole al soldado una palmada en el hombro, tanto en busca de apoyo como por camaradería. "Así que ten cuidado con este, este es..."

Maia ignoró sus advertencias y avanzó un paso para deslizarse bajo el brazo libre de su novio. "Venga, tenemos que irnos, Cilo. ¿Puedes andar?"

"¡No!" La empujó atrás con menos que suavidad. "Perdón perdón. Tengo que... y además irme con..." Hizo un gesto vago con el brazo hacia el contingente que debería llevarlo a su tienda nupcial por delante de su novia.

"Sí, ve. Tienes que ir con ellos. Por favor."

Cilo se inclinó tambaleante hacia ella, pero Lucius se interpuso

entre ambos y le hizo dar media vuelta con éxito. "Derecho, amigo mío, nos vamos." Luc alzó la voz hacia la sala. "Vámonos."

La multitud, tambaleante, se lanzó hacia las puertas, aún cantando. Nadie encendió las Antorchas Blancas que llevarían el fuego del hogar de su padre al hogar de Maia, y eso pudo haber sido una bendición. Con ellas, toda la villa podría haberse reducido a cenizas y desesperación.

En el tiempo que tardó la oscuridad en cubrir la línea, mientras Maia miraba el lecho de cuerpos mojados por el vino y el vómito, pasó de la tristeza hasta la silenciosa resignación. Cuando Lucius regresó, ella logró esbozar una pequeña sonrisa. "¿No hay tres escoltas después de todo? ¿Solo tú?"

"Eso parece." Solo ambos estaban conscientes.

“Ni una auspiciosa profecía. Ni una. Ni siquiera es mi día, es el festival de la cosecha. ¿Crees que Venus me perdonará por usar su día?" Maia alzó la vista con tristeza.

Luc se miró a los pies. "No lo sé. No soy más que un pobre bárbaro de los extremos exteriores del imperio. No tengo mucho tiempo para dioses y diosas; parece que ellos nunca me han dedicado mucho tiempo."

"Silencio." Pateó ella el suelo con un pie. "¿Quieres empeorar las cosas?"

"¿Podría ser peor que esto?" preguntó él seriamente. Ella guardó silencio y él rápidamente buscó la bolsa en su cadera. "Bueno, ahí está. Traje algunas nueces para tirar." Le mostró un puñado de nueces marrones.

Maia trató de sonreír, pero la expresión la hizo volver a llorar. "¿No deberían estar aún en sus cáscaras?"

"No lo sé. Toma. Para que den suerte, entonces, ¿eh?" Le pasó los leñosos bultos en la mano.

"Para que den suerte," repitió ella y ambos salieron al patio oscuro.

Fuera de su tienda, se quedó con Luc como su único testigo mientras ella tomaba el cuenco preparado de manteca de cerdo perfumada con aceite de lavanda y lo untaba alrededor de la puerta. Luego, tan firmemente como pudo, levantó una antorcha de su candelabro junto al camino y se detuvo frente a su vivienda conyugal. "Cuándo y dónde seas Gaius, entonces y allí yo seré Gaia." Habló ella claramente, obligándose a sí misma a repetir las desgarradoras palabras de su juramento. Pero no pudo avanzar a través de la puerta.

Volvió a golpear el suelo con el pie y la moneda de su madre se le hundió más en el talón. "Auh," gimió, su labio comenzó a temblar. "No voy a...," siseó desafiante, blandiendo la antorcha hacia adelante como una amenaza, "cruzar este umbral!

"No." Lucius se miró por un momento. En el oscuro silencio, mientras la brisa previa al amanecer acariciaba sus mejillas, atrapando su perfume y provocándolo con sus nervios tensos, vaciló. No había reglas para esto; no tenía idea de cuál era la mejor manera de acercarse. De mala gana, se acercó y tiró de la mano de Maia que sostenía la antorcha alrededor de su hombro. Luego él se inclinó, levantó a Maia, atravesó con cuidado la puerta y entró en el dormitorio abierto donde yacía Cilo con los brazos abiertos e inconsciente.

Poniéndola en pie con cuidado, le quitó la antorcha de los dedos y la inclinó en la rejilla de leña a un lado. En cuclillas y en silencio en la oscuridad, él esperó hasta que el fuego se prendió lo suficiente como para iluminar la habitación a su alrededor, luego regresó con la antorcha donde estaba una Maia con el rostro en blanco e inmóvil.

"Es un buen hombre," dijo él con seriedad. "El mejor." En las móviles sombras a la luz de las antorchas, ella no parecía más que una chica. Grandes ojos dorados llenos de lágrimas que atrapaban la llama y la arrojaban de vuelta como la luz de las estrellas. "Habrá mejores días para ti." Él tomó la manita de Maia que agarraba el grupo de nueces, queriendo tranquilizarla, hacerlo realidad.

"Pareces muy seguro," susurró ella mirando más allá de él, hacia el hombre que roncaba suavemente en la baja cama frente a ellos.

"Estoy seguro. Un hombre que no tiene tiempo para los dioses sabe con certeza que puede crear su propia suerte." Girándose para que las sombras cubrieran el ceño tenso que crecía en su rostro, enderezó los brazos y luego los cruzó ante el pecho. Hubo un leve movimiento de cabeza mientras se giraba para irse. "No tienes ninguna matrona para ayudarte," hizo una pausa tímidamente, "pero no creo que necesites su ayuda esta noche."

"No."

"Sacaré esto, ¿bien?" Él levantó la antorcha.

Ninguna multitud emocionada esperaba a que ella les arrojara la antorcha, así que Maia asintió en silencio.

Frunciendo el ceño de nuevo ante una injustificada frustración y molestia, Lucius cerró la puerta tras él y cruzó el oscuro patio con el fuego de la chimenea de Maia iluminándole el camino.

***

"¿Cilo?" Maia se sentó suavemente en su sofá nupcial. Metió un dedo en la sandalia y se la quitó del pie, luego la segunda, y se dobló para llegar mejor a la ampolla bajo el talón. No era grave, solo estaba un poco blanda. Levantó las rodillas hacia los lados, el estrecho tubo de su túnica, hasta el suelo, hacía que todo movimiento fuese incómodo. "¿Cilo?" Intentó zarandearle el hombro suavemente.

Maia se arrodilló, se levantó de la cabeza la corona de flores silvestres, ahora flácida y gris, liberando el *flammeum* para poder doblarlo sobre los brazos. "¡Cilo, despierta!" Sin respuesta.

Sin un espejo no era tarea fácil desenredar los giros y cierres de sus *tutulus* . Se habían anudado y tejido juntos seis mechones de cabello separados en un cono alto, y la disciplina requerida deshacerlo todo lentamente. Maia obligó a su cuerpo a calmarse y a su mente a aclararse. Con los últimos mechones liberados, se rascó el picor en la coronilla y usó los dedos para peinar hacia atrás los largos mechones sobre los hombros.

"Cilo, es nuestra noche de bodas. Tienes que despertar." Inclinándose más cerca de su rostro, sostuvo la barbilla de este en su mano. No había señales de que la hubiera oído. "De acuerdo. Quizá deberías dormir un rato."

Rodando de lado, Maia luchó por ponerse de pie. El día había sido largo y quería lavarse y dormir casi tanto como él. De pie a la luz de su hogar, intentó desvestirse.

Una caña de lana sin hilar, su Nudo de Novia, sujetaba la túnica por su delgada cintura. Todo el día había colgado esta de manera extraña y ella a menudo había tirado de ella y retorcido. Ahora las fibras estaban enmarañadas y enredadas y ella no tenía esposo que las desatara.

Dejándose caer para sentarse en el sofá bajo, Maia dejó que las lágrimas corrieran. Guardó silencio, rostro inmóvil, mientras el dolor se acumulaba, se hinchaba en sus ojos y recorría sus mejillas en líneas continuas. Dejó que su cabello cayera hacia adelante, como si hubiera alguien de quien esconder su llanto, mientras las últimas horas de oscuridad se desvanecían. Cuando la habitación a su alrededor se tornó gris y palideció con el amanecer, el fuego de su hogar se había reducido a carbones cenicientos.

Por fin, una respiración profunda y temblorosa hizo que se tomara algún tipo de resolución en su pecho, y Maia se echó el pelo hacia atrás para inspeccionar la habitación. Diligente, se puso en pie y apiló un poco de madera y leña en el fuego. Luego, mordió un corte en el escote de su vestido de novia, lo agarró por ambos lados y lo partió en dos por la parte delantera.

Encogiéndose, liberó los hombros y bajó el vestido hasta el cordón anudado en la cintura. Sin moverse ni lentamente ni con una velocidad innecesaria, mojó un áspero paño de lino en el cuenco de lavado, se frotó las manos y se limpió la piel de la cara hasta sentir un hormigueo.

Cuando las primeras luces del amanecer se adentraron con más confianza en la tienda, Maia se subió a su lecho nupcial.

Estirándose junto a Cilo, se arqueó incómoda, buscó el bulto bajo la

cadera y sacó una nuez. Ella tenía diecinueve años, tenía que haber mejores días para ella. Aferrando su leñoso trozo de suerte, muy cerca de su esposo, cayó en un exhausto sueño.

# Capítulo 2

Los insectos zumbaban incesantemente y Maia se tapó los oídos con la tela, pero hacía demasiado calor y le costaba respirar. A medida que estas pequeñas irritaciones se abrían camino en su sueño sin sueños, el estrépito y estruendo del movimiento exterior despertaron una alarma basal, inundándola de adrenalina y vigilia.

Sentada en vertical, exploró la habitación en busca de la fuente de esta sensación de pánico. La luz del sol brillante prometía candor, pero no le decía nada de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Ella ya estaba luchando por ponerse en pie, quitando la pesada cubierta de la capa de Cilo.

Con nada más que un brazo sobre el pecho para afectar modestia, se retiró de las ventanas, tratando de mirar hacia afuera sin ser vista. La guarnición estaba decampando. Graves voces exclamaban con truncados bramidos, bestias pisoteaban inquietas, cargas se trasladaban sobre chirriantes carretas de bueyes. Y Maia estaba sola.

Mientras ella retrocedía, registraba la habitación. Cuando lo vio, su acelerado corazón se detuvo bruscamente, como si lo hubiera golpeado un miedo tan sólido como una pared de mortero. Cilo había dejado una nota. Se había ido y le había dejado una nota.

Maia contemplaba con silencioso horror, apenas respirando, temerosa de avanzar, temerosa de dejar la placa sin leer. La frustración e incredulidad rasgaron su corazón. ¿La había abandonado? ¿De nuevo?

Temblando tanto que sus rodillas rehusaban sujetarla, Maia avanzó tambaleante, levantó la tablilla de cera de la cama y leyó. Cuando se derrumbó sobre la cama, su aflicción era demasiado profunda para las lágrimas. Ella estaba en blanco. Entumecida.

El pánico le abofeteó en la cara.

En los estantes junto a la pila de agua, su ropa de cama se posaba

en líneas cuidadosamente dobladas. Agarrando una túnica suelta de verano, la atravesó con los puños arriba y la bajó arrastrando por el cuerpo. Se subió el largo de una palla azafrán sobre el desvestido cabello y corrió descalza hacia el exterior de la luz del día.

En todas partes había movimiento, pero demasiado escaso. Equipamiento pesado. Carretas. Caballos. Las pertenencias del gobernador. Algunas bestias. Pero pocos hombres. Quizá treinta. Todos los caballos de caballería habían despejado los campos. Agrícola había sacado a su cohorte y solo quedaban los vehículos que los seguían.

Maia gruñó. No tenía ni idea de dónde buscar. Si Cilo aún estuviera aquí, ¿dónde estaría? Aferrando la tela de su chal bajo la barbilla, corrió hacia la casa principal, la casa de Lyvia, y entró sin ser invitada.

"¡Cilo!"

No hubo respuesta. El silencio hacía eco en todas partes y ella se volvió hacia la puerta, confundida. A saltitos sobre la grava que le mordía los pies, volvió sobre sus pasos hacia el fulgor y la confusión.

Un grito llamó su atención. Un alto caballo castaño trotaba de lado mientras su jinete se inclinaba para estabilizar la cabeza de un grupo de tiro. Una carga demasiado retrasada en el banco había levantado el eje y daba tirones en seco. El jinete exclamó órdenes breves cuando tres hombres se apresuraron a subir a la parte delantera del carro, para equilibrar el peso y calmar al grupo.

"¡Lucius!" Maia cruzó el camino con pasos torpes. "Lucius, ¿dónde está?"

"Lejos. Partieron hace horas. No puedo hablar contigo ahora. Tengo que poner en marcha este lote."

"No. Alto." Ella corrió bajo la barbilla del caballo, agarró una rienda y apoyó su pequeño peso contra el ancho pecho y cuello del bayo mientras él intentaba pasar junto a ella con el hombro. “Él ha terminado su plazo. No va a volver. Ahora está casado y se queda

conmigo."

"Levanta esa bala y átala, si llevamos delante esas cajas de armamento, lo equilibrarán todo. ¡Tú! Haz rodar este hacia adelante, súbela ahora." Lucius dejó de gritar mientras su caballo danzaba alrededor de la pequeña figura de la joven. “Maia, se han ido. Agrícola se traslada para ocupar su puesto en Britania al romper el alba. Cilo está con él. Se ha reenlistado, va a servir esta temporada al menos. Pensé que lo sabrías."

Exclamó de nuevo por encima de su cabeza, "Sólo queda este producto ahora. Pon los sacos encima y tápalos. Esto es lo último. Haz que encaje bien."

“Él no me dejaría así sin más. Ahora no. Pronto será invierno, la temporada de campañas casi ha terminado. ¿Por qué van al Norte? ¿Por qué ha hecho esto?"

"Lo siento, de verdad, pero eso no es asunto mío. No sé por qué no te dijo nada. Tengo que irme." Recuperando las riendas, hizo retroceder al viejo caballo de guerra antes de que pudiera pisarla o morderla por despecho y se encaminó a trote hacia la parte trasera de la última carreta.

Maia giró para mirarlo, levantando los brazos a ambos lados, cuestionando en silencio los hados mientras la frustración y la incredulidad reabrían los lugares oscuros de su corazón. Desde donde se encontraba, en la sombra negra de su pórtico, Lyvia giró para reentrar en su casa. Ni siquiera el crujido de las ruedas sobre la grava y el gemido de las bestias mientras obligaban a la carga a pasar podían cubrir los vendavales de las carcajadas de Lyvia.

Maia completó el giro, viendo cómo la última carreta hacía su lento progreso fuera de la villa, alejándose hacia tierras distantes. Cuando la carreta salió entre los herrajes en las puertas, ella vio a Lucius espolear el caballo hacia el galope y correr hacia la cabeza de la caravana. Ser abandonada por su esposo y único aliado era insoportable. Que la dejaran aquí de nuevo y humillada delante de su madrastra era más de lo que ella podía sobrevivir.

Sin ninguna decisión consciente, sin pensar en nada, Maia se

descubrió corriendo, corriendo con todas sus fuerzas, ignorando la grava y las consecuencias. Diez metros fuera de los muros, se agarró a la última carreta y se subió al escabel trasero. No había espacio para ella, ningún modo de forzar un rincón en el que pudiera instalarse para esconderse, pero fue capaz de tirar de la esquina de la lona sobre sí misma y, inmóvil, deseó ser invisible.

***

Luc azotó con la corta rienda el hombro de su caballo, la molestia y la frustración hacían que sus manos fueran más duras de lo necesario. Cilo se había reenlistado. Ahora por otro plazo de cinco años como Tribuno Laticlavius, y el hecho había tomado a Luc tan por sorpresa como a la novia de Cilo. Las consecuencias serían igualmente desoladoras para ambos.

¿Cuántas veces había oído a Cilo hablar de ella? Su ángel. Su preciosa hermana nombrada por la diosa. Al oírlo hablar, Luc la había creído exenta del tipo de manipulación y desrespeto que le habían mostrado hoy. Ella sola, había pensado Luc, Cilo estaba demasiado por encima de las mezquinas chanzas y juegos de poder.

Obviamente no era ese el caso.

La imagen de la desesperación de Maia, congelada a la fría luz del fuego de su hogar, atormentaba su corazón, ardía en su pecho y le producía calambres en los músculos del estómago y la mandíbula. Esos ojos, llenos de miedo y suplicantes esa mañana mientras se habían clavado en él rogándole que la ayudara a entender... Luc hundió los talones más fuerte en el flanco del viejo caballo.

¿Qué había que entender? Cilo le había dado la espalda a una joya incomparable. Había elegido la sangre, el frío y la muerte antes que una vida de comodidad en la capital con una delicada belleza a su lado. No había nada que lo explicara.

***

Cada roca y cada surco hacían chocar hueso contra hueso, magullando hasta que Maia gruñía con cada estremecimiento del

carro. Su estómago vacío bramaba de descontento, su vejiga le ardía y ella ansiaba estirar las piernas libres de las estrechas restricciones de su agujero. Trató de seguir las indistinguibles conversaciones de los conductores, pero eran confusas y demasiado quedas para entenderlas. Durante lo que le parecieron horas, ella debatió su próximo movimiento.

¿Qué podía hacer?

Estos vehículos de provisiones serían alcanzados por la tropa. Dondequiera que el grueso de la cohorte acampase, eventualmente la llevarían ante ellos. Y Cilo estaría allí. Ella no podía quedarse sola en la villa. Si eso significaba vivir en campamentos militares durante el resto de la temporada, que así fuese. Solo necesitaba llegar hasta su hermano.

Voces más fuertes exclamaron y caballos trotaron hacia su carreta. Los conductores exclamaron que todo iba bien y ella se apretó con más fuerza contra los miserables barriles a su espalda. Un caballo seguía acercándose, circulando la carreta, y ella contuvo la respiración.

"¡Luc! ¿Quieres mirar esto?" Un segundo caballo trotó y se movió demasiado cerca. Ella oía la respiración agitada y las pisadas siguiendo el ritmo a su lado.

"¡Esperad! Esperad, muchachos." La cobertura de Maia saltó hacia atrás, exponiéndola a rostros que no tenían la menor sugerencia de humor. "¿Qué dem…? ¿Has...? ¡Sal de ahí!"

No había nada que ella pudiera decir. Mientras luchaba por ponerse de pie, tratando de levantarse encima de un saco de algo duro, vio el amarillo brillante de su palla asomando por las huellas detrás de las ruedas. Culpable, la recogió sobre el brazo y extendió una mano para estabilizar su salto a tierra.

“Maia, maldita sea todo, ¿tienes idea de lo que esto significa? Ya hemos perdido la mitad del día y ahora tengo que llevarte de vuelta." Luc se pasó una mano temblorosa por el ceño fruncido que le sesgaba la frente. Parecía enfermo o dolorido. Mientras el caballo reculaba y giraba, ella apartó la mirada de sus masculladas

maldiciones.

"No voy a volver."

"Bueno. Quédate aquí entonces. Nosotros vamos al Norte y tú no vienes con nosotros." A los conductores de las carretas exclamó: "¡Adelante!" y las bestias se jibaron y se esforzaron para que las ruedas volvieran a rodar. Mientras Luc se alejaba con su equipo, Maia alzó la vista hacia el segundo jinete, sentado, al parecer aturdido por su repentina aparición. Atrapado mirándola, este asintió bruscamente, tiró a un lado a su caballo y dijo: "Señora," mientras él también salía hacia el frente de la caravana.

Por segunda vez ese día, Maia se encontró entumecida y desesperada contemplando la parte trasera de una carreta. Descalza, apenas vestida, con el pelo en desorden alrededor de la cara y sin nada a su nombre, quedó de pie bajo la brillante luz del sol de finales de verano sin ningún lugar donde ir.

Una pradera amarilla se abría a su alrededor, salpicada de ese clavel silvestre que ella había recogido para su corona de bodas. A media milla o así hacia el Este, el valle se alzaba levemente y allí portaba una leve carga de bajos bosques verdes. Al Oeste, la distante curva del río cortaba la tierra con su antiguo cauce. Nada hablaba de orientación. El progreso de los vehículos había pisoteado la tierra y rasado una amplia franja de hierba. El camino seguía su obstinado camino desde el Sur, desde la villa y los antiguos escarnios de Maia, y luego pasaba junto a ella en su paso para seguir las lentas, implacables y prohibidas carretas. Y de esa dirección llegó un jinete solitario.

"¿Qué vas a hacer?" Las palabras de Luc fueron cortantes, afiladas por la molestia y la frustración, pero él había hablado en voz baja.

"No lo sé." Alzar la vista hacia él dolía. El sol brillante relucía detrás de él, fulgurando en las luces de su cabello y resplandeciendo en sus anchos hombros como las alas de un dios. Su falda marrón se extendía hacia atrás sobre la grupa del caballo y la gastada gamuza de largos pantalones asomaba por encima de la *caligai* de tensos cordones.

"No puedes quedarte aquí."

"No." El mismo sol ardía el sudor de la coronilla de Maia, fundiendo el cuero cabelludo y picándole en el pelo.

"Y Cilo me matará si te dejo en medio de un campo." Él sacudió la cabeza. "Te mereces algo mejor que esto, pero no tengo elección. Tengo que llevarte de vuelta."

"No hay nada para mí allí. Lo odio. Ella me odia."

"No hay ningún otro lugar al que puedas ir. ¿Dónde pensabas que ibas a vivir? ¿Adónde diantres pensabas que ibas?"

"Pensaba que iría con él, que viviría en Britania de algún modo cerca del cuartel. No he tenido oportunidad de hablar con él sobre esto. Ni siquiera he tenido la oportunidad de pensar sobre esto. Simplemente lo seguí." Volvió la mirada hacia él, quien rehusó enfrentarla.

“Nadie hace eso. No los romanos." El caballo pateó con impaciencia y lanzó la cabeza en derredor, exigiendo que alguien hiciera algo, y pronto. "Todos los que tienen una buena familia se mudan en la otra dirección, de regreso a Roma, no a los confines de la tierra."

"Yo no soy de «buena familia»."

"Pero lo eres, y doblemente. Cilo es el hijo mayor de la familia. Será enviado de vuelta a Roma tanto si le gusta como si no. Tú tienes que quedarte aquí a esperarle." El caballo dio un círculo y regresó al mismo punto, inevitablemente. "Mira, no tienes elección tampoco. Yo tengo que seguir en movimiento. Tengo que llevar este lote al Norte y tú tienes que volver a la villa. Venga, sube." Extendió un pie hacia fuera y se inclinó para sujetarla del brazo.

Poniendo su pie descalzo sobre el de él, le agarró por la muñeca y se impulsó hacia arriba mientras él la izaba de lado sobre el pomo de doble cuerno de la silla de montar. Maia apretó los puños en la dura coraza de cuero sobre el pecho de Luc. Con el rostro escasos centímetros bajo el del de él, dijo en voz baja: "No me lleves. Por favor. Dame un caballo. Llévame contigo."

No había forma de decirle a Maia lo que yacía más adelante, no había palabras para la magnitud de la lucha hacia la que él y Cilo estaban cabalgando. Su comandante había sido encargado de meter en cintura a un país entero y habría sangre de un extremo a otro de Britania antes de que terminaran.

"No puedo, Maia." Fue todo lo que pudo decir.

En silencio, Maia drapeó su coraje y su sucia palla sobre el regazo y apartó la cara, mientras él espoleaba al viejo caballo al trote por el camino hacia la villa.

# Capítulo 3

"¿De cuántas formas puedes fallar?" La furia de Lyvia iluminaba, era opalescente.

Maia trató de colgar tras la oreja un rebelde mechón de cabello, pero con el rostro abatido, este volvió a caer como una admisión de incompetencia. Suciedad le cubría las uñas y las marcas de barro mostraban dónde se había arrodillado en el suelo. Maia no tenía respuesta. Había demasiadas formas para nombrarla.

“Tienes sirvientes para que excaven verduras. Úsalos. Tienes sirvientes para vestirte el pelo. ¿Tienes que insistir en parecer una granuja? Muéstrame las manos."

Maia extendió los dedos y se deslizó hacia el seguro rinconcito que ella guardaba dentro, donde las palabras de su madrastra ya no podían hacer daño. Se mostró callada, dócil y paciente mientras la inundaba la nativa vergüenza, le tapaba los oídos y le empañaba la vista. En algún lugar lejano oía a una mujer cantando.

El mal humor de Lyvia se había extendido por todo el valle, maldiciendo hasta los esperanzados mientras las nubes llovían espesa y gris bilis en su nombre. A lo lejos, el gran río vestía discretamente sus orillas con cascadas y pasaba sedante sin hacer mención de la escorrentía. Pero el camino, de puerta en puerta, de Sur a Norte, devenía en un torrente, gorgoteando y tropezando allí donde se curvaba al otro lado del patio delantero de Maia. Ella oía su prisa, observando más allá del brazo de Lyvia mientras el agua pasaba chispeando.

“Lávalas bien con agua y aceite. Que te arreglen el cabello y te lo ricen, y nunca, nunca, trabajes en los jardines como una campesina. ¿Cómo pude pensar que podrías ser lo bastante decente como compañía? Eres una bárbara, nada más. ¿Cómo pude confiar en hacer más de ti de como naciste?"

"¿Te equivocaste, madre?" Eso apenas fue susurrado, nada desafiante.

“Yo nunca me equivoco. Ciertamente, nunca sobre ti. Y yo no soy tu madre. Si fueras mía te habría ahogado al nacer. Ahora ve y límpiate, puedo oler la inmundicia en ti."

Maia podía sentirla. Esta se filtraba por todos los poros, apelmazándose en su piel y haciendo que sus palmas se humedecieran. Juntó las manos y las empujó por el muslo, tratando de limpiarlas mientras la lluvia redoblaba el esfuerzo, fregando las tejas encima de ella.

Cuando Maia se giró para irse, Lyvia negó con la cabeza en disgusto. "Bassus se morirá de vergüenza si te ven así."

Maia contuvo un sollozo en la garganta cuando el corazón le dio un brinco por acto reflejo. “Él no se avergüenza de mí. Él me ama. Y amaba a mi madre."

"No. Él se casó con ella. Eso es todo. Era un viudo joven con hijos pequeños que criar. Los nobles no están acostumbrados a vivir sin una esposa que administre sus hogares. Él tomó lo que pudo encontrar aquí fuera."

"No." Las lágrimas brotaron de sus ojos. Era inútil, nunca había podido ganar esta discusión, pero siempre lo intentaba. No importaba cuántas veces Lyvia la apuñalara con ese pincho, Maia nunca había aprendido a dejar de lado su dolor. "Ella era valiente y hermosa y él la amaba."

"Y tú la mataste, ¿no? Los mataste a todos, serás bárbara. Bueno, él me tiene a mí y a nuestro hijo ahora. Si estuviera tan orgulloso de ti, ¿no crees que al menos habría tratado de buscarte una mejor pareja de bodas? Tú y tu hermano, ¿o es esposo?, tendréis que hacer lo mejor que podáis. Al menos él es romano."

Cilo. Su esposo, sí, pero solo de nombre. Bajo la tela suelta de su túnica, la hirsuta caña de lana seguía anudada de forma segura. En los siete meses transcurridos desde su boda, había tenido cuidado de mantener el nudo nupcial en su sitio. Rozado en su piel día a día, se había convertido en una cuerda, un cordón del que pender su resolución. De este también pendía una secreta bolsita de cuero.

Él volverá. Día tras día se había aferrado ella a esa única esperanza. Él era el hijo de Bassus. Nobleza senatorial por nacimiento. Tal como Luc había dicho, Cilo tenía que regresar y ambos partirían hacia Roma y hacia el lugar de su esposo en el senado. Pronto, un día volvería y la alejaría de esta vida de vergüenza.

Bassus había ampliado su residencia en una suite, completada con su propia casa de baños y salas termales, que formaba un ala entera nueva para la villa. La obra había continuado durante el invierno y ahora; a medida que se acercaban las Calendas de Marzo, trayendo consigo la primavera y el año nuevo; sus habitaciones estaban listas para el día en que su esposo regresara con ella.

Cuando Lyvia salía de la habitación, Tiberia puso cara incierta junto a la puerta. Al ver que la señora de la casa se había ido, sonrió más cómodamente y entró con andar de pato. "Oh, vamos, pequeña." Abrazó a Maia entre su vasta suavidad. "Ven a darte un baño y te arreglaremos el cabello y las uñas. Para cuando lleguen aquí todas estas finas damas, tú brillarás más que todas. Tu padre estará tan orgulloso de ti."

Maia se secó las lágrimas con enojo y se dirigió hacia los baños con Tiberia tras ella. "¿Quiénes son las invitadas? ¿Alguien lo sabe ya?"

“Bueno, nadie lo sabe, pero se dice que deben ser rameras. ¿Quién si no iría al Norte en esta época del año? La gente dice que van siguiendo campamentos."

Maia frunció el ceño. “¿Qué rameras tendrían una escolta militar hasta las fronteras? Y, aún más importante, ¿para qué tipo de rameras organizaría Lyvia un banquete?" Se quitó la túnica sucia y se sentó en un banco de piedra junto a la piscina. "¿Alguien las ha visto?"

"No. Se mueven entre las tiendas, pero llevan capas gruesas, tienen la cara tapada. Dicen que siempre acampan en las plazas de las guarniciones, como las tropas, no en las casas por las que pasan." La vieja matrona prosiguió en tono conspirativo. “¿Sabes?, oí que eran *Lupae*. Por eso es tan importante que estén aquí para la festividad de *Lupercalia."*

"¡No!" Los ojos de Maia se agrandaron al pensar que las visitantes pudieran ser criaturas tan exóticas como estas. “¿Es eso cierto, crees tú? ¿Son capaces de convertirse en lobas?"

"Quién sabe, yo nunca he visto una, pero lo he oído." Tiberia asintió sabiamente, reacia a permitir que su verdadera ignorancia apartara a una posibilidad tan grandiosa.

"El caso es que, mirando a los puestos en los que ha entrado la señora, está planeando una gran noche. Y no solo salones y bufés. Largos caballetes con taburetes a cada lado para que las personas se sienten frente a frente ante la comida."

"Quizá sea para que podamos vigilarlas, por si empiezan a convertirse en lobas." Maia rió. "Aunque Lyvia nunca celebraría un festín para unas rameras. Ni siquiera para unas *Lupae*. Esto no puede ser cierto. No, a menos que ella no lo sepa." La posibilidad creció en una amplia sonrisa cuando Maia tomó la áspera toallita de lino y bajó los escalones para sumergirse en el agua tibia de los baños.

“¿Sabes lo que he oído? ¡Dicen que son criaturas de la noche! ¿Qué te parece eso? Descansan todo el día para poder unirse a la fiesta esta noche." La vieja sirvienta se movía de un lado a otro, logrando parecer ocupada. “Pero ¿criaturas de la noche? ¿Qué te dice eso? Puede que las veamos hacer el cambio, después de todo, mi ángel. ¿Por qué iba a decir la gente que son lobas si nunca lo han sido?"

“¿Sabes qué otra cosa están diciendo? Dicen que son unas quince, todas mujeres, claro, y viajan con estilo. Su escolta es pretoriana. ¡Pretorianos enviados fuera de las fronteras con un grupo de mujeres!" Tiberia asintió de nuevo. Eso era un misterio. Era el mejor rumor que había tenido la villa en muchos años.

En su dormitorio, Maia se secó y se vistió con una túnica blanca limpia. Mientras se sentaba para que le peinaran el cabello, preguntó: “¿Qué crees que ocurrirá si son prostitutas viajeras? Y si lo son y tienen la protección de alguien tan importante en Roma para que viajen con pretorianos, ¿se inclina mi madrastra ante el código de la nobleza y el disolutismo o ante el alto código moral?"

"No lo sé. No me gustaría adivinar, pequeña. Ahora, ¿cómo quieres el cabello? Creo que la señora quiere rizos altos, como los suyos."

Tiberia aceitó y colocó los rizos rebeldes. La plata pulida del espejo de mano de Maia nublaba los bordes y mostraba irrespetuosos dedos de distorsión en su reflejo, haciéndola desear poder hacer lo mismo con su cabello. El tocado entero era pesado e incómodo. Parecía tan viejo y pesado como olía, pero Tiberia trabajaba rápido y las especulaciones sobre sus invitadas al menos la distraían.

"Ya está, te dije que estarías adorable, ¿a que sí?" Un sonido irrumpió en la conversación y ambas mujeres contuvieron el aliento al girar juntas hacia la ventana abierta. El ruido continuó sobre el constante rumor de la lluvia y la húmeda corriente de la escorrentía, la pesada y regular estampida de pies. Pies marchando. Soldados entrando por la puerta del norte.

Corriendo hacia el lado de la ventana, dejando que las sombras reemplazaran al decoro, las mujeres escrutaron la lluvia. Un grupito, de quizá doce o trece hombres, marchaba bajo el tambor de la lluvia. Las capas los envolvían, pero hacía mucho tiempo que no habían logrado mantener a nadie seco o abrigado. Dos soldados de caballería, uno a cada lado de la retaguardia, cabalgaban igualmente abatidos por el camino y hacia la puerta del sur. Los caballos mantenían gacha la cabeza y la cola como si ya no les importara adónde fueran, solo que pronto pudieran detenerse.

Mientras ambas miraban, uno de los jinetes se separó a un lado y se acercó al pórtico principal, una figura grisácea sin energía para desmontar. Inclinándose desde la silla, habló brevemente con el personal de la casa, luego siguió por la puerta hacia la plaza del cuartel.

"¿Quiénes son?" Maia estaba demasiado emocionada para permanecer oculta. Inclinándose fuera de la ventana, buscó cualquier señal que dijera quiénes podrían ser estos hombres. No llevaban colores y sus uniformes estaban ocultos bajo el severo manto de lluvia mientras ellos se disolvían en la distancia. “Descúbrelo, rápido. ¿Quién podría saberlo?"

La anciana ya se dirigía hacia la puerta lateral, la prisa hacía que su

avance fuese desgarbado. Y Maia se quedó sola esperando.

Llevaba el pelo oleoso y rizado, apilado en una pesada masa sobre la frente. Le picaba y sentía el cuello rígido de haberlo mantenido en un ángulo antinatural. Estaba maquillada y vestida. La pesada lana de su habitual chal rojizo le reconfortaba silenciosamente la piel. Una estola azul claro drapeaba suavemente de los hombros, y su túnica, lavada y aclarada en intenso blanco, colgaba en suaves pliegues por encima de las rodillas.

Junto a la ventana, se sentó y observó mientras la lluvia amainaba y se despejaba lentamente. Trató de sentarse con la espalda recta. Quería ser la esposa que Cilo necesitaba, y su comportamiento era tan rudo, tan colonial, que lo convertía en el hazmerreír de los círculos sociales. Quería estar preparada para que él no se avergonzara de ella.

Pero estaba aburrida. Muy aburrida. Fuera de la ventana, todos los días, el clima se calentaba hacia la primavera y ella deseaba salir, ensillar un caballo y galopar por la pradera como lo había hecho cuando ella y Cilo eran niños. Nunca montaba ahora. No desde que él se había unido al ejército a la edad de quince años, diez largos años atrás. Las damas atravesaban las colonias a caballo.

Caminó en silencio hacia la cama y se acostó sobre la capa de Cilo recogiendo la tablilla de cera que guardaba junto a la cama. Al leer la carta de Cilo por millonésima vez, buscó algún matiz, cualquier palabrita de esperanza oculta en sus crípticos bloques de texto.

«Mi queridiisima Maia.
Te dejaré dormir, no hay nada que pueda decir esta mañana que haga que esta elección sea más fácil de entender. Soy un soldado. Sea lo que sea los que la madrastra planea, yo siempre seré primero un soldado. Hay amores más grandes que la distancia, más grandes que la vida. Más grande incluso que la muerte. Así como el día de nuestra muerte está escrito el día en que nacemos, nuestros amores también son, entonces, inmutables. Estarás en mi corazón todos los días que esté fuera, como siempre lo has estado.
Cilo.»

Ninguna parte de esta había cambiado. No había nuevas verdades

reveladas.

Maia se puso de pie de nuevo, paseaó en lentos círculos por la habitación, esperando hasta que fuese el momento de unirse al banquete de Lyvia. Al otro lado del patio, antorchas iluminaban con claridad los caminos y el pórtico de Lyvia era brillante y acogedor. Pero la tierra aún estaba húmeda. Los charcos avanzaban en tropel a lo largo de los bordes del camino, apartando el césped hacia el lecho de grava y piedras. Se mancharía los pies de barro si caminaba por los senderos.

Si atravesaba la puerta lateral, podría seguir los caminos de servicio junto a su suite y llegar a la casa principal sin ensuciarse las sandalias. Podía ir discretamente, como una sirvienta. O podía caminar hacia la puerta principal, ligeramente embarrada, siempre ligeramente sucia, y sin escolta. Sus elecciones eran sombrías. No quería que Bassus se avergonzara de ella.

Recogió un puñado de su chal, restregó fuera de las palmas el pegajoso limo de su pasado y anduvo hacia la pila para limpiarlas frotando. Con cuidado, frotó la tela húmeda en las telas de araña de cada dedo, giró la mano y exploró la palma con la intención de eliminar todo rastro de suciedad.

La llamada a la puerta, cuando llegó, la sacó de su concentración con un sobresalto. Nadie se adelantó para abrir la puerta. Todas las personas capaces de la villa estaban involucradas en los cuidadosamente orquestados arreglos de la fiesta de la Señora y las necesidades de Maia eran la menor de tales consideraciones.

Caminó en silencio por el pasillo y se detuvo en la entrada ante la puerta principal. En Pompeya, su entrada habría sido un atrio, alto y abierto al sol, pero aquí no era más que una amplia sala con suelo de mármol, dispersamente decorada y escasamente utilizada. Reuniendo valor, así como los pliegues de su falda, pasó a la entrada, fue hasta la puerta y tiró de esta para abrirla.

"Maia." Ojos grises sonrieron cuando él inclinó la cabeza respetuosamente. "¿Estás bien?"

Ella contempló esos ojos durante un momento, pálida y seria.

"Lucius. Hola." Ese rostro parecía tan familiar, dorado y acogedor como la primavera. "Entra, entra."

***

"No, yo no debería." En cuanto sus ojos la tocaron, él supo que debería haber elegido mejor el momento. Esa belleza era asombrosa. Debería haber esperado, hablado con ella donde hubiese otras personas, en algún lugar donde su presencia no ardiera en su contra. Sus protestas fueron desatendidas cuando ella lo agarró de la mano y tiró de él por el vestíbulo de entrada, riendo y girándose hacia él, como una niña impaciente.

"¿Qué estás haciendo aquí? ¿Tienes noticias?" Un súbito pavor ahogó la sonrisa del rostro de Maia. "¿Por qué has venido?"

"Todo va bien." El instante de miedo en los ojos de Maia le arrancó el aire del pecho como un puñetazo y él se apresuró a acabar con esa preocupación. "No hay malas noticias. Solo estamos aquí como escolta para vuestras invitadas." Los dedos de Maia, allí donde agarraban los suyos, eran gélidos, el tacto de ambos era ligero y tan incitante como la mirada de ella. Una nerviosa calidez bullía en el constante nudo de náuseas que él cargaba, y Lucius la siguió adonde ella lo conducía.

Con una manita pálida descansada en el estómago, ella cerró los ojos un momento mientras lo movía hacia un sofá. "Ven aquí. Siéntate. Cuéntame lo que habéis estado haciendo."

Luc se sentó reluctante, posado rígidamente sobre el borde del asiento. Nunca había aprendido a sentirse cómodo en casas elegantes como esta y había una creciente incomodidad por no estar acompañado en la fiesta por esta fascinante joven.

Había algo ultraterrenal en ella. Ella estaba por encima de él. Sus grandes ojos color ámbar lo soatenían con una directa franqueza que era a la vez desarmadora e irresistible. Su piel era translúcida, como si no hubiera lugar en su alma para la duplicidad, ni sombras u oscuridad. En la brillante inocencia del espíritu de Maia, él veía una queda gracia que podía responder a algo del horror que su propio mundo le había mostrado. Era difícil saber cuánto debería

ella tener que oír.

"No sé qué decir. Cilo está bien. Exhaustos estamos todos, pero él está bastante bien. Hemos luchado durante este último invierno." Se comprobó las manos por si mostraban la mancha del derramamiento de sangre, abriendo un puño para liberar las almas que este contenía. “Desde que llegamos a Glevum hemos estado luchando. Hasta los territorios de los Ordovicios." Se apartó de los recuerdos de sangrientas batallas congeladas, volviendo a mirar hacia la descomplicada reafirmación de Maia.

“Salimos victoriosos. Nuestro comandante es uno de los mejores. Determinado. Implacable." Su tono se aligeró, pero él se pausó demasiado, por lo que su elogio recogió ecos de crítica. “Y ahora estamos en nuestro cuartel permanente en *Viroconium* y nos preparamos para avanzar de nuevo con la nueva estación."

"Puedo verlo." Las palabras de Maia fueron tranquilas pero resonantes de compasión. “Puedo ver en tu cara que ha sido una temporada difícil. Y una sin fin, parece." Ella asintió frunciendo el ceño. “Sin descanso, entonces. Quizá por eso él no ha vuelto a casa."

El toque de esa mano sobre la de él era de una suavidad que ningún soldado tanto tiempo en la guerra podría soportar, pero él mantuvo la suya inmóvil ante el impulso de apartarla de la de ella. El interminable temblor que traqueteaba en cada uno de los dedos se detuvo un poco mientras ella los sostenía. Si ella se hubiera movido para tocarle la mejilla con tanta suavidad, él habría llorado. La miró a los ojos, pero estos le hacían preguntas difíciles y él no tenía respuestas para ella, así que cuando las palabras llegaron a esa boca, vio cómo los labios de Maia se movían alrededor de cada una.

"¿Por qué has venido? Quiero decir, ¿por qué no ha venido Cilo? ¿Qué le impedía acudir a mí aquí ahora?" Esos ojos brillaban como si unas lágrimas pudieran formarse en cualquier momento.

Luc estaba al límite, la tensa y estrecha quemadura de la fatiga de cabalgar le pesaba sobre los hombros. "Él no podía irse. Me enviaron a mí porque, porque... " No había un modo fácil de explicar las complicaciones de su propia situación y él no estaba dispuesto a abrirse a preguntas que no podía responder. “A mí no

me necesitaban en el frente. A él sí." Podra decirse así de simple si él dejaba de lado la sangre y los gritos y si ignoraba el poder y la manipulación. "Estoy aquí para escoltar a algunas personas de regreso a Britania y para traerte esto. Es de Cilo. No envió ninguna carta con esto. Solo me dijo que te lo diera. Parece que él pensaba que lo comprenderías. Espero que lo comprendas."

Maia bajó la vista hacia un brazalete mientras él se lo entregaba. Hecho de una cuerda de oro, formaba un óvalo roto, los extremos abiertos estaban cubiertos con esferas de plata. Trazando alrededor de su longitud aplanada había otra cinta dorada. Esta dibujaba un complicado patrón de giros y vueltas, triangulánsose bajo y sobre sí mismo hasta cubrir la superficie de la pieza, luego regresaba sobre su curso, retejiendo todos sus complejos giros hasta reunirse en el punto de partida.

"¿Comprender?" Esos suaves ojos se encontraron con los suyos de nuevo mientras ella se deslizaba el brazalete en la muñeca. “Lo reconozco. Mi madre dibujó estos patrones conmigo cuando era niña. Esto muestra el anudado viaje del destino. Pero ¿cómo se supone que voy a comprender la fascinación de Cilo por el destino o sus crípticos mensajitos sobre los lazos que nos unen? Parece tan decidido a no compartir nuestro futuro que me pregunto si las cosas que dice intentan mostrarme su devoción o explicarme su ausencia."

Maia continuó: "Si yo te preguntara qué ha querido él decir con este regalo, ¿cuál dirías que sería la respuesta de Cilo?"

Luc trató de encontrar directamente esa mirada abierta, pero se descubrió buscando pistas en sus nudillos llenos de cicatrices sobre el tipo de verdad que ella merecía. "Yo diría... él no me dijo lo que quería decir y yo no tengo derecho a suponerlo en su nombre."

"Son cinco años, ¿no? No se querrá hablar de eso aquí, como si esto no fuese asunto mío, pero él volvió a firmar como tribuno por cinco años completos, ¿no es así?" Uno de sus pálidos deditos recorrrió los patrones de su regalo y ella observó su lento progreso.

"Sí. Son cinco años." Si hubiera palabras que pudieran excusar o explicar aquello mejor, él no podía dárselas.

Si ella necesitaba más, tenía otras preocupaciones que la ocupaban y su siguiente pregunta lo tomó por sorpresa. "¿Qué sabes de nuestros huéspedes?" Su voz fue llana, pero ella dejó de estudiar el brazalete y levantó la cara, frotándose las palmas de las manos mientras decía: "Se ha hablado mucho, pero no sé nada con seguridad. ¿Cómo es posible que una banda de mujeres viajeras tenga una guardia pretoriana hasta aquí y luego te envíen a ti desde Britania a recogerlas?"

La guerra y la distancia le habían cavado profundos surcos bajo los ojos, por lo que los iris grises de Lucius brillaban aún más vívidamente desde la sombra de la frente, intensos y atormentados por el recuerdo de demasiadas leguas. Levantó dos callosas manos y se frotó la cara, manchándose la piel como si pudiera obligar a sus dedos a atravesar el hueso para borrar las respuestas que él ya no quería saber. "Tendrás que hacerme preguntas que pueda responder. Las damas viajan en privado y necesitan una escolta. Eso es todo lo que quieren que se sepa."

"Pero ellas deben saber que una intriga así va a menear todas las lenguas en voz alta."

Él consiguió esbozar una sonrisita. "Sí. Estoy seguro de eso. La intriga es algo que divierte a estas mujeres en particular." Se puso en pie, preparándose para irse. “Y no estoy en condiciones de decir más. Como he dicho, solo soy un escolta."

Maia asintió, aparentemente satisfecha con la respuesta. “Bueno, yo no tengo escolta para el banquete. ¿Puedo caminar contigo hasta la puerta principal de la casa, a través del barro y todo? Una vez más, no tengo pareja. ¿O serás tú mi pareja en esta fiesta?"

Luc tragó saliva con un nudo en la garganta. "Pareja, no puedo prometerlo, pero me hará feliz acompañarte hasta la puerta."

***

Maia lo miró con más atención mientras le tomaba de la mano. Había una calidez y fuerza en el tacto de sus dedos que le erizaba el fino vello de la nuca como un suspiro. Unas profundas arrugas le surcaban la frente, pero la tensión en él pareció disminuir cuando él

le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Esto era todo lo que ella necesitaba para encontrar el coraje de ponerse en pie y afrontar la noche por delante, con todo lo que esta amenazaba y prometía.

Ningún hombre le había ofrecido nunca la mano salvo su hermano. Y ningún hombre, excepto Cilo, le había ofrecido nunca su amistad. Ella dejó de mirarle la cara y deslizó nerviosamente la mano sobre su brazo. Aunque ella no tuviera más que un prestado momento de su tiempo, y aunque hubiese tomado prestada su amistad de su hermano, se sentía bien al caminar junto a él hacia el banquete de su madrastra, como si tuviera un aliado después de todo.

Cuando se abrió la puerta delantera de la casa principal, la tensión se derramó hacia la noche. Los rumores habían llegado a oídos de la Señora. Juntos entraron en el atrio y Maia se alegró de la silenciosa fuerza que la ayudaba a mantenerse erguida.

Bassus dio un paso adelante y la abrazó mientras las puertas se cerraban tras ellos. "Maia."

"Papá. ¿Celebramos todavía un banquete, entonces? Ya conoces a Lucius, él ha venido en el lugar de Cilo otra vez, parece."

“Ah, mi hijo. ¿Está él bien?"

"Señor. Está bien y le envía su amor."

"Y un nudo para que lo desatemos, papá. Nos ha enviado un acertijo. ¿Qué significa esto?" Levantó el oro en su muñeca para que él lo inspeccionara.

"Nudos, ¿verdad?" La mirada de Lyvia era más fría y oscura que los charcos de afuera. "Entrad y quédaos por allí." Señaló hacia la pared lateral. “Mis invitadas pronto estarán aquí. Vosotros quédaos al fondo." Su mirada los excindía y descartaba a ambos. "Voy a recibir invitadas romanas."

Lyvia sonaba segura, pero se ajustó la túnica con demasiado cuidado y su gracia característica dio paso a espasmódicos movimientos y extraños tics. Varias veces enderezaba el cuello, retorciendo la columna con determinación. No había forma de saber

cuánto había oído ni cómo planeaba lidiar con las posibilidades, pero cuando el sonido de gente en movimiento por el patio devino más claro, se preparó visiblemente para la reunión.

Al sonido de pasos, sirvientes a ambos lados retiraron las pesadas puertas, revelando por fin al grupo de visitantes. Había un grupo de figuras muy juntas y envueltas en una pesada lana negra, con anchas capuchas que caían hacia delante sobre las caras. Las túnicas arrastraban barro por el suelo de mármol de Lyvia mientras una figura avanzaba con una mano pálida y delgada extendida a modo de saludo.

Lyvia vio el barro y la mano, su respiración la llevó a una gélida resolución. Fue reacia a adelantarse y el instante de graciosa bienvenida se extendió y distorsionó hasta que Bassus dio un paso hacia el vacío. Capturando la mano extendida, la besó suavemente y, haciendo que sus invitadas se acercaran como una, dijo: "Señoras. Bienvenidas. Entren, tenemos un banquete listo."

"Le damos las gracias, señor." La voz era suave, con un fuerte acento. “Somos afortunadas, de hecho, por tener tan graciosa hospitalidad en esta auspiciosa noche. Soy Justicia, Suma Sacerdotisa de *Luperca,* y estas son mis doncellas. Chicas." La oradora avanzó desabrochándose la capa, deslizándola hacia atrás mientras ella se liberaba de su cobertura.

Más alta que Bassus, la mujer le tomó la mano mientras giraba con fluidez bajo la capa, bajando rodando la mano por su brazo para dejarla colgando sobre el antebrazo de Bassus. La mujer llevaba el pelo sin peinar y este caía de un moño suelto en la coronilla como un brillo de ébano salpicado de pequeños alfileres enjoyados.

A su palabra, las otras mujeres se desabrocharon las capas, moviéndose alrededor de Bassus al hacerlo, colocándose entre él y su esposa, de modo que esta se vio obligada a retroceder hacia la pared. En fila detrás de su líder, cada mujer colocó su capa sobre el brazo extendido de su anfitrión y prosiguió hacia el comedor.

Maia nunca había visto tal riqueza mostrada tan abiertamente. Bajo sus pesadas capas, las chicas llevaban vestidos que Maia nunca había visto ni imaginado. Justicia vestía un *peplos* griego de un

blanco puro y con ribetes en oro y púrpura. Otra chica vestía una prenda similar a una toga, de color rosa y naranja brillantes, que se envolvía alrededor de su cuerpo y sobre el hombro, translúcida y reluciente con hilos dorados y joyas.

Las chicas no eran todas tan romanas como Lyvia creía. Una mujer tenía oscura piel satinada, con una carita redonda elegantemente alzada por encima de sus hermanas; su cabello eran largas cuerdas trenzadas que le caían hasta la cintura. El cual, también, estaba salpicado de diminutas joyas chispeantes.

Desde la seguridad del brazo de Luc, Maia estaba atónita. Si no se hubiera sentido tan sumamente abrumada, habría gruñido o suspirado de asombro. En cambio, se contuvo a observar, con la boca ligeramente abierta.

Detrás de las mujeres, un grupo de soldados entró andando en la habitación con menos confianza. Pretorianos, por vestimenta y porte. Luc se enderezó y dio en señal de deferencia un corto asentimiento al centurión mientras seguían cruzando la sala. No llegó ninguno de los hombres de Luc. Bassus no dejaba de sonreír ampliamente mientras buscaba un sirviente sobre quien descargar su montón de capas.

Lyvia se había sacudido de encima la parálisis y estaba hirviendo detrás de sus invitadas, incapaz de cortarles el acceso, pero determinada a terminar el entretenimiento nocturno de estas. "No, ni hablar. No os sentiréis cómodas a mis expensas. ¿Cómo osáis entrar en la casa de una decente familia de Roma?

"Oh, señora, ¿no se acuerda?" Hubo un ronroneo en la voz de Justicia, o tal vez un gruñido. No fue la voz de alguien que toleraba idiotas. "Nos invitó usted especialmente para la *Lupercalia*. Enviamos mensajeros delante de nosotras y respondió con una invitación. La vida de una sacerdotisa implica tantos viajes e incomodidades que una oferta como la suya no podía ser rechazada."

"¿Sacerdotisa? ¿Así es como te llamas? Yo te conozco, tú eres Julia Galeria y avergonzaste a tu esposo para que se divorciara de ti." Los ojos de Lyvia estaban entornados y el estoque de su lengua estaba

listo para diseccionar.

“Y yo te conozco a ti, Lyvia Hateria, y tú enterraste al tuyo. Bassus, ¿cómo está tu salud? Un hombre rico siempre ha de ser cuidadoso."

Lyvia parecía no haber oído el escarnio. “Él te expulsó por adulterio. Llamaos como queráis, pero yo sé por qué os tapáis la cara y permanecéis en las sombras y en secreto. Sois rameras, no sois mejores que las que pasean las calles y las que siguen los campamentos."

"Ah, Lyvia, nosotras estamos mucho mejor pagadas, como veo que lo estás tú. Al mirar por esta villa, supongo que tu pasatiempo es casi igual de lucrativo. Aún así, no hemos comido así de bien en meses y por ello te debemos estar muy agradecidas. Has mencionado un banquete. Eso evitará que tengamos que cazar carne fresca esta noche."

"No te molestes con esa ficción. Guárdate tu delirio de loba para los campesinos y los hombres. No voy a alimentar a ninguna de vosotras. No sois bienvenidas a mi mesa. Habéis venido a mi casa usando secretos y mentiras, y ahora podéis iros todas por donde habéis venido."

Justicia hizo una pausa, dando golpecitos con los dedos sobre la mesa frente a ella. "Bien. ¿Dónde nos deja eso?" No hubo indicio de retirada en su tono, nada que sugiriera humillación o retraimiento. Había hecho rodar lentamente las palabras por la lengua, y podría haber incluso una sonrisa en sus labios rojos si Maia hubiese tenido la temeridad de mirar.

“Debo admitir sorpresa de que alguien tan orgullosa de su propiedad monte una escena como esta en una fiesta tan auspiciosa. Y a las propias invitadas." Pareció considerar sus opciones, brevemente. “Yo lo veo de esta manera. Se ha ordenado nuestra protección a nuestra escolta: estos excelentes guardias pretorianos aquí presentes. Podrías ponernos las manos encima y pedir que nos echen, pero eso significaría que estos adorables jóvenes, ya cansados y de mal humor, tendrían que defendernos de ti, y de... ¿quién, algunos sirvientes y granjeros?"

“Todos somos gente civilizada. Esta maravillosa comida no debería desperdiciarse, ¿verdad? Sugiero que nos quedemos y comamos, celebremos la fiesta de nuestra diosa, y tú siéntate y saca lo mejor de una mala situación."

Fue el turno de Lyvia de considerar sus opciones. Mientras las mujeres discutían, dos de las sacerdotisas se habían posicionado una en cada uno de los brazos de Bassus, y así lo dirigieron hacia la cabeza de la mesa y lo animaron a sentarse. La sonrisa de Bassus se había vuelto menos segura, pero él parecía encontrar divertido el debate.

Lyvia miró con severidad a los pretorianos para evaluar sus actitudes y tratar de medir sus lealtades, decidiendo al final una retirada estratégica. Mientras pasaba por delante de Maia y cruzaba el atrio hacia su suite, espetó en voz baja: "Tú vuelve a tus habitaciones." Pero no miró atrás para comprobar si su palabra era obedecida.

Luc parecía cansado. Su brazo estaba frío al tacto, alejando el calor del hombro de Maia, y se contuvo de caminar hacia la entrada del comedor. "¿Por qué camino?" preguntó él.

"Ahí dentro. ¿No vas a entrar a comer? Maia miró por la jamba de la puerta mientras hablaba, anhelando acercarse a las extraordinarias e intrépidas mujeres que se movían alrededor del caballete. Maia miró hacia atrás para animar a Lucius.

"No me han invitado. Iré a comer algo y a dormir. Entra tú. Disfruta de la compañía. Parece que te han dejado como señora de la casa."

Ella rió. "No, no lo creo. Me han despedido, pero no pienso irme de aquí. Quiero entrar y hablar con esas mujeres. Míralas." Deslizó el brazo fuera del de Lucius y le tomó una mano entre las suyas. "Por favor. Sé que estás cansado, pero ¿no quieres conocerlas?"

“Ya las conozco. Y voy a viajar con ellas bastante tiempo."

Antes de que pudiera terminar su argumento, un joven sirviente apareció al lado de ambos. "Señor," dijo mirando al suelo en lugar de a ellos. “El Maestre le ha invitado a usted y a sus hombres a la

fiesta. Voy ahora a los barracones. Señora, el Maestre le pide que entre y se una a la mesa."

Maia sonrió. "Gracias. Sí." Se volvió hacia Luc. “Hay tanta buena comida ahí dentro. ¿Por qué ibas a comer carne seca y harina de maíz cuando puedes darte un festín? Y dudo mucho que Bassus pensara en hacer tal oferta, así que parece que nuestra invitada ha asumido el papel de Señora."

"Ahí está tu invitación, y la mía. Vamos." Maia comenzó a caminar por la puerta, pero él se mantuvo firme. A Maia le latía con fuerza el corazón en el pecho y una oleada de adrenalina la instó a correr y esconderse o a reír a carcajadas. Nada así le había ocurrido nunca. Nunca nadie había contradicho a su madrastra y ahora tenía la oportunidad de hablar con las extrañas y desvergonzadas mujeres que se habían atrevido. Sujetándole la mano, tiró suavemente de él. "Venga. Así puedes decirle a Cilo lo que se está perdiendo." Él avanzó, tambaleante, incapaz de resistirse a ella, y entró en la habitación.

En la puerta, tres chicas los encontraron y los separaron, dejando a Maia sintiéndose desnuda y sola. Todo el coraje que había tomado prestado fue reducido a una debilidad de rodillas, y sus manos se quedaron de repente vacías donde antes habían aferrado un brazo. Cuando la llevaron a la cabeza de la mesa, cerca de Bassus, Maia giró y vio a las otras chicas llevar a Luc a un asiento vacío a mitad de la mesa. Justicia estaba sentada a su lado, presidiendo elegantemente a quienes la rodeaban como si aquello fuese una corte imperial. Cada una de las chicas se había sentado con uno o dos taburetes entre ellas, de modo que se extendían a lo largo de la mesa entre soldados o asientos vacíos, espaciados uniformemente.

A la derecha de Maia, las chicas que habían atraído la atención de Bassus aún lo tenían cautivado. Juntas lo alimentaban y se preocupaban de sus necesidades, ignorando a Maia. A su izquierda, una elegante mujer romana comía despacio, bebía profundamente y hablaba exclusivamente con el joven guardia que estaba a su lado. Maia se encontró sola de nuevo, sentada incómoda en un taburete desconocido, sin un solo amigo e incapaz de hacer preguntas a la mujer. Sacerdotisas de Luperca. *Lupae*, como un nombre más amable. Prostitutas Prostitutas muy, muy adineradas, con una

guardia pretoriana y escolta hasta las fronteras. Maia tenía que saber más.

Desde donde Justicia estaba sentada, al frente a su izquierda, Maia podía oír fragmentos de palabras y risas, pero la gran cantidad de comida entre ellas hacía que no pudiera ver el rostro y la boca de la mujer con la claridad para seguir la conversación. Puede que nunca hubiese otra oportunidad de hablar con estas chicas. Si pasaba por alto esta oportunidad, pasaría el resto de su vida preguntándose. El miedo le martilleaba el estómago y Maia aplastó las palmas en la áspera tela de su chal.

Levantándose como si tuviera el coraje y la confianza suficientes, caminó por detrás de su padre, recorrió el largo de la mesa hasta donde estaba sentado Luc y se inclinó para susurrar: "Déjame sentarme aquí. ¿Me cambias el sitio para que pueda sentarme cerca de ella? Quiero hacerle preguntas."

Luc tragó con las manos congeladas en un cuenco de aire, como si estuviese sopesando opciones o apelando una decisión. Sin alzar la vista hacia ella, decidió en silencio su curso y se levantó, inclinándose brevemente hacia el oído de la dama mientras daba un paso atrás, dejando paso a Maia para que ocupara su lugar.

La mirada de Justicia fue una esquirla de hielo. Maia había hecho una mala elección, pero la elección ya estaba hecha. Podía huir y esconderse o podría hacer las preguntas que tan desesperadamente quería hacer. Con tanta calma como pudo, logró reunir algunas palabras: "Hola, señora. Disculpe que me haya entrometido, pero tenía tantas ganas de hablar usted."

“No tan mojigata como tu madre entonces, según veo. ¿No te preocupa lo que dirán de ti si hablas conmigo? ¿No te preocupa tu reputación ni tu virtud?" No había amabilidad en su tono, el sarcasmo pretendía morder.

De nuevo, Maia consideró la posibilidad de huir, pero ¿huir adónde, hacia qué? Aquí no había más despecho que el que ella enfrentaba día a día. Se decidió por la honestidad: “¿Mi virtud? Bueno, eso sería difícil de mancillar. Soy la virgen más conocida de la Galia. Ese es mi único derecho a la fama."

"¿En serio?" Al menos había logrado cambiar el filo del tono de la mujer. “¿Cómo es eso, entonces? Supongo que eres la hija de Bassus, lo bastante apta para casarte con cualquiera que eligieras, diría yo."

"Si y no. Hijastra de Bassus. Además, estoy casada con su hijo Cilo. Mi boda fue famosa aquí por su espectacular anticlímax."

Esta vez sus palabras dieron en el blanco. Justicia la miró fijamente, claramente atónita por lo que había oído. La comida se había detenido a medio camino hacia su boca. "¿La esposa de Cilo? ¿Estás casada con Oppius Pompeius?"

"¿Lo conoces?"

"Sí, lo conozco. ¿Cómo es que él está en Britania como tribuno si está casado contigo?"

“Esa es una pregunta que nadie parece querer responder, y Cilo aún menos. Fue algo que planeó Lyvia, creo yo. Lo hizo casarse conmigo el mismo día que volvió a firmar por otra temporada. Ahora ella me tiene casada, sin dote propia, y soy problema de Cilo. Si él se va a Roma, se quedará con la mitad de las propiedades de papá. El hijo de Lyvia hereda igualmente con él. Si Cilo muere en alguna parte antes, yo pierdo mi parte y ella se queda con todo. Aunque esta es solo una teoría mía. Un día se lo preguntaré a Cilo."

"Me gustaría preguntárselo yo misma. Cuando lo vea, lo haré." El rostro de Justicia aún estaba congelado de sorpresa. "Vaya, vaya, vaya. Hijastra. ¿eres la hija de Lyvia entonces?"

"No. ¿Cuándo vas a verle?"

En frente a la mesa, Luc había vuelto a apretar las manos al lado de la comida. Estaba mirando el plato, encorvado sobre las implicaciones de la conversación de ambas. Justicia le lanzó una severa mirada, llena de preguntas o acusaciones y, al seguir esos ojos, Maia también le miró en busca de una respuesta. Aunque lo que podía él haber agregado a la charla, estaba oculto en un lívido silencio. Maia volvió a preguntar: "¿Cuándo vas a verle?"

"Yo diría que un mes, cuando lleguemos al frente." Justicia se volvió hacia Maia y, en un silencio un tanto perplejo, comenzó a sonreír.

“¿Por qué diantres vais al frente? Seguro que es demasiado peligroso e incómodo. La primavera ya casi está aquí y comenzará la nueva temporada de campañas. Los hombres lucharán, hará frío, será húmedo y sangriento. Lo siento, pero no se me ocurre una sola razón por la que querrían ir a la frontera tantas mujeres." Maia alzó la vista cuando entró el grupito de *Auxiliaría* de Luc, asintió hacia él y se movió para tomar asientos.

Considerando la respuesta, Justicia comenzó a masticar despacio. Movía la comida por el plato, jugando con algunos higos y aves condimentadas. “¿Has olvidado que somos sacerdotisas? Se nos llama para atender las necesidades espirituales de nuestros bravos soldados."

Maia sonrió ante el chiste, pero nadie más pareció encontrar divertidas las palabras. "¿Creía que vuestros deberes eran más físicos?"

“Ah, ¿eso creías? Me pregunto dónde radica la diferencia. Nosotras amamos a nuestros muchachos, y el amor puede dejarnos a todos en ridículo, ¿sabes?, incluso a aquellos que ya deberían saberlo." Había levantado la voz levemente, invitando a otros oídos a escuchar sus pensamientos. “El caso es que, en las líneas del frente, a nuestros muchachos les depara el barro, la sangre, el hielo, el miedo y la muerte. Pero en cuanto al amor, amor, ternura y nutrimiento, solo se tienen unos a otros." Dejó que esa idea flotara en el aire mientras miraba la imagen que había creado. "O bien," pareció animar, "nos tienen a nosotras."

"Entonces, ¿por qué Britania? No hay territorio más lejano. Disculpa, pero no parece que estéis acostumbradas a las penalidades."

"Ya te lo he dicho. Por amor." La sacerdotisa empezó a parecer menos cómoda.

“¿Vais a Britania por amor? Pero ¿qué hay del dinero? Los soldados no son ricos. Si os mudáis fuera de Roma, ¿de dónde vienen

vuestros fondos?" Maia se había deslizado hasta el borde de su taburete. Sus preguntas eran más tensas y urgentes, y su sentido de la etiqueta, menos exigente.

"¿Sabes?, creo que deberías dejar de hacer tantas preguntas." Era evidente que Justicia no estaba acostumbrada a que la manipularan en una conversación, pero esta chica, con sus penetrantes ojos dorados, parecía obligarla a responder. La honestidad y la inocencia de la chica la privaban de su usual actitud defensiva, y ella descubrió que ya había dicho mucho más de lo que pretendía.

Maia quedó dolida. No tanto por la vergüenza de su paso en falso, sino porque temía haber desperdiciado su oportunidad de aprender más. "Lo siento." Se deslizó hacia atrás en el taburete y tomó una pieza de fruta. "Pero debe de ser muy caro viajar así y no me imagino a un rico en Roma pagandoos para que viajéis por todo el imperio. ¿Cómo lo conseguís?"

La *Lupa* sonrió, se limpió la boca con una servilleta y luego rió a carcajadas. "Vale. Solo esta pregunta más." Habló lentamente, con palabras suaves y ricamente redondeadas. "Hay ricos que no viven en Roma, ¿recuerdas? Como tu propio esposo, por poner un ejemplo. Y yo tengo mi propio dinero. Tengo propiedades en Italia e Hispania, y nosotras pasamos parte de cada año en casa. Las fincas están bien administradas y producen buenos ingresos."

"Además, mis chicas se están abriendo camino hacia la riqueza independiente, muchas desde la esclavitud. Así que, ya ves, como le dije a tu madre, la elección de nuestra carrera está bien pagada. Podemos permitirnos la indulgencia de pequeñas locuras propias. Este viaje es una de ellas."

"Entonces, ¿cómo es que conoces a Cilo? Él lleva diez años en el ejército, todo ese tiempo en Britania o en Gallia Aquitania."

"Ya estás otra vez." Algo sutil había cambiado en el porte de Justicia. Los potenciales se estaban volviendo más claros, oportunidades. La mujer enderezó la espalda y endureció la expresión al decidir entretener a esta joven un poco más. Sonrió desarmantemente. "Pasamos casi los dos últimos años en Gallia Aquitania. Conocemos bien muchas partes de la Vigésima Legión,

dentro y fuera de Britannia."

“Ahora, no más preguntas. Dime cómo llegaste a ser la hijastra de Bassus, pero no la hija de Lyvia. ¿Me he perdido una parte importante de la genealogía de nuestro anfitrión? Debería darme vergüenza. Me gusta saber quién es todo el mundo y qué están haciendo."

Maia concedió. “Mi madre era una esclava, una prisionera de guerra tomada en los años posteriores a la rebelión Icénica. Yo estuve con ella. Bassus se apiadó de nosotras, creo, en los mercados de esclavos de *Lutetia*. Al poco tiempo, nos liberó y se casó con mi madre. Él me llamó Maia en honor a la hija de Plione. Eso es todo lo que hay. Esa es mi historia."

“Pues sí que es corta la historia. Aún así. Cilo también habría sido un niño entonces, veo yo. Luego vosotros dos habéis crecido juntos. Debes conocerlo muy bien."

“Éramos niños juntos. Yo pensaba que lo conocía, pero quizá no conocía al hombre tan bien. Lleva como soldado diez años. Como él mismo ha dicho, eso es lo único que siempre quiso ser. Quizá senador no tanto. Ni esposo."

"No, tal vez no." Jugó pensativamente con la comida.

Maia captó la penetrante mirada que Luc lanzaba frente a ella a la mesa, pero él se negó a aguantar la mirada y volvió a la comida con una actitud de rabia o ansiedad apenas reprimida. Ella vio esa fuerte tensión en la mandíbula y su pulso se aceleró, como si una parte de ella pudiera leer amenazas en aquel silencio. Le temblaron los dedos ante la idea de mantener la atención de Lucius y leer las tácitas advertencias en sus ojos.

"Dime, Maia, ¿cómo lidias con su ausencia?" Las palabras de Justicia la reclamaron y su sonrisa fue de apoyo, inflamatoria. "¿Estás enfadada? ¿Está contenta de esperar su regreso aquí cómodamente? ¿Has considerado ir con él?"

Luc se levantó de pronto, retirando el taburete con un discordante chirrido. "Disculpen," dijo en voz baja, moviéndose por la mesa

hacia donde un grupo de sus hombres estaban sentados riendo con dos de las *Lupae*. La formalidad de la mesa se había disuelto y la gente se agrupaba en torno a diferentes conversaciones, pasando del novedoso banquete de Lyvia a la comodidad más familiar de los sofás. Bassus continuaba encantado con sus dos invitadas especiales y los criados se adelantaban con un constante suministro de vino, lubricando la charla y relajando las tensiones de la noche. Maia giró para descubrir que se había quedado con la entera atención de Justicia.

"No sé qué es lo que siento. Aceptación, tal vez. Tristeza." Abandono. Desolación. Terror. “Sí, he pensado en ir con él. Pero no sé cómo. Y no sé cómo se sentiría él si lo hiciera." Vergüenza. Humillación.

“¿Sería peor saberlo que no saberlo? ¿De veras? ¿Qué posible motivo podría él tener para no querer ver a su esposa? ¿De verdad preferirías esperarle cinco años?"

“Podría ofrecerte un pasaje con nosotras. Vamos a *Londinium* a establecer un templo allí. Luego, dependiendo del estado de la región, viajaremos hacia el Norte hasta *Viroconium*. No sé cuánto tiempo llevará eso, no valoramos la velocidad más que la comodidad, pero sé que así lo verás antes que si lo esperas aquí."

Maia la miró fijamente, impactada, viendo las comisuras de la boca de la mujer convertirse en la más leve de las sonrisas. Sus ojos marrones oscuros estaban encapuchados, con mucho *kohl* y densos con pestañas negras. No había forma de leer sus oscuras profundidades y Maia temía que la oferta tuviera más que ver con secretos propios que con cualquier deseo de ayudar a la reconciliación. Era demasiado bueno para ser verdad. "¿Por qué? ¿Por qué quieres hacer eso?"

"Como no paro de decirte, querida mía. Amamos a nuestros muchachos. Y el amor nos vuelve tontos a todos. Y tú amas a nuestro Cilo, ¿no?"

“¿Y crees que yo me pondría en ridículo? ¿Por amor?"

“Creo que eso es lo que estás haciendo ahora mismo. Esperar.

Suspirar por un amante que tal vez nunca regrese." Todo rastro de la sonrisa se había desvanecido. Si aún estaba hablando de Maia, ya no la miraba a ella, sino a un pasado o futuro que solo ella podía ver. "Cuando se trata de amor, es una insensatez esperar una conclusión lógica."

“Esto es tan repentino. ¿Cuánto tiempo me das para pensar en ello?"

"¿Cuánto tiempo? No debes considerarlo, debes responder de corazón." La sacerdotisa estaba sonriendo de nuevo, con una mirada depredadora y sensual que le enviaba a Maia escalofríos de excitación por el espinazo. “Supongo que puedes considerar las opciones hasta que nos vayamos de aquí. Sin embargo, no puedes decirle a nadie lo que decidas. Si vienes con nosotras, será nuestro secreto, y viajarás como nosotras, con capa."

Un pulso se aceleró en el estómago de Maia al notar las implicaciones de la oferta que le habían hecho. Le temblaban demasiado las manos para sostener la cuchara, así que la dejó caer en el plato, colocando ambas manos en el regazo. La áspera lana de su chal le arañaba las pegajosas palmas mientras ella contemplaba, sin habla, a su futuro.

Luc se sentó al otro extremo de la mesa en un cerrado grupo de comensales, de espaldas a ella. No había nadie más a quien pudiera preguntar, nadie a quien pudiera contarlo. Estaba segura que se comerían a Tiberia. Quizá lo hicieran.

Había posibilidades más espantosas. Una virgen que viaja sin protector en compañía de Lupae: mujeres de las que se dice que son lobos, que azotan a sus amantes con látigos de piel de cabra. Se decía que eran hábiles con la boca y la lengua, y conocían las artes secretas de dar placer a un hombre, cosas que Maia ni siquiera podía imaginar, pensamientos que quemaban sus mejillas con vergüenza y apretaban su sexo como una anticipación culpable.

There were possibilities more dreadful. A virgin travelling with no protector in the company of Lupae: women said to be wolves, who whipped their lovers with goat skin flails. It was said they were skilled with their mouths and tongues, and they knew secret arts of giving pleasure to a man, things Maia could not even imagine,

thoughts that scorched her cheeks with embarrassment and tightened in her sex like guilty anticipation.

Justicia siguió la ojiplática mirada desde Maia hasta la áspera tensión de Luc y viceversa. "Dime, ¿conoces bien a ese amigo de tu esposo de allí? Esta noche estabas agarrada de su brazo en la entrada, ¿no es así? No estoy segura de cómo llegaste a hacer de él un amigo tan cercano." La *Lupa* llevaba sus pesadas pestañas como postigos sobre sus pensamientos, y la luz que brillaba detrás de estas parecía tan especiosa como ascuas bajo las cenizas.

Maia se movió incómoda, pero se reunió con la mirada interrogativa. "Él estuvo en mi boda. Como Cilo estaba demasiado borracho, él me ayudó. Era mi único amigo entonces, y en realidad fue amigo de Cilo primero, pero era lo más cercano que he tenido a alguien a quien le importaba lo que yo pensaba o sentía. Probablemente él haría lo mismo por cualquiera y solo sea amabilidad, pero eso es lo más cercano a la amistad."

"No cometas el error de pensar que Luc es un hombre amable, Maia." Las palabras de Justicia fueron afiladas y la mujer se sentó hacia adelante como para acercar su advertencia. "Es volátil. Yo diría que es un hombre difícil de manejar." Tomando un rápido respiro, se sentó hacia atrás, sonrió y suavizó el tono. "Si quieres que un amigo que perseguir, encuentra a alguien que se adapte mejor a tu propio temperamento."

"Yo no lo persigo. Es que él parece que no deja de aparecer." Sonrió, eso era cierto. "Creo que está destinado a rescatarme."

"Salvo por que él no cree en el destino." El ronroneo había profundizado hacia una amenaza, pero Maia estaba mirando recuerdos, recordando promesas de mejores días por venir.

"No, no cree en eso. ¿También a ti te dijo eso? Y no tiene tiempo para dioses ni para nada que los acompañe."

La suma sacerdotisa se irguió. "Eso," espetó, "está por verse." El centurión pretoriano que había estado sentado cerca, movió su asiento más cerca y comenzó una conversación en susurros y ella le dio la espalda a Maia, despidiéndola a ella y a todas sus

consideraciones.

La mirada de Maia se desvió hacia el final de la mesa donde él estaba sentado. Estaba sola de nuevo y a una mesa con una multitud de soldados y prostitutas. Luc la miró rápidamente por encima del hombro, pero antes de que ella pudiera sonreír en reconocimiento, él se giró de nuevo. Desde la muerte de su madre, no había nadie, excepto Bassus y Cilo, a quien le importara si ella estaba viva o muerta. Nadie parecía verla. Excepto Luc. Ella era invisible.

Aunque Justicia tenía razón: aquello no sería correcto, ciertamente no en esta compañía, si era vista persiguiendo la atención de Luc. Y no había otra persona a quien pudiera preguntar.

¿De veras sería peor saber lo que diría Cilo que esperar aquí y no saberlo? Otra temporada de campaña estaba a punto de comenzar y llegaría el próximo invierno antes de que él pudiera viajar de vuelta al Valle del Sena. Cilo le debía respuestas. Como mínimo le debía respuestas a sus preguntas.

No había gran cosa que considerar.

# Capítulo 4

Para el quinto día de trayecto, Maia se había acostumbrado más a la rutina del viaje. Al principio, tratar de dormir durante el día, empujada por la inclinación y el balanceo del *carpentum*, la había dejado irritable y desorientada, pero las largas noches de vigilia, aunque rara vez se movía de la tienda de Neria, implicaban que su cuerpo se estaba acostumbrando a la inversión. El monótono peso del aburrimiento se había asentado y era aplastante.

No vio nada del paisaje de la Gallia Belgica mientras la atravesaban, y no sabía nada de dónde o cómo se construía el campamento cada noche. Con capa y en silencio, podía comer junto al fuego con las otras chicas, pero si alguno de los guardias se unía a la comida, la llevaban de regreso a la tiendecita a esperar. Le picaban abominablemente la piel y el cabello, con solo un cuenco de agua tibia y un paño para lavarse cada noche. Casi había empezado a creer que esperar en la comodidad de la villa habría sido una mejor opción.

La voz de Luc llegó desde la cercana fogata y ella se movió hacia la lona de la tienda. Se bajó el capuchón para estar segura de taparse bien la cara y miró por un huequecito, anhelando la compañía de alguien más familiar. Neria era bastante amable, atenta a sus necesidades, pero permanecer oculta significaba que rara vez tenía la oportunidad de hablar con alguien sobre lo que estaba haciendo.

Varias caras desconocidas estaban sentadas alrededor del calor del fuego, soldados, sugiriendo que el campamento se había construido cerca de un fuerte. Y con la seguridad de la segunda guarnición, el campamento entero se había relajado visiblemente y Maia ansiaba ser parte del ambiente de celebración. El aire frío llevaba los olores familiares de la ribera de un río y susurraba promesas sobre el aliento del distante océano.

De perfil ante la luz del fuego, Luc parecía más joven de lo que ella recordaba. Ciertamente era más joven que los hombres sentados con él, pero llevaba la edad igual que Cilo. No era tanto el peso de los

años, sino de la experiencia, de los días vividos que habían dado fin a la juventud con una lúgubre finalidad y de los que había emergido la hombría, fría y empapada de sangre y sudor.

Absorta en su voyerismo, retrocedió bruscamente un paso cuando una figura con capa le bloqueó la vista de pronto. Neria sonrió desde las profundidades de su capucha y susurró: “Cúbrete, cariño, vamos. Ven conmigo."

Ciñéndose a los límites de la luz del fuego, Maia se movió en silencio siguiendo el dobladillo de la túnica delante. Rodeando cuerdas, levantándose el dobladillo de la capa para evitar tropezar, la siguió tan rápido como se atrevió a la luz de una tienda más grande. Una vez dentro, Neria cerró rápidamente la lona de la puerta tras ellas y luego echó una pesada cortina de brocado a través de entrada, sellándolas en un cálido capullo de luz de brasero.

El espacio era amplio y abierto, dos veces más grande que el área a la que Maia estaba acostumbrada, y estaba ricamente decorado. Finos tejidos, alfombra densamente apilada bajo los pies, accesorios de latón y vidrio brillando en la suave luz y, en todas partes, la elegancia y la sofisticación de la riqueza. Fragante vapor emanaba de una gran tina de cobre en el centro de la habitación y, levantándose de un ancho y blando jergón, Justicia extendió las manos en bienvenida.

"Entra, querida. Déjame echarte un vistazo. ¿Ha sido el viaje demasiado espantoso?" Mientras hablaba, se movió para desabrochar la capa de Maia, se la quitó de los hombros y se la entregó a Neria sumariamente.

Maia no tenía ningún sentido real, al haber estado sentada a su lado en el banquete, de cuán alta era la sacerdotisa y se encontró subiendo los brazos en un cálido abrazo. "Estoy bien. Un poco agobiada y aburrida, pero seguro que pronto podré salir de mi escondite. Hemos llegado demasiado lejos para que ahora me envíen de regreso, así que ya no tiene sentido seguir escondiéndose."

"Sí, pronto. Una vez que crucemos el Estrecho. Hasta entonces, aún

podrían enviar un mensajero a la villa. Por ahora, si sospechan que estás con nosotras, no han hecho nada para exigir que vuelvas. Aún no saben que te has ido o no les importa mucho." Como antes, a Maia no le dolió esa franca evaluación de la situación. "Entretanto, si todo va bien, mañana estaremos en la costa. Así que tenemos esta noche para redimirte de tu antigua vida y para llevarte, por así decirlo, hacia tu plena floración en tu nueva vida." Si había algo de sarcasmo en las palabras, su sonrisa era cálida.

“¿Tienes planes para mí, entonces? ¿Hay algo que deba saber antes de continuar?"

"Mi querida niña, has llegado demasiado lejos para preguntarte por mis planes ahora. Pero eso está bien. No tienes nada que temer de mí ni de mis chicas. Ni, en general, de los hombres a los que entretenemos. Pero hay cosas que consideramos muy importantes y una de ellas es la higiene."

Hormigas irrumpieron como locas en la piel de Maia y su rostro ardió en venideros fuegos de vergüenza. De todas sus mortificaciones, ésta había sido inesperada, tan contundente, tan humillante. Aunque las justificaciones corrían por su mente; el viaje, las circunstancias; se descubrió incapaz de responder a la acusación, salvo bajando el rostro y frotarse las manos, abatida.

"Oh, querida, lo siento. No pretendía insultarte." Justicia la atrajo de nuevo a un abrazo, consolándola junto a su fragante pecho. “Lo dije en general, no que tú no fueses limpia. Mira. De esto es de lo que hablo." Abrió un cofrecito que mostraba frascos de colores llenos de perfumes, aceites de incienso y medicamentos, tarros de polvos y cosméticos y una docena de bloquecitos opacos. Entregando uno de los bloques de cera a Maia, dijo simplemente: "Huele esto."

Sándalo, más dulce que cualquier incienso que Maia hubiera quemado, le colmó la nariz. Motitas de lavanda seca también se suspendían en él, por lo que toda la pieza tenía un tono púrpura suave.

“De los comerciantes germánicos. Nosotras hacemos los nuestros ahora, por lo que no dependemos tanto de los mercaderes que

cruzan las líneas del frente."

"Pero ¿para qué es esto?" Maia parpadeó para alejar la amenaza de las lágrimas.

"Esto es para el baño, niña. Mucho menos graso que los bloques de sebo. Ven aquí. Por eso estás aquí esta noche. Quiero presentarte las delicias de bañarse en una tina cuando una casa de baños está fuera de tu alcance. Y del cabello limpio. ¿Siempre te han aceitado el pelo?"

"Sí." La respuesta fue susurrada.

“Bueno, pues ya no. Ahora bien, ¿qué has traído contigo? ¿Algo de ropa? ¿Sandalias? ¿Joyas?"

"Traje con lo que estoy de pie. No quiero nada de la Madrastra."

“Eso fue una insensatez por tu parte. Si era tuyo, ¿por qué ibas a dejarle algo a esa vaca? No importa. Tenemos bastante ropa para ti, solo eres pequeña. Algunas de las chicas usan la ropa una vez y luego la pasan. Eso es un desperdicio."

"Ahora. Quítate esa túnica y la tiraremos. Tú entra en la bañera y relájate."

Maia se echó detrás de la oreja unos pesados mechones de cabello y obedeció. Se levantó la suelta túnica de lino por la cabeza, se quitó las sandalias y se quedó desnuda, tiritando y cohibida. Insegura de cómo intentar la bañera, buscó a tientas su bolsita de cuero, liberándola del cinturón y se sacó el brazalete de oro deslizándolo fuera de la muñeca.

"¿Qué son estos tesoros, entonces?" ronroneó la sacerdotisa.

"Solo eso. Pequeños tesoros. Encantos importantes para mí."

"Y el cordón. ¿Te lo dejas ahí puesto?

"Sí."

"¿Por qué?"

"Es importante para mí."

"Ya veo. Tal vez podamos hablar de ello en otro momento si estás segura de que tienes que llevarlo."

"Lo estoy."

Neria sonrió, su abierto rostro dorado estaba tan lleno de tranquilidad mientras tomaba sus cosas preciosas que Maia le devolvió una leve sonrisa. Sin soltar la mano de la otra chica, Maia se subió a un bajo taburete y se sumergió en el agua caliente hasta las rodillas.

***

Exprimiendo las últimas gotas de cerveza, Luc observó cómo se asentaba la espuma, luego tragó, eructó y dejó la jarra a un lado. Llevaba conduciendo la caravana a gran paso, ansioso por cruzar tanto campo abierto tan cerca de las fronteras de Germania. El frente era sangriento y activo, y la línea de defensas romanas se extendía peligrosamente fina en algunos lugares. La amenaza de bandidos y bandas de asalto le pesaba entre los hombros.

Ahora que las guardias estaban dispuestas, por primera vez en días tenía tiempo para él. La idea no traía consigo ningún alivio. Los problemas que había estado posponiendo aún tenían que ser afrontados y él no tenía ánimo para apresurarse hacia una resolución.

La mañana llegaría pronto y, con ella, la costa. En *Gesoriacum* tendría que enfrentarse a su odio por los viajes oceánicos. Allí, las barcazas estaban listas para llevarlos desde *Portus Itius* hasta *Rutupiae*. Había dirigido la compañía hacia el Norte por tierra, en lugar de hacia el Oeste y por la costa, para evitar el uso innecesario de barcos de cualquier tipo y, ahora que era inevitable, rehusaba pensar en ello, solo en que pronto estaría en casa.

El otro problema no era tan sencillo. Tenía que afrontarlo directamente, de nuevo, y no habría mejor momento que esta noche.

Sin nada que agarrar, Luc observóo que le temblaban las manos. Temblores que él no podía expular cabalgaban sobre sus nervios como un estado permanente de congelación. La tensión le dolía en el cuello y los hombros, y él apretó los puños, girándolos a la débil luz del fuego. Un cansancio tan pesado como el plomo le lastraba detrás de los ojos y él ansiaba dormir.

En algún lugar había un lugar suave y limpio donde podía cerrar los ojos y acallar la sangre y los gritos. En algún lugar lejos de la vida que conocía, había paz y seguridad y él podía dormir sin el hedor y la mancha del derramamiento de sangre. Podía descansar sin las pesadillas y sin el horror que le arrancaban los silenciosos gritos del pecho. Donde no habría más asesinatos ni más ganar o perder ni morir.

Hasta que encontrara ese lugar, prefería moverse que dormir.

Se apartó del fuego, mirando hacia las sombras más allá de la luz, hacia donde las tiendas de las sacerdotisas se agrupaban en la oscuridad. No tenía más motivos para posponer las cosas. Extendiendo la mano en la suave luz una vez más, maldijo en voz baja y se puso en pie para afrontar directamente el asunto por última vez.

***

Maia dejó caer la cabeza hacia atrás sobre la pila mientras Justicia vertía vinagre de vino sobre su cabello para lavar la yema de los huevos.

"Tish, soy yo. Abre." Luc dio una palmada en la lona de la tienda, vagamente molesto al encontrarla atada. Soplando una neblina de aliento en las manos ahuecadas, pisoteó con los pies fríos, irritado.

La sacerdotisa puso una mano sobre la boca de Maia antes de que ella pudiera responder y le susurró con urgencia a Neria: "Ve rápido. Dile que necesito más agua caliente. Pídele que saque más y que la calienten." A Maia, le dijo: "Eso lo tendrá ocupado un tiempo."

Neria se movió rápidamente hacia la cortina, moviéndola lo justo

para pasar la cara y abrir un lazo en la lona de la tienda. Antes de que pudiera entregar su mensaje, Luc exclamó, “Necesito hablar contigo. Vamos, Tish, déjame entrar."

Neria habló rápido, volviendo a colocar la cortina en su sitio en cuanto terminó el mensaje y agarrando la capa de lana de Maia antes de volver al lado de la bañera.

"Debe de ser algo importante." Maia parecía asustada, un poco desconcertada por la repentina prisa de las sacerdotisas por sacarla y alejarla de la bañera.

"No hay nada de lo que preocuparse." Justicia la envolvió en su capa. "Sé de lo que quiere hablar y no es nada que no haya oído ya, nada que necesite volver a oír." Acercó a Maia y la besó suavemente en la oreja. "Ve ahora y busca algo para ponerte. Neria te peinará. Mañana por la noche estarás en Britania, donde perteneces. Venga, vete ahora. Rápido."

Una vez que las chicas se fueron, Justicia vertió el pringue de yema de huevo y vinagre en el suelo arenoso de la entrada. La bañera tendría que permanecer como estaba por el momento. Se quitó la túnica, dejando solo la seda pura de su palla pasada bajo un brazo y sujetada en el hombro opuesto por un broche de joyas. Se arregló el cabello y pasó las manos por el suave montículo redondeado de su estómago. Atrás quedaron los días en que sus pechos estaban tan altos como le hubiera gustado, pero esta noche tendría que usar todo lo que tenía, lo que había.

La amenaza de unas lágrimas y una ira aumentó en respuesta. Los dioses, ella espetó una maldición, y los hados eran demasiado crueles. Ya había perdido una vez todo lo que había amado, y por los dioses se había vengado de quienes se lo habían quitado. Pero ella había sido más joven entonces. Más fuerte.

Ningún dios, por insignificante que fuese, se lo volvería a pedir. El dolor era demasiado grande para soportarlo. ¿No le concedería la diosa a la que servía lo único que amaba más que la vida? El aire gélido le laceraba la piel expuesta y el frío le mordía dolorosamente los pezones desnudos. Agarrando una piel de encima de su jergón, se la apretó al cuerpo y empezó a pasear.

***

Maia durmió durante el viaje del día siguiente como nunca antes había dormido. Las sedosas telas de su ropa de cama le acariciaban la piel recién limpia como el aliento de un amante. El cabello le caía sobre la mejilla en mechones de seda, agrios y fragantes como el vinagre de vino. Cuando despertó, fue con el sonido y los olores de una ciudad portuaria en el bullicio del anochecer y los impacientes golpes de Luc en cada *carpentum*, alentando a sus inquilinas a acampar.

Maia se sentó erguida, emocionada, tirando del cabello hacia arriba en un moño suelto tal como Neria le había enseñado y sujetándolo allí con ganchos. No se molestó en vestirse, solo en cubrirse con la cálida capa sobre la túnica suelta con la que había dormido. El carro se agitaba incómodamente mientras se desataba el equipo, y ella esperaba con impaciencia la oportunidad de mudarse de su caravana a la tienda. Neria le había dado una hermosa envoltura transparente de lavanda adornada con cuentas, y estaba ansiosa por ver los descartes que las otras chicas tenían para ofrecer.

Mirando como siempre por la rendija entre las cortinas, vio a Luc irrumpir en la creciente oscuridad, con el trueno tallado en su frente y el asesinato en cada paso. Sus palabras eran confusas por la distancia y ella despertó a Neria y Fausta. "Está pasando algo. Aún no puedo oír lo que dice, pero está muy enojado."

Neria abrió sus grandes ojos azules, sonriendo al despertar. Incluso su voz tenía una dulzura infantil que hacía juego con su rostro y su corazón. "Él siempre es así, aun cuando esté de buen humor. Y creo que tal vez tiene muchas cosas en la cabeza. Lo averiguaremos muy pronto. Quizá sea mejor que nos preparemos por si acaso." Avanzaba de puntillas hasta la cortina mientras hablaba, sin capa, mirando hacia la llovizna de la noche. "Tápate. Viene hacia aquí."

Maia retrocedió encogida hacia las sombras, conteniendo la respiración. Sus dedos aferraron la suave tela de su túnica y una sonrisa asomó en sus labios. El miedo a ser descubierta luchaba en su corazón contra el repentino deseo de acercarse a la cortina y mirar, la sorpresa iluminaba las sombras de sus ojos.

"Damas." Luc palmeó la viga vertical del pabellón, las palabras eran severas. “No vamos a acampar aquí, las tiendas se quedan estibadas. Vamos a cargar las barcazas antes del amanecer para aprovechar la marea. Tienen unas ocho horas hasta entonces. Además, estamos en los muelles. No se muevan a ninguna parte fuera de este complejo sin una escolta." Y se fue.

Maia respiró de nuevo.

Fausta murmuró: "Bastardo malhumorado. Me vuelvo a dormir."

"Yo también." Neria se tapó la cara con pieles y suaves mantas.

Maia las observó volver a acurrucarse, decepcionada, y se esforzó por regresar a la pequeña abertura. Luc se movía hacia los otros carros con la postura rígida y las manos apretadas a ambos lados. Parecía arrastrar una nube de dolor alrededor de los hombros, y Maia anheló correr hacia él. Él le había ofrecido la única amabilidad que ella había conocido y ver su movimiento ahora causaba una oleada de fría y profunda incomodidad en su interior.

Una vez que cruzaran el Estrecho, había dicho Justicia. Hasta entonces, Maia intentó calmarse lo suficiente como para dormir un par de horas más. Era la única forma en que soportaría el largo insomnio de la noche.

Cuando los olores de la cocina la despertaron de nuevo, se arropó con la capa y miró hacia la luz del fuego, comprobando que no la vieran antes de bajar con cuidado de la carreta cubierta. La Suma Sacerdotisa estaba junto a la olla, tapada pero reconocible por su altura. Solo Fausta era casi tan alta y ella aún estaba roncando.

Desde lo profundo de la capucha, Maia saludó en voz baja y se sirvió un cuenco de sopa.

“Ey, hola, pequeña mía. ¿Has dormido bien?" La ronquera en la voz sugería que ella misma no lo había hecho.

"Sí. Me siento tan limpia, es maravilloso. ¿Estás bien?" Aunque la mujer tenía tapado el rostro, la rigidez en sus movimientos hablaban a Maia de dolor o de terrible aflicción.

"Estoy bien. Aunque no quiero quedarme aquí sentada bajo la lluvia. Entra a mi *carra*. No hemos tenido ocasión de hablar."

De entre mullidos cojines y pieles, Maia tomó más pan y lo empapó en la sopa. "Llevo esperando la oportunidad de hablar contigo a solas. Aún quiero saber por qué decidiste hacer esto, por ofrecerte a ocultarme aquí y llevarme con mi hermano." Se retiró la capucha y siguió comiendo.

"Pensé que querías. La respuesta es bastante simple, pero primero te hablaré un poco sobre mí, luego lo entenderás mucho mejor." Justicia se volvió graciosamente, a pesar del reducido espacio, y acomodó los cojines antes de dejar caer su capa a los pies y tomar asiento. Sin la capucha, la hinchazón que acompañaba a las horas de llanto se le acumulaba bajo los ojos, y tenía la boca tensa en una línea sombría.

"Tu madrastra me conoce. Conoce todos los chismes más crueles. Las mujeres romanas nobles son, con mucho, las más estrafalarias y chismosas y las más crueles y peores hipócritas de todo el imperio. Como ella dijo, mi esposo se divorció de mí hace muchos años y eso causó bastante escándalo, y no era para menos, porque su dinero era mío y me lo quedé yo."

"Verás, fui lo bastante tonta como para enamorarme profundamente de un esclavo mucho más joven que yo. Esto no es una calamidad si eres discreta y tu esposo se contenta con gastarse tu dinero y cerrar la boca. Pero luego agregué a su disgusto el tener una hija. Ella no es suya, ¿sabes? Y eso era notable. El cabello de la niña era más claro, dorado oscuro como el tuyo, y sus ojos eran pálidos, más verdes que los tuyos, pero no tan oscuros como los míos ni los de mi esposo. De nuevo, no es una calamidad si todo es discreto. Pero él no fue discreto. Hizo que estrangularan a mi amado, se divorció de mí y luego murió mi hija. Súbitamente. Demasiado súbitamente." Nuevas lágrimas le brotaron de los ojos y ella se las secó con cuidado, harta ya de limpiar tantas lágrimas.

"Así que, ahí lo tienes. Ese es mi terrible pasado. Fui rechazada por la sociedad, pero demasiado rica para escapar desapercibida de su mundo. Además, desarrollé un extravagante odio por las grandes damas de Roma y, como puedes imaginar, eso complicó que yo

permaneciera allí."

“Ahora, simplemente me compro hijas, tantas como puedo. Desprecio la esclavitud en todas sus formas y la desfachatez en todas las clases. ¿Y en cuanto a los grandes hombres?" Ante este pensamiento, sonrió. "No existe ninguno. Son útiles. Tienen dinero y poder, poder para hacer cambios de los cuales mis hijas y yo nos beneficiaremos algún día, pero al final todos son muchachitos. Solo que algunos son más hermosos que otras."

"No estoy segura de que eso explique lo que todo esto tiene que ver conmigo. Ni con Cilo. Y me pregunto si la prostitución no es esclavitud también, pero mejor vestida." Maia habló en voz baja, pero su mirada directa llevó su poderosa inocencia hasta unos ojos que rehusaban apartarse.

“Mis chicas viajan conmigo solo si así lo desean. Para la mayoría, esto es solo un medio para lograr un fin. En mi hacienda se educa a las chicas, tanto clásicamente como en la vida. Es decir, en mi comprensión de la vida. Ni siquiera Roma durará para siempre. Ni siquiera Roma. La comodidad, la prosperidad y la felicidad no deben depender del estatus, sobre todo del estatus conferido por los hipócritas."

"¿Y tu? Tú, mi adorable pequeña, eres demasiado inteligente y demasiado valiente para marchitarte en las mazmorras de Lyvia. No puedo imaginar cómo tú y Cilo podríais manejar un matrimonio, pero si eso es lo que quieres hacer, deberías hacerlo. Después, cuando él regrese a Roma como senador, tú llevarás nuevos ojos a un viejo mundo. Eso solo puede hacer bien."

La conmoción de Maia se registró claramente en su rostro. “Puedo prometerte que no soy ni inteligente ni valiente. Apenas sé escribir mi nombre, leo muy mal y vivo en un estado de terror constante."

“Ajá. ¿Es eso cierto? De acuerdo, entonces hazlo como quieras." Justicia asintió. “Entonces debes saber al menos que si mi hija estuviera viva tendría diecisiete, casi tu edad, y habría tenido tu colorido y tu herencia. Su padre era un guerrero celta, también de Britania. Si puedo darte la libertad de tu propio futuro, tu propia patria, tu propia vida, entonces eso es más de lo que hice por mi

propia hija."

Mientras Maia miraba fijamente a esta mujer, luchando por leer las verdades más profundas que se escondían en las sombras de sus ojos y las líneas de su frente, su expresión cambió por completo. “Un día," agregó con una sonrisa compleja, “cuando hayas hablado con Cilo y conozcas mejor tu futuro, tal vez vuelvas a verme. Puede que desees un hermano más que un marido. Y es posible que extrañes tener una madre tanto como yo extraño tener a mi propia hija."

No había respuesta para eso. Maia intentó acomodarse los flotantes mechones de cabello detrás de las orejas, pero estos volvieron a caer tan pronto como ella se movió.

Afuera, la lluvia se asentaba en un tambor constante y el campamento permanecía en silencio, sereno, esperando el amanecer. Justicia se durmió y Maia se retiró de puntillas para descansar entre sus propios cojines, maravillándose de las contradicciones que la contemplaban. Ver a la Suma Sacerdotisa ahora, no fría y ácida, sino viviendo como campeona de todos los menos afortunados, la hizo fruncir el ceño y sacudir la cabeza en confusión.

Ella había perdido a su amor. Y había perdido a una hija. Maia conocía bastante bien las profundas cicatrices de la pérdida. Aún así, todo parecía estar un poco torcido. Al menos ahora entendía mejor por qué Justicia le había brillado tanto. Y era reconfortante considerar que quizá, solo quizá, Maia tenía a alguien que podía amarla como una madre.

Britania podría ser más hogar de lo que ella recordaba.

Cuando la noche llegó a su fin, el campamento comenzó a agitarse. Bueyes gruñían y se quejaban del esfuerzo mientras remolcaban los *carpentum*, una por una, hacia las barcazas, donde se trababan las ruedas y las preparaban para la travesía.

Sus compañeras de viaje dormían y Maia se preguntaba por la vida que se le había entregado, su futuro en una patria que no recordaba.

Sacó su bolsita de la atadura que llevaba en la cintura y sacó la monedita de plata. Era romana, no le decía nada sobre el lugar de donde venía ni sobre su madre. Maia también sonrió a la nuez. Para que le diera suerte. Una vez que estuvieran a bordo de las barcazas, cuando ya no pudieran enviarla de regreso, se la mostraría a Luc y le mostraría hasta dónde la había llevado, tanto si a los dioses les gustaba como si no.

***

El sol salía cuando la marea alcanzaba su punto máximo, arrastrando las barcazas constantemente hacia el Norte sobre la mar, y Luc estaba sentado al lado del castillo de proa, agarrándose al banco y respirando entre náuseas.

Él no tenía intención de ver cómo la tierra se desvanecía detrás de ellos, pero mirarse los pies ya le estaba pasando factura al estómago. Tomando otra profunda respiración, cambió de táctica, echando la cabeza hacia atrás y mirando al cielo. Incluso cuando cerrara los ojos, el ritmo del agua se movía dentro de su cabeza y el crujido y el zumbido de los aparejos atraían sus oídos a la conspiración. ¿Cuántas horas más soportaría esto?

Quería dormir. No había descansado desde hacía muchas noches y los esfuerzos del viaje se hundían profundamente en los músculos de los brazos, la espalda y la mandíbula. Al menos había dejado de llover y las aguas estaban bastante en calma. Lo que más deseaba era acercarse a la comodidad de uno de los *carpentum*, envolverse en un suave paño y enterrar su mareo en profundas almohadas.

No estaba demasiado lejos de la carreta con dosel más cercana. Tres de ellas estaban ancladas uno al lado de la otra en medio de la amplia barcaza de carga, debajo del aparejo central. Las otras tres viajaban en una segunda barcaza en alguna parte detrás de ellos, y él no tenía ningún deseo de ver si les iba mejor. A Justicia no le complacería que él usara uno de sus vehículos, pero se había asegurado de que su carreta estuviera en la segunda barcaza. Algunas de las chicas con capa se movían, intrigadas y emocionadas ante el viaje por mar, por lo que al menos uno de los vehículos estaba vacío. Cualquier cosa tenía que ser mejor que como se sentía

ahora.

Levantándose con dificultad, recorrió la pared junto a la artesa donde trabajaban los remeros, hacia el primer *carpentum*. Agarrándose en sus tablones laterales y avanzando de lado por su longitud, llegó a la abertura y palmeó débilmente sobre el montante de madera a modo de llamada.

"¡Hola!" Apoyándose en la tabla, retrocedió un paso, inclinando la cabeza hacia adelante mientras las náuseas aumentaban llenando su boca con saliva caliente. Respiró durante lo peor de la arcada y luego puso un pie tembloroso en el escalón, se impulsó y cayó hacia adelante dentro del blando santuario interior.

Agarrando un gran cojín, lo aferró ante el estómago, rodó en una bola de miseria y gruñó ante los sonidos que lo habían seguido hasta su santuario. No podía abrir los ojos, así que yació quieto, respirando tan profundamente como podía y tratando de detener el movimiento constante dentro de su cabeza.

"¿Quieres esta palangana?" La voz a su lado le impactó por el malestar, por lo que él levantó la cabeza demasiado bruscamente y abrió los ojos como platos. Intentó disculparse por haber saltado dentro de la carreta, pero solo logró un graznido y un asentimiento, antes de que la bilis y el agua cayeran en cascada dentro del cuenco.

"Lo siento. Tenía que tumbarme." Luc se secó la boca y volvió a apoyar la cabeza en el cojín. "Pensé que aquí no había nadie."

"No pasa nada. Tiraré esto fuera. ¿Quieres agua? Sí, puedo conseguir una poca." Maia se arropó en la capa mientras se agachaba sobre el cuerpo del hombre. Luego se giró hacia la entrada para poder vacíar el cuenco de hojalata y recoger el odre de agua. Arrodillándose en las sombras, sostuvo la boquilla del odre cerca de los labios de Luc para que este pudiera beber un poco, luego mojó un paño y se lo pasó por la frente.

Incluso en las sombras profundas, su rostro era hermoso. Maia pasó la tela sobre los contornos de su mandíbula y dejó que las yemas de sus dedos rozaran la áspera barba dorada. "No estás a gusto en el

agua, ¿eh?"

Un gruñido fue toda la respuesta que Maia recibió y él apretó el cuenco con más fuerza junto a la barbilla.

Ella volvió a limpiarle la frente con el paño húmedo, decidiendo que debía quedarse callada y dejarle descansar. "¿Por qué no se cargaron los bueyes con los caballos?" Dobló el paño y lo colocó con cuidado sobre esos párpados cerrados.

“Los cambié. Hay nuevos en el otro lado," murmuró él.

"¿Quieres dormir?"

"Sí."

"¿Quieres que salga fuera?"

"No me importa."

“Las demás volverán pronto. Sólo han salido a echar un vistazo." Tomando el paño de nuevo, goteó más agua encima de él y le secó la frente caliente. "Tal vez debería salir y decirles que estás aquí."

"Bien."

“¿Quieres que salga fuera? No me gustaría dejarte aquí tan enfermo. ¿Quieres más agua?"

"No."

Ella movió el paño para limpiarle la cara otra vez, y él la agarró por la muñeca, con fuerza, arrastrándola hacia adelante en su línea de visión. Maia dejó escapar un chillidito, el miedo la atravesó como el sonido metálico de un gong.

"¿De dónde has sacado esto?" El brazalete de oro de Cilo pendía en la mano de Lucius, brillando débilmente en la penumbra. Ella quedó en silencio, incapaz de responder, la conmoción y el miedo le habían bloqueado la garganta.

"Oh, no. No." Él alzó la cabeza despacio, reacio a abrir los ojos

incluso en la penumbra. "Enséñame la cara." No le había soltado el agarre en al muñeca y esta se retorcía dolorosamente mientras él se movía. "¿Maia?"

Seguía temerosa de responder, pero la presión en su muñeca estaba aumentando, tirando de ella hacia adelante y él no estaba dispuesto a soltarla. "Sí." Una voz de niña.

"Oh, no. Debería haberlo sabido. Debería haberlo sabido." Él le soltó la muñeca y ella la retiró para frotar el lugar donde esos dedos se habían clavado en su carne. Auqnue él no había visto el moretón. Se había recostado, se tapaba la cara con las manos, murmurando y maldiciendo en sus palmas.

"Todo va bien. Justicia sabe que estoy aquí. Ella me ayudó." Cuando Maia encontró su voz, esta se abalanzó sobre él con mil garantías, ninguna de las cuales él parecía aceptar.

“Apuesto a que sí. Maldita sea, Maia, ¿qué se supone que voy hacer ahora?"

"Nada. Tú no tienes que hacer nada." Maia se inclinó hacia adelante, arrodillándose para presionarle los hombros hacia abajo, tratando de que se relajara. Él tenía el pecho firme, la piel caliente bajo el ligero lino de su túnica. A Maia, finas hebras del pelo le caían y le hacían cosquillas en las mejillas y por el cuello, y le ponían la piel de gallina entre el cálido aliento de Luc. Inclinándose, dejó que sus pechos cayeran hacia adelante y la franela suelta de su camisón se deslizó por sus pezones como una caricia.

Maia se reincorporó rápidamente, ajustándose tímidamente la túnica sobre del pecho. "Voy a ver a Cilo. Tengo que averiguar qué tipo de trato hizo con la madrastra. Tengo que saberlo, Luc. Tengo derecho a saber lo que hicieron."

Él la miró penosamente en las sombras, luego se estiró suavemente para apartarle la capucha del rostro y sus dedos dejaron un rastro ardiente sobre su mejilla. "¿Llevas escondida en estas carretas todo este tiempo?"

Los latidos de su corazón tartamudearon, atrapando el aire en su

pecho y haciendo que su respiración fuese incierta. "Sí, pero no ha estado tan mal. Me he aburrido, pero también he estado bastante cómoda. Y todas las chicas son amables conmigo." Maia sonrió, trató de tranquilizarlo a él y a ella misma de esa manera. “Tengo todo el derecho a acudir a él. Él me debe eso al menos. Me lo debe."

Luc no hizo ningún comentario a eso, solo se tapó los ojos de nuevo con el dorso de la mano y gruñó. En la oscuridad, la pureza de Maia parecía brillar y la amplia inocencia de sus ojos contenía un corazón como un nido de plumón. Si había un lugar donde el mundo fuese seguro y correcto, él podía ver sus sombras en las profundidades de aquellos ojos.

Ella se arrodilló a su lado, mirando hacia abajo, como un ángel o una diosa. A su lado, donde la punta de un dedo podía tocar su piel o una mano podía deslizarse a través de la seda de su cabello. Pero ella pertenecía a Cilo. Ella estaba por encima de él, pura, limpia e inalcanzable. Pertenecía a un mundo en el que él nunca podría esperar entrar. Si había paz y curación en esos brazos, era una salvación que él nunca podría conocer.

"Deberías dormir," dijo ella. "No tienes que preocuparte por mí."

"¿No?" Murmuró él. El estómago se le había subido a la garganta de nuevo.

"Deja que yo te cuide. Tú descansa. Podemos volver a hablar de esto cuando te sientas mejor." Le limpió la cara con el paño húmedo, descansando el dorso de esos dedos fríos en la frente para revisar el ardor en la piel. “Tienes que oír a Justicia. Ella puede explicarlo mejor que yo."

Él gruñó de nuevo, rodó de lado dándole la espalda y se acurrucó alrededor de su cojín como si le hubieran dado una patada en el estómago.

Pescando una almohada para sí misma, Maia se acostó también, cabeza inclinada hacia adelante de modo que descansara en la espalda de Luc. Si él hubiera sido Cilo, aquí mismo, podría haber pasado los brazos sobre él y haberlo abrazado. Podría haber hablado de su miedo y de su emoción. Pero este no era su hermano,

era el mejor amigo de su hermano. Ella no tenía más derecho sobre él que unos pocos momentos prestados de su tiempo. En el mejor de los casos, tenía su amistad. Su viaje, sus miedos y sus esperanzas eran solo preocupaciones de ella. Al menos se sentía más segura cerca de su espalda, aunque él estuviera cerrado como un puño furioso.

# Capítulo 5

Maia esperaba con impaciencia mientras las barcazas pasaban por la laguna poco profunda, cruzando lentamente para atracar contra la marea descendente. Despertó a Luc de su lecho de enfermo con la ayuda de Neria y lo envió en la dirección del piloto, pero sus únicos comentarios fueron concisos, gruñidos bruscos bajo la lúgubre proyección de su humor.

Aunque ella aún llevaba la capa, Maia estaba irritada por las restricciones de sus condiciones de viaje. Rehusando permanecer en su *carpentum*, había salido a la cubierta y observaba cada movimiento, deleitándose con los matices de cada escena, cada olor. Había visto cómo se iban formando a través de las brumas de la tarde los lejanos acantilados de tiza y las amplias llanuras de arena, mientras la feroz marea baja los apresuraba hacia el Sur, contra su travesía.

Se mantuvo alejada de las pasarelas mientras los hombres descargaban los cargamentos, sacaban el embalaje de las carretas y se preparaban para desembarcarlas. A última hora de la tarde, cuando el primer equipo de mulas subió a bordo para sacar los vehículos, Neria insistió en que Maia entrara a cubierto.

Mientras se asentaba la noche, Maia se encontró instalada con las otras mujeres en una posada de carretera en *Rutupiae*, mientras su escolta desaparecía detrás de los muros del fuerte. En la intimidad de sus habitaciones, las chicas comieron bien por primera vez desde la salida de la villa de Bassus, y luego, cerca de la medianoche, el séquito partió hacia la casa de baños local.

Desde velos de vapor, llegó la voz de Justicia, tranquila pero firme. "Tengo entendido que pasaste algún tiempo con Lucius en la travesía. ¿Cómo fue que nuestro comandante acabó durmiendo en tu litera?"

Maia sabía que Justicia no aprobaría la situación, se suponía que las chicas no permitían que nadie entrara en los carros y el humor de la sacerdotisa era tan oscuro como la muerte. "Él estaba mareado. Muy

enfermo. Simplemente tropezó allí dentro y yo le dije que debería descansar allí hasta que cruzáramos y eso fue lo que hizo. No creo que él pudiera haber hecho otra cosa, para ser honesta." Frías dudas le royeron las entrañas al responder. Había algo en la forma en que la sacerdotisa había maniobrado sus posiciones, algo depredador en el ronroneo de su voz, que ponía a Maia nerviosa.

Incluso en el agua tibia, Justicia estaba rígida, dolorida, y sus ojos estaban irritados por las lágrimas o la falta de sueño. "Ya veo. ¿Y eligió él tu lecho sin invitación?" Había más en sus preguntas que simple curiosidad, y las respuestas parecían soportar una carga mayor de lo debido.

Maia asintió y Justicia continuó: "Quizá, a medida que viajemos juntas más lejos, reconocerás cuánto te he dado." El vapor se agitaba y retorcía entre ellas, al momento escondiéndose, al siguiente revelando todo lo que se podía ver. "Seguramente entonces podrá tomar decisiones más seguras."

Los viejos demonios de la humillación y la vergüenza reptaron por las palmas de Maia y ella se las frotó bajo el agua. No entendía los peligros que presentía ni las decisiones más seguras que debía tomar. También le picaba la piel. La habían despedido, eso lo entendía. Se levantó, tomó la toalla de lino y usó su aspereza para raspar su incompetencia mientras se alejaba de puntillas.

Durante los siguientes dos días permaneció envuelta en la más familiar crisálida de insignificancia. El miedo y la incertidumbre habían tiznado toda la alegría de su recién descubierta libertad. Permanecía a cubierto en su carro, durmiendo durante los días, y se aventuraba a salir por la noche solo el tiempo justo para comer. Incluso la tienda de Neria le estaba prohibida algunas noches cuando las chicas comenzaban a familiarizarse mejor con su escolta. En su soledad y aislamiento, esperó vislumbrar a Luc, pero eso era raro y ella nunca encontraba la oportunidad de hablar con él.

Delante de ellos en *Londinium*, una taberna había sido comprada y se estaba renovando, y desde allí las chicas dirigirían su salón como un templo oracular hasta que Justicia decidiera cuál era la mejor propiedad en la zona para su templo propiamente dicho. Estaba planeado que ellas estarían en su edificio al anochecer, y saberlo

era tanto un alivio como una inquietante preocupación que impedía que Maia durmiera. No quería vivir allí durante meses como una decepción, llevando todas la vergüenza de su antigua vida y replantándolas aquí, donde esperaba empezar de nuevo. Quería seguir adelante, llegar hasta Cilo y, luego, como Justicia había dicho, conocería mejor su propio futuro.

Lo que necesitaba más que nada era alguien con quien hablar. Necesitaba analizar sus opciones. Necesitaba hacer un plan para su futuro o su destino la llevaría, una vez más, a un remanso y allí se quedaría hasta que muriera. Quizá no había ningún plan que pudiera tener éxito contra el destino.

Con cuidado de no molestar a las chicas que dormían a su lado, Maia se sentó y se recogió el cabello en lazos sueltos. Se bajó la túnica de franela suave y se envolvió con la capa lavanda, la dobló hacia atrás y se la puso por la cabeza. Rápidamente se ató las sandalias y, con gran dificultad, salió del dosel, bajó al escalón y luego saltó para liberarse del carromato que se balanceaba sobre la piedra llena de baches de la carretera.

El suyo era el tercer *carpentum* de la caravana. Los soldados de infantería marchaban a lo largo de cada lado, y soldados de caballería cabalgaban uno por delante y otro por detrás. Ella caminó hacia atrás, alejándose de la carretera, resbalándose en el pedregal suelto de la calzada y tratando de sonreír para tranquilizar a los asombrados soldados que pasaban. Tan pronto como el último carro de la caravana apareció a la vista, supo hacia dónde iba. Fijando los ojos en el áspero camino empedrado bajo los pies, comenzó a correr hacia donde Luc mandaba la retaguardia.

Cuando pasó la última carreta, se acercó al jinete, se encontró con la molestia en esos ojos y le tendió la mano para que él la llevara. "¿Puedo subir contigo, por favor?"

Luc negó con la cabeza, frunciendo el ceño con exasperación. "No puedo creerlo ¿Ahora qué quieres?" Él la había pasado y ella se subió las faldas mientras comenzaba a trotar junto a él, mirando hacia arriba expectante. "Luc, por favor. Súbeme. Necesito hablar contigo."

Extendiendo la mano para entrelazarle el brazo con el suyo, él le tendió un pie para que ella subiera y la levantó de lado sobre el ancho pomo curvo de su silla. “Deberías estar a cubierto, lo sabes. Te congelarás aquí." Cuando habló no había enojo en su voz, solo resignación.

"Pero yo no soy una sacerdotisa, ¿verdad? Ahora solo soy una viajera y la túnica era demasiado pesada para correr con ella." Envolvió las resmas de tela púrpura claro en el regazo, ajustándolas sobre la cabeza y hombros. "Necesitaba hablar contigo y no hay otro momento para hacerlo."

"¿Qué tal esta noche? Llegamos a *Londinium* en una o dos horas." El denso bosque ya había dado paso a campos abiertos, alejáadose de la calzada, y en la distancia un grupo de edificios agrícolas se apiñaba bajo un cielo gris.

"No creo que a Justicia le guste que hable contigo. No le hizo mucha gracia que durmieras en la carreta durante el cruce del océano." Mordió una cuenta de la túnica cuando mientras le comenzaron a arder de vergüenza las mejillas.

"Y estará emocionada con este arreglo ahora, ¿no es así?" Él estaba sonriendo, pero el humor no se mostraba del todo en los ojos.

"Yo no sabía si te ibas a quedar en *Londinium* o si te movías a un cuartel en alguna parte y luego seguirías viajando." Maia sonrió disculpándose, sin mirarle. "Así que pensé intentarlo ahora, pero no se lo iba a contar a ella."

"No tendrás que hacerlo. Ella lo sabrá cuando lleguemos a la ciudad." Se movió hacia atrás en la silla para darle a Maia más espacio, o bien para poner algo de espacio entre él y la suave calidez del hombro. El cabello de Maia, a centímetros de su cara, brillaba como el sedoso maíz con miel, ella olía a sándalo y vino, y la cálida curva de su trasero se movía sobre su regazo con cada paso del caballo. "Si planeas una larga charla, tal vez deberías subir detrás." Detrás suya, donde él podía apartar la mirada de la piel de su mejilla donde se curvaba junto a su oreja y bajaba por su largo y pálido cuello. "Estarás más cómoda y no tendré que aguantar las miradas que recibo de mis hombres."

Maia se sonrojó de nuevo. "Lo siento. No quise avergonzarte. Es que hago las cosas sin pensar bien."

"Sí. Me he dado cuenta de eso." Volvió a sonreír, y esta vez le iluminó los ojos con auténtica diversión. Echó una pierna atrás y desmontó resbalando. Mantuvo inmóvil la montura mientras Maia se deslizaba detrás de la silla. Ella apoyó una mano en su hombro para mantener el equilibrio y se subió las estrechas faldas sobre impecables muslos para poder sentarse derecha. Luc cerró los ojos con una lenta respiración y montó de un salto, balanceando la pierna hacia adelante sobre las orejas del caballo. "Bueno, ¿qué es lo que tenemos que discutir?"

Maia intentó de nuevo acomodarse la capucha sobre el cabello, pero se le cayó, la recogió en su sitio y se ató las fajas alrededor de la cintura. Encontrar el lugar adecuado para empezar no era fácil, no había decidido exactamente qué era lo que quería decir antes de salir del carro. "No se qué hacer." Se apartó una macha de la punta de su fría nariz. "Le habría preguntado a Justicia, pero he hecho algo que la ha enojado y no creo que pueda ir a hablar con ella al respecto."

"No tienes que preocuparte demasiado por eso. No se enojará contigo durante mucho tiempo una vez que os hayáis establecido en *Londinium*."

"De acuerdo." Maia arrastró la palabra, suspicaz, preguntándose cómo podría saber él cómo iba a reaccionar Justicia. "Parece que la conoces, así que puedes decirme si debería quedarme aquí con ella y las chicas, y esperar otro mes, o si debería encontrar un modo de seguir viajando hacia donde esté la Vigésima Legión ahora."

Luc giró tan de repente que dio un tirón a la boca del caballo y lo envió danzando de lado sobre los adoquines. "¿Hablas en serio?" Un ceño fruncido le surcaba la frente mientras él la miraba.

Maia tragó saliva y se frotó los muslos con las palmas pegajosas. Los latidos de su corazón se aceleraron hasta bloquerle la garganta, por lo que tuvo que esforzarse por respirar o hablar. “Yo, sí. Quiero decir, no sé qué hacer." Maia le puso una temblorosa mano en el hombro. "Lo siento, no quise enojarte, es que necesito hablar con

alguien sobre lo que puedo hacer y no hay otra persona a quien preguntar."

Él apartó la vista para mirar hacia abajo, hacia una distancia insondable, sacudiendo suavemente la cabeza. Cuando volvió a hablar, no lo hizo con ira. La calma en su voz era incomprensión, tal vez asombro. "No estoy enojado, estoy aturdido." Sacudió la cabeza de nuevo, tratando de encontrar un modo de atravesar el caos de sus pensamientos. "No puedo creer que no sepa qué hacer. Uno simplemente se levanta y hace lo que tiene que hacer, eso es todo. Solo hazlo."

Maia exhaló un pequeño suspiro de alivio. "Pero no he hecho nada aún, ¿verdad? Solo me pregunto qué debo hacer."

"¿Nada aún? Te has escapado a hurtadillas con mujeres que no conoces para viajar a un país que nunca ha visto, hacia peligros que ni siquiera puedes imaginar, para hacerle preguntas que no puedes expresar con palabras a un hombre que no comprendes." Él rió. "Nada dice." Rió de nuevo y se pasó la mano por los ojos. "Apuesto a que no has traído nada salvo lo que llevas puesto, ¿me equivoco?"

"Sí." Maia casi sonrió. "También he traído mi nuez de la suerte y la moneda de plata de mi madre y mi brazalete de nudos y..." No quiso mencionar el nudo de novia, aún en su cintura, esperando que su esposo lo desatara. "Y apenas nada."

"Así es, apenas nada." Pero ambos estaban hablando de diferentes verdades.

Él cabalgó en silencio durante un rato y Maia se mordió el labio, obligándose a dejar a Luc pensar en paz. El frío le estaba subiendo por la espalda, soplando temblores en la mandíbula desde atrás, y el calor que ella tenía delante era magnético. Se frotó la piel de los brazos, deseando poder envolverlos alrededor de ese calor, poder presionar el rostro y el cuerpo contra aquella espalda y dejar que él alejara el frío con su calor.

Cuando por fin habló, había tomado una decisión. "No tienes que preocuparte de que Tish esté enojada, eso se resolverá. Deberías quedarte con ella donde estés a salvo, y yo hablaré con Cilo. Le

enviaré un mensajero de relevo en cuanto lleguemos al cuartel de aquí arriba. Cuando él sepa que has recorrido todo este camino hasta aquí, encontrará un modo de volver contigo."

Las palabras se apresuraron en la boca de Maia, pero él siguió hablando y ella tuvo que morderse la lengua para no decir nada. "Les voy a dar a estos muchachos unos días libres en la ciudad, no habrá nada que decir cuando regresemos. Ni siquiera estoy seguro de a qué fuerte estamos destinados. Se estaban moviendo hacia el Norte, ¿entiendes?, y no sabré dónde van a acabar hasta que lleguemos allí."

Las distancias se abrieron a lo largo de su pausa, y Maia no estaba segura de si debía hablar. "¿Y?" ella instó.

"Y eso es lo que creo que deberías hacer. Ve por el camino seguro, aunque solo sea por esta vez. Tú me has preguntado qué deberías hacer, pues esta es mi respuesta. Mantente a salvo. Mantente alejada del derramamiento de sangre. Deja que él acuda a ti. Y yo te traeré su respuesta antes de que salgamos de la ciudad. Todo se habrá arreglado para entonces."

“¿Qué se habrá arreglado? ¿Cuánto tiempo le tomará llegar aquí? No podrá irse de allí sin más, ¿verdad?" Había otras preguntas impacientes por ser escuchadas, demasiadas para expresarlas.

“El problema que está enfadando a Justicia se arreglará. Eso es lo único que sé con certeza ahora. Cilo es Tribuno, puede ir prácticamente adonde quiera, siempre que Agricola le dé permiso. Entonces, cuando él venga, depende de él tanto como lo permita el verdadero plan de batalla. Por el momento, no deberían estar haciendo otra cosa que moverse de una base permanente a la siguiente, pero yo llevo fuera más de un mes. Eso es mucho tiempo por aquí. Muchas cosas pueden haber ocurrido."

Maia hizo una pausa entre las preguntas, demasiadas incluso para ella, y ninguna con respuestas claras. Se estudió la mitad de la palma de la mano, frotándola con la yema del pulgar, quitando el sudor y la grasa del cuero. "Entonces, ¿debería quedarme?" Ella estaba haciendo pucheros, inconsciente, mientras se frotaba la mano.

“Ese es mi presentimiento. Tú no sabes lo duro que es estar ahí fuera. Ni siquiera sé cómo planeabas viajar. Con nosotros, con estos hombres, estarás bastante a salvo siendo la hermana de Cilo. Nadie te va a causar ningún pesar, puedes confiar en eso. Pero si intentas viajar con comerciantes o con cualquier caravana de provisiones, estarás sola, y aquí no hay ninguna mujer sola a salvo."

“Tish siempre viaja con alguien vigilándole la espalda. Ella no iría al Norte a menos que las carreteras estén aseguradas y ella tenga una cohorte colgando de sus vigas. Ella consulta las zonas de guerra con tanta atención como cualquier general. Sabe cuándo es seguro moverse. Si tienes que ir a alguna parte, es así."

"Luc." Susurró Maia, apoyando la frente sobre el duro cuero entre esos hombros.

"¿Si?"

"Gracias."

"Oh, claro."

“No, lo digo en serio. Gracias por escucharme. Gracias por responderme como si yo importara. Como si la respuesta importara."

"No hay problema."

"Nunca tuve un amigo a quien le importara lo suficiente para escucharme, excepto Cilo." Su nombre se suspendía entre los dos en el cálido silencio, trazando hebras de los recuerdos de ambos. Para Maia dibujaba una madeja de complejas contradicciones. Todo lo que sabía de él requería su confianza y, sin embargo, sus decisiones le habían robado todo lo que ella había sabido. Su vida había implosionado al paso de ambos. Cilo había descartado su opinión tan seguro como si ella fuese irrelevante, y eso dejaba el amargo sabor de la traición. Si él la valorara, le habría hablado a Maia sobre las elecciones que él tenía, la habría hecho real.

Pellizcando las brillantes cuentas a lo largo del dobladillo de su chal, por fin preguntó. "Tú confías en él, ¿no es así?"

"¿Confiar en el? Nunca he tenido motivos para dudar de él. Él es el blanco y el negro. Siempre he sabido qué defiende. Pero no siempre estoy de acuerdo con él. No sé cómo me sentiría si estuviera en tu posición. No sé cómo te mantienes tan tranquila, con tanta gracia."

Gracia. Maia miró la tela marcada y arrugada atrapada en una maraña alrededor de las caderas. Trató, sin éxito, volver a colocarla sobre los hombros. El pelaje del caballo estaba húmedo bajo ella y la suciedad y la crin de caballo le habían formado una línea oscura hasta la rodilla. La mayor parte del cabello se le había soltado y le caía en rizos por las mejillas y hombros. Gracia. ¿A quién quería él engañar?"¿Crees que él crea su propio destino?"

Luc rió bien alto. "Él juega con los dioses todos los días." Sin dejar de sonreír, dijo: "Lo arriesga todo todos y cada uno de los días y luego simplemente tira los dados."

"Pero él aún juega los juegos que los dioses decretan, entonces. Aún sigue el destino que le han marcado." Ella trazó los nudos del destino que recorrían su brazalete. "Una vez me dijo que nuestros amores y nuestras muertes están escritos desde el día en que nacemos. Dijo que no se pueden cambiar."

"Sí, y creer eso es lo que le hace tan intrépido. Y tan terco."

Maia frunció el ceño. O tal vez estar destinado a la guerra significaba no tener que afrontar nunca el miedo a elegir otro camino. "Tal vez se precipita a la batalla para no tener que mirar las sombras a su espalda."

Luc observó las sombras de la tarde que se amontonaban frente a la carretera, y a los árboles distantes cuyas raíces se hundían profundamente en el suelo, alimentándose aún de antigua sangre, de viejos asesinatos. No había parte del imperio que no hubiera quedado empapado de un charco escarlata. Guerra y sombras, a él le parecían lo mismo. "Esa es una pregunta que tendrás que hacerle a él."

"No creo que él venga a *Londinium*. Creo que se quedará y luchará, como si no tuviera otra opción, porque yo no creo que tenga buenas respuestas para mí." Miró las sombras cada vez más profundas del

mundo que la rodeaba. Por encima del hombro, los bosques volvían a amontonarse a sotavento de las colinas y los pastizales se perdían en la distancia. Tras ellos, la carretera se extendía llevándose el pasado consigo. Solo las sombras que tenía delante le deparaban futuro. No quedaba nada más de lo que huir.

Luc se abrigó de silencio y miró el horizonte en busca de la primera visión del río *Tamesis*. A lo lejos, ligeras columnas de humo marcaban la ciudad y su fuerte. La hierba se abría en llanuras pantanosas, pero la calzada avanzaba tan sólida como el imperio, elevada por encima de los pantanos y barrancos. Alta, firme y recta.

Cuando por fin Luc habló de nuevo, sus pensamientos se habían movido muchas más leguas de las que habían viajado. “¿Recuerdas algo de esto? ¿El campo? ¿El idioma? ¿Alguna de las personas?"

"No," dijo Maia. “Yo era muy pequeña. A veces creo que recuerdo cosas, pero lo más probable es que sean los recuerdos de mi madre, contados como historias, y que yo me he dejado arrastrar hacia ellas. A veces la recuerdo hablando en otro idioma y sé lo que ella decía, pero no recuerdo las palabras."

"¿Qué cosas crees recordar?"

“Una jaula de esclavos rodando por la nieve. Mi madre mendigando comida y agua para que yo pudiera comer. Embarrados puestos de esclavos en *Lutetia*. Nada de este país. Ni de la gente de mi madre. O de mi padre."

"Nada a lo que te quieras aferrar, parece." Su tono fue de disculpa, como si quisiera preguntar más, pero sintiera que caminaba por lugares dolorosos.

“Algo de eso está bien. Recuerdo más de mi madre una vez que vivíamos con Bassus. Ella solía decirme, una y otra vez, que el valor radica en encontrar la alegría sin importar adónde te lleve el destino. Todos estos años he intentado hacer eso, estar alegre. Pero luego supe que ella nunca se quedaba quieta, nunca se dejaba llevar por la vida. Encontró lo que necesitaba: buscaba la felicidad, para las dos."

"¿Como casarse con Bassus, quieres decir?"

Maia rió. "Ella me dijo una vez que él era solo un romano, pero que era un hombre amable y que nos podría ir peor." Asintió para sí misma en silenciosa aprobación a la sabiduría de su madre. "Y él lo es, también. Le concedió la libertad antes de casarse con ella. Podríamos haberlo dejado en ese mismo momento, pero él era nuestra única esperanza de tener una vida buena. Creo que ella le tenía mucho cariño."

“Solo un romano. Solo un esclavo extranjero diría eso. Mi padre es romano, ahora. Cumplió sus veinticinco años de servicio militar obligatorio. Ahora es un ciudadano romano y ya no es un mercenario. Tiene su casa, una pensión y un diploma que le da derecho a casarse con la mujer con la que se casó hace treinta y cinco años. Pero no sus hijos. Todos estamos en el ejército. Todos en Auxiliaría. Reclutados durante veinticinco largos años." Su risa fue un ladrido, tosiendo más que riendo. "Aún me quedan quince años para ser romano."

"Lo siento, no pretendí sonar insultante. Solo estaba orgullosa de quién había sido ella. El mundo romano no fue para ella más que un invasor, al principio, y un inconveniente al final."

“No me siento insultado, para nada. Yo estoy de acuerdo con ella." Sus palabras sonaron bajito, desgastadas por el pesar.

“¿Por qué hacerlo entonces? Si no quieres la ciudadanía, ¿por qué quedarse?" Maia conocía el ejército. Siempre había sido el tema favorito de Cilo. Los auxiliares, unidades extranjeras libres, podrían dimitir. A menos que fuesen esclavos no estaban obligados a servir como los ciudadanos romanos.

Luc guardó silencio durante un largo momento. Sus anchos hombros parecieron caer, su espalda recta se deslizó dentro del cuero protector. "Buena pregunta," dijo. Si había buenas respuestas, siguieron ocultas en su silencio. Maia se encogió de hombros y frunció los labios con un pucherito. Lo único que él necesitaba era un certificado de baja de su oficial al mando y podría marcharse en cualquier momento.

Luc tiró del caballo hacia el lado del camino, alzando la vista a lo largo de la lenta línea del horizonte que se acercaba. "Nos detendremos aquí en unos momentos," dijo. "Hay un puente que cruzar antes de entrar en las murallas de la ciudad." Giró lo mejor que pudo en la silla, tratando de mirarla más claramente a la luz que se desvanecía rápidamente. “Maia, quiero que me prometas que te quedarás con Justicia. Prométeme que no te irás en cuanto lleguemos a *Londinium*." Su ceño era profundo, penosas preocupaciones brillaban en sus ojos, y la miró fijamente hasta que ella se vio obligada a responder.

"De acuerdo. No creo que haya nada más que pueda hacer."

“Eso no es una promesa. Quiero que me prometas que te quedarás. Vendré a verte antes de irme. Necesito saber que aún estarás aquí. Prométemelo."

No había forma de escapar de la insistencia de su mirada y ella no tenía planes que seguir de todos modos. Él había dejado claro que no había una solución segura. "Lo prometo. Esperaré allí hasta que vengas a verme. Por mi honor. "

Tirando del caballo mientras los carretas comenzaban a reducir la velocidad, Luc se volvió para deslizar el brazo por el de ella, para sostenerla mientras ella demontaba resbalando por su flanco. "Si envío un mensajero de relevo por delante mañana por la mañana, son cuarenta leguas hasta *Viroconium*." Se tranquilizó diciendo los cálculos en voz alta. “Siete leguas cada uno, seis corredores, catorce, son quince horas en cada sentido, puedo tener una respuesta de Cilo en los próximos dos días. Vas a esperar, ¿no es así?"

Maia se enderezó la túnica en las piernas y trató de acomodar la arrugada palla en su sitio. "¡Que si! Ya te lo he prometido." Miró a lo largo de los carros alejándose de él hacia el tercero en la fila. Más adelante, la caravana esperaba mientras otra fila de vehículos pasaba hacia ellos por un puente largo y estrecho. Muy por debajo, el río fluía profundo y oscuro a este lado, y amplios bajíos más pálidos en el opuesto. Cuando la última luz del atardecer se desvaneció del cielo, Maia volvió a meterse en su *carpentum*. En la penumbra, se quitó el polvo de la pegajosa crin de los muslos y

trató de mesarse el cabello con cuidado como Neria le había enseñado. Parecía hacer más frío entre las pilas de cálida ropa de cama que detrás de Luc. En la penumbra, Neria se agitó, levantó la cabeza y miró a su alrededor con ojos llorosos.

"¿Gracia? Sí, claro." susurró Maia. Neria no pudo hacer más que quedarse mirando sin comprender.

# Capítulo 6

Los espectadores curiosos se apretaron más sus chales de lana, mirando a través de la luz grasienta de la lámpara la opulenta caravana que pasaba por la puerta principal de la ciudad, más allá de los altos edificios de piedra del puerto y entraba en el municipio. A Maia todo le parecía oscuro y pobre a la pálida luz y las sombras nocturnas.

Dentro de los muros de piedra de la ciudad, las casas y tabernas eran todas bajas estructuras de madera y adobe que parecían apiñarse en ordenadas hileras, amontonadas para cotillear o encorvadas bajo la carga de sus aleros. Los caminos eran bastante anchos para pasar fácilmente y las tabernas y los puestos del mercado estaban bien iluminados, pero esta ciudad lejana no era nada comparable con las deslumbrantes y ordenadas hileras de Roma.

La gente que pasaban vestía como los romanos en todas partes, nada parecía exótico o misterioso. De hecho, parecía que la llegada de la caravana de Justicia era de mucho más interés para los lugareños de lo que podrían haber sido para ella. Un joven, poco más que un niño, se adelantó corriendo, esperando cuando era necesario a que los carros pasaran por las esquinas, conduciéndolos hasta la posada que Justicia había comprado para su salón.

Habían recorrido una corta distancia paralela a la orilla del río, hacia donde remitían los mercados y sus grupos de viviendas, cuando el viaje llegó a su fin. Su casa era de piedra o ladrillo, Maia no podía verlo en la oscuridad. Estaba enlucida y encalada con un brillo que no se veía en los otros edificios. Se había construido un amplio pórtico cubierto en la entrada, acogedor, de modo que incluso desde la calle Maia sintió que podía pertenecer allí. Era el único lugar que había visto que le parecía lo bastante familiar como para ser su hogar.

Las chicas se movieron en silencio, tensas por la impaciencia del descanso, cruzando la puerta hacia un amplio vestíbulo de entrada.

El espacioso comedor que había detrás estaba abarrotado de mullidos sofás y bufés repletos de excelentes comidas y vino. Gruesas alfombras cubrían la aspereza del suelo de piedra y murales incompletos danzaban desde las paredes circundantes.

Maia giró en redondo lentamente, con la boca ligeramente abierta mientras disfrutaba de la riqueza de la habitación. Las chicas se estaban despojando de sus túnicas a la luz del fuego, merodeaban por los pasillos que conducían desde la habitación central, gritando y riendo, y ella se encontró sola. Desabrochándose la capa, giró rápido de debajo de esta, dejándola caer al suelo mientras ella salía corriendo de regreso al atrio.

Justicia estaba de pie, con capa y majestuosa, junto a una mujer mayor vestida con la sencilla túnica y abrigo de una sirvienta doméstica. Luc estaba con ellas y Maia corrió a su lado, tomando su mano. "Ven conmigo, mira este lugar."

Antes de que él pudiera responder, Justicia colocó una mano sobre la de Maia, presionando hacia abajo con la suficiente firmeza para romper la invitación, y dijo: "No aceptaremos invitados durante un tiempo. Es mejor que entres tú primero y averigües todo lo que hay que ver."

"Lo siento." Maia se quedó paralizada, secándose las manos en el muslo, mirando desde Luc hacia la sacerdotisa y viceversa. "Lo siento. Yo..." No estaba segura de por qué disculparse, solo que debía hacerlo.

"Está bien, pequeña. Entra ahora." El hielo en los ojos de Justicia hacía una mentira de sy sonrisa y Maia dio media vuelta. El creciente calor le quemaba las mejillas mientras ella volvía andando al *cenarium*.

"Dos días, Maia," exclamó Luc como para asegurarse de que él tenía la última palabra, aunque a Justicia rara vez se la contrariaba.

"Solo un minuto." El tono de Justicia resonó en las paredes como una bofetada y Maia se detuvo en seco. "¿Puedo asumir que se quedará en *Londinium* durante unos días, comandante?"

"Sí, así es." Luc parecía imperturbable por la afilada articulación de la mujer, mirándola a los ojos con frialdad. “Envío mensajeros a *Viroconium*, a Cilo. ¿Hay algo que le gustaría que agregara al mensaje en su nombre?" Maia vio una dureza en las líneas alrededor de la boca que ella no había notado antes mientra él se acercaba a la Suma Sacerdotisa.

Justicia era casi tan alta como Luc y su cuerpo se balanceó hacia él, como si quisiera apoyar la barbilla en su hombro o girar para deslizarse bajo su brazo.

"No. Nada, gracias." Ella pareció retirarse, ceder, cuando agregó. "Le esperaremos entonces. En dos días. ¿Un último banquete antes de que todos partáis?"

"Quizá." Él hizo una breve inclinación de cabeza, luego se volvió para despedirse de Maia con un asentimiento menos formal antes de salir por la puerta, dirigiéndose al fuerte en la esquina noroeste de la ciudad amurallada.

Maia se sintió sola de pronto, a pesar de los sonidos de celebración que se elevaban desde el comedor. No había calidez ni bienvenida en el rostro de Justicia. Su mirada era introspectiva y ella parecía rígida, como si hubiera agarrado toda su determinación ante un dolor insoportable.

"Bueno." Justicia aplaudió ligeramente como si de veras hubiera llegado a una conclusión satisfactoria. "Aquí todo parece perfecto, Olwyn. Ven a comer con nosotras, quiero saber qué arreglos has hecho para la seguridad y el mantenimiento." Mientras hablaba, se acercó a Maia, la tomó del brazo con suavidad y condujo al trío tranquilamente al comedor.

La comida se había preparado para que la nueva propietaria tuviera una buena idea de los productos disponibles locales e importados. Carnes, aves y quesos formaban buena parte del bufé, con cuencos rebosantes de frutas frescas y secas, y salseras de todo tipo rodeando las bandejas. En el medio había altas pilas de rollos de pan y pasteles ligeros.

Maia comió rica comida romana, nada que ver con los suaves guisos

y papillas de su viaje, y se chupó los dedos con las salsas y mojó pan por el plato. Cuando terminó, miró a sus compañeras. Algunas de las caras no las conocía, a pesar de sus muchos días de viaje en su compañía. Todas habían permanecido a cubierto con tanta diligencia que Maia rara vez les había visto las caras.

Ahora no solo tenían la cara descubierta, sino que también exhibían sus ropas, y los ojos de Maia brillaban de puro deleite. Estas eran inmaculadas, elegantes, envueltas en telas diáfanas, translúcidas y teñidas de colores que ella nunca había imaginado posibles.

Miró en toda su propia longitud mientras se reclinaba y jadeó al notar el estado en que se encontraba. Su pálida túnica estaba rasgada y marcada con la sucia grasa de la silla de montar, y la crin se había asimilado a la tela. Su palla de seda púrpura estaba arrugada irremediablemente y algunas de las cuentas brillantes colgaban de hilos sueltos. La vergüenza escaldó sus mejillas en escarlata.

Miró a las impecables criaturas que se reclinaban con tanta gracia en los sofás que la rodeaban. Todos los años de soportar los ataques de Lyvia nunca habían logrado dibujar un solo día en el que Maia se sintiera elegante, ni uno solo. Lágrimas ardientes se elevaban mientras una terrible comprensión tomaba forma y se tallaba en la dura verdad tras estas.

Aunque se vistiera así, se bañara en agua fragante y se ensartara joyas en el cabello, al final la madrastra tenía razón. Ella era una bárbara. Una hija salvaje de las colonias. No tenía un solo hueso elegante en su cuerpo. "¿Gracia?" Dijo ahogada, desesperada por estar en algún lugar donde pudiera esconderse.

"¿Estás bien?" Neria se arrodilló a su lado, su mano fría ligeramente sobre la de Maia. "Ey." Su sonrisa era brillante y entusiasta. "Ven a echar un vistazo. Tienes que elegir una habitación."

Maia alzó la vista mientras Neria estaba de pie tendiéndole la mano. Se sintió congelada, rígida por unos sueños repentinamente hechos pedazos. "Yo no pertenezco aquí," susurró.

Neria se arrodilló de nuevo, rápida, y apoyó la palma de la mano en

la caliente mejilla de Maia. “Ninguna de nosotras pertenecemos aquí. Todas nos mudamos hacia otro lugar. Todas de otros lugares. Pero aquí no se está tan mal, hay vidas peores, y al final no tienes que ser como ninguna otra personas."

"No lo soy. Solo es eso. No soy como ninguna otra persona de aquí. No pertenezco aquí, ¿verdad?" Sollozó y miró a su alrededor con timidez.

Desde el sofá de al lado, Justicia las observaba desde detrás de una caída de cabello azabache, y Neria se levantó otra vez con la mano extendida. "Vamos. Ven conmigo."

Maia giró sus sucias piernas fuera del sofá y tomó la mano. Siendo conducida, siguió por uno de los pasillos, moviéndose entre puertas cerradas y grandes habitaciones abiertas. Cerca del final, ambas giraron hacia una tosca puerta de madera y Neria la abrió para entrar en la habitación. "Aquí, esta está bien." Cerró la puerta detrás de ella y miró a su alrededor.

“En un momento te traeré ropa limpia y podrás cambiarte. No importa si la que llevas está arruinada, eso no es nada, no es nada más que tela. No dejes que eso te moleste, no ahora que estamos aquí."

“Este edificio fue una vez una posada, por lo que tiene su propio pozo y bomba de cadena, y ollas para calentar el agua. Tengo entendido que también tiene un jardín amurallado, por lo que podemos sentarnos al sol algunos días. Detrás de la casa hay huertos para verduras y hierbas y gallineros para palomas y aves de corral."

“Aquí viviremos muy bien, Maia, muy cómodamente y con buena comida. Tish ya habrá pagado por la seguridad, los sirvientes domésticos se ocuparán de cocinar y limpiar, trabajaremos cuando queramos y dormiremos cuando queramos. Hay vidas mucho peores que vivir. Mucho peores. No será difícil ser feliz aquí, en serio."

Tomó las dos manos de Maia entre las suyas, suplicándole que encontrara esperanza en sus palabras. “Si aún hay algo que te entristece, algo más que necesitas, pregúntale a Tish. Si es

humanamente posible, ella encontrará la manera de darte a ti, a cualquiera de nosotras, cualquier cosa que podamos esperar."

Maia retiró las manos, se secó los ojos y suspiró. “Yo ya tenía todo esto. Todo. Esto es todo lo que dejé atrás. Y yo no pertenecía allí tampoco."

Los enormes ojos azules que buscaban los suyos mostraron una confusión tan absoluta que Maia sintió que estaba hablando en una lengua extranjera. Maia quería hablar sobre ser importante, sobre ser real. Quería explicar el abrumador aburrimiento de ser atendida cuando nada ni nadie necesitaba tu atención. Quería explicar el helado entumecimiento que la llenaba de desesperanza. Y sobre pertenecer y sobre ser amada. Pero las verdades que conocía se desvanecían en agudos lamentos, transmitidos por flautas de madera, canciones intemporales tejidas con palabras olvidadas.

En cambio, sonrió, abrazando la bondad de Neria para sí misma. Desde que tenía memoria, Tiberia había sido la única persona que nunca la había abrazado, nunca la había apoyado. Nunca. Cuando se obligó a abrir los brazos, dijo: "Necesito lavarme."

El rostro de Neria se iluminó con el brillo peculiar de su sonrisa. Esto era algo que ella podía entender. "Ven conmigo entonces. Te buscaré algo de ropa. ¿Qué tipo de cosas quieres?"

"Lo sabré cuando vea lo que hay para elegir." Aunque logró sonreír, algo profundo se había conmovido en su interior. Las frías realidades de piedra de su vida, las verdades que había dejado de lado en sus esfuerzos por ser quien debía ser, surgieron en la boca de su estómago. Se sintió vagamente mareada mientras seguía a Neria por el pasillo hasta otra habitación donde una piscina poco profunda humeaba la fragancia en el aire. Mientras se despojaba de sus bonitas ilusiones lavanda y se quitaba la mugrienta túnica, dijo: “Ya lo sé. Quiero lana suave. Cálida y gruesa. Quiero algo práctico, no bonito. Quiero algo fuerte, no delicado." Neria pareció insegura, un poco horrorizada, y Maia volvió a sonreír. “Si ninguna de las chicas tiene algo así, los domésticos lo tendrán. Tendrán el tipo de ropa que usaría una persona normal que vive aquí, ¿no es así?"

“Hmm. Veré lo que puedo encontrar. No tardaré demasiado."

Maia se deslizó en el agua dejando que su cabello se extendiera por el rostro y dejando que el vapor de agua cubriera y le llenara los ojos. Contuvo el aliento, sintiendo cada lágrima que nunca había derramado lavarle la piel, sintiendo el cuerpo penando en busca de aire, sintiendo la desesperada realidad de la necesidad de respirar. Decidió sentarse erguida y apartar el agua.

Dos días parecieron de pronto una eternidad. Dos días, había prometido ella. Luc cumpliría sus promesas, ella tenía que cumplir las suyas. En dos días sabría lo que Cilo tenía que decir. Mientras tanto, podía pensar bien las cosas. No impulsivamente. Solo serían dos días.

# Capítulo 7

Todos los años de inactividad ardían en sus miembros, inquietos e inarticulados. Maia paseaba por los jardines detrás del salón. Dando zancadas, pisoteando su impaciencia en la piedra triturada de los senderos mientras seguía las direcciones establecidas, hacia el centro y hacia afuera a lo largo de la pared trasera de picas. Por encima de sus afiladas cimas veía el frío cielo gris y podía buscar en las nubes las columnas de humo que se elevaban desde los barracones del abierto campo de escombros. Pero no podía ver nada, ni oír nada, del mundo fuera de la casa.

Dos días habían pasado a tres y Luc aún no había regresado con la palabra que había prometido. La agitación se retorcía en la boca del estómago, torciéndose y revolviéndose alrededor de algo que comenzaba a parecerse a la rabia. Algo pesado, frío y duro había crecido profundamente en su pecho, de modo que hasta el aliento que respiraba luchaba por abrirse paso, se espesaba y salía ahogado de unas mandíbulas apretadas.

Por la noche, la casa estaba solemne y discretamente ajetreada. Los hombres que llamaban para hacer sus ofrendas votivas eran devotos y respetuosos, en su mayoría soldados y siempre bienvenidos. Las salas de baños tenían un suministro constante de agua humeante y las *Lupae* realizaban baños rituales, lavaban el cabello, masajeaban y afeitaban a los suplicantes.

En otras habitaciones, jergones con dosel se cubrían con gruesas pieles de lobo y otras pieles, correas de cuero colgaban de los travesaños y las sacerdotisas vestían taparrabos de cuero y fajas de pieles. De estas habitaciones venían aullidos de duelo, gritos lupinos nocturnos que resonaban en los pasillos y erizaban el vello de la nuca de Maia mientras dormía, o intentaba hacerlo, en su guarida.

Durante el día, las chicas, incluida Justicia, continuaban con sus contrarios patrones de sueño, con las contraventanas cerradas, los pasos amortiguados por pesadas alfombras y el parloteo susurrado de las trabajadoras del hogar. Durante el primer día, Neria había

permanecido despierta, riendo mucho, tratando de disuadir a Maia de su elección de ropa. Los descartes que había reunido eran algunas de las cosas más hermosas que Maia había visto en su vida: telas de fuera de las fronteras del imperio; telas que brillaban como la plata, que deslumbraban con cuentas de piedras preciosas; túnicas rígidas con hilos de metales preciosos y vestidos holgados de tiras de cuero más suave que la lana fina.

Sin embargo, ninguna de estas cosas encajaba con la creciente inquietud que la atormentaba. Al final, los dejó a un lado y se quedó con su elección de lana suave y gruesa. Una camiseta de lino muy fina junto a su piel era su única extravagancia, y sandalias que le llegaban hasta las rodillas.

Mientras caminaba a grandes zancadas por el jardín la tercera mañana, luchaba contra la creciente urgencia en su sangre. Esto era lo único que podía hacer para rodear el patio cuando su corazón anhelaba abrir la puerta principal, caminar por la calle y no mirar atrás nunca. No tenía una idea clara de adónde tenía que ir, ni dinero para viajar ni medio de transporte. Luc había dicho que no había un modo seguro para que una mujer viajara en este extremo del imperio, que había zonas de guerra y peligros para los inadvertidos. Esta vez al menos había intentado pensar en cómo encontrar un camino a través de todo ello, y la frustración resultante le hacía querer romper cosas, pisotear, patalear y gritar. Lo único que podía hacer era pasear.

Cuando Neria llamó desde la puerta de la cocina, el sonido la atravesó con un sentimiento de culpa, cada nervio sufría espasmos y le hormigueaba la piel.

Con locos movimientos para que Maia se diera prisa, miró a su alrededor con complicidad. “Shh. Venga. Tenemos que salir. Toma," susurró mientras le entregaba a Maia su pesada capa negra.

"¿Adónde?"

"¡Shh!" Los ojos de Neria estaban muy abiertos por la emoción, o el terror, mientras tomaba la mano de Maia y, trotando, la remolcaba hacia la puerta principal. Pasando por detrás de Maia y cerrando la puerta de nuevo con excesivo cuidado, se giró para abrazar

rápidamente a un soldado que estaba en el patio, luego tomó la mano de Maia de nuevo mientras los tres salían y caminaban por la calle.

Maia se enderezó la capucha, bajándola por el hábito, mirándose los pies por miedo a tropezar con el dobladillo. En cuanto salieron de la posada, Maia volvió a preguntar: “¿Adónde vamos? ¿Qué esta pasando?"

"No te pares." Neria estaba sin aliento. "Si Olwyn nos ve, estamos muertas. Deprisa. Es solo hasta el final de ahí." Treinta metros calle abajo, un edificio achaparrado con amplios aleros de paja encorvaba los hombros para protegerse de la llovizna, las ventanas delanteras estaban cerradas como ojos resignados. Cuando el trío pasó junto a la baja pared de adobe, bajaron el paso a su lado, poniendo su silenciosa resolución entre ellos y el salón de Justicia. Neria soltó un grito ahogado, como si hubiera estado conteniendo la respiración mientras caminaban.

Ella rió, nerviosa y emocionada. "¿Estás bien?" Rió de nuevo y se aferró a la mano de su escolta.

"Estoy bien. ¿Qué esta pasando?" Maia miró a su alrededor a los espacios abiertos de *Londinium*. El siguiente edificio era una casa más pequeña que el edificio detrás del cual se escondían, más acogedora. Al otro lado de la calle, pero varios cientos de metros más adelante, comenzaba una hilera de casas donde su calle se unía con la carretera principal hacia el centro de la ciudad. La libertad agarró el pecho de Maia y apretó. Todas sus promesas pendían de un delicado hilo de confusión. Si movía sus temblorosas rodillas un paso, y luego otro, estaría corriendo de nuevo, corriendo hacia las sombras de delante.

Cuando se retiró la capucha lo suficiente para mirar a sus compañeros, Maia reconoció al joven de uniforme. Era uno de los auxiliares de Luc, vestido con la misma túnica gris y una larga falda marrón, pero vestía una cota de malla pesada allí donde Luc vestía una armadura de cuero.

"Bryn trajo anoche un mensaje para ti," dijo Neria. "Te vamos a llevar con Lucius y no él quiere que Tish lo sepa. ¿Te parece bien

todo esto? ¿Vas a venir?"

Como si hubiera alguna duda. "Sí. ¿Dónde está?"

El soldado respondió: "Está en la ciudad, esperando. Eso significa que tenemos que doblar aquí la esquina y luego ir a la izquierda. Allí hay una taberna. Está tranquilo a esta hora del día, pero estamos caminando al raso y eso llamará la atención. Cubríos bien, caminad juntas y no habléis con nadie. Estaré justo detrás de vosotras. ¿Estás preparada?"

Maia y Neria bajaron las capuchas, agacharon la cabeza y caminaron del brazo. Varios pasos detrás de ellas, la zancada de su escolta era rígida, formal, como si estuviera cumpliendo un deber urgente. Las chicas se levantaron los dobladillos, casi necesitando correr solo para adelantarse al mesurado tranco de un hombre que marchaba por su vida.

Cuando llegaron a la esquina y entraron en la calle principal, se movían entre una multitud de compradores, soldados y comerciantes curiosos. Sin frenar el paso, hilaron tan cuidadosamente como pudieron entre los carros y barriles que obstruían y dirigían a la multitud. Nadie parecía tener prisa ni estaba ansioso por despejar el camino para los que sí la tenían, y Maia descubrió que su respiración era entrecortada, los latidos del corazón se aceleraban y el sudor corría por sus labios. Cuando pensó que tendría que pedir un momento para recuperar el aliento, su escolta dijo bruscamente: "Justo aquí," y se detuvieron en el frontal abierto del patio de una taberna.

En el remanso más tranquilo del patio, lejos del flujo de los moradores de la ciudad, se detuvieron solo el tiempo suficiente para que su escolta buscara alguna señal de haber sido seguido antes de hacerlas pasar silenciosamente por la puerta principal.

En el interior, la húmeda luz de la mañana era inquietante, atestada por sombras que pendían en los rincones lejos del fuego. Ninguno de los ocupantes levantó la vista cuando el trío se encaminó silenciosamente hasta una pesada mesa de caballete cerca del fondo.

Luc se levantó mientras se acercaban, con los ojos fijos en Maia como si ella llevara la esperanza encima. Él sonrió en bienvenida, pero los miedos se acumulaban detrás de esos ojos y un ceño fruncido de incertidumbre le arrugaba la frente.

No llevaba armadura, solo el tosco lino de su túnica y una falda larga ceñida por un grueso cuero. Y se había cambiado las sandalias militares por unas resistentes botas, forradas de piel, cuyos lazos le llegaban hasta las rodillas.

Maia estudió ese rostro, trazando cada línea, cada sombra en la barba incipiente de su barbilla, buscando una revelación. Antes de que pudiera descifrar sus secretos, Luc bajó el rostro y dejó que las sombras de la habitación los ocultaran. Echó mano al cuello de su túnica y sacó un pergamino enrollado y atado con una cinta de cuero. Como si su contenido lo horrorizara, se lo empujó a Maia mientras ella se movía para sentarse. “Esto vino anoche. Hay dinero también."

Maia trató de registrar esos ojos una vez más antes de dejarse caer en su asiento, quitar la cinta del rollo y leer.

«Lucius,
Utiliza este dinero para comprar una casa adecuada para Maia. Necesitará sirvientes domésticos y personal de seguridad. Ella debe ser reubicada lejos de Justicia lo antes posible. Enviaré un mensaje a nuestro padre desde aquí. Dale mi amor y dile que acudiré a ella en cuanto esta guerra lo permita.
Confiándola a tu cuidado, Cilo.»

Temblores salieron de su corazón a través de todos los músculos de su cuerpo. Su capucha la asfixiaba y se la quitó. La oscuridad colmó su visión, por lo que el mensaje y todo lo que había en la habitación a su alrededor pareció desaparecer. El sudor se acumuló bajo sus ojos, fuegos rugían en su pecho, ahogándola, dejando que su piel se congelara mientras se sonrojaba y se volvía blanca.

Maia negó con la cabeza y abrió la boca para hablar, pero no había nada que decir, ni una palabra, solo náuseas. Abandonada. Otra vez.

Luc no había alzado la vista. Buscaba en el suelo entre sus pies. Neria se retiró tentativamente la capucha lo justo para ver el pergamino y lo levantó con cuidado de los dedos entumecidos de Maia. Lo leyó, se encogió de hombros y volvió a leerlo. Sonriendo, puso una gentil mano en el hombro de Maia. “Esto está bien, cariño. Hay algunas casas bonitas, estoy segura. Podré ir a verte." Miró a Luc, tratando de evaluar la gravedad del problema.

Maia miraba fijamente el lugar donde había estado el pergamino, oyendo a su amiga solo como un murmullo lejano. Tragó, tratando de descongelar su voz, para que su lengua respondiera. La mano que se levantó para limpiar su boca temblaba violentamente y Neria la agarró, sosteniéndola entre las suyas. “Maia, mírame. Estarás bien. Todo va a salir bien."

Miró las sombras encapuchadas alrededor del rostro de Neria y se atragantó con una risa o un sollozo. ¿Todo iba a salir bien? Nada estaba bien. Nada iba a salir bien. Volviendo a centrar su atención en Luc, consiguió emitir un áspero: "¿Hay dinero?"

"Sí."

"Bien." No podía detener el temblor, pero la frustración que la había llevado a este lugar estaba aumentando hacia el control, despejando los sudarios de la conmoción. De los oscuros recovecos de la incredulidad emergió la fría claridad de la ira, vacilante, pero, por una vez, sin vergüenza.

"Maia," comenzó Luc. "Quédate aquí. Quiero que esperes solo un minuto." Estaba de pie, indicándole a su compañero que lo siguiera, pero Maia oía solo palabras.

"¡Que espere! ¿Esperar que? ¿Hasta cuándo?" Tenía los puños cerrados y ella trató de levantarse.

"No, no lo entiendes. Siéntase aquí un momento." Luc se movió detrás de ella y le puso las manos sobre los hombros para calmarla. "Un momento."

Mientras Luc y el joven soldado salían de la oscuridad hacia el mediodía, Neria trató de concentrarse. Con una mano en su mejilla,

giró el rostro de Maia, sosteniéndola allí. "Luc se encargará de esto por ti. Tú no comprendes los secretos de esta gente, eso es todo. Tish dice que odia la hipocresía, pero la verdad es que ella juega todos los mismos juegos. Simplemente los juega con sus propias reglas."

"Cilo no te quiere cerca de ella porque no puede saber cuánto va a decidir ella contarte." Tocó el pergamino. “Todo esto tiene que ver con el poder, Maia. Todos tienen sus propios secretos y los guardan hasta que necesitan usarlos."

Maia frunció el ceño mientras luchaba por deshacerse de la nueva y feroz emoción que le ardía por dentro. Quería alejar a esta chica, hacer que bajara las manos y que dejara de hablarle, pero había algo convincente en lo que estaba tratando de decirle. “¿Cilo tiene secretos? ¿Qué secretos? ¿Qué es lo que no quiere que yo sepa?"

Desde la puerta, el soldado de Neria hizo una seña y ella comenzó a levantarse. "Lo entenderemos por esto." Ella sonrió a pesar de las sombrías palabras.

Maia miró a los hombres en la puerta, ansiando de pronto hacer preguntas, preguntas urgentes, y agarró la mano de Neria. “¿De Justicia? Espera. ¿Por qué hizo ella todo esto? Al minuto soy su hija, al siguiente simplemente me deja de lado. No lo entiendo."

"Todas somos sus chicas, cariño. Ella te dio un brillo extra. Pero al final, eres joven y estás llena de vida y tienes todo lo que ella quiere. Todo lo que siempre ha querido." Mientras se alejaba, Neria le empujó el hombro para evitar que se levantara. "Mantente a salvo. Sé feliz, Maia."

El pergamino yacía medio abierto sobre la mesa ante ella, invitador, como si al leerlo de nuevo pudiera revelarse una verdad completamente nueva. Pero justo cuando ella estiraba la mano hacia él, Luc regresó caminando hasta donde ella estaba sentada y se sentó a horcajadas en el banco de al lado. Había nuevas y feroces verdades escritas en sus ojos, luces que ardían intensamente. Él había encontrado una convicción o tomado una decisión que había cambiado las líneas sombrías de su rostro.

"Te acabo de comprar un caballo."

Ella se quedó mirándole, en silencio.

Él la miró a los ojos. Los encontró y los abrazó y, por primera vez desde que ella lo conocía, él no apartó la mirada. El silencio creció sin que ninguno de los dos se moviera para preguntar o explicar.

Maia estaba acalorada, temblando por el sudor frío que permanecía en su piel. Sus rodillas, cuando trató de girarse para encararle, temblaron, débiles por las secuelas del impacto.

Eventualmente, él dijo: "Te traeré una bebida."

Maia liberó el cerrojo de su garganta y dejó caer de los hombros una pesada capa. El fuego había calentado toda la habitación y debajo de la capa ella llevaba ropas de lana. A continuación, desenrolló su palla, liberando por fin los brazos al aire para que su piel húmeda pudiera secarse. Luc colocó una jarra de madera con espesa cerveza de malta frente a ella y bebió un largo y lento trago de la suya.

"¿Me has oído?" Se sentó frente a ella al otro lado de la mesa.

"Sí." Ella levantó su bebida, dio un sorbo para saborearla y luego engulló un gran trago. "¿Me has comprado un caballo?" Aún le temblaban las manos y levantó ambas para mantener firme la cerveza.

"Tendremos que irnos. Neria esperará todo el tiempo que pueda, pero una vez que se den cuenta de que te has ido, Justicia enviará a alguien a buscarte. No hay duda de eso, Maia. No te dejará ir tan fácilmente como lo hizo Lyvia."

Lo peor del temblor volvió a subir por el cuello de Maia, así que cuando trató de beber se golpeó el labio y se derramó cerveza por la túnica. Mordió el lugar herido en su boca, un ceño fruncido temblaba en su frente.

Ella tenía dinero; Luc le había comprado un caballo. De repente, la libertad se abrió ante ella. Demasiado rápido para poder agarrarla. "No sé adónde ir. No sé lo que hacer." La ira que la había sostenido

se evaporó. Un frío terror se apoderaba de su estómago y las lágrimas le quemaban los ojos.

Luc se encogió de hombros. "Yo sí."

Una vez más, Maia miró intensamente el rostro ante ella. Súplicas silenciosas llenaron sus ojos; no podía arriesgarse a más malentendidos, a más silencio, a más secretos. Su respiración estaba cerca del sollozo, su voz, un susurro. "Dime lo que vas a hacer. Cómo encajo yo en tu plan."

“Te llevaré adonde quieras ir. Ahora mismo. Hay dos caballos fuera esperando, ahora mismo."

"¿Y?"

"Y ya está." Sus nudillos en el mango de su jarra estaban blancos, pero la mano no temblaba. Él le mantenía la mirada con firmeza.

"¿Es seguro?"

"No."

Maia quería pensar, sin duda, pero no había una base sólida sobre la que tomar una posición. En todos los sentidos que miraba, veía la miseria. Incertidumbre. La única cosa sólida en su vida estaba sentada frente a ella, ahora, pidiéndole que arriesgara el destino. "¿Adónde vamos?"

"¿Ahora? Tenemos que ir al Oeste. Primero tenemos que dejar la ciudad en la dirección que es más probable que tomemos. Una vez que estemos a un día de aquí, puedes tomar tú todas las decisiones. Tú estás al mando."

"¿Norte?"

"Si es ahí adonde quieres ir."

“¿Por qué no podemos ir a *Viroconium*? Dijiste que son solo quince horas."

"No. Dije que seis mensajeros de relevo lo harían en quince horas.

Dos de nosotros, dos caballos, ocho días. Pero si vamos al Oeste primero, diez días." No hubo pausa, la calma del veterano de batalla superó todas las demás preocupaciones.

"¿Por qué?" Esta vez Maia lo vio estremecerse.

Él frunció aún más el ceño y se miró las manos. "Porque te mereces algo mejor." Cuando volvió a levantar la mirada, la luz de sus ojos se había suavizado. "Porque no quiero dejarte aquí."

Eso era suficiente. Por ahora. Las ambigüedades en sus palabras fueron suficientes para darle esperanza. La luz cálida en sus ojos elevó los latidos de su corazón a nuevos niveles, pero él le estaba ofreciendo la ayuda que necesitaba para llegar hasta su esposo. Muy pronto sabría lo que significaba tener un amigo en quien confiar. "De acuerdo. Confío en ti." Ella aventuró una sonrisa tímida. "Ni siquiera podemos hacer un pedido a los dioses, ¿verdad?"

"No." Frunció el ceño, pero no sonrió. "Eso no tendría sentido." Se tragó el resto de su cerveza. "Bébete eso. Solo tenemos seis horas de luz diurna y siete leguas por recorrer hoy. ¿Puedes hacerlo?"

"No lo sé. No he montado en diez años. Sentí los muslos rígidos después de solo un par de horas detrás de ti."

"Te endurecerás." Sonrió mientras se levantaba, recogiendo su capa y su palla.

Ella lo siguió con rodillas débiles. "Tendré que hacerlo," dijo recogiendo el pergamino y su lazo. Siguiéndolo hacia la luz, Maia entró en su mezcla familiar de sudor, grasa de caballo y cuero. Olía bien, mejor que el sándalo y la lavanda. Aunquentiéndose pequeña a su sombra, al menos ella era real. Por una vez en su vida, sus elecciones importaban.

Un estrecho callejón corría junto a la taberna, embarrado y sembrado de escombros y loza vieja. Los caballos estaban junto a un amarradero, relajados, aparentemente acostumbrados al peso de las mochilas que llevaban. Luc caminó hacia la cabeza de una robusta yegua castaña, la desató y tiró de ella hacia donde estaba Maia. Se subió la túnica sin darse cuenta mientras ponía un pie sobre la

mano de Luc y se subía a la silla. Sentarse bajo el pomo alto era mucho más cómodo que mantener el equilibrio sobre él.

"Vamos por aquí, sigamos estos callejones durante varios bloques." Señaló mientras hablaba. “Cuando regresemos a la calle, estaremos en la carretera principal que sale de la ciudad hacia el Noroeste. Voy a seguirte y vamos directamente a cruzar la puerta como si no estuviera allí siquiera. Lo más probable es que nadie nos detenga." Mientras hablaba, se ajustó su propia capa. “Si lo hacen, quiero que sigas adelante. No aceleres, no te detengas, ¿de acuerdo? Deja que yo me ocupar de eso. Te alcanzaré si es necesario. ¿Entendido?"

Maia frunció el ceño, sintió una creciente sensación de aprensión. "¿Por qué es esto un problema? No lo entiendo."

“Espero que no sea un problema, pero ninguna dama sale de la ciudad en un caballo de caballería con un hombre. Si pudiéramos haberlo planeado, te habría comprado un carruaje de algún tipo, pero esto tendrá que servir. Tentaremos la suerte. Si preguntan, estoy llevando a una chica local a casa. Eso es lo mejor que se me ocurre a corto plazo."

El callejón era demasiado estrecho para montar al bies y Maia no tuvo más remedio que cabalgar recta. El caballo mostró un paso seguro por las pilas en su camino mientras bajaban entre paredes de ladrillo y piedra y toscas vallas de madera. Cuando el tramo se abrió de nuevo a una calle ancha, esta era como había sido la calle principal, iluminada por la lenta población de comerciantes y viandantes.

Moviéndose con cuidado a través del flujo, Maia trotó para caer detrás de un *carpentum* que llevaba seis jóvenes esclavos por la calle. Las telas de su dosel eran aburridas y poco inspiradoras después de haber visto las de Justicia, y el ritmo era lento, pero al menos servía para abrir un camino entre la gente del pueblo. La pareja se movió silenciosamente, formando una caravana. Cuando los edificios se quedaron atrás y la multitud desapareció, el *carpentum* continuó su lento camino hacia el Oeste por Watling Street hacia la puerta del centinela.

Una punzada de miedo se apoderó de la garganta de Maia y ella

miró atrás con ojos muy abiertos. Alzando las cejas en silencio, Luc le indicó que se acercara a la puerta abierta. Ella tiró de su caballo hasta la mitad de la carretera, mantuvo la cabeza erguida, caminó hacia la puerta y la cruzó.

Cuando la pantanosa pradera se abrió a su alrededor, una abrumadora oleada de terror y regocijo la invadió y su sangre se volvió ligera. Una risa sin aire tartamudeó en su garganta y cada centímetro de su piel vibró en los confines de su abrigo. En ese momento, quiso echar la cabeza hacia atrás y reír y correr con la yegua a toda velocidad hasta que no pudiera correr más.

"Sólo sigue caminando." Su voz a su lado la estabilizó y él estaba sonriendo cuando ella se volvió hacia él. "Por ahora, todo bien."

***

Los ojos ambarinos de Maia eran oscuros, sus pupilas se dilataban por la adrenalina, y sus fosas nasales se ensanchaban suavemente con cada respiración. Le temblaba la mano donde descansaba sobre el muslo, y mientras él la miraba, Maia se tocó con la lengua la línea de los labios seca por la fiebre. El anhelo se elevó y estalló repentinamente en el pecho de Luc, sacando el aliento de sus pulmones con la fuerza de un impacto. No podía apartar la mirada de ella. El rubor de la excitación coloreó sus mejillas y era sin duda la mujer más hermosa que había visto en su vida.

“Recuerdo," la voz de Maia fue un tono más grave de lo normal, ronca por la garganta seca, y ella tragó, “cuando éramos niños, corríamos por los campos abiertos. Cilo galopaba directamente hacia el bosque, incluso donde no podíamos ver una senda y la oscuridad de los árboles se cerraba a nuestro alrededor como la noche. Yo lo seguía, sin dudar."

Se lamió los labios de nuevo y tragó saliva, sus ojos brillaban con la euforia de los recuerdos alejados demasiado tiempo. “Era como algo a vida o muerte. Era tentar al destino, ponernos a prueba contra viento y marea. Cuanto mayor era el riesgo, mejor." Negó con la cabeza, sus ojos se centraron en un pasado que él no podía compartir, y ella susurró con tristeza: "Él me hacía valiente."

Luc observó cómo el miedo y la tristeza que la perseguían volvían a ocupar su lugar en sus rasgos y sintió que su pecho se tensaba mientras el calor dentro de él se enfriaba. “Eso me suena a que eras tan valiente como él. Él solo te ayudaba a verlo."

Ella miró desde las brumas del pasado hacia la brillante luz del sol del presente. Incluso su voz había redescubierto su timbre habitual cuando dijo: "Yo no soy valiente, nada más lejos. Justicia decía lo mismo, pero se equivocaba. Lo que ella cree que es coraje solo es desesperación." Volviendo la eterna inocencia de su mirada directamente hacia él, frunció el ceño. "Cuando no tienes nada que perder, es fácil arriesgarlo todo."

Él estudió las cicatrices que trazaban su propia historia en unas manos reticentes, y sonrió. "Tal vez sea más fácil con la práctica."

Mirando atrás, hacia los altos muros de piedra de la ciudad, Luc dijo: “Esto es más fácil con la práctica también, pero lo vas a sentir durante un largo camino. ¿Estás lista?" Sin esperar una respuesta, puso a su caballo en un trote constante y Maia siguió su ejemplo. “Un caballo en forma recorrerá una legua cada hora durante seis o siete horas a este ritmo. Es el jinete quien termina por ceder al final."

Sintiéndose incómoda y sacudida por el trote, Maia no lo dudó ni por un minuto.

# Capítulo 8

Estar de pie era incómodo. Maia sentía los músculos de la parte interna de lps muslos como si aún llevaran las costillas del caballo bajo ellos. Los huesos de la pelvis le habían devorado la piel, al menos así se sentía ella, y necesitaba arquear la espalda para sentir que estaba recta. En la penumbra del establo, renqueó dolida hasta la barandilla, donde colgaba la silla de montar, y se apoyó, luego intentó ponerse en cuclillas, gimió y por fin se arrodilló en la paja para rebuscar en el talego que había heredado.

Bryn había llevado el mismo talego estándar que Luc. Una manta enrollada alrededor de herramientas de excavación, una olla y un balde de hojalata, un pequeño odre de agua y una cartera con harina de maíz, frutos secos y bolsitas de especias. Maia sacó un fardo de debajo de la comida y lo desenrolló para encontrar una túnica de lana ligera y un par de leotardos de flecos de cuero. Los estaba estudiando cuando Luc se acercó a ella.

Alzó la mirada cuando él soltó una risita. "Apuesto a que él se olvidó de que estaban ahí. Eso es parte de su uniforme."

“¿Por qué tienes un uniforme diferente al de otros soldados? Pensé que la idea de la guerra era que todos se vistieran igual para poder ver a quién no tienes que matar."

Él dio media vuelta. “La idea de la guerra es matar a todo el mundo. Hombres, mujeres y niños, y nunca hay fin de gente a la que matar." Dio un paso como si fuera a alejarse y luego se detuvo con un esfuerzo evidente. Extendiendo una mano para ayudarla a levantarse, dijo: “Venga. Vamos a comer."

Maia volvió a envolver rápidamente la ropa en el fardo, extendió la mano y aceptó la oferta de ayuda. Los músculos de sus muslos gritaron cuando ella luchó por levantarse, forzando gruñidos y murmurando blasfemias en voz baja, y Luc se rió a pesar de su ceño fruncido.

Renqueando visiblemente, se apoyó en la mano que sujetaba

mientras salían del establo. De pie en su punto más alto, ella solo le llegaba al hombro, cojeando parecía una niña de ojos tristes y él comenzó a reír de nuevo.

"Esto no tiene gracia," dijo ella, pero sonrió.

"No sientas lástima de ti misma aún," bromeó él mientras le soltaba la mano en la puerta. "Verás cuando te despiertes mañana."

La posada no era más que una casa. La sala del frente era amplia y abierta, con un fuego y dos mesas de caballete en un extremo y un banco y estantes para una barra en el otro. Como las casas dejadas atrás en *Londinium*, era de gruesos ladrillos de barro encalados bajo un pesado techo de paja. Sin preguntar, el tabernero se allegó a su mesa con una bandeja de comida, cuencos humeantes de estofado de carnero y una hogaza de pan de maiz.

De pie al final de la mesa, el hombre sonrió a Maia y frotó grasientas manos en su mullida túnica como si se imaginara una comida para él pero no tuviera interés en la comida. "¿Vino? ¿O cerveza?"

Maia se apartó incómoda de su mirada lasciva, deslizándose más allá del banco, y Luc golpeó con fuerza un par de monedas sobre la mesa. "Vino."

Mientras el tabernero se alejaba a pasos cortos y moviendo el cuerpo de un lado a otro, Maia se sacudió la repulsión de la piel y le entregó un cuenco a Luc, tomando el otro para ella. "¿Ahora qué?"

Él se encogió de hombros, partió la hogaza y le entregó un mendrugo. “Aquí acaba mi viaje del día al Oeste. Ahora es decisión tuya." Miró más allá de ella hacia la barra.

El posadero tenía una jarra de vino y dos cálices y estaba a punto de llevárselos cuando Luc se acercó adonde estaba. Era fácilmente dos palmos más alto que el hombre, más ancho de hombros y probablemente veinte años más joven. Cuando tomó la bandeja, asintió y le dio la espalda, Maia sonrió. Como Cilo, él no toleraba amenazas ni fanfarronadas, solo con serlo bastaba. Ella lo observó atenta mientras él volvía andando: él estaba destinado a rescatarla.

Maia se sonrió de nuevo, envolviéndose con el calor que crecía de este descubrimiento.

"¿Cuáles son mis opciones?" preguntó ella cuando él volvía a sentarse, sirviendo el vino mientras lo hacía.

“Esto es *Pontes*. Al menos el municipio justo allí abajo lo es, donde la carretera vuelve a cruzar el *Tamesis."* Bebió profundamente, mojó el pan en el estofado y comió. "Si seguimos hacia el Oeste, permanecemos en un camino sellado, la ida es más fácil y generalmente más segura." Abrió las manos, mostrando nada en la balanza. "Eventualmemte, la carretera gira hacia el Norte hacia *Glevum*, y luego seguimos el río Sabrina hasta *Viroconium*."

"¿Cuánto tiempo? ¿Cuántos días?"

“¿A *Viroconium?* Si estás en condiciones de montar un día completo mañana y el siguiente, nueve días sin paradas. Si no, diez, tal vez doce."

Su cuerpo se estremeció ante la idea y ella se obligó a reprimir un gemido de autocompasión. "¿O bien?"

Él vio la mirada que le cruzó el rostro y sonrió. "Aún así es un duro viaje de ocho días si vamos al Norte desde aquí." Las sombras en la frente de Luc cambiaron y él bajó la mirada a la comida, moviendo el pan con cuidado. "Y esta noche es la última noche del invierno."

Maia sonrió y negó con la cabeza con curiosidad. "¿Y? Mañana es primavera, Calendas de Marzo. ¿Y?"

"Y la nueva temporada de batalla comienza mañana."

Ella dejó de masticar. Ambas manos cayeron sobre la mesa como si le hubieran cortado las cuerdas. "No importa en qué dirección vayamos, no podemos llegar a tiempo, ¿verdad?"

"No." Seguía mirando la comida, fastidioso en atención.

Ella soltó un suspiro de molestia, buscando inspiración o dirección en los sombreados rincones de la habitación. “¿Sabes hacia dónde va la campaña esta temporada? ¿Sabes algo sobre el plan de

batalla?"

"No. Bueno, puedo suponerlo, pero podría equivocarme."

"Pues supón." Los latidos de su corazón aumentaban; el extraño ardor de ira se agitaba en su estómago.

Cuando él levantó la mirada, esos ojos dorados estaban fijos en los suyos. Gélidos. Sus puños se habían cerrado y emblanquecido.

“Se están moviendo al Norte hacia una nueva base en *Deva*. El territorio de los Brigantes, el este y el norte de allí está contenido, pero no muy estable. Se estarán consolidando para hacer sentir la presencia de la legión, matando disidentes, asegurándose de que tengan toda la zona bajo un control fiable. Entonces seguirán moviéndose hacia el Norte."

Ella lo miró fijamente, buscando otra respuesta en las duras líneas de su rostro. Tenía que haber sabido antes de partir que no tenían esperanzas de llegar a *Viroconium* antes de que la lucha comenzara de nuevo. Y que se moverían detrás de una nueva línea del frente. Él debería haberle advertido. Dejó caer las manos en su regazo, se sentó hacia atrás de la mesa y cambió de táctica. “¿Qué pensabas que yo querría hacer? Dijiste que no tenías otro plan que llevarme adonde quisiera ir, así que, ¿dónde pensabas que sería?"

Él se secó las manos y apoyó los codos con determinación sobre la mesa. "Eso no importa. No me importaba entonces y no me importa ahora. Me pareció que ibas a tomar el dinero y a huir. No me preocupaba mucho hacia dónde te dirigías, siempre y cuando no intentaras hacerlo sola."

"Pero tú sabías que no podía llegar hasta Cilo antes de que comenzara la temporada y no te molestaste en decírmelo."

"No me preguntaste."

"Estás siendo pedante."

"Y tú estás siendo ingenua. Debías de haberlo sabido. Da un paso atrás y observa otra vez las opciones que tenías. Si te hubieras quedado con Tish hasta que ella marchara al frente, seguirías

moviéndote hacia una zona de guerra. Si encontrabas una casa y esperabas en *Londinium*, sola, porque las damas se viajarán dentro de un mes más o menos, ¿cuánto tiempo habrías estado esperando a que él apareciera? ¿Cuál de esas opciones prefieres? Si yo te hubiera dejado allí, ¿cuánto tiempo habrías esperado antes de decidirte a ir sola?"

Maia dejó que la molestia se desvaneciera como demasiado aire caliente. Se miró las manos, tomó el cáliz de vino y bebió. "Bueno. Tienes razón. Debería haberme dado cuenta de esto yo misma." Revisó los hechos tal como él los presentaba, sabiendo lo que sabía desde el momento en que había leído el mensaje de Cilo: que estaba atrapada cuando lo que necesitaba era volar. "Y ahora aquí estamos, y no hay ninguna enorme prisa por ir a ningún lugar al que no se puede ir." Había otra pregunta que necesitaba hacer, pero él la interrumpió.

“Tenemos que seguir moviéndonos. Solo es la dirección lo que tienes que decidir."

Maia quería preguntarle qué opciones tenía, pero al mirarlo ahora, temía saber la respuesta. Tenían que seguir moviéndose, corriendo y, de repente, temió que la verdad pudiera ser más de lo que podía soportar. Podría vivir sin esa respuesta por ahora. “Elegiste el Oeste por una razón. ¿Asumo que eso tiene que ver por ser inesperado? ¿Hay alguna otra razón?"

Se frotó los ojos, tratando de ver más claramente las posibilidades. “De alguna manera, es más fácil permanecer en las carreteras. Hay comida y refugio. Aunque eso podría cambiar." Se movió inquieto en el banco. “Creo que la otra razón por la que quiero ir por este camino es porque mis padres están en *Glevum*. Esa solía ser nuestra base. Me gustaría verlos. Quiero hablar con mi padre, pero puedo esperar. Si tú quieres ir al Norte, eso es lo que haremos."

Maia se irritó, pese a todo lo que decía, Luc siempre era capaz de dejar demasiadas cosas sin decir. Podía ver sombras que se movían con sus pensamientos tácitos, sentir la tensión en el silencio que lo rodeaba, y lo desconocido le causaba picor en la piel. "¿Cómo vamos al Norte desde aquí?"

“Vamos campo a través. Nos aseguramos de que nos vean aquí, o en la ciudad, y luego retrocedemos, un buen día cabalgando hacia el Norte hasta llegar a *Verulamium*. Luego volvemos a la carretera sellada que nos lleva directamente a *Viroconium*. Habrá mucho más tráfico, más posibilidades de que ser reconocidos y detenidos, pero se acorta el viaje unos días."

"Una pregunta más, después eso será todo por hoy. Estoy agotada." Bebió otro trago de vino y sintió que este recorrían dedos calientes por la tensión de los hombros. "¿Por qué no quieres ir por ese camino?"

Luc estiró los brazos hacia arriba, arqueando la espalda mientras desataba la tensión en los músculos. "Ya te lo he dicho, iré por el camino que elijas. Podemos ir al Sur o al Este. Solo elige."

"No, hay una razón por la que no te gusta esa ruta." Terminó el cáliz y lo dejó sobre la mesa. "Bueno, no sé. Quiero decidirlo mañana. Lo consultaré con la almohada."

Su sonrisa creció en un bostezo. “Siguiente problema. Yo habría dormido en los establos, pero no me gusta la actitud de nuestro anfitrión. ¿Qué te parece compartir la habitación?"

No había mucho espacio para compartir. Maia se sentó en el duro jergón, desatándose las sandalias y asimilando la habitación y sus olores. El suelo era de tierra compacta y la cama con bultos de paja sobre un bajo pedestal, cubierta por una sábana sucia de lino. Para cuando Luc regresó con sus talegos, ella había usado el pequeño cuenco de agua en la esquina para lavarse la cara y las manos y se había limpiado lo que había podido de la crin de las piernas.

El vino agrio había aliviado algunos de sus calambres y ella se sacudió el cabello para soltarlo y se rascó el cuero cabelludo mientras observaba a Luc agacharse para hurgar en un talego. El tejido estaba tenso a lo largo de los contornos musculosos de esa espalda, moviéndose con una especie de gracia fluida, tensa y controlada. El pelo le llegaba hasta el cuello de la túnica, corto pero rizado en contacto con la tela. Aunque el bronceado de sus días en el sur de la Galia se había desvanecido hacía mucho tiempo, las puntas de su pelo seguían blanqueadas por el sol y se veían reflejos

cobrizos en la incipiente barba sin afeitar de la mejilla y barbilla.

"Necesitas un afeitado," dijo ella ausentemente.

Él levantó la vista de su registro, sombras en movimiento en sus ojos pronosticaban el silencio de las cosas que no iba a decir.

"Lo puedo hacer. Yo siempre afeitaba a papá. Si quieres uno." Se puso de pie lo más rápido que pudo, movió el cuenco de agua del taburete en el que estaba y lo llevó al centro de la habitación. "¿Tienes una navaja?"

"Sí." Su reluctancia no tenía sentido para ella, era irritante, pero tomó una navajita de latón y hierro de su talego y la llevó hasta donde ella estaba.

"Bien. Siéntate. ¿Tengo aceite? En su cartera encontró el escaso alijo de artículos de tocador de Bryn y un frasquito de aceite, luego le entregó a Luc el cuenco de agua y deslizó los dedos por los anillos de la hoja. Desde atrás, le inclinó suavemente la cabeza hacia atrás para reposarla en el hueco bajo su hombro izquierdo. El aceite era ligero, suavemente almizclado, y ella lo frotó gentilmente sobre el vello, sonriéndole a los ojos. "No te voy a cortar. Probablemente no, al menos."

Luc no habló; mantenía la mirada fija en su rostro. El aliento de Maia le acariciaba la mejilla, tan exquisitamente suave como el pecho que le hacía de almohada en la cabeza. Mientras ella se concentraba, diminutas arrugas jugueteaban por la suave crema de su frente y ella se mordía el labio o la punta de la lengua. Cada vez que mojaba la navaja en el cuenco, la pasaba por encima de él, de modo que la piel marfil de su brazo le rozaba la mejilla recién afeitada, y él deseaba girar la cara lo justo para sentir ese calor en los labios.

Maia tensó la piel con los dedos de la mano izquierda mientras arrastraba la hoja por los últimos pases y Luc cerraba los ojos. Descargas de alivio la recorrían, acelerando los latidos de su corazón, amenazando con flaquear en las rodillas. La intensidad del escrutinio de Luc durante todo el afeitado le había hecho querer gemir y darse la vuelta. Había sentido el constante ardor de sus

ojos, los había sentido buscando, indagando sobre su piel.

Ella no podía encontrarse con su mirada. Si miraba demasiado tiempo, tarde o temprano él la vería como realmente era. Vería su culpa, sus fracasos y ella se quedaría sola de nuevo. Un nudo le ardió en la garganta, asfixiando y raspando su respiración. Maia tragó saliva, usando un puñado de su chal para limpiarle las mejillas y esconder su temblor. "Todo listo." Dio un paso atrás.

Su voz fue seca, espesa por la ceniza de fuegos apagados. "Gracias."

El aire que se alejaba de él se volvió repentinamente frío y ella se miró los pies, como si pudiera encontrar allí una guía tallada en la tierra del suelo. Las disculpas ardían en sus labios, pero no tenía idea de cómo decir que lamentaba ser mucho menos de lo que debería ser.

"Tal vez esto no sea una buena idea," dijo él, y el corazón de Maia saltó hasta la garganta.

"¡No! Lo siento. No pretendía estar enojada o ser desagradecida antes. Podemos ir al Oeste, a *Glevum*, ver a tu padre. No supondrá ninguna diferencia unos días más." Ella dio un paso adelante, suplicante. "No me lleves de vuelta. No tengo nada a lo que volver. Por favor, Luc."

Él frunció el ceño, sacudió la cabeza, confundido, luego dejó caer los hombros y sonrió con alivio. "Me refería a que yo durmiera aquí dentro."

"Puedes quedarte con la cama. Yo dormiré en el suelo."

Esta vez rió a carcajadas. "No, no lo harás." Antes de que él pudiera detenerse o pensar, la atrajo suavemente hasta su pecho y cruzó los brazos sobre sus hombros. "La única forma en que no iremos es de regreso." El destello de contacto con el cuerpo de Maia le brindó una claridad instantánea. No tenía derecho a tocarla, no tenía derecho a mirarla. Ella estaba demasiado por encima de él: pura, frágil y vulnerable. Y ella pertenecía a Cilo. Con Cilo. En otro mundo. "Tienes todo el derecho a estar enojada," dijo. "Sabes que tus elecciones son las correctas y yo puedo vivir con las mías."

Él había estado demasiado tiempo lejos de la comodidad, demasiado lejos de la paz, y le dolía todo el cuerpo hacia la suavidad de ella. Ese perfume se elevaba sobre el calor de su piel y ella se apretó hacia él, cálida y gentil. Ahora, en solo un momentito, él haría que sus brazos la liberaran, daría un paso atrás y no volvería a cometer este error. En solo un momentito.

Maia no quería saber nada sobre las elecciones de Luc. Ella no podía soportar el coste. El peso de estas podría aplastar el poco coraje que ella tenía. Cerró los ojos, bloqueando dentro lágrimas que podrían haber caído, y dejó que el momento se prolongara. El mundo podría detenerse, los dioses podrían terminar con todo hasta el fuego y las cenizas, si ella pudiera permanecer así; apretada en un sólido calor por brazos fuertes, abrazada, segura y real.

Luc yacía de espaldas a ella en la absoluta oscuridad que dejaba la lámpara apagada. En silencio, ella oía el ritmo de su respiración, dejando que su suave vagar llevara incluso la inmediatez de los músculos doloridos a una distancia soportable. No había forma de estar segura de si él estaba dormido. Ella necesitaba dormir, cada parte de ella ansiaba descansar. Llegaría la mañana y, con ella, la necesidad de volver a subir a la silla. Maia gimió y se tapó la cara con las manos como si pudiera esconderse de la necesidad inminente.

Ya no había vuelta atrás, nada a lo que volver. Solo las sombras delante tenían algún futuro y eran tan oscuras e ilegibles como la oscuridad de un bosque. Galopando por esos caminos invisibles cuando era niña, sintiendo el terror soplando en su rostro y riendo, siempre había seguido a Cilo. Él había sido su roca, su lugar seguro. Ella había confiado en él.

Y él la había abandonado. La había mentido: sobre su matrimonio, sobre su futuro.

El dolor desgarró algo en su pecho. Dolor salvaje, violento, desesperado. Él no podía saber cuánto le habían costado a ella sus decisiones. Y, sin embargo, él conocía a la madrastra y su crueldad. ¿Cómo había podido él pensar que ella iba a poder sobrevivir sola? Aun cuando ella lo había seguido hasta aquí, él se había negado a volver por ella.

Girándose con cuidado, tan silenciosamente como pudo para no molestarlo, se movió para poder esconder el rostro en la espalda de Luc. Allí ella estaba a salvo, cálida. Si él pudiera vivir con sus elecciones, ella también confiaría en ellas. Se envolvió el pecho con los brazos para mantenerse unida. Mañana seguirían moviéndose hacia el Oeste.

***

Alguien la llamó por su nombre y ella se esforzó por oír el sonido, pero un denso silencio negro le paralizaba los miembros, asfixiándola.

"Maia."

Conocía la voz, podía sentir su calor inundar sus miembros como fuego en su sangre. Obligó a sus ojos a abrirse.

"Hora de despertar. Te traje un poco de agua tibia para lavarte." Luc estaba sonriendo. A ella le dolía todo el cuerpo y no había nada por lo que sonreír.

"No puedo. Me estoy muriendo." Intentó mover la cabeza, pero su cuello estaba demasiado rígido. Le ardían los hombros, le dolía la espalda, no había parte de ella que no gritara obscenidades. Y él seguía sonriendo.

"Lo creas o no, se sentirás mejor una vez que empieces a moverte."

Ella lo intentó, se movió para levantar la cabeza, descansarla sobre los codos. "No, no es así." Aquello era lamentable y ella tuvo que reír. Reír o gruñir en voz alta.

Sacando fuerzas de flaqueza, se sentó derecha, balanceó las piernas hacia el suelo y se peinó con los dedos el cabello hacia atrás. Él llevaba los pantalones de gamuza, atados a las botas y cruzados a la altura de las caderas. Su túnica era más corta, sin mangas, por lo que los hombros no tenían restricciones, sus brazos estaban desnudos.

Maia se estremeció. "¿No sientes el frío?" Se puso de pie, gimiendo

de nuevo mientras recogía la capa de lana negra de la cama y se la ponía sobre los hombros.

“Hace más calor junto al fuego. Ha salido el sol y pronto calentará."

Con los talegos contra la pared, el espacio junto a la cama parecía pequeño, demasiado pequeño para que se movieran con facilidad. Maia sentía el calor irradiando de él, estaba tan cerca. Podría haberse movido un poco, inclinado hacia él, hacia su pecho, y sentir sus fuertes brazos alrededor de ella de nuevo. A salvo.

Pero ella no tenía derecho a pedirle eso. Él ya le había dado más de lo que ella podía haber esperado, y tenía la sensación de que no saber ni la mitad. Alzó la mirada hacia la cara de Luc y la apartó rápidamente cuando encontró la incómoda intensidad de su mirada fija en ella.

"Iré a preparar el desayuno." Se dirigió a la puerta y luego se volvió. "Toma. Este el dinero de Cilo."

Ella miró la bolsa que él le tendía. Era pesada. "Guárdalo tú. Está más seguro contigo."

Encogiéndose de hombros, dejó caer el lazo sobre el cuello y colocó la bolsa dentro de su túnica mientras él salía por la puerta, cerrándola tras él.

El agua de la palangana estaba tibia y un paño de lino cuadrado estaba doblado a su lado. Parecía limpio; Maia lo olió y lo dejó caer al agua. Se quitó la túnica rápidamente y se frotó la cara y los brazos con el paño. El aire estaba helado, lo que la obligó a darse prisa mientras usaba el paño húmedo para limpiarse el vientre y las piernas.

Fue apresurado, no lo suficiente, y sin embargo, Maia se sentía limpia. No había picor ni suciedad. Su piel era pálida, teñida de azul por el aire helado, pero fresca y cómoda. Muy pronto debían pasar por una casa de baños. Rara era la ciudad romana que no tuviese al menos una piscina pública y baños. Y una lavandería. Mantuvó en alto la larga túnica que se había puesto.

La grasa del cuero manchaba la parte de atrás de la falda y la humedad y el sudor se habían extendido por la lana como si fuera moho. La rodó sobre los brazos y la dejó a un lado para buscar en su talego la túnica más ligera de Bryn. Esta era demasiado ancha, los hombros colgaban hasta la mitad de su brazo y caía por debajo de las rodillas. Pero su longitud era buena para montar, mejor que la suya propia, que había que subirla. Una tira de tela hacía de cinturón viable y con su palla envuelta para abrigarse y sus sandalias atadas hasta las rodillas, se sentía cómoda con su modestia.

La sala del frente estaba vacía cuando entró y se movió en silencio hacia la mesa más cercana al fuego, ocupándose de atarse y sujetarse el cabello hacia atrás. Cuando el casero salió de la cocina y se movió torcidamente hacia ella con la bandeja del desayuno, su primer impulso fue evaluar sus posibilidades de llegar hasta la puerta. Sus piernas rígidas nunca la llevarían hasta allí, no a toda velocidad. Su única opción era quedarse quieta, mirándolo, manteniendo tanto desafío en su rostro como pudiera.

Mientras el hombre colocaba la bandeja en su mesa, sonrió mostrando podridos dientes marrones en las encías rojas, y se frotó el vientre con las manos. "Tú eres nueva aquí. No te he visto trabajando por aquí."

El miedo golpeó el pecho de Maia cuando su cuerpo respondió a las amenazas tácitas en su presencia. "Estamos de viaje," respondió ella, forzando sus palabras a convertirse en piedra.

“Viajando, ¿eh? ¿Con él? ¿Adónde?" Pareció inseguro, reconsiderando sus suposiciones, luego se acercó un paso. "No muchas chicas viajarían lejos con un soldado, ¿verdad?"

Maia se deslizó hacia atrás a lo largo del banco, manteniendo una distancia uniforme entre ellos. "*Londinium,*" dijo. "Vamos a *Londinium*."

"Esa es la forma en que entraste a partir de ahora, ¿no es así? No veo cómo volverías por ese camino." Su respiración estaba cortando su papada, la sonrisa se volvió fija mientras sus ojos le recorrían el muslo.

Se bajó el chal sobre las piernas y se puso de pie. "No veo cómo sería de tu incumbencia." Se acercó al final de la mesa, moviéndose hacia un lado para mantenerla entre ellos, presionando cada pedacito de su fuerza para evitar que sus rodillas se rindieran. "Regresará en un minuto, ¿por qué no retomas el tema con él?"

Eso al menos pareció darle una pausa, y él golpeó la mesa con la mano pensativamente, luego retrocedió. "*Londinium*, sí, está bien," murmuró, caminando lentamente hacia las partes ocultas de su dominio.

Maia miró hacia la puerta de nuevo, esperando que sus piernas la llevaran esa distancia, pero antes de que pudiera obligarse a moverse, apareció Luc. Quien se sacudió motas de alfalfa de los pantalones cuando entró en la habitación y ella dejó que sus piernas se doblaran sobre el asiento.

La preocupación iluminaba en los ojos mientras se acercaba, revisando la habitación en busca de la fuente de la amenaza. "Pareces haber visto un fantasma, ¿qué ha ocurrido?"

"Ese hombre estuvo aquí," siseó. "La forma en que me mira me pone la piel de gallina."

"Cree que eres una prostituta. ¿Estás bien?"

Ella asintió y dejó que un escalofrío le recorriera la espalda. “Eghh. Estuvo preguntando adónde íbamos." Alargó la mano para partir un trozo de pan. "Le dije a *Londinium*, pero no me creyó."

Luc se encogió de hombros y asintió sin comprometerse.

"¿Por qué cree que soy una prostituta?"

La miró como si estuviera bromeando, pero su mirada franca era tan clara e ingenua como siempre. “Porque cualquier chica sola en una posada es una prostituta. Cualquier chica que viaje sola, sin acompañantes ni familia, es una prostituta."

Ella pareció horrorizada. "Pero ¿qué hay de esto?" Levantó el anillo de bodas en su dedo. "¿Significa esto que dondequiera que vayamos eso es lo que todos van a asumir?"

"Muy probable." Él sonrió. "Acabas de viajar al otro lado del mundo con prostitutas, ¿por qué ponerte irritable ahora?" Arrancó un trozo de pan, lo sumergió en un cuenco de miel, luego en un cuenco de vino y se rió.

“Eran sacerdotisas. Es diferente. De todos modos, Justicia siempre se aseguraba de que yo estuviera a salvo." Encontró su apetito, absorbiendo la miel y el vino, esperando el efecto de calentamiento en los músculos.

"¿Sacerdotisa? Eso es solo el sentido del humor de Tish; es una forma más de profundizar en las costumbres sociales. Ella no es más sacerdotisa que tú."

¿Se lo inventó todo? ¿El asunto entero? ¿El templo, los ritos? ¿Las lobas? ¿Todo?" Maia se sonrojó ante su propia ingenuidad.

"Sí, todo una mentira, y ella te mantendría a salvo, hasta el momento en que decidiera que eras una amenaza y lo mejor para ella fuese ponerte en riesgo. Ella mantiene a sus amigos cerca y a sus enemigos más cerca." Asintió para sí mismo y tomó un poco de fruta seca.

"¿Yo? ¿Cómo podría yo ser una amenaza para ella? De todos modos, me aceptó porque le recuerdo a su hija, eso es todo."

Él la observó comer mientras pensaba en eso, la vio echarse mechones de pelo hacia atrás. "No sé qué es lo que ves cuando te miras en un espejo, pero te lo prometo, lo que sea que encuentres tan," hizo una pausa, buscando las palabras, "tan carente o indigno, no es eso lo que los demás ven desde el exterior."

La aterradora vehemencia brillaba en sus ojos y ella golpeó con el pie nerviosamente, queriendo deslizarse de debajo de su mirada. Maia dejó caer las manos sobre el regazo, frotando cuidadosamente las manchas de sus palmas, evitándolo. "Quiero seguir hacia el Oeste." Observó las manos de Luc rasgar el pan. “Y necesito moverme más lento que ayer, no puedo mantener ese ritmo. Y necesito una ciudad con baños y lavandería, o ropa de repuesto."

"*Calleva* está bastante cerca." Cuando ella lo miró, él estaba

reflexionando sobre mapas o paisajes familiares, calculando. "Bueno. Come, bebe vino, te ayudará. Los caballos están ensillados. Entraré a buscar el equipo."

"No. ¿Y si vuelve?

"No lo hará. Estaré justo detrás de esa pared, estarás bien. Ahora come."

Mientras él ataba su talego a la parte trasera de la silla, Maia sujetaba el morro del caballo, mezclando su aliento empañado, acariciando la suave piel de su hocico. Ella llevaba la capa negra con la capucha hacia atrás para que el aire helado le mordiera las orejas, pero estaba lo bastante caliente, incluso comenzaba a estar ansiosa por comenzar a viajar otra vez.

"Estírate," dijo él. "Aunque los músculos tiren, es necesario estirarlos antes de empezar, o sufrirás calambres." La vio doblarse, sonrisa burlona. "Ponte de cuclillas."

"Estás de broma. Como me ponga en cuclillas no volveré a levantarme jamás." Pero obedeció, gritando junto a los músculos de los muslos.

Él le tendió una mano para estabilizarla. "Y otra vez."

"Estás demasiado acostumbrado a dar órdenes." Puso el peso en su mano y obligó a sus piernas a doblarse de nuevo. Cuando se enderezó, él la condujo hacia el estrecho espacio entre él y el caballo, atrayéndola de lado para que ella levantara la cara hacia la de él y su barbilla rozara la suave tela de su túnica. En un instante ella se trasladó desde un mundo frío, lleno de miembros doloridos y aversión, hasta un refugio y calidez donde el único sonido que podía oír era el latido de su corazón.

La sonrisa se desvaneció, los ojos de Luc se volvieron más oscuros, más suaves, e incluso su ceño perpetuo se había convertido en un escombro desigual cuando deslizó las manos sobre sus caderas, su cintura y la levantó. La piel desnuda de las rodillas de Maia chocó contra la aspereza de la gamuza, y los moretones en su trasero hicieron un fuerte contacto con la silla, haciendo que toda su

atención volviera al mundo real. Ella se estabilizó rápidamente agarrando el pomo y los postes, se meneó para ajustar el equilibrio, luego movió dolorosamente la pierna derecha y se deslizó dentro del asiento. "Gracias," dijo. "Pero avisa la próxima vez."

Él sonreía mientras se movía hacia donde su viejo caballo bayo pataleaba con impaciencia. Antes de saltar fácilmente sobre el lomo, sacó una pesada capa de su talego y, una vez que tuvo su asiento, se la ajustó alrededor de los hombros. "¿Estás muy mal?" preguntó él mientras el par salía hacia la mañana brumosa.

"Mal. Horrible." Ella le sonrió. "Me voy a hacer fuerte."

"Tendrás que hacerlo." Él rió.

# Capítulo 9

"¿Es así en todas partes?" Preguntó Maia, su pregunta quedó amortiguada por la pesada capucha y el aburrimiento.

“Es la época del año. Se calienta durante la primavera y el verano, pero la zona es pantanosa. Marismas y bosques." Se despeinó el cabello con brusquedad, sacudiendo la condensación y señaló a través de las brumas blancas. “Hay montículos a lo largo de este lado, una línea de montículos que marcan los bordes del curso de agua. Podrías pensar que la carretera los sigue y gana terreno elevado, pero no, las calzadas romanas van rectas. No rodean un pantano cuando puedas descargar carros de piedras en él y atravesarlo directamente."

Ella rió. “Eso tiene sentido, supongo. ¿Por qué subir y bajar colinas cuando se puede atravesar directamente un pantano? La niebla se va a levantar, ¿no? ¿Tarde o temprano?"

"Sí, a última hora de la mañana estará más despejado, si no llueve. Para entonces, aunque estaremos en el bosque. Tampoco hay muchas posibilidades de que caliente allí."

Para cuando el sol había arrancado la niebla, estaba lo bastante alto como para arrojar una lanza de calor a lo largo del camino que tenían delante, y pareció descongelar la conversación. Luc estudió los árboles como si pudiera reconocer de alguna manera a un individuo, una forma o un color inmóvil de los años de su juventud. “Solía andar por esta carretera con mis hermanos. Apenas parece haber cambiado en, ¿cuántos años, catorce, quince?

"¿Cuántos hermanos tienes?"

"Soy el último de cinco. Los acompañaba a *Londinium* a veces, y con los soldados al final de la temporada de campaña. Parece que fue hace tanto tiempo."

Maia volvió a mirar hacia los árboles, como si tuvieran los secretos de la historia. “Tal vez te cruzaste con mi familia por estos caminos,

¿crees? Nosotras vinimos de algún lugar del Sur, no sé dónde."

"Tal vez. Aunque estoy seguro de que te habría recordado si te hubiera visto."

Ella rió. "¿Ah, si? Yo era una niña pequeña y me fui de aquí hace diecisiete años, cuando tú aún estabas en casa con tu madre."

“Sí, aun así. Aun así."

Buscando algo familiar, Maia miró a su alrededor y hacia el cielo. “No me siento como en casa aquí. No sé si esperaba sentirme como si hubiera vuelto a casa." Lo único que realmente sentía en ese momento era cuerpo rígido e irritación de silla de montar.

Luc lo levantó del lado de su fardo de comida y le entregó el odre de vino. "Hasta arriba. Funciona mejor con el estómago vacío."

"Estoy segura de que sí." Con una mano en la cadera en un intento de forzar su espalda recta, se vertió un chorro constante de vino avinagrado en la boca. “Espero que vendan mejor vino en *Calleva*."

“Hay templos por toda la ciudad. Nunca he visto a un sacerdote de ningún dios que no exigiera un buen vino. Y habrá una casa de baños y una lavandería." Cuando volvió a tomar el vino, Maia vio la tensión en esos brazos. Había agresión en la postura de esos hombros, el músculo firme y seguro de un guerrero se movía bajo la piel y no había duda de la competencia del hombre. Pero no era una falta de violencia lo que tensaba las duras líneas de su rostro, y no había ira en sus ojos grises. No era mal genio lo que Maia leía allí, sino dolor. Antiguo y profundo dolor del alma.

Ella no tenía ninguna duda de que había tomado la decisión correcta al decidir seguir la carretera hacia el Oeste hasta *Glevum*, aunque no entendía por qué. Había algo en la elección que a la vez complacía y atormentaba a Luc. Era como si estuviera entrando en una crisis y se sintiera aliviado por la perspectiva, incluso ansioso por afrontarla. La sensación era contagiosa.

Aunque ella había elegido la ruta que tomaría más tiempo; más días, dependiendo de lo lejos que se moviera la línea del frente

entre ahora y entonces; aún estaba marchando impacientemente hacia una resolución que pudiera salvarla o condenarla. Hacia Cilo y las respuestas que él no quería dar. Todas sus elecciones la adentraban más profundamente en las sombras y las incertidumbres. Secretos, había dicho Neria. Todo el mundo tiene secretos.

Cilo siempre había confiado en ella para ponerla al corriente de todo, siempre había creído en ella como para saber que lo seguiría, que ella confiaba en sus elecciones. Pero ese había sido el niño, quizá el hombre tenía otros pesos que equilibrar. El día de su boda, él se había echado a la espalda una carga de la que ella no sabía nada y había elegido cargarla solo. Ella merecía saber cuáles eran sus opciones ahora. Después de todo, él había levantado ese peso por ella. Ahora ella se enfrentaba a otro banco de sombras únicamente con sus esperanzas como guía. Y con Luc.

*Calleva Atrebatum* emergió lentamente del bosque. Los olores de los fuegos de cocina y las bestias de granja teñíian el aire fresco del crepúsculo mucho antes de que se materializara la primera de las granjas de madera. Postes y barandas de corrales crecían desde dos o tres lados de cada edificio, formando una desgobernada cuadrícula de inspiración orgánica donde la calzada marcaba el único orden visible. Una constante en medio del flujo.

Las ovejas y las cabras se agrupaban debajo de las rampas de heno, y los cerdos, agarrotados e invisibles, se distinguían por su olor. Donde la muralla de la ciudad se elevaba hacia el cielo plateado, las casas de madera se habían congregado como peticionarios, acumulándose frente a las altísimas picas de la barricada.

Aún fuera del muro, un camino que se desviaba a la derecha conducía al anfiteatro de la ciudad, apenas visible donde el bosque mantenía su posición, y una constante multitud se movía hacia este.

Luc llevó la rienda del caballo hacia el borde izquierdo de la calzada y redujo la velocidad para ver a la gente pasar alegremente hacia su centro de entretenimiento; algunos con pallas y togas, la mayoría con las toscas túnicas y *brecks* o faldas de campesino. "Una buena noche de entretenimiento," murmuró Luc mirando hacia donde Maia miraba. Incluso en las sombras de la capucha, los ojos

de Maia eran negros ante las lívidas mejillas desnudas, sus labios eran una afilada línea de pavor.

Moviéndose contra el constante reguero de gente, entraron por las puertas de la ciudad entre los templos gemelos de Hércules y deambularon a través de grupo de bajas casas de madera. Pausando la marcha para recordar y tomar un punto de referencia, Luc esperó hasta que ella llegó a su nivel. "¿Vas bien?"

Ella asintió, pero la expresión de horror se había congelado en su rostro y sus movimientos eran rígidos, salían a tirones de las extremidades que luchaban contra el miedo. Una tensión demasiado familiar ardía en los músculos de la espalda y los hombros de Luc, pero la necesidad urgente de acercarse, abrazarla y protegerla de algo invisible, predominaba. Ese miedo de Maia rodaba rompiendo en él como heladas olas y atrapaba toda su atención mientras él avanzaba de nuevo.

Dentro de las murallas, la ciudad tenía menos de media legua de ancho y la amplia masa cuadrada del foro central establecía el estándar para la cuadrícula recta, aunque algo irregular, de calles. Girando a la izquierda de nuevo, Luc siguió la muralla de la ciudad por una suave pendiente hacia donde entraba una extensión de río, explorando la mampostería de la gran casa de baños local.

"No estoy seguro de cómo va a funcionar esto," dijo él mientras desmontaban en el antepatio. “Quiero que esperes aquí con los caballos. Yo voy a entrar a hablar con el dueño, intentaré conseguirte una habitación caliente y un baño. Solo habrá hombres hasta después de medianoche, y si el dueño está demasiado ocupado, es posible que no tengamos más opción que esperar."

Tras desmontar, ella asintió y probó una sonrisa tensa, empujando la espalda con fuerza contra la pared de piedra del patio como si fuera el único lugar seguro en la ciudad. Cuando él se alejó, ella se permitió doblar las piernas, resbalando por la pared hasta quedar en cuclillas, cerrando los ojos con fuerza, tratando de no pensar en el fuego acercándose y las vigas hundiéndose. La tierra debajo de ella estaba húmeda y ella hizo una bola con ella en la fría garra de su mano, esperando que el frío fuera suficiente para contener el miedo.

Abrió los ojos cuando unas pisadas se allegaban y ella obligó a sus cansadas piernas a levantar la espalda para ponerse de pie.

"Tienes habitación, es una noche tranquila." Mientras Luc desataba los talegos de las sillas, primero el de ella y luego el suyo, sacó la daga del cinturón de la espada y la enfundó en la vaina a la pantorrilla de la bota. "Estaré afuera, por si hay alguien que objete."

La habitación era pequeña y vapeando de calor, con solo un banco y la pequeña piscina. El aire cálido la animó a salir de sus capas, despojándose de ellas rápidamente, ansiosa por entrar en el acogedor calor del agua.

En los baños públicos de la sala exterior, solo media docena de corpulentos comerciantes se servían del agua tibia, y solo uno de ellos prestó atención mientras Luc se desnudaba y entraba lentamente en el baño. La moda romana de depilar el vello corporal con brea y goma no había llegado a estas partes distantes, y el admirador de Luc mostraba un espeso vello negro sobre los hombros. La bienvenida en su sonrisa fue demasiado cálida y Luc asintió bruscamente y se sentó en el agua cerca de la entrada a la sala caliente de Maia.

“Tu amiga es tímida, ¿verdad? ¿Toda abrigada así?" El pecho del caballero se acercó torpemente hacia donde Luc estaba sentado.

"Eso es, sí."

“Muy pequeña, pensé. Chiquita." Sonrió mostrando unos dientes uniformes y sorprendentemente blancos. "No te he visto aquí antes, ¿verdad? Te recordaría. ¿Tu amiga es una local?"

“Sí,” respondió Luc vagamente, deliberadamente ambiguo. "Señor, mi acompañante y yo no estamos interesados en ninguna compañía."

"¿No? Qué lástima." Pareció molesto, pero no hizo ningún movimiento para irse.

Luc se frotó el pelo con agua tibia y apoyó los hombros entumecidos en el lateral. “Sí me interesa encontrar una posada

decente, si me puedes recomendar una. ¿Buena comida, habitaciones limpias?"

“Podrías quedaros con mi esposa y conmigo. Vamos a los juegos con todos los demás esta noche. Vosotros deberíais venir también."

“Creo que solo una posada. Nosotros no vamos a los juegos. Necesitamos establos, algo de comida y una cama limpia. Y una lavandería. Eso es todo."

"Bueno, no voy a insistir," su admirador recorrió deseoso con los ojos la longitud de Luc de arriba abajo, "pero son los juegos de primavera, ¿sabes?, la ciudad está llena a rebosar. Si no podéis encontrar habitaciones, pregunta a cualquiera por la casa de Gallus. De veras, deberías decir que sí. No estáis en ningún peligro, ¿sabes?"

La oferta era digna de considerar. La ciudad era la capital del área tribal Atrebati y se encontraba en la intersección de cuatro arterias principales. Era una ciudad templo y tenía una gran cantidad de gremios comerciales y artesanos. Ya habría una gran población itinerante y; con la llegada de la primavera, cuando había tantas celebraciones religiosas; sería difícil encontrar alojamiento decente. "Quizá debería aceptar, pero me gustaría preguntarle a mi acompañante."

"Hazlo. Hazlo. Yo no iré a ninguna parte."

Cuando salió del agua, Luc le indicó a un chico que le trajera un paño para secarse. Se frotó vigorosamente los brazos y el pecho, se envolvió con él las caderas y caminó hacia la entrada de Maia.

Luc dio un paso hacia la estasis cuando el aire caliente ventilado desde la sauna levantó perezosamente la cortina hacia él. Incapaz de respirar, quedó inmóvil mientras el aire caliente le chocó contra el pecho, pasó sobre los hombros y le bajó resbalando por el estómago. En alguna parte de dentro, una voz lo instó a moverse, a cerrar los ojos y darse la vuelta, pero él eligió una muda sordera.

La graciosa curva de la columna de Maia dibujaba una sombra, marfil sobre alabastro, mientras él conducía su ardiente mirada

sobre esas curvas que sus dedos ansiaban recorrer. Con el agua hasta las rodillas dentro del baño, ella se inclinaba de espaldas, pasando un tosco paño por la longitud de la pierna mientras ella alzaba el pie sobre escalón. Llegando ese paño hasta la pantorrilla y tobillo, quedó expuesto un pecho culminado de rosa hasta que ella cambió rápidamente de pie con las manos fluyendo suavemente sobre ese muslo a su vez.

Mientras ella se enderezaba, llevaba las manos sobre la suave curva de su vientre y abajo hacia sombras ocultas, y él gimió en voz baja, tragando.

"Ah, ya veo. Aquí hay un escándalo, ¿verdad?." La voz al lado de Luc le abofeteó en la mejilla. “Querido muchacho, tendrás que venir a mi casa ahora. Tenemos que discutir los detalles."

Luc giró colocándose directamente frente al paso. "Esto no es escándalo alguno." Se inclinó hacia Gallus, la postura de sus hombros aseguró que el hombre mayor retrocediera. “Esto no es pasto de rumores. Esta es su vida, y la mía, y no aceptaré eso peligrar en aras de los chismes, ¿entiendes?"

"Por supuesto que es un escándalo." Si Gallus se sentía intimidado, no daba muestras de ello. Parecía atrapado en el deleite, una abrumadora diversión por la intriga. "Está arreglado entonces. Te quedarás en mi casa. Ha habido jinetes por aquí, ¿lo sabías? Buscando a una pareja. "

"¿Cuándo?" espetó Luc pasando desde la cortina hasta el banco donde estaba apilada su ropa.

Gallus lo siguió, casi brincando de alegría. "Esta tarde, temprano. Dos de ellos, se movían rápido, preguntando por todas partes por la hermana de un tribuno que viajaba con un soldado."

"¿Caballería?"

"No, querido. Para nada ejército regular. Mercenarios, diría yo, a juzgar por sus extravagantes ropas, pero puede que fuesen milicia."

¿Justicia? Al menos si sus matones estaban viajando rápido,

probablemente ella contaba con que él se hubiera llevado a Maia al Norte y solo estaba explorando las carreteras hacia el Oeste. Luc se puso los pantalones y se sentó para atarse las botas. "¿Dónde puedo averiguar por qué camino partieron de aquí? Necesito saber si fueron al norte de aquí a *Dorcic* o al Oeste hacia *Durocornovium."*

Gallus miró indicativamente hacia la daga que Luc tenía enfundada en la correa de la pantorrilla, su sonrisa era un poco menos segura ahora. "Puedo preguntar esta noche en los juegos. Hay muchos extraños en la ciudad, pero puede que alguien tenga una oreja pegada al suelo."

"Bien. Haz eso." Mientras se bajaba la túnica manchada de sudor, se apresuró hasta la cortina, con Gallus aún pisándole los talones. "Maia. Tenemos que irnos. Quiero poner a los caballos a cubierto." Su voz fue queda y él esperó sin saber si ella lo había oído. Cuando la cortina se abrió a su lado, el olor a aceite de sándalo sobre la piel caliente de Maia gimió en las entrañas de Luc y este contuvo el aliento. Aquel cabello estaba mojado, retirado del rostro, por lo que sus ojos eran enormes bajo un ceño tenso. Las preguntas se aplastaron deshechas en esos labios, mientras ella leía las preocupaciones en su rostro y luego corrió hacia los fardos para comenzar a recogerlos.

Vestida sólo con su túnica limpia, se agachó sobre su tarea y él se obligó a apartar los ojos de su muslo, del dobladillo y de todo lo que este prometía revelar con cada movimiento brusco. Empujándose dentro de la habitación, recogió los fardos mientras ella se colocaba la pesada capucha negra sobre los hombros.

"¿Lista?"

Ella asintió y giró la fascinante pureza de sus ojos hacia él, oscurecidos por el miedo y la excitación. Su diafragma se tensó cuando un calor visceral se extendió por el estómago, nublando sus pensamientos y dejando sus rodillas inestables. Inhalando un aire tan espeso como la miel, Luc forzó la inercia en su paso, guiándolos a ambos hacia la cortina.

Gallus estaba en la antecámara, como una estatua, mientras un esclavo le envolvía con la toga, doblando y colocando pliegues con

cuidado para que el drapeado fuese perfecto. Les sonrió cuando entraron. “Tu acompañante podría viajar conmigo en mi litera. Es más discreto."

Luc asintió. "¿Es probable que alguno de los hombres de aquí esta noche presenten algún tipo de amenaza?"

“No, querido, yo diría que al salir conmigo os habéis retratado como muchachos de alquiler. Si vosotros podéis vivir con eso, yo también." Sonrió cálidamente mientras Maia le lanzaba a Luc una ojiplática pregunta y se calaba bien la capucha.

Conduciendo a través de la oscuridad detrás del carruaje, Luc repasó escenarios. Si los jinetes iban hacia el Norte, era posible que continuaran en esa dirección, confiando en que esa había sido la ruta que Luc había elegido.

Si estos iban hacia el Oeste, irían solo hasta un breve trecho, tal vez un día más, antes de girar y volver sobre sus pasos más despacio, buscando información por el camino. La intuición gritaba que eso era lo que harían y eso complicaba las decisiones. Tirando de la yegua de Maia más de cerca, Luc se meneó en la grupa tratando de ajustar su asiento ante una creciente incomodidad.

Gallus mantenía la sonrisa durante el transcurso del viaje, volviéndola hacia Maya en cada oportunidad. "Él es muy atractivo, ese de ahí. ¿Sois amantes?"

"No." Maia tropezó con la palabra, apresurándose a sacar la mano de los pliegues de su túnica y mostrarla como una coartada. "Estoy casada."

"Oh." Hizo una pausa y asintió. “Norteña, ¿verdad? ¿Picta?"

"Caledonia. Creo. Lo siento, no sé cuánto debería contar." Le recordaba tanto a Bassus que Maia casi quiso abrazar a este insolente extraño. Solo el deseo de imitar la cautela habitual de Luc la detuvo. "¿Por qué nos quedamos contigo y no en una posada?"

“Porque amo los dramas, querida. Le he hablado a tu amigo de los jinetes que han estado buscando a personas como vosotros, y creo

que él decidió que mi hospitalidad era menos arriesgada que una casa pública."

"¿Menos arriesgada, no más segura?"

Gallus rió de corazón ante eso. “Cuando era niño en Roma, no había necesidad de tabernas públicas. A los viajeros siempre se les ofrecía alojamiento. Eso servía de excusa para hacer una fiesta en nuestra casa." Su sonrisa se suavizó y contempló los recuerdos con cariño. "Aquí es un mundo diferente en el que vivimos."

Gallus puso una mano tranquilizadora sobre la suya. “En esta ciudad estamos controlados por los gremios. Los villanos aquí están todos organizados, actuan por dinero. Yo veo muy poco peligro para mi familia en una anticuada fuga de enamorados."

"Esto no es una fuga," dijo ella efusivamente. "Voy a buscar a mi esposo. Luc es mi amigo, el amigo de mi esposo."

"¿Estás segura?" Gallus estaba sinceramente sorprendido. "Tu galante soldado no te mira como una amiga. ¿O te ama tanto que renunciaría a su vida por tu felicidad? O, dime, si viajáis juntos solos y, sin embargo, no sois amantes, ¿podría ser que él ama a tu esposo lo suficiente como para arriesgarse a emprender las «Tareas de Hércules»?" Mientras la imaginación de Gallus dibujaba fantásticas posibilidades, él se las iba ofreciendo a Maia.

Su lúdico dramatismo la había herido, la había dejado contemplando vagamente ciertas posibilidades que ella se había negado a reconocer. Inadvertida, quedó en silencio negando con la cabeza, rehusando circunstancias por las que nunca podría responder. Un peso cambió de lugar, moliendo en la boca de su estómago, doblándola. "¿Renunciar a su vida?" Susurró ella.

Ya había sido bastante tomar prestada su amistad y permitirse confiar en que hubiera una persona viva que pensara que sus elecciones importaban. Pero las palabras de Gallus la habían acercado a empujones hacia las horribles preguntas levantadas por las decisiones de Luc. Después de todo, él era un soldado.

"Te he importunado, lo siento mucho, esa no fue nunca mi

intención. Solo me lo estaba preguntando en voz alta." Gallus le estaba dando palmaditas en la mano como una poco afectuosa tía, horrorizado por la reacción de ella a sus suposiciones. "Os acabo de conocer a ambos y ya estoy saltando a las conclusiones. Estoy seguro de que habéis trabajado en todo esto con cuidado. Estoy seguro de que comprendéis mejor las consecuencias para ambos que yo."

Ella llevó su horrorizada mirada hacia la suya, aún negando con la cabeza, rehusando. "Él sí. Yo confío en sus elecciones."

"Bien. Bien." Su alivio fue palpable. “Ya hemos llegado, mira. Casa. Comeremos y todo estará bien, ¿no es así?" Si bien sus garantías le servían a él, dejaban a Maia fría y asustada. Cuando ella bajó de la litera, una puñalada de alivio anuló todo lo demás por el momento, y esta fue bastante tranquilizadora. La casa de Gallus era de adobe.

La esposa de Gallus estaba tan emocionada por la notoriedad de sus invitados como lo había estado su esposo, dejando su armario abierto para Maya e insistiendo en que Luc usara una toga de la mejor selección de Gallus, como si él también fuese de la nobleza romana. Ambos eran cálidos y hospitalarios. Tenían comida preparada y puesta en abundancia para sus invitados, y se había designado esclavos para lavarles las ropas y satisfacer todos sus caprichos.

Maia había conocido a muchos como ellos, tuvo que engullir hasta ahogarse la buena comida y lavar el mal sabor de sus recuerdos con demasiado buen vino. Eso la ayudó a tallar en sus labios una educada sonrisa, la ayudó a entablar una pequeña charla y responder lo que pudo a sus preguntas. Éstas eran las personas entre las que ella había crecido: ricos que se aburríian.

Ella y Luc eran una diversión para ellos, ambos vestidos como muñecos. Sus vidas y sus ordalías no eran más que una fuente de enhorabuenas en los días venideros, y sus destinos tenían poca o ninguna consecuencia. Esta gente cálida y generosa simplemente obtenía todo el placer que podía de quienquiera y donde estuviera disponible, sin coste ni conciencia. Jugaban a la intriga como niños mimados.

Luc estaba tenso e incómodo, como lo había estado siempre que ella lo había visto en la villa de Bassus. Las casas romanas, la etiqueta romana, el estilo de vida romano, le eran ajenos y, aparentemente, no se arrepentía de ello. Su frente se fruncíia y relajaba durante las respuestas a preguntas que ella no podía imaginar, sopesando costes y consecuencias. ¿Y cuánto de ese coste era de ella?

Cuando sus anfitriones partieron para los juegos nocturnos en un torbellino de risitas y promesas de acumular inteligencia, ambos sintieron un gran alivio. Luc se desvistió hasta quedar con una túnica de lino, plegó el largo de la toga encima de un sofá y se estiró sobre una alfombra de piel frente al fuego. Maia agradeció y despachó a los sirvientes, tomó una jarra de vino y dos cálices y se sentó en el suelo al lado de Luc.

Las preguntas que necesitaba hacer eran enredados nudos en su pecho, y ella dio un sorbo de vino, buscando una manera de poner las palabras en movimiento. "¿Qué el lo siguiente? ¿Adónde?" Su voz fue demasiado fina, frágil, incluso en sus propios oídos, y ella quiso aclararse la garganta, sonar como si estuviera preparada para el viaje que tenía por delante. Al menos su boca había formado las palabras y su respuesta le daría tiempo para encontrar otras.

Él no respondió, no con palabras. Sacudió la cabeza, se frotó los ojos con las palmas y apartó la imagen de la exquisita suavidad de Maia.

Eventualmente, ella preguntó: "¿No lo sabes? ¿Aún? ¿Nunca?" Las palabras fueron un poco más fuertes.

"Aún." Él rodó sobre un lado, encarándola de modo que la suave media luz roja del fuego no le alcanzara la cara, para retirar sus preocupaciones hacia las sombras. Apoyado en un codo, dio un sorbo de vino y se obligó a respirar mientras observaba cómo el fuego convertía la piel de Maia en un dorado nebuloso.

"¿Te preocupa lo que dirá Gallus esta noche en los juegos, cuando tenga público y una gran historia que contar?" La asfixia de su pregunta se estaba acercando. "No sé esta noche," dijo ella con cuidado, "pero después de que nos vayamos, todo lo que hemos dicho será adornado y transmitido." Hizo una pausa. "¿Va a ser eso

peligroso?"

"Sí. Quizá cuanto más distorsione él la verdad, mejor. No sabe lo suficiente para hacer demasiado daño; solo depende de quién obtenga la información." Bebió vino y Maia volvió a llenarle la copa, deseando haber elegido sentarse en el otro lado para poder verle el rostro con claridad, poder mirarle a los ojos.

"¿De quién estamos huyendo?" La pregunta fue demasiado repentina, demasiado afilada a sus propios oídos.

"¿De esos dos?" Luc bajó la cara para que la luz no pudiera exponer sus palabras antes de que fueran dichas. “Probablemente Justicia los tiene en nómina. No son del ejército regular, son mercenarios."

“¿Por qué iba ella a enviar hombres armados a por mí? Si hubiese enviado a alguien, solo sería para llevarme de vuelta. ¿Por qué me haría daño? Mira todo lo que ya ha hecho por mí." Nuevamente, no hubo respuesta y las sombras cubrieron esos ojos y le suavizaban las líneas alrededor de la boca. Lo intentó de nuevo. "He confiado en ti para que me digas lo que sabes." El silencio se prolongó junto al nudo en la garganta y la hizo querer jadear. "Por favor, no me escondas secretos."

"No puedo saber qué haría ella ni por qué," dijo él al suelo entre ambos. "No lo sé."

“¿Y debería preguntarle a ella? Estás evitando la pregunta, como haces siempre que te pregunto sobre Cilo. Hay algo que no quieres contarme." Los ojos de Maia atrapaban la luz del fuego como lo habían hecho aquella vez.

Luc se aferró demasiado a su copa de vino, apartando de sus dedos el impulso de tocarle la mejilla. “Justicia guarda demasiados secretos. Dice demasiadas mentiras. Todos lo hacen. Yo no sé lo que ella podría hacer o no hacer. No siempre puedo saber qué es cierto o quién es honesto y quién no. ¿Por qué esperas que yo entienda a la gente mejor que tú? Toma una decisión." Se tumbó con las manos entrelazadas detrás de la cabeza para que estas no pudieran moverse.

Demasiados secretos. "Gallus cree que somos una pareja, enamorados a la fuga." Jugueteó con una borla de rafia en el cuello de la jarra de vino, llenando el silencio con pequeños movimientos. Como él permaneció callado, ella dijo: “Dijo que tú estabas arriesgando tu vida por uno de nosotros, por Cilo o por mí, por una tarea imposible. Las Tareas de Hércules, lo llamó. "

Ella podía sentirlo mirándola, sentir su cercanía como el calor del fuego, pero el sonido de su propia respiración superficial llenaba el espacio entre ellos, y cada vez que él se volvía hacia ella, las sombras reclamaban su rostro. Un calor punzante le subió por las mejillas y le llenó los ojos de lágrimas. "¿Cuánto te he costado, Luc?"

"Ya te lo he dicho. No hay coste alguno, no me debes nada. He tomado mis propias decisiones y puedo vivir con ellas. Eso es todo. Te lo dije cuando empezamos; Te llevaré a donde necesites ir." Luchando contra el peso de los miedos de Maia, él se obligó a sentarse. "Si quieres volver, si decides que eso es demasiado duro y prefieres esperar en *Londinium* a que Cilo llegue y calme todos tus miedos, entonces encontraré el modo de llevarte a salvo a *Londinium*."

“Si el frío y la humedad son demasiados y quieres ir a casa, pues hazlo. Me aseguraré de que llegues allí. No me deberás ningún favor. Tu esposo es quien paga el viaje, después de todo."

"¿Qué...?" Se detuvo al oír la respuesta, a pesar de las preguntas que se apresuraba a hacer. "¿Haces esto por Cilo? ¿Eso es lo que quieres decir? ¿Me mantienes entretenida por él?"

El rió bien alto, se tumbó en la alfombra y soltó una carcajada profunda. "¿Sólo manteniéndote entretenida?"

"No te rías de mí." La ira y la inadecuación se debatieron tras la mirada. ¿Sus pequeñas esperanzas la habían cegado a la simple verdad? Confiar en su amistad. Confiar en que ella importara, o que sus elecciones importaran. ¿Tan ingenua podía ser? ¡Qué arrogancia!, creer que un hombre como Luc pondría su vida en riesgo por ella.

Confiada a su cuidado, la carta de Cilo había dicho lo mismo. Llevada en una aventura, como perro corriendo tras su propio rabo, mientras Cilo seguía con la vida que él había elegido. ¿Y a quién podía él confiar con una mujer sola? ¿Quién podía garantizar que la mantendría a salvo de daño y que mantendría su virtud intacta?"Dime la verdad. ¿De veras harías cualquier cosa por él?"

"Sí. Te lo dije la primera vez que nos conocimos." Las risitas seguían surgiendo de él, desequilibrándola en un giratorio instante de confusión.

"Luc, ¿tú lo amas?"

"Sí. Igual que tú. Exactamente igual. Iría a cualquier parte y haría cualquier cosa por él, como tú. E igual que tú, no tengo idea de hasta dónde llegaría él por mí. Esta es una apuesta quexcompartimos, tú y yo."

La conmoción y el desconcierto recorrieron su cabeza como una fría ola de vértigo, sacudiendo todo terreno sólido que ella había ganado. Las pequeñas confidencias que ella había reunido parecieron disolverse en una oleada de reevaluación. Su rostro se quebró bajo la tensión de mantener unidas las piezas, lágrimas le corrían silenciosas por la mejilla.

Luc se movió sobre las rodillas, por lo que ahora la encaraba de lleno en la luz. Gentiles dedos llegaron a la barbilla de Maia y le llevaron el rostro hacia el de Luc, pero no había forma de verle a él los ojos. "Ahora. Dime por qué te importa la causa de que yo esté aquí. ¿Lo sabes? Esto es importante."

El vino y la miseria se arremolinaban en su cabeza, lo que dificultaba la concentración. Quería empezar de nuevo desde el principio y repensar cada elección que había hecho. Nada tenía sentido. Ella no podía responderle, ni siquiera podía hablar.

"¿No? Te diré por qué es importante que lo sepas. Necesitas llegar a tu hermano, necesitas respuestas que van a hacer que tu vida tenga sentido. De acuerdo, aquí estoy yo para ayudarte a hacer eso. Pero una vez que tengas las respuestas, tendrás que decidir qué es lo que quieres de mí, porque hay una gran diferencia entre él y yo. Él es tu

hermano y yo no."

"¿Qué?" Nada de eso seguía teniendo sentido. ¿Cuando ella tuviera respuestas de Cilo? ¿Cuando él admitiera que la había complacido como a una niña malcriada? Había demasiadas cosas que no podía esperar entender, y las sombras ocultaban demasiado. "¿Cómo lo consigues? Hablar en círculos. Decir tanto y, aún así, no responderme." Se frotó los ojos, se echó el pelo hacia atrás y sollozó miserablemente.

"¿Qué hay de ti, Maia? ¿Cuán lejos estás dispuesta a llegar por él?" Preguntó él. "¿Por qué accediste a casarte con él?"

Esa pregunta pinchó en dolorosos recuerdos. Las viejas cicatrices se negaban a sanar y, con un toque, desataban oleadas de vergüenza y autodesprecio que alteraban los latidos de su corazón hacia un secreto culpable. Luc la miró y esperó una respuesta. La pregunta pareció golpearla como un golpe físico. Cuando ella llevó la mirada hacia él, este era de dolor.

"Porque él me ama," dijo Maia.

Los brazos de Luc ansiaban abrazarla. Puede que ella hubiese dependido de Cilo, pertenecido a Cilo, y no había duda de que ella lo amaba, pero estaba claro que ella no le comprendía. Si Cilo la amaba, no era el tipo de amor que ella merecía.

Luc no tenía más preguntas para ella. Y tampoco más respuestas. Un nudo de frustración le ardía en la garganta y apretó los puños. Ella había llegado tan lejos, abandonándolo todo al creer que Cilo le proporcionaría un hogar y seguridad. Y honestidad.

Pese a lo mucho que amaba al hombre, Luc no podía compartir la fe que Maia tenía en su hermano. Él lo conocía demasiado bien y conocía su sanguinaria devoción por el ejército y por ganar toda contienda a cualquier precio. Con el ceño fruncido, Luc se levantó abruptamente, alejándose de la fría frustración y del calor del deseo que se le había subido a la sangre. “Nuestros anfitriones estarán pronto en casa," dijo y se alejó hacia la gélida noche.

# Capítulo 10

Maia despertó con las voces y se puso rápidamente de pie. La jarra vacía se posaba a su lado en el suelo y ella se examinó con urgencia, estirándose la túnica y tocándose el pelo en busca de alfileres.

El grupo de Gallus regresó de los juegos muy animado y Maya se esforzó para encontrarlos sin el mareo y la boca entumecida. Sonrió y apoyó la mano en un sofá para asegurar que no se tambaleaba.

"Estamos de vuelta," informó Gallus innecesariamente. “¿Dónde está Lucius? Tenemos novedades. Todo el anfiteatro está lleno de chismes." Los esclavos habían aparecido en gran número, pululando a su alrededor con copas de vino y platos de comida. Maia exploró la habitación pero Luc no estaba a la vista.

"No sé adónde ha ido." Se obligó a sacar las palabras fuera de su espesa lengua, sintiéndose perdida y un poco ausente.

"Ven aquí, entonces. Siéntate. Siéntate." Le indicó con un gesto que se sentara a su lado en un sofá.

"No. Yo no lo entenderé, tienes que decírselo a Luc." Caminó con cuidado hasta el sofá y se sentó inclinada en su confusión. Gallus la rodeó con un brazo y su esposa le entregó una copa de vino.

“Primero,” dijo en tono conspiratorio, como si los espías pudieran habitar cualquier rincón. “Hay una oleada de crimen que recorre las tierras medias. Los comerciantes están reteniendo los productos agrícolas o enviándolos por las carreteras del Oeste para evitar bandidos. ¿Viajáis al Norte?"

"Además, hay un puñado de auxiliares de la Vigésima Legión viniendo hacia aquí. Se dice que esos jinetes que pasaron por aquí iban delante de ellos, tratando de llegar primero hasta vosotros."

La adrenalina estaba luchando por aclararle la mente cuando Maia reconoció la importancia crítica de esta noticia, pero no lo que

significaba. Miró por la habitación de nuevo, esperando que Luc se hubiera materializado sin haberlo notado.

"Además, los dos jinetes están pagando exorbitantes suman por noticias tuyas y una recompensa para cualquiera que te retenga." Gallus y su esposa estaban extasiados. Esta diversión estaba mejorando cada vez más.

"¿Una recompensa?" Maia negó con la cabeza. "No. Justicia no. Ella sabe que yo volvería a verla en algún momento." Buscó en sus manos, tratando de leer posibilidades como lo hacía Luc. “Ella sabe que tengo que hablar con Cilo. Ella sabe que Luc me mantendrá a salvo. ¿Por qué haría ella esto?"

El vino intentaba asentarse en el estómago, pero avispas, atrapadas y frenéticas, batían sus alas allí al mismo tiempo que su corazón. Ella se aferró a la única pregunta que sabía que Luc haría, la única cosa que sabía que él necesitaba saber. "Los jinetes, ¿alguien sabía por dónde salieron de aquí?"

"Al Oeste. Están hablando mucho y tirando dinero por ahí como arroz. No sé por qué, ¿y tú? Eso no les servirá de mucho cuando ya han salido de la ciudad, ¿verdad?" Gallus estaba cansino, tal vez borracho o simplemente agotado por la alegría. "No está lejos del amanecer, ¿dónde podría estar nuestro Lucius?"

¿Dónde estaba? Maia tocó el brazo de una esclava a la que reconocía de antes esa noche. “¿Sabes adónde ha ido, esta noche? ¿Alguien lo vio?"

La chica pareció aterrorizada, no estaba dispuesta a que la seleccionaran en busca de atención. Ella bajó la cara y negó con la cabeza. “Vino por sus ropas," respondió ella. "Estaban limpias."

"¿Ha venido?" Todo el calor de su cuerpo se enfrió alrededor del corazón de Maia. "¿Su caballo aún está aquí?"

La chica levantó la mirada, luego la apartó y negó con la cabeza.

***

La cama era cómoda, la sábana de lino suave y las mantas calientes, pero Maia yacía en su propio invierno privado. Un escalofrío le sacudió los dientes y ella se apretó contra las rodillas, tratando de llenar con calor el espacio ante el estómago: tratando de calmar el lugar donde la ausencia de Luc palpitaba por dentro. El recuerdo de sus brazos alrededor de ella brilló sobre su piel y la hacía sentirse idiota y traicionada. Sentirse sola. Abandonada. Otra vez.

Casi se había atrevido a tener esperanzas. Luc era amigo de Cilo, habían sido inseparables durante diez años y Maia nunca había tenido más tiempo que un préstamo. Pero él la había hecho sentirse digna. Él la había hecho sentirse importante, y que sus elecciones importaran, y la había hecho sentirse real.

Pero él era una calidez que ella nunca podría tener, que no se merecía. La vida y el tiempo le habían enseñado la futilidad de esos sueños y ella había aprendido bien la lección. Una y otra vez había visto que rehusar la esperanza era más fácil de soportar que suplicar y ser rechazada. Aun así la esperanza gemía dentro de su pecho, pequeña y asustada como una niña solitaria.

Cuando durmió, estaba perdida en una profunda oscuridad, ciega y a tientas, huyendo desesperadamente de un peligro que no podía conocer.

Despertó asustada por un movimiento cerca de su lado.

"¿Luc?" Se sentó derecha y encontró a la misma joven esclava colocando ropa cuidadosamente doblada en los estantes al lado de su pila. La chica se asustó y se volvió hacia Maia con el rostro hacia abajo. Levantó una mano tímida y señaló a través de la puerta.

Maia siguió el dedo con los ojos, pero su mente tardó un tiempo en darse cuenta de lo que la chica quería decir. Cuando lo supo, Maia retiró las mantas y salió deprisa por la puerta, corriendo descalza sobre los fríos suelos de piedra.

Él estaba de cuclillas frente al fuego, extendiendo las manos hacia la llama, y empezaba a levantarse cuando ella entró corriendo. Luc retrocedió unos pasos para mantener el equilibrio cuando ella chocó con él a toda velocidad. Con los brazos alrededor de su cuello, Maia

se había colgado en él, sollozando en su hombro. "Pensé que te habías ido. Pensé que me habías abandonado aquí."

Los brazos de Luc colgaban impotentes a los lados, sin atreverse a devolver el abrazo, sin confiar en sí mismo para poder dejar que lo soltara. "No tengo ningún otro lugar adonde ir, te lo dije. ¿No crees una palabra de lo que digo?"

Maia anhelaba seguir así, respirándolo hasta que él la llenara y curara las grietas internas. Los latidos de su corazón se detuvieron y se enredaron en sus sollozos, dificultando la respiración, y anheló sentir los brazos de él envolviéndola.

Despacio, él se inclinó, bajándole los pies al suelo para que ella pudiera dar un paso atrás. “Fui a la arena. Tenía que oír por mí mismo quién va adónde y quién hace qué."

Luc se volvió hacia el fuego y se puso en cuclillas para calentarse las manos. Era más fácil mirar dentro de las llamas que dentro que esos ojos. “Tish tiene a unos chicos bien cargados. Han pagado a cualquiera que creyera habernos visto."

"Y hay una recompensa," agregó ella restregándose los ojos y frotándose con rabia la moqueante nariz.

"¿Lo has oído? Hay una recompensa."

"Esos van a volver, ¿no? Por eso pasaron tan rápido. Viajaron por la noche para poder adelantarse a nosotros y luego retroceder, sabiendo que todo el mundo estará buscándonos cuando ellos lo digan."

Luc miró a su alrededor, dándose cuenta de que la había subestimado. Él había comenzado a creer las mentiras que ella se decía a sí misma. Había aceptado sus dudas. Sacudiendo la cabeza, respondió: “Sí. Y no estarán muy lejos, medio día, tal vez a un día." El cabello de Maia estaba suelto, cayendo sobre los hombros en ondas sedosas y sus ojos eran enormes entre su piel de marfil. El *kohl* le había manchado la mejilla por las lágrimas, y las marcas lo acusaban a él. Todas las personas en las que ella confiaba la herían, y ahora él había hecho lo mismo. Él no iba a compartir las mentiras

de estos, pero tampoco le había dicho toda la verdad.

“Y los hombres de la Vigésima vendrán del Este. Nos ganarán terreno, ¿cuán lejos estarán?"

Las palabras desviaron la atención de sus delicados rasgos. "¿Qué hombres de la Vigésima?"

"Gallus dijo que un puñado de auxiliares de la Vigésima Legión vienen hacia aquí."

"Maldición." Él arrancó un mechón de pieles de la alfombra bajo sus pies. "Esa es la respuesta que me da Cilo, ¿no? Ha enviado a mis propios hombres tras nosotros." Se lanzó a un firme paso, caminando en círculos como si estuviera atado a una estaca. Su rostro era el trueno.

“Eso no puede ser malo. Tal vez sean una escolta." Maia retorció los dedos de los pies en las pieles. "Él sabe que quiero llegar hasta él, ¿no?"

“Eran una escolta, Maia. Ahora están siguiendo órdenes diferentes." Se inclinó sobre el fuego con brazos que parecían poder aplastar la piedra.

El mundo se torció de nuevo para Maia, girando a través del miedo y la confusión. Los latidos de su corazón comenzaron una vez más su ascenso hacia la esperanza. ¿Cilo había ordenado a los hombres de Luc que siguieran?"Si giramos hacia el Norte, las carreteras están llenas de bandidos, eso dijo Gallus."

“Esa sería una forma de adelantarles, pero nosotros no iremos al Norte. ¿Como te sientes?"

"Dolorida. Mejor que ayer."

“Hay una manera de adelantarnos a ellos, pero va a doler como nada que hayas hecho antes. Es una promesa. ¿Estás dispuesta a intentarlo?"

Ella lo miró. Los músculos de sus hombros y cuello estaban hinchados como la furia, sus sombreados ojos brillaban febrilmente

y sus manos estaban cerradas. Aunque hubiese demasiadas cosas sin decir, Luc no le había mentido. Ella quería tener esperanza. Como una niña frustrada que pisotea el suelo, quería tener esperanza. Quería confiar en él, tenía que confiar en él.

No sabía cómo vivir en este mundo sin él. "Está bien," susurró.

“Vacía los talegos. No nos llevaremos nada que no necesitemos. Comida y agua. Una manta. ¿Entendido?"

Ella asintió y él se dirigió hacia la puerta de los establos.

En su habitación, consideró rápidamente el largo de la túnica prestada que llevaba. La daga de Luc descansaba sobre su talego y ella la usó para cortarse la tela a altura del muslo.

Buscando en la bolsa, sacó la cota de bandas de cuero de Bryn y las sostuvo frente a ella. El mensajero no era tan alto como Luc, pero auun así la cota era muchas tallas demasiado grande para ella. Se la subió por las piernas, cruzó las ataduras de la cintura dos veces y la cota le tapó las piernas a la altura de la pantorrilla. No le quedaba como a Luc, a ella se le abultaba en las caderas, pero la gamuza interna de la cota estaba lo bastante gastada como para salir colgando y todo quedaba más inusual que incómodo. Con sus sandalias atadas hasta las rodillas, continuó sacando de los fardos todo lo demás.

Maia siguió a Luc entre los caballos mientras él comprobaba y volvía a comprobar las cinchas. "¿Qué vamos a hacer?"

“Vamos a huir, fuera de la carretera cuando podamos. Hay veinte leguas hasta *Glevum* y quiero recorrerlas esta noche. Cien kilómetros en doce horas. Nos detendremos tan a menudo como podamos para dar de beber a los caballos, y cada vez que ellos beban, nosotros comeremos." Se volvió para mirarla, la preocupación le surcaba la frente. "No puedes imaginar lo duro que es esto hasta que lo hayas hecho. Si tenemos que parar, lo haremos. Si empiezas a sentir que te vas a caer, tienes que decírmelo."

"¿Qué hay de ti?" Luc frunció el ceño tan profundamente en la sombra que Maia anheló el coraje necesario para acariciarle con un

dedo la piel arrugada y aliviar el estrés de allí. “Tú casi no has comido. No has dormido."

Una media sonrisa asomó entre los labios de Luc y él agachó la cabeza. “A veces prefiero no dormir," dijo. "Si estás lista, nos iremos."

***

Las primeras horas fueron duras.

Siguiendo el camino, a menudo por detrás de la línea de árboles o sobre un terreno elevado cuando este se presentaba, los caballos mantuvieron un galope constante y Maia trató de relajarse en ese ritmo. Cada vez que su atención se fijaba en los anchos hombros de Luc, ella flaqueaba en los suyos y tenía que concentrarse en mantener el equilibrio sobre la silla.

Su primer calambre había venido y se había ido y ella presionó el puño con fuerza en el costado mientras otro amenazaba con comenzar. Luc tenía razón. Él no le había ofrecido más que llevarla con su hermano, ese había sido su único objetivo, y ¿por qué debería importarle a ella el porqué había decidido él hacerlo? Eso no importaba, se dijo a sí misma. No importaba en absoluto.

Luc no era su hermano. Él no pedía nada y no le debía nada a ella. Había sido una tontería permitirse esperar algo más. Después de todo, las palabras de Gallus habían sido mucho más profundas de lo que ella se había imaginado. Luc se lo había dicho él mismo, ninguna mujer viaja sola a menos que sea una ramera. La gente asumía que eran amantes porque si ella fuese cualquier otra mujer, eso sería cierto. Luc no quería nada de ella. Lo había dejado claro en sus acciones. Le daba la distancia y el respeto debidos a la esposa de su amigo, y ella no debería esperar nada más.

¿Y si Luc y Cilo eran amantes?

No tiene por qué ser así. Se frotó los labios con fuerza con los dedos y negó con la cabeza. Él amaba a Cilo como ella. Negó con la cabeza de nuevo y deseó poder creer que no importaba por qué había elegido quedarse con ella.

Cilo había enviado hombres tras él, no como escolta, no por su seguridad. Eran los mismos hombres con los que Luc había viajado a la Galia y de regreso. Sus propios hombres. La frialdad se apoderó de su estómago al pensar en lo que eso significaba para él.

Al pasar la larga tarde habían llevado un buen ritmo sobre la dura superficie, pero cuando Luc la llamó al alto a un lado de la carretera y los detuvo a ambos detrás de la cobertura de los árboles, hacía mucho que ella había dejado de preocuparse por dónde la conducía. No pensaba en nada más que permanecer en su silla y seguirle el ritmo.

El lugar donde se pararon estaba seco, no había un abrevadero para los caballos, y ella miró vagamente a su alrededor en busca de la razón por la que estaban aquí quietos. Luc se llevó un dedo a los labios y la acalló cuando ella empezó a preguntar. Debajo de ella, la yegua respiró hondo, la espuma salía de su nariz y pintaba rayas blancas por las riendas hacia sus manos.

Cuando escuchó los cascos que se acercaban, ella ya había bebido un poco de agua y estaba buscando higos. Se congeló.

Los jinetes avanzaban a lo largo de la carretera hacia ellos a un trote suave, dos hombres vestidos teatralmente con armaduras de acero y cuero con tachuelas. Sus caballos eran negros, las placas del pecho y las sillas estaban doradas y con tachuelas de bronce. Uno llevaba espadas dobles cruzadas a la espalda, con las empuñaduras alzándose sobre los hombros. El segundo iba sentado sobre las empuñaduras de unas hachas de guerra, pasadas por debajo de la rodilla a ambos lados.

En silencio, Maia y Luc observaron pasar a los jinetes y esperaron a que sus cascos desaparecieran en la distancia entre los árboles.

"Puede que vistan para el papel," dijo Luc al fin, y Maia sofocó una risa nerviosa.

"Deben de ser muy buenos para salirse con la suya vestidos así." Estos hombres eran asesinos, ella no tenía ninguna duda al respecto. Eran mercenarios y vestían las insignias de su oficio como un faro. Tiró de su caballo y siguió a Luc mientras caminaba entre los

árboles. Se desabrochó la capa, la deslizó hacia atrás y la envolvió detrás de la silla de montar.

"La Apariencia. Eso es la mitad de la batalla ganada. Cualquiera que los vea venir se quedará atónito mientras se preguntan si reír o llorar. Ese es el momento en que se gana la pelea." Sonrió por encima del hombro y Maia se preguntó si era confianza o fanarronada.

"¿Y si los ves mucho antes de que tengan tiempo de alcanzarte, entonces qué?"

Rió de nuevo. "Entonces no les dejas que te alcancen." Era confianza.

Cuando él se movió a medio galope y volvió a correr hacia la superficie dura, ella se pasó la capa por los muslos y se resignó a cabalgar interminables horas.

Cuando el borde de la carretera se despejó y la tierra comenzó a doblarse y elevarse a su alrededor, salieron de la carretera y Maia ae adelantó al nivel. "Va a llover pronto, ¿seguimos adelante?"

"Sí."

"De acuerdo. Antes de que comience, quiero parar."

Luc hizo girar a los caballos por la pendiente por la que cabalgaban, dirigiéndose hacia la línea de árboles donde esta marcaba un curso de agua debajo.

Maia se tendió a la sombra sobre la hierba mientras Luc revisaba la grupa y la panza de los caballos en busca de signos de roce. "¿Cuánto tiempo?" preguntó él elevándose como un titán sobre donde ella yacía.

"Unos minutos más, eso es todo, ¿por qué?"

"Si seguimos aquí más tiempo, dejaré que los caballos beban hasta llenarse. Si nos vamos ahora, los detendré."

"Logística." Maia extendió una mano en busca de ayuda para

ponerse de pie y gimió mientras se levantaba. "Unos minutos más y la habría tenido." Ella sonrió, tratando de aliviar el peso de sus propias desilusiones.

"¿Tenido qué?" Él se inclinó y levantó la capa en la que ella había estado acostada.

"Una respuesta a por qué es importante estar aquí o no."

Luc se plantó frente a ella con la capa colgando entre ambos y ella la tomó con cuidado de su mano. No había levedad en las líneas alrededor de los ojos mientras él le estudiaba el rostro, y ella se retrajo de sus palabras, asustada de pronto. Había demasiada consciencia de él, aquí, tan fuerte y tan cerca. Era una idea desechable, un pensamiento que había escapado sin dejar nada a su paso.

La silenciosa intensidad gris de esos ojos la apuñalaba como un cuchillo, como si él pudiera ver más allá de sus ojos y leer sus más profundos pensamientos. Su mano era más firme, pero la inquietante fatiga que se apoderaba de sus hombros y endurecía su expresión llenaba el aire como un grito discordante. Una luz, que podría haber sido esperanza o locura, relucía hacia ella, desafiándola a responder su propia pregunta.

"¿Y?"

El silencio le oprimió el pecho y resonó con fuerza en un torrente dentro de su cabeza. El sudor le picaba la garganta, enrojeciendo la piel y calentando sus mejillas. "No me mires ", suplicó ella, pero las palabras quedaron entumecidas por la humillación. Ella no tenía una buena respuesta sino apartar la mirada de él y dejar que el silencio la salvara o la condenara.

Cuando por fin él se volvió para ensillar a los caballos, ella se frotó las palmas de las manos en la áspera tela de sus leotardos y dejó que el aliento que había retenido se vertiera silenciosamente, como si el sonido de su respiración pudiera sacudir el delicado equilibrio entre la calma y la catástrofe.

Las horas que siguieron se nublaron hacia un dolor cada vez más

agudo. Los músculos de sus brazos y piernas ardían o temblaban de fatiga por turnos, y su espalda se sacudía y se zarandeaba a cada paso. No importa cuántas veces obligara a sus hombros a relajarse, estos se tensaban una y otra vez hasta que la tensión subía por su cuello y devenía una pica caliente en la nuca.

Para cuando crecía la oscuridad, ella había entrado en una enervada fuga donde solo la pura voluntad la mantenía en pie. Habían estado viajando campo a través durante horas y cuando Luc los llevó de nuevo sobre una superficie dura, esto la trajo hacia la media consciencia.

Luc observaba cómo la sombra gris del agotamiento se extendía para empañar la carne de las mejillas de Maia, círculos oscuros como moretones le delineaban los ojos. Maia tenía los labios azules. Él llevó a los caballos al paso y dejó que ella avanzara a su lado. "Estamos allí, casi."

Un gruñido fue todo lo que ella pudo conseguir y él bajó la mirada al notar el trance en el andar de la yegua. Los caballos estaban rendidos, muertos de pie y moviéndose porque eso era lo que se les decía que hicieran. Si él pudiera haberse detenido allí en el camino hacia la ciudad, lo habría hecho, pero no tenía otra opción. Si esto los mataba, los caballos tenían que llevarlos un poco más lejos.

El frío de su ropa mojada le roía la piel. Maia tenía que estar helada hasta los huesos. Sus hermosos ojos estaban nublados y mostraban pesadez, parecía que ella ya no sabía dónde estaba.

Mientras él elegía un camino por calles tranquilas, el olor de las ollas la alcanzó y Maia sintió una arcada como si fuera a vomitar los mismos pulmones. Por fin Luc se detuvo, bajó resbalando de un lado y se acercó a ella. Maia se inclinó hacia él y cayó en sus brazos. Apoyada en él, agarrándole la mano como si fuera su cuerda de salvamento, ella vio a un hombre salir de la oscuridad, apareciendo, parecía, de la nada.

"¿Qué estás haciendo aquí, chico?" fue todo lo que ella oyó cuando sus rodillas cedieron y ella cayó sobre el barro.

***

"Ponla allí, zagal." La madre de Luc era apenas un palmo o dos más baja que su hijo y sus palabras rara vez se pronunciaban dos veces.

"Necesita agua caliente, está congelada," dijo él mientras la colocaba sobre el jergón en la sala principal de la casa.

"Ella está más alllá de beber por el momento; ve a calentarte mientras yo la seco. Aviva ese fuego."

Luc arrojó troncos a la parrilla, abanicándolos para acelerar el fuego y dejó caer la tetera más abajo sobre la cadena. "Tengo que cuidar de los caballos."

"Deja los caballos a tu padre. Quítate la ropa mojada y caliéntate la piel." Mientras ella salía, tranquila y controlada, Aila le quitó a Maia la túnica y los pantalones saturados, la cubrió con una manta y reunió la ropa de cama para apilarla en el suelo frente al fuego. Luc se ató a las caderas un taparrabos seco y ella le colocó la palma de la mano en el pecho, chasqueando la lengua. "Ponte un pelaje alrededor, necesitas calentarla y tienes que estar caliente para hacerlo."

El pánico iluminó su rostro. En cada minuto de su viaje, él había pronunciado un mantra solemne. Ella estaba demasiado por encima de él. No podía tocarla. Pertenecía a otra persona. Pero al igual que todo suplicante caído, su carne traicionaba a su yo superior. Cuando ella lo rozaba, o el perfume de esa piel y ese cabello tocaban el aire sobre sus labios, todo su cuerpo ansiaba abrazarla hacia su pecho.

Cuando ella aguantaba su dolor tan claramente en aquellos ojos inquietantes y se levantaba con solo el coraje para sostenerla, su corazón se quebraba. Y cuando ella se estiraba para tomarle la mano, o le envolvía el cuello con los brazos y sollozaba su miedo en su hombro, era sólo el férreo autocontrol que transportaban esas palabras lo que hacía que él la dejara ir. Ella estaba demasiado por encima de él. Pertenecía a otra persona.

"No, no puedo." Y si la abrazaba, el cuerpo rechazaría toda lógica.

“¿Eres blando, zagal? Por supuesto que puedes. O lo haces tú o lo hace tu padre. ¿O debería sacarla y atarla a las vacas?" No había

más discusión, solo resignación, y ella asintió bruscamente hacia él. "Ponla allí y os cubriré."

Levantándola desde la cama hasta el suelo, él la acostó suavemente sobre las alfombras apiladas, estirándose a su lado para que esa piel helada quedara apretada junto a la suya, con la espalda de Maia hacia el fuego. Su tacto era gélido, parecía que no quedaba sangre en esas venas que llevaran vida. Ella ya ni siquiera temblaba, excepto por el ocasional brusco espasmo que la recorría.

"Ponle la cara debajo de tu brazo, eso es todo, ahora os taparé. ¿Qué has hecho, Luc? No, no me lo digas, eso tendrá que esperar." Ella apiló las últimas pieles donde él yacía y pasó una pierna encima de ellos hasta donde la tetera hervía vapor en el aire. “Lo quiero saber en cuanto ella empiece a moverse. Le daremos un poco de caldo. Y no la asfixies."

Bajo la manta, él le masajeó la piel de la espalda y los brazos, alejando de ella la interminable frialdad y dentro de él. Cuando por fin ella comenzó a temblar y su cuerpo luchó por reiniciar sus propios mecanismos de calentamiento, él la atrajo hacia sí, respirandole aire cálido y húmedo sobre el rostro.

"Bueno, tú no pierdes el tiempo, hijo." Rió su padre cuando entró a la casa y Aila lo acalló con una sonrisa.

"La pobrecilla está cerca de la muerte, déjale."

"Y los caballos, ¿cómo les has hecho correr?" El tono era brusco, pero las preocupaciones resonaban en las palabras.

"*Calleva* esta mañana, hasta aquí."

Su padre maldijo y paseaba en círculo hasta la puerta y de regreso. "Deberías haberla hartado antes de irte, zagal." Se puso en cuclillas cerca de la cabeza de su hijo. "Bueno, ¿Los has dejado muy atrás?"

Su madre miró de su esposo hacia su hijo y viceversa. No había necesidad de preguntar quién lo seguía ni por qué. Ella tenía cinco hijos y ninguno de ellos llegaría en este estado a menos que hubieran dejado atrás los problemas, serios problemas. Le entregó a

Luc una taza de té de hierbas amargas y lo observó beber, arrugar la cara y volver a beber.

"Tres días. Espero." Su propio agotamiento le nublaba el cerebro y el calor del fuego le obligaba a cerrar los ojos. Maia tosió en su pecho y él se espabiló, renovó el aire alrededor de Maia y la cubrió de nuevo.

"¿Aún está temblando?"

"Un poco, está respirando mejor. ¿La despierto?"

"Inténtalo, puede que aún tenga demasiado frío."

Luc le sostuvo la cara y le dio unas palmaditas en la mejilla. "Maia. Despierta. Vamos, Maia."

Ella apartó la cara de sus palmadas y parpadeóo, pero no conseguía romper las ataduras de su invierno. En lo profundo de la niebla helada, quería subir las piernas, hacerse una bola para evitar el frío, pero ninguna parte de su cuerpo respondía. El hielo era toda su realidad. Tirirar. El crujido y castañeo de sus dientes era lo único que ella podía oír.

"Bebe tú. Tienes que calentarte el interior o tu piel no estará caliente. Yo le daré agua caliente a ella cuando pueda beber."

Luc bebió el té, le levantó a Maia la cabeza sobre su brazo y se relajó en la suavidad de las pieles. La fatiga se abrió camino superando sus esfuerzos por mantenerse despierto. No podía hacer más ahora. Abrazándola cerca, él se alejó de la realidad y, por primera vez en un siglo, se durmió.

Maia sintió que alguien le sostenía la cara, llamándola, una voz de mujer, pero no podía despertar. Trató de abrir los ojos. De vez en cuando sentía en sus labios el borde cálido de una taza y bebía. Pequeños sorbos. Luego ella se retiró de la voz, volvió a subir a un nido de calidez y seguridad, y se envolvió con mayor fuerza alrededor del calor.

Ondas infernales recorrían las terminaciones nerviosas de la garganta y su mejilla de Luc, donde el olor de ese cabello entraba y

salía con cada aliento dormido. En medio de un sueño exhausto, su cuerpo conocía cada hinchazón y pliegue de aquella suave desnudez y dónde esta le presionaba la piel. Ella era frágil, preciosa, perfecta. Cada contacto encendía llamas sin fuego y el deseo pulsaba junto a ella, mientras su mano trazaba la curva de ese hombro, bajaba por el arco de esa espalda, alrededor de la cintura de esa cadera y bajaba por ese muslo donde se cruzaba con el suyo.

A lo largo de la noche el frío se había ido y, en su lugar, se compartía calor. El cuerpo de Luc lo había alejado, filtrándose a través de la piel de Maia sobre la suya, calentando la carne bajo los dedos. La abrazó con más fuerza cuando ella se movió más cerca de él, la respiración de Maia ahora se acortaba sobre su mejilla.

"Luc." La mano de su madre estaba en su hombro, su voz era suave, y la mañana brillaba alrededor cuando él despertó. “Levántate, hijo. Déjala dormir. Ven y come."

Las mejillas de Maia estaban coloreadas. La oscuridad se aferraba bajo sus ojos, pero sus labios ya no estaban pálidos y su respiración era regular. Cuidadosamente, él la volvió a tapar al deslizarse fuera de la cama. Sus pantalones se habían secado a su lado y él luchó por ponérselos. La habitación estaba confortablemente cálida y el olor a carne asada lo atrajo a la mesa. Aila le puso té y un plato de cordero frente a él y se sentó enfrente. "En cuanto entre tu padre, nos contarás lo ocurrido."

Ella no dijo más, se quedó sentada mirándolo comer.

"La yegua se ha quedado coja, ha perdido la pata delantera y tiene calambres. El viejo caballo no está tan mal. Está rígido, pero vivirá." Bragon entró y se sentó junto a su esposa. "Ninguno de los dos te sirve de nada a partir de aquí."

Había un aire de juicio en sus rostros, de esperar oír lo peor. Eso era exactamente lo que él tenía que decirles; toda la larga historia de principio a fin. El problema era por dónde empezar. Comenzó con Maia.

Maia escuchó durante mucho tiempo el murmullo de voces. Voces extranjeras. Hablaban en otro idioma, en voz baja, en alguna parte

por encima de ella. Trató de moverse, de quitarse las pieles de la cara, pero el dolor en el brazo era más de lo que podía soportar y gimió. Cuando abrió los ojos, el borroso rostro de una mujer se fue enfocando. Masas de cabello pelirrojo caían hacia adelante mientras esta se inclinaba con una taza de caldo. Sonreía, y los tatuajes que cubrían su mejilla izquierda y su frente se arrugaban mientras lo hacía.

"Has vuelto con nosotros entonces, bien. Luc, pregúntale si puede sentarse."

El alivio fluyó hasta su médula cuando ella lo vio. Luc estaba sonriendo. "Ella no va a parar de hablar contigo, tanto si la puedes entender como si no. Tú solo asiente y te dejará en paz." La mujer le dio una palmada en el hombro. Ella había entendido claramente lo que él había dicho, pero, cuando le habló, aún fue en un idioma diferente. "¿Puedes sentarte?" preguntó Luc. "Quiere ver cuánto puedes moverte."

"Necesito levantarme." Maia movió lentamente las extremidades doloridas, pero poco a poco respondieron y ella se las arregló para sentarse. Le temblaron los brazos por el esfuerzo y se le cayó la cabeza hacia adelante entre las manos. "¿Donde esta mi ropa?"

Él recogió la túnica y se la entregó. "Lo mejor que puedo conseguir por el momento."

Cuando ella levantó la mirada a través de la camisa que estaba poniendo, se sentó embobada. El pecho desnudo de Luc estaba tatuado, el patrón le recorría el estómago hasta donde ella podía ver. Maia se bajó la túnica y le temblaron los dedos hacia aquel color, los dedos le rozaron la piel como si pudieran manchar las líneas.

La mujer vino para quedar de pie al lado de ella, le tomó un brazo mientras Luc tomaba el otro y la ayudaron a levantarse. Colocando una manta de lana sobre los hombros de Maia, la madre dijo: "Yo la llevaré," y ambas cruzaron cojeando la única puerta y entraron a una sala de baño.

"Este es un alto precio el que has decidido pagar por la esposa de

otro hombre, zagal." Su padre jugueteaba con una cuchara, observándola mientras movía sobras por el plato. "Es un gran paso adelante después de la ramera, pero aún así."

Luc lo interrumpió. "No la llames así."

"¿Aún la vas a defender? Ella te matará antes de dejarte marchar, ¿o crees que los hombres que viste solo quieren jugar? Y piensa en lo que quedará de tu dulce y pequeña *shidh* si te encuentran." Se alisó pensativamente la raída cortina de su bigote sobre el labio y la barbilla. "No te me encorves los hombros, muchacho. Si has venido a escuchar lo que digo, pues escucha."

Cuando Maia reentró en la habitación y tomó asiento con cuidado, el hombre sonrió y asintió hacia ella, rompiendo la tensión, durante unos momentos al menos. Su cabello era rubio pero canoso, recogido en la nuca en una gruesa cuerda trenzada. Cuando le habló, ella apenas podía entender su latín entre el fuerte acento y el velo de su bigote. "Estás más viva que muerta hoy, zagalal. Tienes que comer y descansar un poco."

Un humeante cuenco de caldo y una mazorca le colocaron delante, y ella obligó a los temblorosos músculos a llevarle la comida a la boca.

Volviendo al celta, el anciano continuó hablando. "Eres hombre muerto, zagal. Solo que no te has enterado aún. No hay lugar al que puedas huir lo bastante lejos de Roma."

"En ese caso, todos somos hombres muertos. Lo único que importa es lo que hacemos hasta que nos entierren. Y no necesito seguir huyendo para siempre. Solo necesito llegar lo bastante al Norte y encontrar un lugar seguro. O crear uno."

“Oh, sí. ¿Dónde está eso? ¿Dónde se está seguro? Si no te crucifican por desertor o no te linchan los cazarrecompensas, puedes esperar los Juegos en el nuevo patio de recreo de Vespasiano en la capital, y tu dama aquí presente puede volver a la vida que conoce. ¿Habías pensado en eso? Una vez que la hayas devuelto adonde pertenece, ¿entonces qué?"

"Ella está donde pertenece."

“¡Ah! Te estás engañando a ti mismo. ¿Crees que se va a quedar contigo?"

"No." Luc apretó el puño y frunció más el ceño hacia el plato ante él. "No," dijo de nuevo. "Tal vez."

“Aunque ella te siguiera, ¿cómo vas a darle villas y sirvientes? Al menos la ramera podría haberte mantenido." Bragon respiró hondo y se miró las manos con el ceño fruncido. “Zagal, mírala. ¡Un poco de lluvia casi la mata! ¿Y quieres llevarla a las Tierras Altas? Pues será mejor que la cebes bien. ¿O se va a congelar y morir de hambre contigo? ¿Va a vivir bajo un techo de paja y luchar contra los vecinos cuando quieran tu trozo de tierra? Roma llegará allí también. Si tienes que luchar toda tu vida, bien podrías elegir el bando que va a ganar. También podrías elegir comodidad y medicina y carreteras y comida y saneamiento y algo de paz para terminar."

"Esa fue tu elección," dijo Luc. “Mi elección ya está hecha, papá. Correcta o equivocada, ya no está abierta a debate. Lo que necesito saber es qué hacer a continuación."

Su madre intervino en la discusión. "¿Qué elección tiene ella, Luc? ¿Dónde quiere ir ella? ¿Y por qué? ¿Y qué hará cuando llegue allí? Pues verá que todo es demasiado difícil y volverá por donde vino. Ella pertenece a otra persona, hijo. ¿Estás preparado para devolverla a su vida romana? ¿Morirías por eso también?"

Por encima de su comida, Maia observaba las caras, sintiéndose como una extranjera. De vez en cuando los dedos apuntaban en su dirección, pero la esencia del debate le pasaba por encima de la cabeza y ella intentaba leer los detalles en los rasgos de Luc. Él estaba más tranquilo que sus padres, resignado.

“No me preocupa morir, aunque algunas muertes sean mejores que otras. Pero he dejado de matar. No más. Es demasiada sangre. Ya no tengo estómago para eso. Preferiría morir antes que volver y, sí, si muero con ella o por ella, pues que así sea."

"Como tú has dicho, muchacho, la elección está hecha." Su padre se levantó del taburete y le dio a Luc una palmada en la espalda al pasar. "Pero tienes que saberlo, si quieres seguir con vida no has dejado de matar. Aún no. Necesitamos pensar adónde ir a continuación. Confiaré en que ella vale el precio."

A su espalda, Luc dijo: "No hay coste alguno." Luego, a su madre, "Yo no sé lo que ella quiere hacer. Ella aún no lo sabe, aunque piense que sí. Me lo dirá cuando lo sepa. Yo puedo esperar."

Mientras su madre regresaba al fuego, él se volvió hacia Maia y le sonrió para tranquilizarla. "Lo siento. No están emocionados con nuestras opciones."

Maia asintió. "Lo supuse. ¿Y nosotros? ¿No podéis al menos hablar latín para que yo pueda entender algo de eso?"

"¿Qué sentido tendría hablar de ti si pudieras entender lo que se está diciendo?" Él sonrió.

Ella mojó el pan por el fondo del cuenco de sopa. "Ya he tenido suficiente de endurecerme. Esto es lo más dura que puedo ser, ¿verdad?

Él rió. "Correcto."

"Dime que no iremos a ningún lado hoy."

“No vamos a ir a ningún lado hoy. Ni mañana, espero."

"Bien." Recogió un trozo de cordero de su plato y lo mordisqueó.

Belleza como esta nunca podría ser real. Tan magullada y herida y, sin embargo, la luz permanecía en su piel como si esta brillara desde dentro. Le apartó un mechón de pelo de los ojos. “Si necesitas quedarte más tiempo, podemos cruzar el río aquí y bajar a *Cambria*. Nadie nos buscará allí, puedes tomarte tu tiempo."

“Entonces todo el trabajo duro de ayer sería para nada. Perderíamos el tiempo que hemos ganado."

“No, no sería para nada. Nos escabullimos fuera de la red y ellos

aún tienen que averiguar qué camino hemos tomado."

"¿Y Cilo?"

"Si esperamos lo suficiente, vendrá hasta nosotros."

Ella lo fulminó con la mirada, un ceño se curvó al escuchar el desprecio en la voz de Luc. "Ahora también suenas como si él fuese una amenaza."

"Él es una incognita, esto es lo mejor que puedo concederle."

"Cilo nunca, nunca me haría daño, Luc. Nunca." Juntó las manos débilmente. "Y si él te tiene tanto aprecio, espero que tú también confíes en él."

“Cilo es un soldado. De principio a fin. Él es el ejército. Vive y respira deber. No me hace falta cuestionarme la confianza, sé en lo que él cree. Solo quiero saber qué va a hacer al respecto."

"No te atrevas a hacer de él un villano. Eres tú quien habla de elecciones y consecuencias. Yo tomé estas decisiones. Tú también. No puedes culparle a él de que estemos aquí."

Luc se puso de pie de repente. "¿Qué? ¿Por qué estamos aquí? Creí que él era la única razón por la que nos estábamos magullando el trasero para llegar a *Viroconium* o a *Deva*. Han sido sus elecciones las que te has colocado en este lugar. Creí que él era tu fuente de sabiduría, la única respuesta que tiene sentido."

Su madre estaba de pie de brazos cruzados, sonriendo, observando la subida de tono, mientras Luc recorría el circuito de su padre entre la cama y la puerta. "¿Por qué estamos aquí, si no es por él?"

"Tengo que preguntarle..." Maia se detuvo como si hubiera olvidado cuál era la pregunta, buscando una pista en la mesa frente a ella.

“¿Preguntarle si no vales nada para él? Hay otras personas que pueden responderte a eso, pero tú no quieres oírlo." Él atravesó la puerta pisoteando, dando un portazo detrás de él.

Maia giró para mirar a la madre con un calor subiéndole a las

mejillas, pero Aila simplemente sonrió y se encogió de hombros, luego se giró hacia el fuego.

***

Bragon se mordió el bigote pensativo. “Puedes seguir el río, remontarlo donde puedas, esa es la ruta más corta a menos que vayas a campo a través. O puedes permanecer en las carreteras del Oeste. Las caravanas vienen y van todo el tiempo. Tal vez puedas conseguir un pasaje en una de ellas."

Luc frotó aceite de linimento por la pierna del caballo, considerando las posibilidades mientras su padre las revisaba.

"Sin embargo, no creo que tengas el tiempo con el que estás contando." Apoyando los brazos cruzados sobre el lomo de la yegua, sonrió mientras Luc se frotaba los brazos y bufaba niebla. "Creo que Cilo sabe que ibas a venir aquí y que debes estar yendo hasta él. Si iba a quedarse quieto y esperarte, eso es una cosa, pero no lo ha hecho."

"Esos muchachos que vienen detrás de ti puede que no tengan prisa por atraparte, no si pueden presionarte para que te apresures más de lo necesario. Eso ha funcionado hasta ahora. No es el púrpura de su túnica lo que ha llevado a Cilo hasta donde está, ¿sabes? Él juega bien este juego y juega por sustento. En cuanto a los otros dos, esos mercenarios, ni siquiera puedes imaginar dónde están ahora. Llévala a otro lugar, zagal. Convéncela de que está mejor sin él."

"No." Luc negó con la cabeza. "Tal como están las cosas, ella cree que la estoy mimando como un favor para él. Yo no le he contado eso, otra persona lo hizo. Pero no se lo he aclarado."

“Oh, sí. ¿Y alguien le habló sobre su esposo y las otras mujeres?"

"No."

"¿Por qué?"

“Porque eso parece una complicación, ella ya está confundida. Él no la ama, con quién esté Cilo no hace diferente ese hecho. Y ella no

quiere que él le jure amor eterno tampoco. Solo quiere saber cómo pudo defraudarla cuando ella confiaba en él. Es su hermano. Él es todo lo que ella tenía."

"Dile tú por qué. Responde tú por él."

"Eso no puedo hacerlo. No entiendo en absoluto lo que él estaba pensando ni por qué no quiere hablar con ella. Ella se merece algo mejor que la forma en que la ha tratado."

“Escúchate a ti mismo, muchacho. Te estás justificando ante mí. Es a ella a quien tienes que decírselo. Ella es la que necesita saber toda la historia. Esto no la protege, ¿sabes?" Habló con demasiada claridad, dejando el corazón en cada palabra, y Luc se movió con irritación hacia la otra pata delantera del caballo, sacudiendo la cabeza como si eso fuese suficiente negación.

No había nada que pudiera decirle a Maia que no fuese suplicar. Él se había contenido y había seguido su propio consejo, pero el recuerdo de esa piel junto a la suya llevaba la ira y la frustración a un punto salvaje que le revolvía las entrañas. Ella estaba demasiado por encima de él y pertenecía a otra persona. Sí. Sí. Pero ella se merecía algo mucho mejor. Ella merecía nada menos que el tipo de amor que él quería darle.

"Bueno, eso aparte," suspiró Bragon, "creo que en cualquier momento vamos a recibir aquí un mensajero de Cilo acusándote de deserción. Y la acusación se sabrá a lo largo de cualquier camino que elijas tomar. Serás un hombre marcado para cualquier guarnición, cualquier unidad en cualquier lugar que te vea. Sea cual sea el camino que tomes desde aquí, tendrá que ir como nativo. Eso te hará cambiar de opinión acerca de darle la espalda a la civilización." Rió con ganas desde el pecho, pero había dolor en sus ojos. "Entretanto, si necesita caballos, tendré que comprarlos ahora. Una vez que se corra la voz de que estás aquí, no habrá ninguna posibilidad."

"Sí. Pero no estoy seguro de que Maia quiera montar otra vez. Ya ha tenido suficiente."

"¿Ya? Será mejor que aprenda lo resistente que tendrá que volverse

si quiere sobrevivir. Las ampollas se convierten en callos, ¿no? Sube su mochila al caballo y deja que ella camine detrás. Pronto empezará a pensar que montada es mejor."

Luc rió. "Ella no es tan delicada como tú crees. Y no es tan estúpida como ella cree. Solo es ingenua, ella solo ve lo mucho que no sabe."

"A mí no hace falta que me la vendas, Luc. Te has atado a ella tú mismo, asegúrate de poder mantenerla con vida."

***

Maia tomó un sorbo de té amargo y dejó que se le arrugara la cara por la irritación. ¿Qué fue lo que había necesitado tanto de Cilo para que ella se marchara? Parecía haber pasado una vida, la vida de otra persona. Ninguna de sus certezas era sólida aquí. Las verdades que ella había sostenido ardían y se desvanecían aquí como humo y niebla. Los chismes, las cenas y los corazones rotos habían sido importantes entonces. Ahora había vidas en juego.

Tenía que preguntarle por qué la había abandonado allí. ¿Cómo había pensado que ella podría soportar ser abandonada de nuevo? Completamente sola. Con Lyvia.

Desde esta distancia, incluso el nombre parecía menos potente y la amenaza menos real. Y en la nota él había tratado de darle una respuesta al porqué marcharse. Pero había más que eso. Él había hecho un trato con la madrastra en el que la vida de Maia era una garantía, y no había compartido esa decisión con ella ni le había explicado su intención.

Eso era importante. Seguía siendo importante. Pero ahora parecía que las apuestas en juego había aumentado peligrosamente, y siempre había demasiadas cosas que ella no sabía o no podía entender. Apoyándose en la mesa, se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. Aila estuvo a su lado al instante, estabilizándola, sonriendo. Por los dioses, ¿no había nada que esta familia no pudiera encontrar a lo que sonreír?

Tiró de la puerta para abrirla y se apoyó en la jamba, mirando a través del patio embarrado por el aguanieve hasta encontrar a Luc y

a su padre estudiando la pata delantera de la yegua. "Si no guardaras tantos secretos," gritó Maia tan fuerte como se lo permitía su dolorido pecho, "podría tomar mejores decisiones."

"Tranquila. Él regresará pronto, tú tienes su única túnica. Hace frío ahí fuera." La madre pronunció las suavemente resonantes palabras celtas, arrastrando a Maia de regreso a la casa y señalando la cama, palmeando el colchón. “Todo siempre es muy importante cuando eres demasiado joven para saber que estás equivocada, ¿no? Vivir y morir. Todo por nada, si quieres mi opinión." Volvió a palmear la cama e indicó a Maia que se sentara.

Cuando Maia se tumbó en la cama, Aila se apartó el cabello hacia atrás. "Creo que mi hijo ha tomado una buena decisión. Siempre y cuando él no haga que os maten a los dos por no echarte encima de su hombro y decirte que le prestes atención." Recogió las alfombras, dejando caer un par sobre la cama para Maia y apilando el resto a sus pies.

"Te prepararé más té, tienes que beber. Y él puede mantenerse ocupado con la leña. Anoche quemamos la mayor parte de la que teníamos." Soltó una risita. "Pero tú no deberías preocuparte por eso."

Maia la observaba moverse, escuchaba la melodía de sus palabras, pero no tenía idea de lo que le estaba diciendo. Se acercó las alfombras a la barbilla y se frotó los fantasmas que le rozaban la piel.

En algún lugar de su memoria, o en un sueño, estaba el eco de una caricia. Cada vez que respiraba el olor de la camisa de Luc, su cuerpo cabalgaba una suave ola de calor que la recorría. Desde un pesado charco que hervía en la parte baja de su vientre, fluía a lo largo de sus brazos para irrumpir en el sudor de su piel. Se elevaba en su aliento y se precipitaba sobre la piel como una caricia.

***

“Maia, despierta. Tienes que comer más y beber más." Él estaba sentado en la cama junto a ella, con las largas piernas estiradas hasta el suelo y cruzadas a la altura de los tobillos.

“Necesito un poco de vino. Eso ayuda." Ella se sentó derecha y miró a su alrededor. Era temprano en la tarde; El padre de Luc estaba sentado a la mesa comiendo estofado, su madre estaba a su lado de brazos cruzados, sonriendo. Puso una mano sobre el hombro de su esposo. "Al verlo ahí me recuerda cuando tuvo ese cachorro, ¿recuerdas?"

Ambos se rieron y Luc dijo: “Sin vino. Tienes que eliminar los venenos de los músculos. Té amargo, eso es todo lo que hay."

Se puso de pie para ayudarla a llegar a la mesa, aferrándose al calor de esa mano mientras ella renqueaba. "Tenemos caballos frescos y ropa, más o menos. Cuando la veas, lo entenderás." La idea de volver a montar a caballo la hizo gruñir mientras se sentaba, y él continuó: "Le doy a Cilo hasta mañana para mostrarnos sus cartas."

"¿Cómo va a mostrar sus cartas?"

“Si llega mañana un mensajero para acusarme de deserción, significa que no tiene interés en dejarme llegar con vida más lejos que aquí. Si él lo deja pasar, quiere que subamos hasta allí e incluso podríamos lograrlo. Esperaremos y lo veremos."

Eso era la palabra que ella tanto había temido escuchar, y ahora estaba en la lengua de Luc tan de pronto. La mezclaba tan fácilmente con la vida y la muerte. Deserción. Crucifixión. Flagelación. Él había arriesgado su vida por ella. Por ella. Cerrando los ojos ante un gélido pavor, preguntó: "¿Y los otros dos? ¿Qué hay de ellos?"

"Intentamos permanecer por delante de ellos." Se encogió de hombros. "Y espero que sean tan estúpidos como parecen."

# Capítulo 11

Por la mañana, Maia había bebido suficiente té como para sentir que le flotaban los ojos y su apetito era insaciable. Aila mantuvo un suministro constante de alimentos, animándola a comer todo lo que pudiera tragar. El calor y el sueño, el caldo y mucha comida habían reparado parte del daño que ella había causado.

Llevaba ropa que Luc le había comprado: una pesada falda de lana y una túnica de lino. Había una sobrecamisa de lana, un par de calzas de cuero más pequeñas y una capa de piel de oveja esperando, pero el calor de la chimenea los hacía innecesarios.

Luc entró trotando por la puerta, agarró la mano de Maia y la condujo rápidamente al baño, poniendo dedos suaves en sus labios cuando ella fue a preguntar por qué. Con los labios en su mejilla, él susurró: "Hay un jinete aquí. Solo es un guardia, de modo que no están buscando un arresto. Esperaremos aquí hasta que se vaya."

Ella asintió sosteniendo su mano entre las suyas mientras el aliento en su mejilla despertaba sentidos con un torrente de adrenalina. En las sombras, los ojos de Luc brillaban y su ceño estaba fruncido profundamente, pero sus brazos estaban sueltos. Él se sostenía sobre una cadera, cerca, con la cabeza inclinada hacia un lado, escuchando. Solo audible en la distancia, ella podía oír al padre hablando afuera, riendo.

Maia estudió la mano que sostenía y aceptó su pequeño consuelo. Era una mano grande, dedos largos y fuertes con una hilera de pálidos callos en la base que marcaban tenacidad. En la habitación sin ventanas, la oscuridad cubría las cicatrices que vestían esos nudillos, pero en el antebrazo una línea más profunda corría hacia el codo y ella trazó ese surco por la piel con un dedo.

Éstas eran las marcas de su profesión, su vida y su elección desde los quince años. Y, sin embargo, sabiendo que Cilo la quería a salvo, lo había arriesgado todo para protegerla. Sí, Cilo era el ejército. Era ante todo un soldado, pero nunca castigaría a Luc por esto. No si ella tenía algo que decir al respecto.

Cuando su padre reentró en la casa y cerró la puerta, Luc le envolvió los dedos con los propios y la llevó de regreso a la mesa. Tomando el pergamino de la mano de su padre, le quitó el lazo y lo desenrolló mientras caminaba. La confusión le bailaba por la frente mientras él leía, luego se lo entregó a Maia. Ella se sentó y leyó, releyó y volvió a leer con atención.

“Me acaba de llamar bárbara," dijo Maia. Sintiendo todo el frío de la crueldad de la madrastra, le devolvió la misiva a Luc.

"Eso no es tan malo," murmuró Aila.

Luc rió sin humor. "Ni siquiera habla de mí. ¿Por qué Briana?"

“Ese era mi nombre. Mi antiguo nombre. Mi madre era Keely, yo era Briana. En la manumisión, Bassus nos nombró Plione y Maia, en honor a las estrellas, las diosas. No lo he oído en diez años. Más."

"¿Qué dice?" Bragon juntó las manos con brusquedad, sentándose pesadamente, tenso como un arco.

Luc leyó en voz alta:

«Mi querida Briana,
Al final, la madrastra tenía razón en esto: saldrá sangre. Has elegido confiar en ti misma y no en mí, que así sea. Confío en que los dioses reequilibrarán los destinos que has puesto en marcha. Justicia pueden dejármelo a mí.
También confío en que mi querido amigo te lleve a salvo a *Viroconium* en cuatro días. Eso es tan lejos como puedo llegar hasta ti y esperaré allí hasta que llegues.
Estás en mi corazón, como siempre lo has estado, Cilo.»

"Cabalgarás hacia una trampa, hijo." Hablando en latín para que Maia lo entendiera, Bragon miró a Luc sacudiendo la cabeza.

"No." Maia fue inflexible. "No, te equivocas. Él nunca me haría daño. Tú debes saberlo. Él me ama."

Luc terminó un circuito, sus ojos seguían pensamientos que le pasaban por la mente. En esto, su padre tenía razón. Si hubiera intentado explicar algo del pasado de Cilo, o cualquiera de sus

planes y pasiones, ella estaría en mejores condiciones de juzgar su propia situación. Maia entendía muy poco de las complejidades de la vida de su hermano, ella solo podía ver la escritura en la página. Cuando Luc miraba esa carta, escuchaba la bofetada del sarcasmo, la embestida cruel de las amenazas escondidas entre las palabras y la amargura de la traición que no se había dicho. "Probablemente tengas razón, pero..."

"Sin peros, tengo razón."

"Pero. No puedes decir lo mismo de mí, ¿verdad? La cuestión es que no podemos hacer otra cosa." Luc se sentó junto a Maia, con los ojos enfocados en tácticas y probabilidades. "Él estará en *Viroconium* en cuatro días, eso es lo único que dice. No sé qué órdenes se han dejado en el camino, podría salir por la puerta hacia una emboscada. No tengo que preocuparme de viajar hasta él para eso."

"Luc escúchame." Ella le agarró por el antebrazo y tiró de él hacia sí. "Él no nos hará daño. Has venido hasta aquí bajo mi palabra. Si no crees otra cosa de lo que digo, cree esto. Cilo no nos hará daño."

"No importa si te creo o no, la única forma en que sabremos lo que está planeando es llegar a *Viroconium*. Si podemos." Esta vez no le sonrió. Habría pagado con sangre una onza de su confianza, pero conocía a su comandante demasiado tiempo y demasiado bien para creer que Cilo pasaría por alto sus ofensas.

"Eso supone una diferencia," dijo ella en voz baja, asintiendo para afirmar su propia verdad.

En celta, Bragon dijo: "Eso establece la ruta entonces." Luc asintió, pero no había apartado los ojos de Maia.

A ella le dijo: "Es un viaje fácil de tres días por tierra. Podemos tardar más, él esperará. Pero no hay caminos. Ni posadas. Lluvia, aguanieve, viento. Esta es la última oportunidad que tendrás para cambiar de idea." En tres días podría hacerle las preguntas a Cilo ella misma. Podría saber todos los secretos de su esposo y el papel que ella jugaría en sus sueños. Entonces podría decidir por sí misma qué vida quería.

"No he cambiado de idea. No cambiaré de idea. Ya casi ha terminado ahora, lo llevaré a cabo." Dijo Maia.

Luc asintió de nuevo. Pase lo que pase en *Viroconium*, nada habría acabado. No para el.

***

Los fuertes vientos levantaban el olor del río sobre los tejados y lo dejaban entre las casas, enfriando el aire puro. Maia se vistió como le dijeron, sintiéndose como si se hubiera enrollado al cuerpo un colchón, pero confiada al menos de mantenerse abrigada. Llevaba calzas de cuero atadas a las sandalias, una falda corta, una túnica de lino sobre la piel y una sobrecamisa de lana. La capa que llevaba.

Los caballos frescos habían estado en el establo de varias casas más abajo y Luc estaba transportando equipo durante la mañana, impaciente por la oportunidad de estar en la carretera. Maia paseaba en círculos.

Un silbido agudo, lo bastante agudo como para hacer retroceder los tímpanos, rompió el silencio. La madre de Luc dejó caer la sartén que sostenía y se lanzó al baño, emergió con dos espadas y corrió hacia la puerta. Aturdida, Maia miró fijamente, congelada por la incomprensión, luego corrió hacia la puerta abierta. Bragon estaba de pie en el patio, sosteniendo ambas espadas, de cara al acercamiento de dos jinetes con armaduras doradas en caballos negros. Aila volvía corriendo a la casa. Pasó junto a Maia despotricando y entró en el baño. Esta vez sacó una fina daga, la puso en la mano de Maia y cruzó los dedos sobre el mango. Si bien no había palabras, sus ojos eran claros. Ella esperaba que Maia usara el arma. La madre blandió una espada más pequeña, mucho más ligera, y salió por la puerta.

Un jinete dio un amplio círculo hacia la casa, sin prisas. Aila lo miró, permaneciendo a medio camino entre él y la puerta. El segundo desmontó, desenvainando ambas espadas desde los hombros, balanceando su peso en la mano mientras se abría paso lentamente rodeando al padre de Luc.

Luc cabalgó desde detrás de ellos. Balanceando la brillante amenaza de su espada como si su peso no fuera más que una extensión de su propio brazo, se abalanzó sobre el espadachín. Con un salvaje golpe a dos manos que lo arrancó de la silla, pivotó, retorciéndose cuando la hoja mordió profundo el pecho y dentro de la hendidura del hombro del extraño.

La sangre empapó a Luc en una fuente escarlata mientras él se abalanzaba sobre el cuerpo, rodando sobre él al llegar el suelo.

El hombre del hacha giró y avanzó a medio galope con dos hachas de batalla de mango largo desenvainadas. Una estaba en postura baja, su punta en forma de lanza apuntaba como una pica hacia donde estaba Bragon. La otro se inclinaba hacia atrás sobre el hombro como en reposo.

Luc bramó, un rugido inhumano de ultraje mientras retrocedía, sacando a corte su espada de la carne que la sujetaba, y giró junto a su padre para enfrentar la amenaza inminente.

Bragon dio un paso a un lado para que Luc atrajera la puntería del guerrero, quien estaba ahora de pie justo frente a él, alentando el golpe mortal. Cuando el caballo fue chocar entre ellos, Luc saltó a un lado y su padre rebanó hacia atrás el corvejón del caballo, desgarrando a la bestia y haciéndola caer sobre las ancas.

Esta chilló y su jinete se tambaleó hacia atrás fuera de la silla, dejando caer las armas durante el incómodo esfuerzo por recuperar y mantener el equilibrio. El caballo se derrumbó, golpeando mientras caía, su volumen rodó entre Luc y el mercenario.

Sacando dos espadas del cinturón, cada una con rizadas guardias ornamentadas, el atacante encaró al padre de Luc. Las espadas eran cortas y él las blandía con la fascinante habilidad de un encantador de serpientes con flautas, dando ágiles y cortos pasos laterales, bailando en círculo cerrado.

Bragon estaba inmóvil, girándose solo lo justo para encarar a su enemigo, esperando que la pelea llegara hasta él.

Mientras los dos hombres cruzaban aceros, igualando fuerza y

astucia, Luc dio tres pasos firmes para alcanzar su contienda. Se detuvo un momento a observar la fuerza y embestida de los golpes, luego levantó la espada con ambas manos y la bajó con fuerza sobre el único enemigo.

El mercenario se tambaleó hacia atrás bajo el peso del golpe, levantó el brazo para bloquear el ataque, y Bragon giró hacia arriba y al bies, cortando la unión de coraza y falda corta, abriéndole la garganta tan limpiamente como si este estuviera colgado de un gancho de carnicero.

Luc lanzó su espada, agachándose para agarrar y levantar el hacha de guerra caída en el aire. Gritó de nuevo mientras la bajaba con fuerza de toro sobre el cuello del caballo que sufría y se debatía.

Cayó de rodillas detrás de la bestia muerta: manchado de sangre, hombros encorvados, cabeza gacha.

Una alegría se elevó en celebración. Por el patio, en las puertas de los vecinos y vallas cercanas, hombres y mujeres aplaudían y reían.

Maia se atragantó con su propio aliento. El terror y la conmoción le llenaron de hiel y ardiente bilis la boca. Un momento de principio a fin, un solo momento de cruda realidad. Tropezó con la puerta y vomitó fuera. Vomitó una y otra vez hasta que no hubo nada más que sacar y la mano suave de Aila sobre su hombro la instó a entrar.

Maia giró hacia donde Luc se sentaba sobre los talones, inmóvil. La mente de Maia giraba en un vacío oscuro, donde los ecos del horror eran el único sonido. Sin pensarlo, empezó a correr. En un momento cruzó la distancia hacia él, le sostuvo el rostro junto al suyo y trató de calmar el horror rojo con los dedos desnudos. Él alzó la vista, unos ojos que abrieron un frío abismo de fatiga en la máscara ensangrentada, y los volvió a cerrar. "No te manches de sangre," dijo Luc.

Lentamente, como si luchara por salir de debajo de una montaña de cadáveres, Luc se puso de pie y apoyó una mano en el hombro de Maia mientras ambos regresaban a la casa.

No había suficiente agua para limpiar la muerte. Esta le empapaba

el pelo, le caía por la nuca, le teñía de negro la pechera de la túnica.

"Necesitas el río, hijo." Aila arrojó una palangana con agua roja por la ventana y se paró junto a donde él estaba sentado a la mesa. "Puedo sacar otro balde y calentarlo, pero necesitas agua corriente."

Él asintió y flexionó el brazo izquierdo, girando dolorosamente el hombro a lo largo de todo el recorrido.

Maia se sentó en silencio en la cama. Sus manos habían trabajado la parte delantera manchada de sangre de su sobrecamisa en un fajo apretado, y cada vez que miraba hacia abajo, le temblaban los hombros y los codos. La escarcha había reclamado y drenado sus mejillas, y su visión devino introspectiva en imágenes de sangre. Quería bañarse. Necesitaba agua caliente, escaldante, y los ríos de agua caliente no borrarían el recuerdo. Pero ella no tenía palabras.

Bragon la estudió, evaluando los temblores que surgían alrededor de su boca. "No es muy limpia esta vida, ¿eh, zagala?"

Ella levantó la mirada hacia él, ojiplática.

"Déjala en paz." Luc habló en voz queda, como demasiado cansado para formar sonidos.

Su padre no tenía intención de dejarlo así, al menos por el momento. "Este es el precio de tus elecciones. Será mejor que te asegures de poder cumplir con ellas antes de seguir adelante por este camino." Su rostro estaba tranquilo y había amabilidad en su tono, pero las palabras se clavaron en la suave carne de su vientre. "Solo un viajecico para ver a tu hermano, ¿verdad? ¿Ahora qué piensas? ¿Vale la pena el coste?"

"He dicho que la dejes estar."

En celta le dijo a Luc: "Deja de llevarla en brazos, zagal. Probablemente te espera algo peor que esto. Si confías en ella, dile la verdad." A Maia le dijo: "Esto es a los que nos dedicamos, niña, para lo que están entrenados los soldados. ¿Ha cambiado de opinión sobre este viaje?"

Todo había cambiado. Todas sus percepciones de la vida y lo que

importaba habían cambiado en un momento, pero ella no tenía palabras para explicárselo a él ni a sí misma. Hombres habían muerto intentando matar a Luc. Los había visto morir en un caliente baño de barro y sangre roja. Maia tragó y forzó la palabra con claridad. "Sí."

Luc gruñó y dejó caer la cabeza sobre los brazos cruzados.

Como no tenía otra forma de abrazar a Luc, dijo: "Estoy lista para irme cuando tú lo estés."

Bragon asintió, resignado. "¿Quieres algo del equipo de estos? El caballo necesita un hechicero, pero las hojas son sólidas."

"No. Solo una túnica limpia."

"Sí, bueno, no hay ninguno. Os conseguiré los caballos." Dio la espalda a decisiones que no eran suyas y salió por la puerta, mientras Luc se levantaba para abrazar a su madre. Ella lo besó en las mejillas y la frente, sujetándole la cara y susurrándole tranquilizadoramente. Como si fuera un niño pequeño. Maia se volvió hacia la puerta y empezó a caminar. Independientemente de lo que Luc pensara sobre las opciones, ella tenía una deuda con su familia y el coste estaba aumentando. Este ya era sangre. Caliente sangre roja que manchaba de negro todo lo que tocaba.

***

Maia iba cabalgando detrás para evitar la oportunidad de hablar, para evitar sus ojos. Él se tapaba los hombros con una capa de aire frío y se encorvaba bajo el dolor como si fuera ese todo el combustible que iba a necesitar. El silencio le picaba a Maia en los oídos y un nudo frío de absoluta futilidad le atascaba la garganta. Quería llorar, pero las lágrimas le parecían algo superficial. Un grito le dolía en el pecho, ardiendo hasta dejar escapar una desesperada e implacable frustración.

Fuera de la ciudad, moviéndose despacio hacia el Norte, Luc se detuvo donde el río Sabrina se hundía en aguas poco profundas, arrodillándose al borde del agua para lavarse la sangre del cabello. Se frotó como si la mancha no pudiera quitarse nunca, como si se

comiera la piel de manera tan profunda y permanente como las marcas en su pecho. Así como parte de él, de su herencia, de su sangre.

Cuando se levantó para secarse, caminó lentamente hasta donde ella estaba sentada en silencio sobre el caballo. "¿No quieres bajar?"

Ella negó con la cabeza, esforzándose por forzar una palabra. "No." No podía soportar mirarlo. Eso hacía que se le partiera el corazón: un dolor silencioso que le aplastaba el pecho y le daba ganas de doblarse. Cruzó los brazos sobre el estómago y azuzó al caballo al paso detrás de él. Las lágrimas brotaron de sus ojos y parpadeó, frotando con enojo las huellas que dejaban, maldiciendo a la niña que había dentro.

Habían salido de la casa a primera hora de la tarde, y el calor del sol palidecía y se desvanecía entre los fuertes vientos que azotaban el valle fluvial como el fantasma de una inundación. Luc avanzaba a paso firme, girando lentamente hacia el Noroeste y alejándose del agua, alejándose de las carreteras y puestos de guardia, siguiendo la subida de las montañas.

Y el silencio los persiguió como un gas nocivo. Cuanto más se movían en silencio, más fuerte se volvía, erosionando la fuerza y el coraje, dejando un muro de fría confusión y desgana entre ellos. No había habido momento desde que lo conocía en el que no hubiera nada que decir. Ahora que nada era más importante, las palabras la habían abandonado. Ya no podía pensar en destinos y elecciones.

Y ella tenía miedo. Tenía que saber qué era lo siguiente, tenía que prepararse para este lugar donde nada era como lo conocía. Su vida, Bassus y Lyvia, todo su dinero y todo lo que este había comprado para ella era inútil, sin sentido. Era peor que eso. Hombres como Luc y Cilo usaban su sangre y sus vidas para comprar personas como ella compraba comodidad y lujo. El imperio funcionaba con sangre. Esta sangre.

Y ella no sabía cómo vivir en este mundo donde los hombres mataban y morían.

La gente que vivía en esta tierra: la gente de su madre, de su padre,

murieron o dieron todo lo que tenían para que su clase pudiera comer pavo real en las fiestas señaladas y desollar a los sirvientes por manchar un paño. La culpa le dio un puñetazo en el estómago y ella se volvió a doblar, inclinándose sobre el cuello del caballo, viendo las lágrimas gotear sobre las crines.

Ahora ella los había llevado a ambos a esto. Vivir o morir en nombre de la tristeza de una niña. Interminable tristeza dolorosa. La terrible soledad del abandono, del miedo y la culpa y vergüenza eran demasiado horribles para mirarlas.

En algún lugar de sus sueños había abrazado a Luc, y él la había rodeado con sus brazos, y su piel recordaba su toque, recordaba y lloraba su pérdida. Pero a la fría luz de este horror, ella no podía acercarse a él. Heridas que ella no podía entender brotaban de esa sombra, heridas que ella había causado y a las que no tenía derecho a acercarse. «Perdona» era una palabra demasiado pequeña.

Ella lo sabía ahora, sabía por qué Cilo había eligido este lugar antes que de su hogar. Maia había aprendido a enterrar su pena y su dolor y este había florecido hacia la vergüenza. La de Cilo tenía espinas, afiladas y mortales. Su dolor era la ira. Rabia. Y él la pintaba con sangre. Ella anhelaba abrazarlo. Deseaba decirle: «ahora lo entiendo». Lo entiendo.

Lloró de nuevo, en silencio, por los años que ambos habían compartido cuando ella había estado tan ciega. Una niña, sin haber superado nunca su propio dolor. Nunca.bastante valiente como para salir fuera y correr hacia el viento. Y ella lo había culpado por su propia falta de coraje.

Mientras el sol hacía rodar las horas, indiferentes a su angustia las montañas crecían al lado de ellos, trasportándolos por montículos y hondonadas más antiguas que el imperio. Pasaron aldeas en silencio. Luc se mantenía en el exterior, bien lejos de estos dedos cautelosos e inquisitivos de la humanidad.

Permanecieron a la sombra de las alturas, moviéndose alrededor de ellas en lugar de por encima y directos al Norte. También había ruinas. Muros de piedra y montículos largo tiempo abandonados por los vencidos. En el bajo terreno, las piedras del fuerte de la

colina habían sido arrastradas para rehacer una vida, para formar patios cercados para el ganado, y edificios bajos más parecidos a tumbas excavadas en la tierra que moradas.

Justo al pasar un cúmulo de esperanza perdida, llegaron a un riachuelo denso de hierba y sauces, y Luc se detuvo. "Nos quedaremos aquí esta noche," dijo con voz entrecortada, como si su voz también se hubiera bloqueado por falta de uso. "Cortaré ramas para ablandar el suelo, y acamparemos en las cabañas de ahí atrás."

Maia asintió, deseando que hubiera algo que pudiera decir que rompiera el silencio y el frío. En cambio, giró hacia la línea de edificios y bajó del caballo para encontrar un lugar seco fuera del viento. Estos eran pozos, tapiados. Lugares duros y malos para vivir, donde solo los quebrantados buscarían consuelo.

En una de las pilas de piedras más grandes se había encendido un fuego hacía mucho tiempo, su ceniza ahora aplastada alrededor de astillas de carbón, pero el techo se había mantenido y estaba seco; la puerta era ancha y baja como una torre. Maia estaba sentada en una roca fuera de la cabaña, sujetando el caballo, esperando. Era un espacio demasiado pequeño para el silencio. Tendría que encontrar su voz o empezaría a gritar.

Las sombras eran grises y heladas cuando Luc se acercó a su cabaña con una brazada llena de ramas de sauce. "¿Esta bien esto?" preguntó ella, activando su garganta en acción.

"Sí. Bien. Necesitamos algo de leña. A lo largo de la orilla, aunque esté húmedo, se secará."

Ella asintió y regresó al pequeño canal. Palitos y ramitas eran bastante comunes, retorcidos en los brazos de los sauces o tendidos en el suelo. Lejos del arroyo, donde un montículo se elevaba perezosamente del suelo, un matorral contenía más, y cuando ella tuvo los brazos demasiado llenos para doblarlos, los llevó de vuelta entre el crepúsculo hacia la cabaña.

Ya estaban dentro las sillas de montar, los talegos a cubierto y los caballos paceaban por el pasto. Aunque él tuviera que pasear a los caballos, parecía que su pulso lo impulsaba con más fuerza. Fuertes

tensiones se le acumulaban en los hombros y el ceño se abrió camino más profundamente en la piel de su rostro. El techo era demasiado bajo para él, y Luc se encorvó bajo ese peso, arrodillándose para apilar la leña junto al fuego mientras este se encendía.

"Quiero ir a lavarme antes de que oscurezca demasiado." Maia logró decir la frase con la esperanza de que él respondiera, con la esperanza de sonreír. Pero Luc asintió, su atención estaba centraba en obligar a la madera reacia a arder.

Ella se quitó la túnica de lino y la falda, y se vertió el agua helada sobre la piel lo suficiente para sentir que se había lavado. Levantó la sobrecamisa, estampada indeleblemente en negro por la vida de un hombre. No se atrevió a lavar la mancha. Si el día estaba húmedo mañana, no habría nada cálido y seco para ponerse, así que la envolvió en sus brazos y regresó a la luz del fuego.

Luc tenía el fuego brillante y su camisa de lino manchada se estaba secando en su pecho. Sus mejillas se arrugaban y tensaban como si él estuviese masticando furias, y su mirada estaba fija en el fuego. Maia se agachó hasta donde estaba su manta enrollada y la desenrolló sobre las hojas, luego hizo lo mismo con la de Luc. Se echó encima la capa de lana y se quedó mirando la obra, buscando otra cosa que hacer. No había nada más. Tenía que ir a sentarse a su lado ahora o el silencio nunca terminaría.

Luc estaba sentado, agachado, sobre una roca junto al fuego, con los codos cruzados defensivamente sobre las rodillas, mirando por turnos hacia afuera por la abertura y al fuego. La cabaña no ofrecía lugar para sentarse. Tierra desnuda, seca y olvidada era la única opción y ella la eligió, arrodillándose a su lado.

"Luc." La palabra fue tentativa y envió a Luc una conmoción lo bastante cruda como para asustarla y hacerla callar. Ella observó el fuego, sintió que el calor le levantaba capas de la cara, como piel vieja pelándose. No había por dónde empezar.

"Has cambiado de opinión. Entonces, ¿qué quieres que haga ahora?" Él rompió el silencio por ella y Maia sintió que sus palabras parecían golpes desviados, duros pero apartados de la sangre. Las

manos que flexionaba y apretaba en puños temblaban, y luces feroces le atormentaban los ojos. Él parecía violencia reprimida.

“No he cambiado de opinión. Me he percatado de lo mucho que no sabía. Cuán real es el peligro. Lo que te va a costar." Necesitaba algo de tierra firme. "Dime hacia qué nos estamos moviendo." ¿Cuáles son las amenazas? ¿Podrás tú sobrevivir a esto?

Cuando la miró, sus ojos estaban febriles, desesperados. "No puedo."

"¿Luc?"

"No puedo. No puedo decirte qué va a pasar, adónde puedes ir, cuándo, quién estará allí o a quién le importará. No puedo hacerlo." Cogió un palo y azuzó el fuego, apoyando la barbilla en el brazo.

"Hemos llegado tan lejos." Ella no se refería solo a las leguas ni a lo que había sucedido. Ella había pasado de una vida a otra. "Te necesito. No sé cómo vivir en este mundo sin ti."

"Por eso yo ya no puedo hacer esto. No puedo ver el futuro y no puedo mantener tu confianza. No puedo estar a la altura."

“Pero hemos llegado tan lejos. Te he seguido hasta ahora. Si no podemos terminar esto, ¿por qué empezamos? No sé qué hacer ahora que estoy aquí. Te necesito."

"Maia, yo no te saqué de tu casa, ¿recuerdas? Te fuiste tú. Huiste hacia el bosque detrás de Cilo, y él miró para otro lado. Decidiste que necesitabas su coraje, nadie más lo hizo."

La insuficiencia subió de nuevo a la garganta de Maia y le picaba como suciedad en las palmas. "Tú no tenías por qué ayudarme. No necesitabas haberme dado causa de esperanza." Ella no debería haber tenido esperanza. La esperanza siempre cuesta demasiado. Ella no tenía derecho a pedirle nada de eso. “Si me lo hubieras dicho, me habría quedado en *Londinium*. Creía que me decías la verdad. Confié en tu juicio." Lágrimas silenciosas brotaron y salieron forzosamente. "Aún confío."

"No lo hagas."

Ella se restregó los ojos y se los aclaró. "¿Entonces, porque estas aqui? Me preguntaste por qué es importante para mí que estés conmigo, pues esa es mi respuesta. Porque te necesito. Tú me haces real. Me haces importante. No quiero ir a ninguna parte ni hacer nada si tú no estás conmigo." Esto no era esperanza, era real. Era una cosita, pero era la verdad y ella nunca había aprendido a mentir. "Por eso. Ahora dime por qué estás aquí tú."

Él dejó caer la cara entre las rodillas y se abrazó las manos sobre la nuca, esperando el golpe de un hacha. Pero no dijo nada. El silencio subió por los hombros de Maia, le hizo cosquillas en los pelos de la nuca y le quemó la parte posterior de la garganta. Ella se levantó, caminó frente a él, de espaldas al fuego. "Dime. ¿Lo sabes? Esto es importante."

Él rió. No fue más que una tos, pero le dio a Maia algo de confianza. Él la miró. "¿Recuerdas cada palabra que digo?"

"Sí."

"Entonces, ¿por qué nunca me crees?"

"¿Por qué estás aquí?"

"Porque..." Suspiró y trató de encontrar otro lugar para mirar, pero los ojos encontraron el camino de regreso a los de ella. “Si me pidieras que derribara esta montaña, piedra por piedra, y la reconstruyera sobre el río, lo haría. Si quisieras sangre, sangraría por ti. Solo por ti."

Él no apartó la mirada y el terror se apoderó de ella desde los tobillos, y le temblaron las rodillas. ¿Por ella? En el silencio de la cueva, la respiración se quebró en sus propios oídos y los latidos de su corazón se aceleraron al galope, pero él siguió hablando.

“Eres honesta y fuerte y tienes un coraje que me deja a mí en vergüenza. Eres todo lo que he visto nunca que es verdaderamente bueno y correcto y limpio. Eres una joya que un hombre como yo nunca podría esperar ver siquiera, y mucho menos tocar. Cuando estás cerca de la luz del fuego, todas las estrellas que necesitaré nunca están en tus ojos"

Sus palabras eran poco más que un susurro, una súplica. "Si quiero luz de luna, solo tengo que mirar tu piel." Luc levantó una mano, tocando suavemente el antebrazo de Maia, y fuegos se encendieron a lo largo de sus nervios mientras ella observaba esos dedos deslizarse despacio hacia abajo. "Y tenerte cerca de mí es más cálido que cualquier sol bajo el que yo haya caminado nunca."

Él apartó la mirada, como si no tuviera derecho a encararla, y Maia notó que el terror se le trasladaba al estómago, ardiendo dentro de ella, bajo, como necesidad. La sangre cargaba calor. Las brasas cayeron desde su estómago hasta la entrepierna, reuniéndose allí con un fulgor rojo e irresistible. Ella le levantó la mano y se la puso en la mejilla para poder sentir esa fuerza, ese calor.

Cuando él volvió a levantar la vista, más que fuego le iluminaban los ojos. “Esta mañana quise morir ahí afuera porque debería haberte mantenido a salvo de eso. Nunca deberías tener que lidiar con sangre, muerte y dolor. Tú deberías tenerlo todo. Te deseo más que la vida misma y yo no tengo nada que ofrecerte más que frío y oscuridad. Nada más que sangre y miedo."

El terror se había trasladado a su garganta, conteniendo las palabras y su respiración, se abrió camino más allá del nudo. Los ojos de Maia estaban oscuros, los latidos de su corazón se tambaleaban y aceleraban. Ella avanzó un paso entre las rodillas de Luc, se apretó en él e inclinó la cara para besarle los labios.

Le dolía la piel. Nada quería obligar a sus pulmones a respirar y lo único que podía sentir era la suavidad de esa boca y la aspereza del vello en esa barbilla. Las manos encontraron el pelo y ella le sostuvo junto a su boca para que alimentara su necesidad de piel suave.

Luc deslizó la mano por su mejilla, le acarició el cuello, suavemente por encima del hombro y abajo hasta formar la curva perfecta de su seno. La espalda de Maia se arqueó ante su tacto, empujándose contra él y echando la cabeza hacia atrás para contener el aliento. Los labios de Luc bajaron por el cuello, lentamente, quemando la piel con el calor de su boca, hasta el cuello de su túnica.

Gentilmente, él tiró de su muslo hacia adelante, cambiando el peso

de Maia hasta que ella pasó una pierna, luego la otra, y se sentó frente él. Los besos de Maia se deslizaron sobre sus ojos, su sien, su mejilla, su oreja, mientras las manos de Luc se deslizaban lentamente por debajo de su túnica, rozando la piel desnuda de su espalda y encendiéndola. El relámpago recorría el toque de Luc, pequeños sollozos tartamudeaban en el pecho de Maia mientras el calor de la necesidad crecía y ardía en el bajo vientre.

Él deslizó sus brazos hacia arriba, levantándole la túnica y ella levantó los brazos para liberarla, llevando sus labios hacia su piel, con los dedos entrelazados en su nuca. Cuando él la elevó hacia su boca, chupando un pezón rosado, ella jadeó y se acurrucó sobre su rostro, envolviéndole la cabeza con los brazos, anhelando fundir la piel con suya.

Un suspiro se atascó en lo profundo de la garganta de Luc, él se estremeció como si le hubieran dado una patada y apartó la cara.

"Maia." Él tomó su rostro entre las manos. Los ojos de Maia estaban en llamas, oscuros bajo los párpados, el aliento le estallaba sobre el rostro, ella se lamió los labios. "¿Estás segura de que esto es lo que quieres?"

Ella se acercó el rostro al suyo, lo besó y abrió la boca mientras el anhelo por él crecía en su interior.

"Maia." Él volvió a apartarle la cara. "¿Estás segura?"

Ella no podía hablar, pero asintió, lenta y pesadamente. En lo que podía concentrarse era en sus ojos y asintió de nuevo. "Sí." No más que un siseo entre besos por su mejilla. "Sí." Sus manos le levantaron la camisa por la espalda, la subieron más arriba sobre los hombros, hasta los brazos. Ella dejó caer su rostro sobre el hombro, besando en la unión de su cuello, debajo de su oreja. "Sí."

Agachándose, cruzando los brazos debajo de ella, Luc se puso de pie y giró hacia las mantas sobre un nido de sauces. Cayendo de rodillas, se sentó sobre los talones, tirando de sus caderas con fuerza contra sí mismo. La falda que ella llevaba estaba sujeta con un broche y él miró por encima del hombro de Maia, tanteando el modo de soltarlo. Ella echó las manos hacia atrás, tocó el broche sin

mover los labios de su cuello y este se abrió.

Una risa casi se escapó del pecho de Luc, pero las uñas de Maia le rastrillaron la espalda y él gimió en su boca.

Él se inclinó hacia adelante, colocándola tumbada sobre las capas, él estaba sobre manos y rodillas por encima de ella. Le brillaban los ojos por la sombra de un ceño fruncido y ella le miraba a través de la luz oscura y cambiante. Luc deslizó despacio las yemas de los dedos por el esternón, trazó una línea lenta a lo largo del pecho, dejó que pasaran sobre la tensa perla del pezón y hasta tocar el pulso rápido en su cuello. Mientras el rastro se deslizaba por la parte interna de su brazo y hacia su estómago, él susurró: "Siento que estoy soñando. Esto no puede ser real. Tengo miedo de tocarte."

Maia le tomó la mano y le besó la palma, la colocó sobre su pecho y la deslizó por su estómago. Ella enfocó sus ojos de diosa en los de él. "No sé qué hacer, Luc. Muéstrame."

Él se sentó sobre los talones, desabrochó los lazos cruzados en las caderas y deslizó su falda por los muslos. El delgado cordón de lana del nudo de novia se asentaba oscuro ante la piel nacarada, y él la miró. "Rómpelo," dijo ella.

Las manos de Luc temblaron mientras sus dedos exploraban ese cuerpo. La piel de Maia estaba caliente bajo su tacto y se movía contra su caricia. Gemiditos de placer salían de la garganta mientras ella se entregaba a él, en cuerpo y alma. Tenía los ojos oscuros, apenas abiertos, y depositó su confianza ante él. No cabía duda de la honestidad de su respuesta. Cada sonrisa, cada murmullo, toda la dulce y húmeda bienvenida de su carne era real, incondicional y suya.

Y sin embargo, el hielo negro del miedo irracional se acumuló en contra de su sensación de júbilo.

Él se metió la firme punta del seno de Maia en la boca y la dura realidad de su propio deseo lo recorrió, hirviendo su sangre y presionando su carne. Y aún así, luchó contra el terror de que iba a despertar, de que abriría los ojos y ella se desvanecería en la niebla y la luz del fuego, no más que la amante fantasma de sus sueños.

Estaba aterrorizado por lastimarla, asustado y regocijado en formas que nunca había conocido. Ella había venido a sus brazos, su ángel, su diosa, y su corazón no podía contener toda la alegría ni bloquear el miedo de que ella desapareciera.

Maia gemía y se tocaba los labios con la lengua mientras la boca de él movía fuego sobre la piel del vientre. Su toque daba vida a la carne de Maia y hacía que su espíritu se elevara. Ella estaba a salvo en sus manos, no había ninguna parte de sí misma que quisiera ocultar, ni timidez ni vergüenza. Por primera vez en la memoria se sintió limpia y digna.

Ella sufría por él. Si hubiera podido arrastrarlo debajo de su piel, lo habría hecho. Una necesidad primordial ardía, ella anhelaba tenerlo en ella y se retorcía en las garras de la dulce tortura. Luc sonrió ante su impaciencia y gimió en su cuello mientras los dedos de ella rastrillaban el resbaladizo músculo de su espalda o acariciaban suavemente el calor sedoso de su erección.

Ella tenía el instinto y las suaves manos de Luc como guía, y su placer zumbaba y latía contra sus dedos mientras estos se deslizaban dentro de ella.

Cuando él se acomodó entre sus muslos, el calor en el vientre de Maia se había tornado en un lento peso ardiente que le presionaba por la ingle, y ella inclinó sus caderas para encontrarse con él, mordiendo la inquieta necesidad dentro de la sangre. No sintió dolor cuando él la llenó, y ella lo miró a los ojos, sin aliento por la oleada de sensación, antes de cerrar sus muslos alrededor de él y tirar de él con fuerza contra ella.

Cada nervio se centraba en él mientras él se movía, suavemente al principio, y ella se arqueó hacia él, le acercó la boca a la suya y conoció el ardor feroz del deseo insoportable. Ningún dios la conmovía con una promesa más dulce y sagrada, y cada respiración entrecortada se convirtió en una oración.

Los fuegos se extendieron por sus terminaciones nerviosas, desgarraron sus costillas y subieron por debajo de sus hombros y cuando el clímax de Luc le succionó y le estremeció, y el placer la atravesó, ella gritó, jadeando, aferrándose a él.

Todos los dolorosos anhelos estallaron cuando Luc se sumergió profundamente en su calor, con una erupción de sudor subiendo por su columna y los latidos de su corazón rabiosos en su pecho. Maia apretó sus piernas alrededor de su cintura y le envolvió el cuellos con los brazos, como si hubiera encontrado su única esperanza y nunca fuera a soltarla. Había esperado tanto tiempo para que la necesitaran, la desearan, y no quería que ninguna parte de él no quedara apretada contra su piel.

A la luz del fuego, el silencio estaba bien, no había nada más que decir. Él alzó el brazo por encima de ella para alcanzar la capa, se cubrió la espalda con brusquedad y juntos durmieron sobre el sauce.

Un susto la despertó, sus sentidos llamaban a Luc en una oscura oleada de pánico, pero él no había ido más allá del fuego.

"Duerme," dijo él. "Pronto llegará la mañana y quedan otras diez leguas por recorrer.

Ella asintió, retirando la manta para que él ocupara su lugar a su lado. Con la cabeza sobre su brazo, trazó las líneas grabadas en la plana losa de su pecho. "Me desperté y tú no estabas. Eso me asustó."

"No paro de decirte que no tengo ningún otro lugar donde estar. No hay ningún otro lugar donde quiera estar."

“Y quiero creerlo. Quiero creer todo lo que dijiste, pero una parte de mí está segura de que me mirarás y me verás de verdad, y te preguntarás por qué pensaste que yo valía la pena tu tiempo." Ella le miró a la cara. “Yo creo que quieres el sueño de quien soy. Y has renunciado a todo por un sueño."

"No, yo sé quién eres." Incluso a la quebrada luz del fuego, la intensidad que la hacía querer retorcerse o vomitar brillaba desde sus ojos y ella no podía dudar de él. “La primera vez que te miré a los ojos, vi lo único puro, bueno y valioso en todo este lamentable mundo. Nunca he tenido dudas sobre quién eres. Y deseé que fueses mía desde ese primer momento."

Lágrimas que brotaban de la risa y el terror, el alivio y la negación, amenazaron con salir. La niña asustada dentro de su corazón, manchada de humo y embadurnada de ceniza, quiso extender sus mugrientos dedos y gritar "Pero..."

"Además," prosiguió él con la misma tranquila certeza, "no he renunciado a nada por ti. Tú me brindaste el momento, el coraje y la certeza, pero yo me iba de todos modos. Ya he tenido suficiente."

El dolor y la amargura hicieron que sus palabras fueran duras, y Maia se encogió de hombros, casi susurrando en las sombras: "Podrías haber solicitado la baja. Ahora, gracias a mí, no tendrás ningún lugar del imperio donde puedas esconderte."

"Lo tengo," respondió simplemente. “Nadie es liberado antes de una campaña como esta. Quieren que todo el país esté bajo control y eso costará vidas. Han confiscado esclavos y prisioneros de guerra de la Galia y Germania, fuerzas sin entrenamiento, solo para mantener el número. Yo tengo diez años de experiencia y sesenta jinetes detrás de mí. Lo más probable es que obtenga un asiento en el Senado o una baja en cualquier momento de los próximos cinco años."

"¿Cilo?"

Su pecho se crispó, pero si era una risa, no emitió ningún sonido. “Llevo tres años discutiendo con él sobre esto. Él ve las cosas de otra manera. Quiere ganar. Quiere a sus mejores hombres con él en la línea del frente."

Era difícil interponerse entre los hombres que amaba. Había visto el dolor y la desesperación en los rasgos de Luc desde el momento de conocerlo, sin saber qué había detrás. Pero también conocía la dedicación de Cilo al ejército.

En silencio, ella se acurrucó más cerca de su brazo y le besó el pecho.

Los demonios que lo perseguían se movieron detrás de sus ojos y pusieron tensión en los músculos magros de su costado. “Ellos pueden hacerte matar, tienes que hacerlo para seguir con vida," dijo. “Pero si mato a todos los hombres, mujeres y niños de una

aldea, o diez, y sus casas y cosechas se queman, algunos hombres se quebrarán y no volverán a luchar. Pero otros tantos estarán llenos de odio y venganza." Él tomó su mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

“Y cuando ganamos, cuando matamos más que ellos, eso te llena la cabeza de sangre y gritos y deja un agujero aquí," le pasó la mano por el esternón, “y no hay nada que pueda llenarlo nunca. Es la podredumbre lo que te devora por dentro." Rodó sobre su costado para poder sostenerla contra su pecho. "Tú eres mi respuesta a ese vacío. Eres lo único que me hace sentir entero."

“Pero ¿te habrías ido de todos modos? ¿Aunque yo me hubiera quedado en casa con papá?"

Colocando los labios en su frente, respondió: “De una forma u otra. Ya no duermo mucho. Es más fácil así cometer errores, más difícil mantenerse con vida. Pero si cometo un error, tengo sesenta de mis propios hombres que pagarán por ello. Vivo o muerto, mis decisiones matan gente."

Éstas eran sus elecciones. Y el futuro era sombrío. Matar y morir, o vivir como una bestia perseguida.

"¿Qué hacemos ahora? ¿Adónde vamos?"

“Quiero ir al Norte, a la gente de mi madre. Es un país duro, frío y salvaje, pero Roma nunca ha sido capaz de conquistar la tierra. Allí es donde yo iba a ir."

¿Más frío y salvaje que aquí? Maia se estremeció y se acurrucó en su calor. “Cilo tenía razones para todo lo que ha hecho, y me estará esperando, planeando su próximo movimiento. Ahora yo lo he cambiado todo. Todo. ¿Cómo se lo voy a decir?"

“Creo que él ha imaginado que ese ha sido el caso. Y sabrá cuáles son tus preguntas. Son las respuestas que te dé las que van a importar." Y lo enojado que está y cómo elige lidiar con ello.

"¿Cuándo llegaremos hasta él?"

“En un viaje fácil y sin problemas, dos días más. Hay demasiadas

cosas que no sé. Lo único que podemos hacer es seguir moviéndonos mañana. Esta noche deberías dormir."

"No quiero dormir," susurró ella.

# Capítulo 12

Moverse entre el aire helado de la mañana hizo que cada lugar dolorido de su cuerpo le doliera aún más. El fuego calentaba el vino, lo que ayudaba, pero el viento encontraba camino a través de cada grieta y hendidura, gimiendo en los matorrales y gritando como una *bean shidh*.

Maia estaba hambrienta. La debilidad de sus músculos clamaba por salud, demandaba comida, y ella comía sus escasas raciones con deleite. "No quiero tener que moverme," dijo poniendo las manos alrededor de una taza de vino caliente.

"Mejorará una vez que entremos en los árboles de adelante, no tanto frío."

No tanto frío. El viento estaba a raya y la fina nevada no había penetrado el dosel de ramas, pero los caballos caminaban torpemente alrededor de tallos delgados y troncos de árboles doblados. Los matorrales arbustivos se internaron en la línea de árboles tras ellos cuando Luc eligió un camino a través de las zonas desiguales del bosque. Las ramas bajas, mojadas por el hielo, les rozaban la cara y tenían que agacharse, e incluso las capas de vellón estaban pesadas por el peso del aire frío y húmedo.

Maia se apretó a la cara la áspera lana de la manta, deseando poder esconderse bajo la suave seguridad de la capa de Justicia. Sutiles hebras picoteaban sus cansados sentidos y le molestaban la espalda. Luc se había colgado el cinturón al bies en el pecho, por lo que la empuñadura se elevaba por encima del hombro, y había vuelto a pasar la daga por la correa de la pantorrilla. Era la primera vez que se armaba desde la salieda de *Londinium* y ese hecho arrastraba oscuros peligros a su paso.

Metiendo la mano detrás del muslo, Maia sacó del carcaj el arco corto de Bryn y lo sopesó en la mano. "Cuando nos detengamos esta noche, ¿me enseñarás a usar esto?"

Él se giró en la silla para sonreír y el corazón de Maia le estalló en

los pulmones, deteniéndole la respiración. La suave luz moteada del bosque se suspendía en su cabello y este brillaba como el oro. Él era fuerte, cálido y gentil y la deseaba. "Depende de lo que quieras hacer. Yo intento aprovechar mis puntos fuertes y el tiro con arco no es uno de ellos. Tal vez pueda darle a un gran objetivo a corta distancia si me quedo quieto y si no puede devolver el golpe."

"Eso estáa bien. Tú sabes lo que hacer, solo enséñamelo."

"No tienes que esperar hasta entonces. Están hechos para usarlos a caballo. Lo único que necesitas es suficiente espacio libre para echar el brazo hacia atrás." Ella probó el peso de la cuerda, tirando de ella con un dedo en forma de gancho y él agregó: "Pero no practiques estando detrás de mí."

Él detuvo el caballo, esperando hasta que ella se acercó a él. "Solo agárralo y tira de la cuerda hacia atrás hasta que llevar el dedo hasta la mandíbula."

"Si es tan fácil, ¿por qué no puedes hacerlo?"

"Yo puedo hacerlo. Pero no estoy seguro de acertar." La sonrisa era relajada. En verdad, era más fácil sonreír que evitar que una risa se extendiera por todo su rostro. Cuando cerraba los ojos, podía verla. Su sabor, su olor, la sensación de su piel junto a la suya eran un sueño imposible hecho realidad, y sus nervios dudaron en respuesta al recuerdo. Ella se había vuelto tan repentina, tan inesperada, tan completamente en su abrazo que su corazón se tambaleaba bajo el peso de la incredulidad extática.

El bosque extendió sus brazos, haciendo que viajar fuese menos arduo. Siguiendo un curso de agua donde dos colinas subían juntas, ambos se abrieron paso fácilmente entre troncos nudosos y ramas bajas. La luz del sol había despertado tiernos brotes en la espesa hojarasca, pero los árboles aún no estaban preparados para desplegar su carga de verde sobre el aire nítido y claro.

A última hora de la mañana habían seguido una trocha, trillada pero no gastada, y cabalgando al frente, Luc escudriñaba adelante y atrás mientras sus sentidos se ampliaban hacia la aprensión.

“¿Por qué estás tan distraído? ¿Esperas algún tipo de problema?" Maia miró atrás, luego adelante, sin leer nada en la luz y las sombras moteadas.

"No estoy seguro. Gente, tal vez, y prefiero verlos antes que ellos nos vean a nosotros, eso es todo."

"Hay humo en alguna parte, ¿no?" Maia volvió a saborear el aire.

"¿Hueles humo?" Él la miró con las cejas arqueadas. "¿En qué dirección?"

Ella no estaba segura. "El viento viene por aquí y no hemos pasamos junto a nadie, así que tiene que venir de delante, ¿no?"

Él sonrió con su sonrisa relajada y se rió. "Sí, supongo. Y eso no es malo."

"¿Por qué?"

“Porque la infantería marcha y esta senda no es de marcha. Si los aldeanos suben y bajan por estos senderos y tienen fuego humeando, no les preocupa que les ataquen los bandidos. Eso es mejor de lo que yo esperaba."

"A menos que los bandidos sean ellos." Ella se encogió de hombros y él volvió a reír.

"A menos que sean ellos." Ahora él mismo podía olerlo. "Pronto lo veremos."

Donde los árboles se retiraban de un estanque, una carreta llena de heno y quizá una docena de niños pequeños estaban a un lado de un claro protegido. En una hoguera cercana, tres mujeres se levantaron, avanzando mientras los jinetes se allegaban, evaluando la amenaza para sus familias. Luc les habló, moviéndose despacio, desmontando a una corta distancia. Maia lo siguió, resbalando por el lado detrás de él, entre los caballos.

“Sus hombres están cazando jabalíes. He preguntado si podíamos comer con ellas," susurró mientras los niños se agrupaban a su alrededor como un rebaño, mirando con los ojos muy abiertos a

aquellos extraños, aparentemente sin temor alguno. “Les voy a dar la comida que hemos empacado. Mira a estos niños, están casi muertos de hambre."

Mientras él desataba los talegos, balanceando primero uno y luego el otro sobre su hombro, Maia observó a los niños. Eran catorce, de entre cuatro y diez años. Si eran mayores, eran demasiado pequeños, tenían cabeza grande y vientre hinchado.

Ellos eran ella.

Ella sintió el vacío en ellos. La desesperada valentía que iluminaba sus ojos despertaba ecos en su alma. En algún lugar del corazón más profundo de sus recuerdos, Maia recordaba esta dolorosa miseria. Sonriéndoles, porque no tenía nada más que pudiera darles, se apresuró a seguir a Luc hasta donde estaban las mujeres.

Ellas ya estaban partiendo las mazorcas, pidiendo a los niños que tomaran queso, pan y fruta, preparándose para mezclar harina de maíz en una papilla, y Luc dejó los talegos vacíos a un lado y se sentó sobre un tronco. Cuando ella se plantó frente a él, Luc la atrajo hacia sí y apoyó la cara en su vientre. La calidez de Maia le daba calma a la piel y su perfume era un bálsamo para los sentidos. "Dicen que no hablan nada de latín, pero no estaría de más no hablar cuando puedan oírnos."

Ella le despeinó la condensación en el cabello. “Los caballos pueden beber. ¿Les quitamos las sillas?"

"Aún no, cuando haya echado un vistazo a sus hombres."

Ella se arrodilló y le besó, incapaz de devolverle la sonrisa en esos ojos. "Está casi terminado, ¿no?"

“Intento no adelantarme. Suficiente es que hayamos llegado hasta aquí. Nos ocuparemos del mañana cuando llegue." Él le apartó suavemente un mechón de cabello detrás de su oreja y la besó en la frente, nariz, labios, mejilla, cuello.

"Aunque no haya un mañana, el hoy es suficiente, siempre que estés conmigo. Si tú me amas, tengo todo lo que siempre he necesitado."

"Entonces tienes todo lo que has necesitado." Pronunció las palabras como un voto.

"Bien." Ella sonrió. "¿Crees que nos quedará algo para comer? Estoy hambrienta." Ella lo besó de nuevo, provocativa, con labios rozando los de él y dejando que la mejilla le rozara la áspera barba.

"Habrá carne, espero, si estos cazadores regresan. Cuando esté asada. Eventualmente." Más besos suaves.

"¿Por qué hemos elegido un lugar tan concurrido para detenernos?"

“Se va a poner más concurrido. Los hombres están bajando ahora."

Ella suspiró. "Bueno. La comida tendrá que ser suficiente entonces."

Mientras Luc se sentaba junto al fuego con los hombres, Maia observaba a los niños jugar. El objetivo de su juego era que algunos de ellos golpearan a los demás con bolas de arcilla húmeda. Una vez salpicado con una bola de barro, el niño formaba la suya y trataba de golpear a otro. Corrían, reían, resbalaban sobre pies descalzos en el lodo y la hojarasca mojada, entrando y saliendo de los árboles, por debajo y alrededor de la carreta. Maia sonreía, a veces incluso riéndose con ellos mientras estos quemaban inquieta energía que no podían permitirse desperdiciar.

Cuando uno de los niños más pequeños chocó contra el lateral de la carreta, ella comenzó a levantarse, a punto de moverse para ayudar. Todos los niños rieron histéricamente. Incluso el niño en el suelo, una vez que se hubo sacudido el barro, se echó a reír mientras se ponía de pie.

Maia dejó de reír. Nunca había visto jugar a los niños. Toda su vida ella había tenido a Cilo, a nadie más, nunca. Lyvia no había permitido niños en la villa. Si viajaban, o entaban en los mercados de *Pompeii*, viajaban con majestuosa elegancia, ningún pilluelo podía distraer la atención de la elegante sofisticación.

La fría agonía de la comprensión se apoderó de ella, una repugnante mezcla de claridad y alivio, ira y odio. "No fue culpa mía," se susurró a sí misma. Extendió la palma de la mano, estudió la piel

pálida y limpia, giró la mano y observó el temblor de sus dedos. "No fue culpa mía. Yo era pequeña. Yo era solo un bebé." Enterró el rostro entre las rodillas y se envolvió con los brazos, tratando de alejar su propio dolor.

Se meció sobre las rodillas, consolando a la horrorizada niña atormentada por la culpa que vivía dentro de ella, hasta que oyó a Luc soltar las cinchas. Con los ojos pegados a la áspera tela de los pantalones, Maia sollozó y se echó el pelo atrás para poder ver a Luc moverse. Él era tan hermoso que dolía, todo lo que nunca había soñado poder tener. Y confiaba en él implícitamente. Quizá incluso él tuviera razón sobre ella. Verle espesaba el aire en su pecho y la amenaza de lágrimas de alegría.

Él estaba destinado a rescatarla. Estaba destinado a abrazarla. Los dioses habían permitido a Luc amarla. Estar cerca de él convertía su sangre en luz y levantaba una ola de calor sobre su piel.

Ella caminó hasta donde él estaba y lo rodeó con sus brazos. "Eres asombroso."

"Me complace que lo hayas notado," bromeó él bajando y tendiéndole una silla. "¿Estás bien?"

"Sí. ¿Cuándo comemos?"

"Pronto. Ven, te enseñaré a usar esto." Dejando las sillas de montar a un lado, entregó a Maia el carcaj de Bryn y la condujo por la pendiente hasta la orilla del agua. Marcó una muesca a la altura de los hombros en la corteza de un retorcido roble y quedó unos pasos atrás, sujetándola por las caderas frente a las suyas para que ella permaneciera de lado respecto al árbol.

"Bueno. Si tuvieras una flecha colocada, mantendrías este brazo recto. Bueno. Luego usas estos tres dedos para tirar de la cuerda hacia atrás. Tira." Él rió. "Más, tíra hacia atrás para hasta que el dedo quede en la mandíbula aquí y el pulgar aquí debajo."

Ella soltó la cuerda. "Tú estás de broma. ¿Por qué está esto tan duro?"

“Para que la flecha atraviese a alguien. Pero está pensado para un hombre. Y, una vez que la tengas atrás ahí, tienes que sujetarla para apuntar. Se necesita mucha práctica para acomodar, tirar, apuntar y disparar a gran velocidad, y se usan a caballo también. ¿Aún te gusta el tiro con arco?"

"Sí. Enséñame otra vez."

"Correcto. Tira hacia atrás, más y aguántala ahí. Aguanta. Sigue aguantando." Los músculos del brazo y del lateral de Maia comenzaron a temblar y arder y él comenzó a reír de nuevo. Dándole un codazo a Luc en las costillas, ella echó mano al carcaj. "Voy a probar con una flecha. ¿Estás listo?"

"Adelante. Pon los pies así y no te dobles hacia atrás." Le colocó la flecha y puso las manos en sus caderas. "Cuando la sueltes, sujeta el arco en su sitio, no lo dejes caer."

"Bien. Tira hacia atrás así y apunto, y..." La cuerda del arco osciló y la flecha cayó al barro a pocos metros de donde ella estaba. Cuando ella giró para mirarle, ambos se rieron.

“No, ha estado muy bien. Le estás cogiendo el truco. Solo necesitas un poco más de práctica al soltarla."

Ella se agachó para coger una nueva flecha. "Lo sé. Tengo un talento natural."

En el tiempo que tardaron los trozos de cerdo en asarse, ella había logrado lanzar algunas flechas hacia el árbol. Algunas habían desaparecido en el bosque detrás del roble, aunque ninguna había dado en el blanco o se había acercado.

"Esto se te da tan bien como a mí." Le sujetó la espalda para que el peso de Maia cayera sobre él, deslizando una mano por el vientre y subiendo lentamente por debajo de la túnica. El tacto fue suave, no más que una brisa levantando los diminutos pelos de su piel, pero a Maia le puso la piel de gallina y le provocó escalofríos en la espalda. Ella enderezó la espalda y su respiración se aceleró mientras miraba a lo largo de la flecha.

Los dedos de él trazaron una línea a lo largo de su costilla inferior y sus labios le tocaron el cabello, de modo que un aliento cálido se derramó sobre su oreja y su hombro. Ella soltó la flecha, que patinó sobre la hojarasca, y dejó caer el arco e inclinó la cabeza hacia un lado, descubriendo el cuello y el hombro para la barbilla áspera. El calor desnudo de las yemas de los dedos de él encontró el esternón, dibujando una línea de fuego entre sus senos, haciendo cosquillas lentamente hasta su escote.

Ella movió las manos hacia atrás, extendiendo la mano hacia atrás para sujetar sus caderas con más fuerza contra las de ella y sonrió cuando la mano de Luc abanicó hacia los lados, colocándose sobre un seno, con el pezón atrapado suavemente entre dos dedos. Los ritmos primarios movieron sus caderas lentamente contra las de él. Ella gimió. Luego suspiró y abrió los ojos cuando una voz exclamó desde el campamento de arriba.

"La comida está lista," le dijo él al oído.

"Supongo que sí." Ella se sacudió para despertarse y le movió la mano. "Recogeré las flechas."

***

Cabalgando detrás de las familias hasta el final de la tarde, Luc observó la marcha de la carreta y se allegó adonde viajaba Maia.

“El carro viaja con demasiado peso. Y mira la forma en que se han colocado las gavillas. Hay una línea uniforme alrededor de los lados donde se sientan los niños, luego capas uniformes en la parte superior, pero no se alinean."

Maia observó a los bueyes que se esforzaban sobre el terreno irregular, observó que las ruedas mordían la grava y las hojas.

“Dicen que solo llevan alimento de su granja hasta la siguiente aldea, pero llevan viajando más de unos pocos días; las bestias tienen hambre y los arneses rozan. Y supongo que se dirigen mucho más lejos que la próxima aldea."

Ella asintió. "Si se trata de armas, se utilizarán contra nuestros

propios hombres, ¿no es así?"

"Sí."

"¿Dónde?"

"No lo sé. No sé si son armas." Luc quedó callado un momento. "¿Qué se necesitaría para cargar a su familia hambrienta en un carro y correr el riesgo de pasar de contrabando por las líneas del frente?"

Ella volvió el oro claro de sus ojos hacia los de él, buscando en su rostro una respuesta correcta, cualquier respuesta que no fuera del todo insuficiente. No había ninguna. En cambio, dijo: "Debes de parecerles un espía. Debemos."

"Tal vez. Si estuvieran preocupados, ya estaríamos muertos. No tiene sentido llevarnos a la aldea, ya nos superan en número. Necesitamos comida esta noche y tenemos que arriesgarnos. Odiaría tener que depender de nuestras habilidades de caza."

Luc levantó a uno de los niños más pequeños y lo montó detrás de él y otro delante, mientras el carro luchaba por seguir la senda desde los bosques hasta una ladera abierta. Maia hizo lo mismo, extendiendo la manta para taparlos mientras las ráfagas de nieve de la tarde soplaban hacia ellos.

La oscuridad se hizo más profunda y la temperatura bajó aún más. Las mujeres se esforzaban por cargar a sus hijos, caminando junto al carro por una senda oscura e ilegible hacia la lejana luz de las antorchas de una aldea.

Maia se acercó, hablando tan bajo como pudo en medio del frío racheado. "¿Qué les has dicho? Si alguien aquí me hace preguntas, ¿qué le digo?"

"No he dicho nada. Vamos al Norte, eso es todo. Solo espero que haya fuego, comida, un techo, algo de cerveza y no demasiada compañía."

"¿Y cuáles son las posibilidades de una bañera caliente y bloques de sebo y vino con miel y una cama suave y sirvientes que me peinen?"

Ella sonrió. "No me lo digas, ¿no muchas?"

"No muchas. Voy a adelantarme y decir que la posibilidad de un cuenco de agua caliente es muy probable. Miel como hidromiel, tal vez. Algunas pieles en el suelo. Y yo diría que los cerdos, las vacas y las ovejas viven delante de la puerta porque los pastos aún no están lo bastante calientes. ¿Quieres que continúe o prefieres llevarte una sorpresa?" Su sonrisa estaba ahí, pero no brillante. "Déjame sugerirte que bebas mucho. Nada importa tanto."

"Salud." Ella se encogió de hombros, eso estaría bien. No habría problemas siempre que ella pudiera dormir entre sus brazos.

No hubo sorpresas.

Fueron recibidos tan bien como los carreteros, invitados al calor de la casa principal de la aldea y alimentados con carne asada y queso, huevos y pan blando. Luc sonrió mientras colocaba una jarra de cerveza entre ambos. "Salud, entonces."

Cuando las familias de la aldea regresaron a sus propias chozas, los viajeros se quedaron solos. Maia acercó un montón de ropa de cama a la pared de piedra y miró con recelo el alto cono de paja que se elevaba sobre ellos.

Esto era lo que su madre había dejado atrás. Quizá no por elección, pero no era ningún misterio por qué no se había apresurado a volver a ello. Tumbada en la manta rancia y humeante de aquella choza comunal calentada por el fuego, trató de ver un mañana mejor. Este se veía mejor en cuanto Luc se acostó a su lado.

"No sé si podría aprender a vivir así," dijo ella.

Él no respondió y ella se quedó escuchando el ritmo constante de los latidos de su corazón, dejando que la cerveza convirtiera la fatiga en entumecimiento. "¿Seguiremos moviéndonos con esta gente mañana?"

"Creo que sí. No tenemos prisa y ellos tienen un mejor conocimiento local. Y mejor comida, cuando pueden conseguirla." Le deslizó una mano por la cadera y tiró de su muslo sobre el suyo. Abrazarla de

cerca aliviaba el dolor en el pecho de Luc y las partes dañadas de su alma buscaban curarse en aquel calor. "Queda otro día completo y medio viajando, y nos estamos acercando a los fuertes demasiado para mi gusto."

"Luc, no tenemos que hacer esto. No necesitamos dar ni un paso más. No hay nada que desee lo suficiente como para que los riesgos valgan la pena. No me importa el pasado ni lo que Cilo ha hecho o quiere hacer. Eso no es cierto, me importa, pero no tanto. No es suficiente." Ella mantuvo sus mirada, suplicando, asegurando, ofreciendo una salida.

"Mi madre cree que tarde o temprano te darás cuenta de que necesitas volver a tu propia vida." Le tocó la mejilla con la yema del dedo y trazó una línea a lo largo de su labio. “Tienes que ser libre para hacer esa elección. Así que, te llevaré con él, como te prometí. Luego puedes decidir qué vida quieres y al menos sabrás que esa no es mucho mejor que esta que ves aquí." Metió la mano debajo de su camisa para tocar la piel de su espalda, para abrazarla y asegurarse de que era real. Cerrando los ojos, rechazó el miedo de que ella se desvaneciera, el miedo de que abrir los ojos y que ella no estuviera. Ers una tonta superstición.

***

Luc cargaba sobre hombros cansados el peso de sus miedos y demasiadas leguas. Incluso pensar con claridad se había vuelto imposible. Ya no había ninguna duda de que la familia a la que seguían estaba contrabandeando algo, probablemente armas, pero él no tenía interés en las opciones que tenían otras personas. Observó a Maia.

Ella brillaba como alabastro iluminado por las velas, riendo con los niños, deleitándose con su diversión infantil. Ella compartía su resonancia, la inocencia y la brillante urgencia que cargaba su necesidad de avanzar hacia el mundo.

Las sombras de los últimos días y años se aferraban en manchas oscuras debajo de sus ojos, su cabello se había vuelto salvaje, pero una carga fundamental había caído de su espíritu. En algún momento, uno que él no podía precisar, ella había cambiado,

emergido de un capullo que se abre para aceptar el sol. Al verla surgía un nudo sofocante de terror.

Él había vivido tanto, tantos años sin conocerla y, sin embargo, ahora que lo hacía, nada en el mundo importaría si ella se marchaba. Nada ni nadie. Ella le había dado una razón para sobrevivir.

Estaban a menos de un día de afrontar esa posibilidad y él no tenía corazón para seguir adelante. Podía leer la emoción que crecía en ella a medida que pasaba el día, podía ver abrirse ante ella oportunidades que él no podía igualar. Dada la oportunidad, la habría cogido en sus brazos y la habría llevado a un claro del bosque, la habría acostado sobre helechos y campanillas y le habría hecho el amor hasta oscurecerle los ojos por el exceso. Él le habría hecho promesas que el mundo no podría deshacer, darle regalos que nunca podrían arrebatarle.

Pero esa elección no era suya.

Si la elección de Maia no estaba con él, que así fuese. Ese peso era difícil de soportar. No tenía ninguna utilidad para una vida sin ella. Pero prefería vivir y tenerla con él, en cualquier mundo que ella eligiera.

Mientras el día se acercaba a su fin, ella se movió a su lado, cautelosa, buscando la causa de su reticencia.

"Será mejor que me lo digas," dijo al fin. "Sea lo que sea, no puede ser tan malo como parece."

Él le dedicó una media sonrisa y evitó la pregunta. “Pareces muy feliz hoy, emocionada. Parece que estás deseando llegar al cuartel mañana."

"Bueno." Ella había demorado eso unos cientos de metros, asimilando las implicaciones, buscando la pregunta que se escondía detrás de sus palabras. “No sé por dónde empezar, ni qué palabras explican cuánto amo a mi hermano. Le debo mi vida." Hizo una pausa, mirando atrás a una vida de miedos y pérdidas. “Cuando se unió al ejército lo odié, pero él siempre regresaba. Y nunca dudé,

independientemente de lo que los demás pensaran de mí, dondequiera que estuviera, que él me amaba. Eso me hacía real." Se apretó el pecho con la mano, el corazón, y miró el rostro de Luc en busca de signos de burla. No había ninguno.

"Cuando se fue sin una palabra, y no me respondió, y no regresó a casa cuando pudo, todo lo que yo creía se vino abajo. Tenías razón, exactamente. Necesitaba que me dijera que yo no valía nada." Ella suspiró. “Y tenía que ser él. Aquí estamos. Y ahora que te he arrastrado a través de todo esto, al menos necesito verle y decirle que no lo culpo. ¿Y preguntarle por qué? Yo podría haberlo hecho desde casa y haberte ahorrado todo esto."

"Él puede llevarte de vuelta a casa si eso es lo que quieres. Yo no puedo."

Mirándose las manos, dio vueltas al futuro, en silencio durante un momento. "No sé adónde pertenezco. Ya no hay un hogar para mí. O para ti." Cuando ella levantó la cara, él estaba esperando. “Así que te seguiré a cualquier parte. No pertenezco a ningún lugar si tú no estás allí."

"No hagas esa elección hasta que sepas lo que él tiene para ofrecer."

"Ya he hecho esa elección." Ella sonrió y él pudo ver la verdad en ella.

La puesta de sol se abrió encima de ellos: nubes rotas ahuecadas en colores como pétalos desvaídos, y Maia las observó moverse y reunirse en el aire frío. Cada paso la acercaba más al cielo a medida que este se ampliaba, se extendía y descendía por debajo de ellos hasta el horizonte. Los árboles retrocedían desde la cima del risco donde la senda se hundía y comenzaba su descenso. Esta cayó de repente debajo de ellos, recorriendo una larga escarpa, y desde el borde el mundo de abajo se desplegó en densos verdes, matorrales de esqueléticos árboles y amplias franjas de pastizales.

La corriente ascendente de aire gélido le robó a Maia el aliento. Ella se ajustó la capa y se secó la punta de la nariz. El humo se elevaba desde los árboles de abajo y ella pudo distinguir el trazado de un grupo de edificios en las sombras. Fuego, comida y poca compañía.

Esa era una buena filosofía para viajar por este país.

Chozas de madera a ambos lados y Maia se abrazó con fuerza. Hacia el centro de la aldea, las casas eran bloques de piedra, con cobertizos de madera y cercas de palos. Era grande para una aldea británica, su zanja se remontaba hasta los árboles, amplia, limpia y despejada. Cuando llegaron a la plaza central, se había apilado allí leña para una hoguera y, con la noche que se hacía más profunda, se encendió.

Una de las mujeres con las que habían viajado tomó la mano de Maia y trató de apartarla del lado de Luc. "No." Ella retiró la mano. "Luc, ¿adónde me lleva?"

Él escuchó y luego dijo: “Parece que la mayoría de los niños son de ella. Te ha organizado una casa donde puedes refrescarte antes del banquete que van a hacer, para agradecerte la comida que les dimos a los niños."

"No, gracias." Ella negó con la cabeza, retrocediendo, aferrándose al lado de Luc. El miedo le iluminaba el rostro y ella se frotó las manos por la áspera lana de su falda. “No voy a entrar en ninguna de estas casas de madera. Dile que no, gracias."

Él habló de nuevo y la mujer asintió y se alejó caminando hacia las sombras entre las casas. En unos momentos regresó y tomó de nuevo la mano de Maia, tocando la mejilla de Maia con el índice y explicándole algo a Luc que le hizo sonreír. Una risa contenida brillaba en sus ojos cuando dijo: "No pasa nada, ella te ha encontrado una casa de piedra a la que puedes ir. No hay problema. Ve con ella."

Maia se echó el talego al hombro y caminó con esfuerzo tras la mujer.

En la única habitación abierta de la casa, ardía un fuego brillante y una olla de agua se calentaba en su cadena. La aldeana puso una palangana y un balde de agua fría a su lado junto al fuego y comenzó a hablar, señalando el agua, la puerta y de regreso a Maia. Eso fue suficiente para saber que ella podía lavarse, el resto de la historia podía esperar hasta que estuviera limpia. Mientras la mujer

se apresuraba a regresar a la noche, Maia se desnudó y se bañó, mezclando el agua fría y caliente a la perfección.

Mientras se vertía agua por encima, la mujer regresó con una túnica larga y una capa de lana. El vestido era limpio y suave, no le frotaba los muslos ni le irritaba las pantorrillas, tan suave que se sentía casi desnuda. La mujer iba apresurada, extendiendo la ropa de viaje húmeda de Maia junto al fuego, tomando el talego de sus manos y colocándola junto a la pared. Finalmente, comenzó a explicar de nuevo con cierta extensión, conduciendo a Maia de regreso a través de la oscuridad hacia la hoguera, asintiendo y sonriendo mientras ambas avanzaban.

En la atestada calidez de la luz del fuego, Maia se sentó en el suelo entre las rodillas de Luc. Los niños trajeron bandejas de comida y los hombres jarras de cerveza. El espíritu en toda la aldea estaba animado y mejoraba a medida que fluía la cerveza. Una de las niñas se sentó al lado de Maia a pintarle las uñas con zumo de bayas, mientras el fuego ardía más y los cantores llenaban la noche con largas baladas.

"¿Puedes recordar el camino de vuelta a la casa?" Los labios de Luc fueron suaves en su oreja, su aliento cálido y de malta.

"No." Ella rió. "Ni siquiera estoy segura de poder caminar en línea recta, la dirección va a ser un serio problema."

Él sonrió en su cabello. “Cierto, el plan es que nos sentemos aquí y parezcamos perdidos hasta que alguien se apiade de nosotros."

Ella se recostó en su muslo y rió, mirando la luz del fuego en su cabello. "Te amo." Las palabras salieron fácilmente, haciéndole cosquillas en el pecho mientras ella se giraba para verle mejor. "Esta vida no es tan mala después de todo."

"Lo dices por la cerveza. Ya te dije que hacía eso."

"Sí, bueno." Se puso en pie, cepilándose con la mano el polvo y la grava. "Creo que deberíamos aprovecharlo al máximo."

Él tomó su mano y se levantó. "Tú vienes de ese camino, así que es

un buen comienzo."

Hilando entre las cabañas de madera, ella se acercó y le apretó la mano con más fuerza, pero el edificio de piedra redonda no fue difícil de encontrar. "Ahí," dijo ella. “Juicio infalible como siempre. Tengo un talento natural para la navegación también."

En la puerta él la detuvo, la tomó entre sus brazos y la besó. "Cuándo y dónde estés Gaia," dijo él, "entonces y allí soy Gaius." Y cruzó el umbral.

Ella sonrió. "Ni siquiera eres romano."

"No, pero a Júpiter no le importa si a ti tampoco."

"No me importa."

Su agua usada había desaparecido y otra tetera hervía sobre las brasas. Luc arrojó algunos palos atados y reavivó el fuego, luego mezcló el agua de la tetera caliente con el balde de agua fría.

"¿De quién es esta casa y por qué nos la han dejado?" Preguntó Maia.

La risa alivió la tensión en su cuerpo mientras se sacaba la túnica por la cabeza. "Por superstición. Es una cosa maravillosa." Se acercó y le dio unos golpecitos en la mejilla tal como lo había hecho la mujer y volvió a reír. “Ellos sospechaban que eras una de las personas de las colinas, del pueblo de las hadas, por tus ojos. Cuando quisiste estar rodeada de piedra, estuvieron seguros." Él estaba aun más divertido que Maia. "O tal vez nos quedamos la casa para nosotros solos porque tú cuidaste de los niños, o tal vez porque nadie está dispuesto a dormir bajo el mismo techo que tú."

"¿Eso es bueno o malo?" Ella sonrió y se recostó a observarle desnudarse. Los ojos siguieron sus manos mientras formaban círculos de cremoso bloque de sebo en su pecho, debajo de los brazos, por las llanuras planas del vientre. Cada vez que ella respiraba, sentía más calor en el pecho, y ella se aflojó la capa y la dejó caer deslizándose por los hombros. Se le puso la piel de gallina cuando esta se deslizó por su brazo y encontró sus dedos apretados

y enredados en su suavidad.

Rápidamente ella se puso de pie, se movió detrás de él y se enjabonó las manos, untándole con las palmas por la espalda, moviendo la espuma aceitosa lentamente hacia arriba y sobre los hombros. Su piel estaba caliente, el firme músculo era suave y sus dedos moldearon cada curva y hueco, trazando las líneas de su cuerpo. Ella deslizó las manos hacia abajo, siguiendo los contornos firmes hasta sus caderas, dejando que la espuma espesa pintara la prueba de su toque sobre sus nalgas y sus flancos.

Ella se acercó a su cuerpo mojado donde la humedad caliente de su piel se filtró por la tela de su vestido, y la suavidad de sus pechos cedió cuando estos encontraron piel firme. Maia cerró los ojos, apoyó la mejilla, dejó que sus manos se deslizaran silenciosamente. Él se estremeció cuando ella trazó líneas sobre su vientre, cuando las yemas de los dedos de una mano encontraron la vagamente elevada tela en azul y siguieron sus crípticos caminos hasta el pecho.

Ella arqueó la espalda, los pezones hinchados le dolían por la constricción de la tela, sus piernas estaban inquietas por la deliciosa impaciencia que crecía en su entrepierna. Un ronroneo se elevaba en el pecho y él se giró entre sus brazos, sus dedos entrelazando su cabello mientras levantaba su rostro hacia el suyo y la besaba. Estirándose de puntillas, ella se acercó a él, anhelando su boca hasta que un gemido como una niña petulante escapó de su garganta. Ella abrió los ojos y él estaba sonriendo, bromeando, sus labios estaban fuera de su alcance.

Un ceño fruncido de agitación hizo una mentira de la sonrisa devuelta por Maia y ella dio un paso atrás expectante, esperando mientras él levantaba el cubo y se mojaba con agua caliente. La mayor parte de la espuma se deslizó a sus pies en el lavabo y ella le tomó su mano y lo llevó más cerca de la ropa de cama. Cuando él se sentó, aún riendo en voz baja, ella le echó los hombros hacia atrás, se sentó a horcajadas sobre sus caderas y se levantó el vestido mojado por la cabeza, sujetándole donde él pudiera alcanzar todo lo que ella necesitaba.

***

Maia despertó con un escalofrío en la piel y levantó la cara del pecho de Luc para mirar a su alrededor. El fuego estaba bajo y ella se levantó en silencioso, tratando de no despertarlo. Después de apilar palos en las brasas, enderezó la ropa de Luc y se puso dio las suyas encima, tiritando. A través de la puerta, un amanecer gris atravesaba la aldea, pero parecía que nadie había planeado empezar temprano hoy.

Ella volvió bajo el brazo de Luc y tapó a ambos con una manta. "No puedes escabullirte así," susurró él, plegándose sobre ella. "Así es como lo hacen vuestros dioses, ¿no? Cuando ven que no tienes nada te traen algo maravilloso, y cuando no puedes vivir sin eso, te lo quitan. Todas las pesadillas se detuvieron cuando tú viniste a mí. Si me despierto solo, empezarán de nuevo."

"Tal vez se hayan ido, se hayan terminado."

"Tal vez. O tal vez tú eres la venda que me mantiene unido." Le tocó la nuca con la punta de un dedo y dejó que el más mínimo toque siguiera la hendidura de su columna hasta la base. "Háblame de las casas."

Ella guardó silencio un buen rato, dibujando círculos en el fino vello de su pecho. “Cuando era pequeña, la mayor parte de la villa estaba construida con madera, solo la casa principal era de piedra.

"Mi madre tuvo dos bebés gemelas con Bassus y, cuando tenían cerca de un año, estábamos en la suite de mi madre." Lágrimas silenciosas mojaron la piel del pecho de Luc, rodando inadvertidas desde los ojos de Maia.

“Creo que yo tenía cinco o seis años. Estaba haciendo algo, no recuerdo exactamente qué era, pero derribé una lámpara de aceite y comenzó un incendio. Se extendió sin más. No puedes creer lo rápido que todo estaba lleno de humo y llamas." Sacudió la cabeza, apartando las imágenes, incapaz de mirarlas. “Traté de cargar a los bebés, pero no pude y ellas estaban gritando y tosiendo y el techo comenzó a hundirse y las paredes se estaban doblando."

"Cilo, Appius y mi madre, todos entraron, y Cilo me encontró, y salimos, pero luego se cayó el techo." Ella se secó la mejilla, le pasó a Luc una mano por la mancha húmeda del pecho y ella volvió a apoyar la cabeza. "Todos murieron."

“Él me dijo una vez que tú eras lo único que él podía salvar. Ahora entiendo lo que quiso decir," añadió Luc en voz baja.

Ella asintió. “Él aún me amaba, aunque yo causara el incendio. Y él había perdido a su propia madre unos años antes. Pero Lyvia nunca perdía la oportunidad de decirme que yo los había matado a todos. Yo la creí hasta que vi a estos niños. Son niños pequeños, hacen estupideces. No saben cuánto daño puede resultar de ellas. Yo era muy pequeña. No supe lo que hacer."

"Te diré una cosa," dijo él. “Yo evitaré que el techo se caiga y tú evitas que yo me desmorone."

"Prometido," susurró ella.

# Capítulo 13

Donde la carretera abandonaba el bosque, subiendo para cruzar el puente en *Viroconium*, Luc silbó una señal y el jinete se detuvo. Su espeso cabello rubio estaba peinado hacia atrás, trenzado en una gruesa coleta sobre el hombro. Una lanza cruzaba por el cuello del caballo y un escudo ovalado cubría gran parte de su figura. Se volvió, entornó los ojos e inclinó la cabeza hacia un lado, como si pudiera seguir los ecos del sonido familiar hasta su fuente.

Tirando de ella más cerca, Luc le envolvió la cintura con los brazos y la retuvo pegada a él, enterrando el rostro en su hombro. "Mantente a salvo," susurró él. "No quiero dejarte marchar."

"Estaré bien. Te lo sigo diciendo, él nunca me haría daño."

El jinete avanzó unos pasos, aún escudriñando el bosque a su alrededor, buscando algún sonido o movimiento que delatara sus presencias. Luego exclamó: "Eres hombre muerto, Luc. Eres comandante de nada, eres una boñiga aquí, y solo te mimará nuestra madre. La orden llegará y seré yo mismo quien vaya a por ti."

Él le presionó la oreja con los labios. "Mi hermano. Le encanta el sonido de su propia voz."

Maia se giró para mirarle mientras él se deslizaba desde detrás de ella, miedos y dudas se amontonaron en el hueco que se formó en la boca de su estómago. "¿Me esperarás?" dijo ella y él sonrió.

"Para siempre."

Había desesperación, un doloroso miedo de la pérdida en los ojos Luc, y ella espoleó con el pie al caballo desde la espesura antes de que cambiara de opinión.

Los *vicus* que rodeaban el fuerte de *Viroconium* parecían más limpios que la mayoría de las aldeas que ella había visto, menos barro. Las cabañas de madera estaban más espaciadas y no tantas de ellas

apiñadas en los muros. Incluso las calles que las separaban estaban regularmente cuadriculadas y más ordenadas. Maia se sentó con la espalda recta y apretó los brazos contra sus costados como si pudiera aumentar la distancia de las amenazas.

El hermano de Luc no invitaba a conversar, fijaba sus ojos azul claro al frente y se negaba a interactuar más que a guiarla por las calles rectas y hacia el fuerte. Siguiendo el camino recto entre plazas de barracones, llegaron por fin a la amplia y baja fachada de la casa del tribuno.

Estaba hecho. A través del miedo y la incertidumbre, el coraje y el sacrificio, ella había ganado este lugar y todos sus futuros esperaban tras la puerta ante ella. Como lo habían hecho una vez antes. Y al igual que antes, Cilo esperaba en medio de estos, equilibrando la balanza con pesas que ella no podía leer. Esta vez ella sentía las presencias de esos futuros, esperaba en las sombras que estos proyectaban, y esta vez sabía lo mortales que podían ser.

Sus rodillas temblaban con cada paso, como si toda su fatiga y todas sus vulnerabilidades hubieran debilitado los músculos de sus muslos y puesto en peligro el equilibrio. Le temblaban las manos y ella las frotó por la áspera gamuza de sus pantalones, limpiando la evidencia de incertidumbre cuando su escolta abrió la puerta y la condujo a la calentada sala más allá.

Cilo se puso de pie cuando ella entró. Entre la oscura barba incipiente de su barbilla, su sonrisa era de un blanco puro, amplia, y lo único que ella podía ver a través de esta era una oleada de júbilo. Ella corrió hacia él y le rodeó el cuello con los brazos antes de poder considerar la precaución, y él la agarró con fuerza ante su pecho, abrazándola con tesón, convirtiéndose en el impulso de esa carrera.

"Por todos los dioses, mírate." Sollozó Cilo, o se rió, en la mejilla de Maia. "No puedo creer que estés aquí."

Ella no conseguía que sus brazos se soltaran. Quería sujetarle el rostro, estudiar las familiares líneas y sombras y leer sus viajes en sus ojos, pero el repentino alivio de abrazarlo extendió el tiempo a su alrededor en una pequeña eternidad. Los brazos alrededor de ella

eran fuertes y la confianza de Cilo se hinchó en su piel, llenándola, eliminando dudas, preocupaciones y temores.

Cuando sus pies tocaron el suelo, Maia dio un paso atrás, tomándole las manos entre las suyas. Sus ojos verde claro brillaban bajo sus cejas pobladas, oscuras con espesas pestañas negras. Hermoso. Te quitaba la respiración. "¿Estás bien?" consiguió ella decir sabiendo de inmediato que él cargaba con los temores y las dudas que quería ocultar. Eran heridas demasiado grandes para las sombras, y flotaban detrás de aquellos ojos como advertencias de una tormenta por venir.

"Lo estoy. Tengo la comida lista. Probablemente quieras lavarte. Y cambiarte." Él miró a sus pantalones de cuero, arqueando una ceja con curiosidad. "Volverte nativa no te ha hecho ningún daño que yo pueda ver."

“Quiero hablar contigo, Cilo. Hay tantas cosas que quiero preguntarte. Cosas que quiero contarte. Ha sido muy difícil llegar hasta aquí; ha costado mucho."

"Lo sé. Lo sé. Por eso no quiero apresurarme. Hay tiempo para comer. Hay una bañera por ahí, y sé que no quieres rechazar la oportunidad de sumergirte durante una hora o así." La sonrisa se había deslizado de su boca, pero aquellos ojos eran suplicantes.

"¿Un brasero, suelos cálido y agua caliente?" preguntó ella tímidamente. “¿Y comida caliente? ¿Salsas? ¿Fruta fresca?"

"Sí." Él rió. "A tus ordenes. Lo que sea que quieras, lo tienes." La condujo a una sala con cortinas donde había una gran bañera de cobre junto a un pequeño brasero. "Incluso te conseguiré ropa decente. Eso no tomará mucho tiempo."

Aunque no había jabón con el paño de baño, el vapor arrojaba perfume en el aire caliente y Maia salió rápidamente de la ropa y se sumergió en el calor del agua. En ese instante, pareció que todas las dificultades de los últimos días habían estado sufriendo en espera de este momento de dichosa calma. Cada moretón, cada músculo palpitante y cada articulación acallaron su implacable gemido y ella se recostó en éxtasis.

Se deslizó abajo, dejando que su cabello se extendiera en el agua y se le inundaran los oídos. Se sentía como en casa. Sentía que el mundo estaba bien, que no había peligro y que el tiempo podía cuidar de sí mismo. Era como había sido el momento en que Luc la había apretado contra sí mismo sin pedirle nada más que ella aceptara sus propias decisiones.

Cuando se sentó derecha, Cilo estaba sentado en un sofá junto a la pared, recogiendo carne de la carcasa de un ave y sumergiéndola en una salsera. "¿Quieres esto donde puedas llegar?" Sin esperar una respuesta, Cilo acercó la mesa a la bañera y luego arrastró el sofá más cerca también. El estómago de Maia recordó la comida en cuanto le llegó el olor y gruñó.

"Oh, esto es demasiado bueno para ser verdad." Ella se llenó la boca de carne aromatizada con especias, lamiendo la salsa de los dedos y volviendo a sumergirse en la fuente por más.

"La ropa está en camino. Tomará un poco de tiempo encontrar algo lo bastante bueno. No hay muchas mujeres que vivan cerca de un cuartel, ¿sabes?" Su sonrisa era diabólica, tal como ella la recordaba. "Las prostitutas aquí son unas fulanas asquerosas, y los chicos que llevan vestidos son mucho más grandes que tú." Ella le lanzó una sonrisa dudosa y se metió más comida en la boca mientras él se inclinaba para recoger los pantalones de gamuza que ella había tirado. "¿Puedo quemar esto ahora que estás aquí?"

Los ojos de Maia se abrieron como platos y ella luchó por tragar. "No. Me quedaré con eso."

"No los necesitas ahora. La etapa bárbara ha terminado. Estás a salvo, solo los dioses saben cómo, y no voy a dejar que corras de cabeza hacia un peligro como ese nunca más." Él estaba mirando su comida, decidiendo, como si su próximo bocado fuese tan importante como el futuro de ella y se decidiera de la misma manera.

"Cilo, no me voy a quedar aquí contigo." La nueva confianza en su voz lo hizo detenerse. Los ojos de Maia mantenían inmóvil la cara de Cilo, obligándolo a escucharla.

“Pero," él frunció el ceño, “la carta. El mensajero que Luc envió dijo que me habías seguido hasta Britania y que me necesitabas contigo. ¡Ahora!" Él sonrió. "Así, estoy contigo, ahora."

"Tú no viniste, ¿recuerdas? Yo esperé y dijiste que estabas demasiado ocupado. Elegiste al ejército antes que a mí. Otra vez." Ella se sentó hacia adelante, molesta por las suposiciones de Cilo. “Y, ¿sabes?, después de todas las leguas para llegar aquí, quiero decirte que ahora entiendo mejor esa elección; pero no entiendo, no puedo entender, por qué me pusiste en esa posición en primer lugar."

"Yo no esperaba que estuvieras en esa posición. No esperaba que salieras a cruzar el mundo sola una vez, y mucho menos dos veces. No puedes hacerte idea de lo peligroso que es lo que has hecho." No había ira en su respuesta, podía haber sido una disculpa, pero sus ojos traicionaban la complejidad de las emociones detrás de esta.

"No estuve sola. Si Luc sabía lo peligroso que era, me lo ocultó. Mis elecciones eran importantes. A él le importaba lo que yo pensaba y sentía."

"Sí, bueno, él siempre se ha apoyado a sí mismo, ese muchacho. Yo nunca te hubiera apostado contra esas probabilidades. Es increíble que lo hayas logrado de forma segura. Inconcebible. Dudo que otra persona pudiera haberse salido con la suya." Cualquier irritabilidad que se había deslizado en sus palabras desapareció cuando hizo una pausa. Se sentó derecho y juntó las manos entre las rodillas. "Pero tu suerte no puede dudar, Maia. Aunque él pueda escapar de su destino, no lo logrará contigo." Ahora había una preocupación genuina en su rostro. El dolor le recorría la frente, surcando el ceño en líneas duras.

“El destino no tiene nada que ver con eso, ni la suerte. Tú enviaste a sus propios hombres tras nosotros. Tú. No los dioses, ni siquiera el ejército romano."

Frunció la boca mientras se recostaba en el sofá. Volvió a subir las piernas sobre la suave tela y entrelazó las manos sobre el pecho, hablando en voz baja. "¿Te dijo cómo se trata a los desertores en este lugar?"

Maia pensó en todo lo que Luc había dicho y asintió. "Excepto que le dije que confiara en ti. Le dije que tú nunca me harías daño y que no le harías daño a él."

Sacudió la cabeza y sus labios se torcieron como si su boca se hubiera llenado de bilis, negándose a mirarla. "¿Él se creyó eso?"

"No."

"Bien." Se frotó la frente y se pasó la mano por la cara, expresando sus pensamientos al techo. "Entonces sabrá que como yo tenga alguna razón para creer que él hizo algo más que abandonar su puesto contigo, sus hombres estarían muertos a su lado."

Ella miró fijamente a su hermano. Acusaciones y explicaciones se formaron en sus labios y él levantó una mano para calmarla. "No me digas nada. Como están las cosas ahora, sé que esos muchachos no hicieron nada para ayudarlo ni encubrirlo. Sé que partieron, como se les ordenó, en persecución."

Maia miró la línea pálida de su muslo en el agua y asintió lentamente. Pudo ver que había una línea en la que Cilo cabalgaba entre el honor y el deber, y las palabras que querían apresurarse se volvieron espesas, cuajando en su boca.

"¿Qué pasó en *Glevum?*" preguntó él, sus dedos entrelazados y quietos.

Ella fue reservada, más cautelosa. "¿Qué sabes?"

"Que aparecieron un par de cuerpos en el patio de Bragon. No se menciona a Luc, excepto que recibiste mi misiva, así que tú tuviste que haber estado allí. ¿Cómo lo conseguisteis? ¿Llegar tan pronto?"

Ella se encogió de hombros y se deslizó hacia atrás para que el agua le lamiera los hombros. "Mercenarios. Luc cree que Justicia les pagó. Estaban vestidos como algo de los juegos. Incluso pusieron una recompensa en *Calleva*. Esto está mal. Es... No puedo precisarlo. Es difícil de creer que Justicia los enviara. Ella exige un estándar de competencia. Esos no eran tan buenos."

"La Madrastra."

"¿No?" Ella casi saltó fuera de la bañera. "¿Querría ella? ¿Podría?"

Él rió. "Esa sería mi suposición."

Se oyó una fuerte llamada a la puerta y Cilo rodó fuera del sofá. Caminó de regreso a través de la cortina, habló en voz baja con alguien y luego regresó con una larga túnica de lino sobre el brazo.

"Éeexito. No preguntes. Te conseguiré una sábana para secarte cuando estés lista."

***

Luc observó al jinete salir al paso en la ronda de guardia. La oscuridad se había asentado en las afueras a lo largo de los bordes del bosque y las nieblas ya habían llegado a las orillas del río. El caballo no era demasiado alto, pero él tendría que calcular su salto perfectamente o terminaría con una lanza en el costado. Se tensó, torció los músculos de la espalda donde amenazaban con sufrir un calambre y esperó. Aunque cuando el guardia se acercó a esta curva, tiró del caballo a un lado, miró hacia la maleza y desmontó. A veces, los dioses favorecían de verdad a los audaces, incluso a los paganos.

Cuando el hermano de Luc exploró la oscuridad a su alrededor por segunda vez, dejó caer la lanza y el escudo, se aflojó las ataduras de los pantalones y se sentó sobre un tronco, la concentración ya se había fijado en las líneas de su rostro. Luc le agarró la trenza en la nuca y deslizó una daga frente a la garganta. "Vaya, Edan, esta es la boñiga de la que estoy al mando ahora, ¿verdad?"

El hombre se movió para equilibrarse y Luc retrocedió, manteniendo la ventaja. “No, no, las manos delante. Quiero verlas."

"Luc, no estoy solo. Marcus también está en esta guardia; estará aquí en un minuto."

"Sé quién está de guardia. Te encontré a ti, ¿no? ¿Quién si no sería tan predecible como para colocar una guardia en el único camino hacia un fuerte amurallado? ¿Crees que soy tan memo como tú? Ahora, no hables más. ¿A quién ha traído aquí con él, durante

cuánto tiempo y hacia dónde se dirige?"

"No lo sé."

"Y no quiero explicarle a nuestra madre tu repentina enfermedad." La punta de la hoja empujó la carne, liberando una delgada línea roja. "¿Cuántos, cuánto tiempo, dónde?"

“Solo los cuatro de caballería. Además de él y su Troll. También tiene una *carra* en el cuartel. Mañana volvemos a la base de *Deva*."

"Bien. Solo tomaré tu cinturón de espada y te dejaré a lo que estás haciendo." Tensó el agarre. "Manos adelante, eso es." Llevando a su hermano hacia atrás por el pelo, pasó por encima del tronco y rodeó el caballo. "Cuelgue el cinturón en la silla." Cuando el cinturón de la espada resonó sobre el lomo del caballo, Luc le empujó hacia adelante y saltó a la silla él mismo.

"No es mi caballo, Luc. ¡No!" Edan espetó maldiciones y se levantó los pantalones desde los tobillos. "¡Iré por ti, chico!"

Al abrigo de la maleza, Luc hizo una pausa. “Necesito el caballo. Hay uno negro y bonito en casa de papá; dile que te he dicho que puedes quedártelo." Y galopó hacia la oscuridad.

Donde su propio caballo estaba esperando, se detuvo y se tomó el tiempo de revisar la alforja de Edan. No había nada que necesitaran especialmente. Dejó las herramientas, revisó las bolsas de comida y cambió su mojada capa de vellón por la de lana seca enrollada en la saca.

De regreso al pueblo, regateó mucho por un preciado pergamino y tinta. El dinero que quedaba se lo daría a la familia cuando despejaran el fuerte por la mañana. Adonde iba no había lugar para monedas romanas. Y si Maia no regresaba, no necesitaría el dinero. Necesitaba tranquilidad. Había demasiadas posibilidades, demasiadas formas de hacerlo, y tenía que poner exactamente las palabras correctas o todo se acabaría antes de que pudiera comenzar.

La había devuelto a los brazos de Roma y a todo lo que ella sabía, a

todo lo que ella merecía. Su hermano podría darle el imperio. Luc se miró las manos vacías. Él no podía darle nada.

Mientras estaba sentado en la oscuridad al borde del campamento, sostuvo la cabeza entre las manos y sonrió. Ella tenía razón después de todo. Era fácil apostarlo todo cuando no tenías absolutamente nada que perder.

***

Mientras Maia se vestía, los mercenarios muertos lanzaban oscuras preguntas sin respuesta. ¿Qué podría haber sabido Lyvia? ¿Cómo? Demasiadas preguntas. Pero si Cilo sabía más sobre ellos, no lo decía. Se guardaba sus secretos, como Neria había dicho.

La túnica que él le había encontrado era de un blanco puro, de lino suave, sujeta a lo largo de cada brazo con cinco broches de joyas y atada bajo el busto con un cordón dorado. Ella la apretó torpemente mientras usaba el agua del baño para lavar los pantalones y la túnica. No era un vestido hecho para el servicio doméstico. Dejando la ropa al lado del brasero, salió cruzando la cortina, tomó asiento y comenzó a sujetarse el cabello con horquillas.

Cuando Cilo regresó, se había vestido de manera más formal, con una coraza de cuero negro y una falda segmentada de piel sobre la túnica. La oscuridad nublaba su imagen frente a la de Luc. Era muy alto, más alto que la mayoría y muy ancho de hombros, pero estaba más definido. Cada músculo de su antebrazo estaba finamente cincelado y él se había quitado todo el vello de los brazos y las piernas, de modo que su suave piel aceitunada parecía deslizarse sobre sus miembros como la seda. Los rasgos de su rostro también eran más nítidos. Su nariz era más larga, recta y con finas fosas nasales que se ensanchaban con cada respiración. Su mandíbula era más cuadrada, su barbilla tenía un leve hoyuelo y la sombra oscura de su barba nunca desaparecía, incluso cuando se hubiera afeitado.

Y sus ojos eran los ojos de un dios. Incluso de niña a Maia le encantaba mirarlos. Tan claros, el verde de la hierba nueva, como cristal engastado en claros blancos con pestañas y cejas negras y espesas.

Luc era dorado comparado con él: más rubio, más pálido, más pesado y su ausencia ardía dentro de ella como la desesperación. Como si sus ojos delataran su visión interior, Cilo caminó detrás de ella, le puso las manos sobre los hombros y preguntó: "¿Dónde está él ahora, Maia?"

Ella se estiró para poner su mano sobre la de él. “No muy lejos. Esperando. Ya sabes que no puedo decir dónde."

"Tú no te apresuras por regresar, así que supongo que no le importa esperar unos días. ¿Va a esperar?"

Ella se volvió hacia él. "No necesito días." La sonrisa se desvaneció de los labios de Cilo. “Solo necesito algunas respuestas tuyas. Respuestas honestas. Si he tomado malas decisiones, Cilo, peligrosa y estúpidas, es porque todos guardan secretos. Todas las personas en las que confío tienen secretos que ocultarme, por lo que no conozco todos los hechos." Dio un paso adelante y le rodeó la cintura con los brazos. Alzando la mirada, dijo. “No más secretos. Te amo y confié en ti y tú me abandonaste."

Él le besó suavemente en la corona. “Sí, bueno, yo contaba con tu confianza. Pero eras mi hermanita, no contaba con el hecho de que habías crecido. No te pedí tu opinión porque estaba demasiado acostumbrado a tomar decisiones por los dos. Lo siento."

Ella dio un paso atrás. "Ven y siéntate. Quiero hacerte muchas preguntas. ¿Responderás honestamente todo lo que te pregunte?"

Antes de que pudiera arrastrarlo hasta el sofá, él se separó, se acercó a una botella de vino y llevó la bandeja con las copas adonde ella estaba sentada.

“Todo lo que pueda responder, lo responderé tan honestamente como pueda. ¿Te parece eso bastante bien?"

"Será suficiente para empezar." Ella dio un sorbo al vino. “Dime, ¿cuál fue el trato que hiciste con nuestra madrastra? ¿Por qué aceptó ella la boda y por qué, sobre todo por qué, te fuiste sin decirme lo que estaba pasando?"

Él se puso de pie como si fuera a caminar, luego cambió de opinión y se sentó cerca, volviéndose para que su rostro estuviera a solo unos palmos de ella. “Primero, debería haberte hablado de eso, sé que debería haberlo hecho. No hay forma de justificarlo, excepto que actué en tu mejor interés, ciertamente en el mío, y yo esperaba que confiaras en mi juicio." Pequeñas tormentas le recorrían el rostro, palabras y gestos que eran considerados, pero que no se decían.

“No quería tener que irme de aquí a Roma. Cinco años más era parte del trato. Lo acepté. Sobre todo porque hablé con papá sobre las ideas de Lyvia y él pensó que cinco años era suficiente para canalizar algo de dinero serio por debajo de ella. Él está bien, por cierto. Muy preocupado por ti. Estará más feliz una vez que sepa que estás a salvo aquí." El rostro de Maia se iluminó de placer durante un momento con la noticia, luego él le tomó la mano y se acercó a su angustia.

"Tu alternativa era casarte con un hombre libre en el valle del Sena, debes haberlo sabido. Ella ni siquiera quería designar una dote, pero sabía que yo nunca te dejaría con eso, de todos modos. Ella pretendía que vivieras como los campesinos, en el barro y la pobreza. Y se estaba desesperando. Ella odia vivir allí; quiere volver a *Pompeii*. Aunque tuviera que llevarte con ella, eran solo cinco años, Maia. Ya ha pasado medio año. No pensé que eso fuera esperar demasiado tiempo."

“Puede que no lo hubiera sido si yo hubiera sabido lo que estaba pasando. Me desperté sola, Cilo, y escribiste «No tiene sentido decirte lo que estoy haciendo, amor y muerte y destino, te amo, adiós». Te habías ido. ¿Qué se suponía que debía pensar?"

"Se suponía que debías confiar en mí, eso es todo. Lo siento. Pensé que sabías que siempre cuidaría de ti. Confiaste en que Luc te llevara hacia el peligro y lo cambiaste todo. Pero has vuelto y ahora te mantendré a salvo, siempre. De todas formas. Papá tiene dos planes en marcha, uno para Roma y otro para aquí. El oro se envía todos los meses a nuestro nombre. Él no la dejará sin dinero, sabes que él le tiene aprecio por alguna razón. Ella es diferente con él de lo que era con nosotros."

El calor le recorrió la piel del pecho y le subió por el cuello mientras ella pensaba detenidamente. “¿Así que todo se trataba de dinero? Todo el dolor y la angustia y el no saber. ¿Todo se trataba solo de dinero?" La idea la ponía enferma. "¿Qué más? Cinco años más y luego a Roma. ¿Por qué? ¿Por qué dejarte atado a mí? ¿Qué hay de mi felicidad?"

“¿Qué quieres decir con tu felicidad? Sí, debería haberte hablado de ello, pero ¿qué otra esperanza tenías? ¿Querías casarte con un criador de cerdos en la Galia? En el mundo real no hay felicidad sin dinero. En el peor de los casos te ofrece un mejor nivel de miseria. Así conseguirías casas en Roma, serías la esposa del senador, tendrías amantes de tu elección." Se echó hacia atrás, la molestia hizo que su ceño se frunciera más cerca de los ojos. “Todo eso aún es posible. Cuatro años en *Deva* y somos libres. Luego de vuelta a la capital con dinero y libertad y el imperio a nuestros pies."

"¿Amantes de mi elección, incluso Luc?"

"No. Luc no."

"Entonces no quiero." Ella volvió a preguntar: “¿Por qué atarte a mí, Cilo? ¿Por qué necesitas este matrimonio? No necesitabas los votos para llevarme contigo."

"Responderé a eso en unos momentos, hay alguien a quien tienes que conocer." Dio un profundo trago de vino, rellenó la copa y la de ella. "¿Qué más tienes para mí?"

"Justicia."

“Ah, la dama misma. Correcto. ¿Qué puedo decirte sobre la buena sacerdotisa?"

“¿Qué secreto tuyo conoce? ¿Qué tiene eso que ver conmigo? ¿Por qué quería ella llevarme a aquel lugar frío y miserable? De hecho, ¿por qué quería ella venir aquí?"

"Yo no tengo secretos, no de nadie que me conozca. El asunto sobre la sociedad es que hay que ser discreto y a Justicia no le interesa la discreción, juega por el poder. Ella es el ejemplo perfecto de por

qué las mujeres no deberían tener ninguno. Fue excluida por una sociedad decente y haría cualquier cosa para llegar a una posición de influencia y así poder vengarse de las personas que tienen lo que ella quiere. Pero pagar para que ella viniera a Britania fue mi propio golpe de genio, o eso creía yo. Ahí otra vez, Luc cambió las reglas en mitad del juego."

"¿Luc?"

“Sí, Luc. El chico de oro. Creo que probablemente fuiste un peón en el juego de Justicia contra mí. La sacerdotisa y yo no estamos de acuerdo en muchas cosas. Tal vez ella quería reclutarte para que trabajaras para ella y dejar que yo me llevara el escándalo por ello, o simplemente para demostrar que podía apartarte de mí. No estoy seguro. Eso debe de haberse hecho añicos cuando te fuiste con su hermoso chico."

"¿Luc?"

“Sí, Luc. ¿Te cuesta entender esta parte? Pensé que querías respuestas honestas." Se detuvo, mirándola mientras apuraba la copa de vino y se servía otra. El color había desaparecido de las mejillas de Maia.

"Maia, tú sabes lo de esos dos, ¿no? No podrías haber viajado con ellos hasta ahora, durante tanto tiempo, y no saber por qué lo enviaron de regreso para acompañarla. No me digas que te sorprende descubrir que Luc saltó de su cama a la tuya."

Ella parecía en blanco, horrorizada. Negando con la cabeza, tragó saliva ante un bulto de humillación.

"Toma otro trago. Deberías haber pensado en esto antes de dejar que él te tocara." Su sonrisa era fría. “¿Y crees que todos tienen secretos? Si te colocan lo obvio en la cara y no puedes verlo, ¿de quién es la culpa? ¿Pensaste que él te había dicho todo lo que había que saber? Quizá Luc pensaba que lo sabías. Todos los demás lo saben."

Los ojos introspectivos de Maia registraron todo el viaje, buscando lo obvio y encontrándolo en abundancia. Ella luchó por aclararse la

mente mientras se levantaba. El dolor se extendió por sus nervios. Se le hizo una bola en el estómago y le ardía la garganta como si algo vital le hubiera sido arrancado de las entrañas.

Se sentía humillada. Las noches de insomnio en el templo de Justicia no le dejaron ninguna duda de cuánto no sabía sobre hacer el amor. ¡Y él había estado con la Suma Sacerdotisa! La vergüenza y la insuficiencia reptaban por su piel. Quería deslizarse debajo de una roca.

Su corazón gritaba su nombre. “Necesito hablar con Luc sobre esto. Yo no lo sabía."

"¿Por qué? ¿Qué te importa esa vieja perra? Ella no es nada para ti. Y Luc es un soldado. Lleva frecuentando rameras desde que tenía quince años, todos los soldados lo hacen."

Ella lo miró con lástima. "¿Estuvieron juntos diez años?"

Él rió. "No. Ella lleva cuatro años aferrada y babeando por él, desde que lo vio en Roma. Luego lo siguió hasta *Galia Aquitania*. Y ahora de vuelta aquí."

"Pero has dicho que tú la trajiste aquí. Yo ni siquiera sabía que él había estado en Roma." Su cabeza estaba zumbando. "Tengo que hablar con Luc."

"No puedes. Aún no." La atrajo hacia sí y la abrazó contra el firme cuero de la coraza. “Tú relájate y tómate un tiempo con todo esto. Todo encajará y, una vez que lo hayas encajado todo, sabrás lo que necesitas decirle. Todo volverá a tener sentido."

Una fuerte llamada en la puerta la sorprendió y ella jadeó como si la hubieran abofeteado.

"Esa es otra de tus respuestas. ¿Estás bien?"

Ella asintió y trató de encontrar su voz, de disculparse por algo que no podía nombrar. "Sí. Lo siento."

Mientras él se levantaba para responder a la llamada, fruncía el ceño en confusión y volvió a sonreír. No la había subestimado en

absoluto. Seguía siendo su dulce hermanita, tímida y obediente. Una preciosa muñequita, frágil, limpia y vacuosa. Pero ya no pura y ya no solo suya.

Maia forzó una sonrisa, aplastó el dolor por dentro y volvió la mirada hacia afuera mientras Cilo conducía a un hombre mayor hacia donde ella estaba.

Su rostro no era hermoso. Era tosco, como si un niño hubiera formado algunos rasgos de arcilla y los hubiera agrupado toscamente. Pero había algo parecido al humor en sus ojos oscuros y su sonrisa torcida. Era más pesado que Cilo, de pecho profundo y más bajo. Llevaba el pelo muy corto y finos mechones grises en las sienes indicaban que tenía unos cuarenta años. Le tendió una mano a Maia y ella se limpió la palma en el muslo antes de aceptarla.

"Esta es mi novia angelical, como recordarás." Cilo dio un paso al lado de Maia, colocando un brazo protector alrededor del hombro. “Maia, esta es la persona que Justicia probablemente te estaba trayendo a conocer. Este es Manius Velius. Él es el amor, la muerte y el destino sobre el que escribí. Mi amor más grande que la distancia, más grande que la vida y la muerte."

"Oh." Fue lo mejor que ella pudo conseguir decir. "Hola."

Ella dio un paso atrás y se sentó pesadamente en el sofá y Cilo se sentó a su lado, explicando: “Por eso acepté la boda. Para tener la vida que quiero en Roma, necesito esposa e hijos. Pero necesito una esposa que sea discreta, contenta con tener su propia vida y dejarme a mí con la mía. Tú eres perfecta. Maia, ¿estás escuchando?"

"Sí. Lo intento. ¿Por eso accediste a la boda?"

"Sí."

"¿Porque necesitabas una esposa discreta?"

"Sí."

"Entonces podrías haberte casado con cualquiera. Podrías haberte comprado una esposa. A una de las chicas de Justicia se le podría

haber pagado para mantener la boca cerrada."

Manius se rió de algo oscuro, y Cilo frunció el ceño, consternado, y elevó la voz. "Yo no quiero una ramera con chancro conmigo. Te quiero a ti y te quiero donde sé que estás a salvo. Me estaba asegurando de que no terminaras viviendo en la inmundicia."

“Pero ¿qué hay de mi elección? Yo no quiero vivir sin Luc. El me ama. Mis elecciones le importan, lo suficiente como para haberme traído aquí."

"¡Él podría haberte traído aquí con una escolta!" La saliva voló de sus labios por su repentina vehemencia y él se la secó. "Podría haberte hecho marchar por Watling Street con sus hombres como guardia, mantenerte a salvo y no dejar su puesto. Él podría haber vuelto aquí también. No lo hizo. Si traerte de regreso era lo único que importaba, podría haber regresado." Más tranquilamente dijo: “Él hizo su elección y conocía las consecuencias. Ahora, si es listo, te dejará aquí y se irá."

"Él no iba a volver, Cilo." Ella apoyaba la frente en una mano, tratando de entender cuánto había quedado sin decir. Luc había elegido no volver y esa elección era tan importante para Cilo como cualquier peligro en el que hubiera estado. Luc la amaba y, por alguna razón, eso le importaba a su hermano más de lo que él podía decir. "Y él me esperará."

Manius preguntó: "¿Está esperando ahora? ¿En alguna parte de la ciudad aquí?" Se movió como si fuese a levantatse, luego se relajó en su sofá. "Cilo, tienes que darle crédito."

“Sí, pero ¿crédito por qué? Agallas y gloria, cuando debería poner el rabo entre las piernas y correr mientras tiene la oportunidad. Y Marcus y Edan están de guardia. Sabrán dónde está ahora. Apostaría mi vida en ello. Probablemente esté bebiendo con ellos." Cilo se puso de pie, paseando hacia el brasero y de regreso.

"Él sabe que lo estarás buscando, se mantendrá oculto." Las palabras de Maia fueron fantasmales mientras ellas se observaba sus propios pálidos dedos entrelazarse.

“Eso no supondrá ninguna diferencia. Está demasiado cerca y demasiado cansado. No he dado ninguna orden aún, no podía correr el riesgo de que te vieras envuelta en una lucha. Ahora puedo hacerlo, y él ha corrido demasiado durante demasiado tiempo como para alejarse de nosotros una vez que le sigamos el rastro."

El aire se atascó en la garganta de Maia. Ella estaba esperando que él continuara, que calificara o excusara o incluso explicara sus palabras. Cada vez era más difícil racionalizar el amor y el deber de su hermano. Su corazón no podía aferrarse a la lógica. Se aceleraba. Se le atragantaba en su pecho y le pateaba el estómago. La incredulidad se fue calmando lentamente. Esta encendió miedo en sus ojos. Sacudía la cabeza en negación mientras ella alzaba la mirada. "Sin embargo, tú no harás eso."

"Tengo que hacerlo. Un millar hombres a solo dos días de camino desde aquí le conocen y saben lo que ha hecho."

"¿Cómo es que saben lo que él ha hecho? Los hombres con los que se fue ni siquiera han vuelto aquí aún. Nadie necesita saber lo que ha hecho si tú decides que siga siendo así." Había suplica en su voz.

"No se me ocurre un modo de arreglarle la situación," dijo su hermano sin rodeos. "No puedo absolverlo o encubrirlo ni ordenarles que se olviden de esto. Cualquiera de ellos lo mataría a golpes o lo crucificaría por cobarde."

"Pero él no es un cobarde. Tú lo sabes. Simplemente ya no puede seguir con esto. No puede seguir matando." Ella se puso en pie para encararlo, le tomó la mano, necesitando caer de rodillas y suplicar por una verdad diferente.

Cilo le puso la mano fría en la mejilla. "Él está fatigado. Eso sucede. No hay muchos hombres que puedan seguir cortando a sangre sin tener pesadillas. La temporada pasada fue brutal. Pero al final le di otros deberes. Lo envié desde el frente hasta su ramera, incluso pagué para que ella viniera hasta nosotros. Desafortunadamente, él estuvo en el lugar erróneo en el momento equivocado. Te encontró a ti y una oportunidad de escapar, y la aprovechó. No le culpo. Pero no puedo arreglarlo por él."

"¿Y yo?" Ella se puso de rodillas y se aferró a sus manos.

"Tú no puedes culparte del todo." Le puso una gentil mano sobre la cabeza. “Tú solo estuviste allí, fácilmente podría haber sido Justicia o alguna otra ramera. Eso no importa. Ya no. Él no piensa con claridad cuando se pone así. Tú no puedes asumir toda la culpa."

"¡Basta!" El zumbido estático se hizo más fuerte en sus oídos y antiguos miedos cayeron a su lugar. Ella quiso cerrar los ojos, meterse en el lugar donde las humillaciones ya no la tocaban. Las palabras cortaban. La hacían sentirse sucia, convertían la profundidad, el ancho y la altura del amor de Luc en nada más que un acto de desesperación. "No se trata de sexo." Se trataba de vida o muerte.

"Por supuesto que sí." Él descartaba todo lo que ella no podía decir sin molestarse en escuchar. “Tiene todo lo demás que podría necesitar. Yo se lo he dado todo."

"Entonces, ¿por qué no le das la libertad de irse?"

“Tú no entiendes al ejército. Yo sí. A veces él deja de dormir, deja de comer y necesita un descanso. Yo lo dejo ir para que se desahogue un poco, se aclare la mente, y luego regresa. Es muy bueno en lo que hace, Maia, muy bueno. Y siempre vuelve."

"Hasta ahora," dijo Manius casi para sí mismo.

"No es así como es él." Luchó ella por explicarse, desesperada por justificarse. "El está bien. Mientras esté conmigo, está bien. No está enfermo, no está loco, simplemente no quiere volver. Ya no quiere tener nada que ver con esta vida."

Los ojos de Cilo se instalaron en una helada claridad, él retiró los labios y respiró hondo entre dientes apretados. “Ahí es donde te equivocas. Él pertenece aquí. Él podría haber vuelto." Gruñó las palabras como un perro feroz separado de su hueso. “Tú, en cambio, perteneces a Roma. Mírate, eres exquisita, perfecta, diría yo. Y eso es todo. Exquisita y frágil. ¿Qué puedes ofrecer a un hombre como Luc?"

Su tono cambió abruptamente, se volvió de disculpa, suplicante. “Maia, necesito que me escuches. Escucha atentamente. Tienes que escucharme y tienes que creerme." Miró a Manius con complicidad, como si necesitara su apoyo en esto. “Puedo hacer una cosa. Sólo una cosa. Puedo darle unos días para huir. ¿Se dirige al Norte? Eso es lo que creo que él haría. Si le doy un par de días para alejarse, él podría atravesar nuestra línea norte."

Ella miró de uno a otro. Tenía razón, Luc estaba agotado. Demasiadas leguas, demasiado frío y poca comida, sin dormir lo suficiente. "Entonces yo tengo que irme con él. Danos unos días."

"¡No! Él tiene que correr si quiere tener una oportunidad, y no lo logrará si te tiene a ti con él. En un caballo en forma, podría recorrer diez leguas al día. Estaría a salvo ahora si no te hubiera esperado. Yo lo sé y él lo sabe. Tienes que quedarte aquí."

Un frío viscoso y reluctantes negaciones llenaron su pecho. "Te he dicho que no quiero quedarme aquí. ¿Te importa algo acaso lo que yo quiero?"

"Yo te mantendré a salvo, Maia." Él sonrió con una sonrisa conciliadora. "Incluso te llevaré con él. Pero solo si le dices que te vas a quedar aquí."

"Déjame entenderlo." Su respiración era inestable, constreñida, como si estuviera apiñada en un espacio cada vez más estrecho. Ella se sentís atrapada. "Yo soy la razón por la que ha desertado. Si Justicia se hubiera salido con la suya, es no habría importado, él habría pasado una semana en su cama y luego habría continuado con la siguiente ronda de matanzas."

Sus fosas nasales se ensancharon y se le formaron hoyuelos en la barbilla. "O aunque se hubiera marchado, si no fuera por mí, ya estaría a salvo. Habría huido a las colinas en el tiempo que ha tardado en venir hasta aquí."

"Y ahora que yo le he costado todo esto y lo he arrastrado hasta fuera de tus muros donde es un blanco fácil, ¿quieres que te lleve con él? ¿He entendido lo básico?"

“Estoy intentando salvarle la vida, no de atraparlo. Esta es la única forma en que puedo hacer algo por él." Se puso en cuclillas, su mirada era intensa, suplicante. “Tienes que decirle que se vaya. Dale una oportunidad de luchar."

"No te creo."

¡Dioses todopoderosos, Maia! ¿Qué te dijo que yo iba hacer? Sabes que no se creyó tu promesa de salvoconducto."

"Dijo que eres un soldado de principio a fin y que el deber es lo único que te importa. Dijo que te amaba y que haría cualquier cosa por ti. Dijo que la apuesta era saber hasta dónde llegarías tú por él."

Sus ojos brillaron como si lo hubieran golpeado, con fuerza, y él se puso de pie, alejándose. Por encima del hombro, dijo con petulancia: "Su juego fue meterte a ti en este lío. Él planteó las apuestas en esto, no yo. Esto ya no es solo el ejército. Él no tenía derecho a ponerte en este tipo de peligro. Si me amara, estaría aquí esta noche. Aceptaría la disciplina por dejar su puesto y volvería al cuartel. No, ahora que se marche, solo. O daré órdenes esta noche y lo perseguirán."

"Entonces no necesitas que yo lo busque para ti." Las lágrimas le quemaban los ojos, pero ella se negó a dejarlas caer. “¿Soy tu prisionera aquí? ¿Crees que obligarme a quedarme me hará cambiar de opinión?"

"No. Solo voy a mantenerte a salvo." Casi corrió hacia ella. "Tú no puedes vivir como esta gente, eres romana. No puedes vivir en chozas y vadear mierda de oveja y no tener baños, ni calor ni comida decente. No te dejaré vivir como una salvaje. Él sabe eso. No puede ofrecerte nada más."

Él la agarró por los hombros. “Yo puedo levantar los ejércitos de Roma a tu alrededor. Él no puede hacer más que huir delante de ellos. ¡Piénsalo! No puedes vivir así y él; si pensara con claridad, si se preocupara por ti lo más mínimo; no te pediría que lo hicieras."

Manius se levantó despacio, moviéndose para responder a una llamada en la puerta, deliberado en sus movimientos, cauteloso. Su

voz fue clara y profunda, resonando en su pecho. “Cilo. Se ha ido." Caminó con el hermano de Luc a su lado, diciendo: "Díselo."

Edan parecía inseguro, avergonzado. "Esta noche, señor. Me robó el caballo y el equipo. Dijo que necesitaba un caballo fresco. Partió hacia el Sur. No ha cruzado el río, por lo que no puede ir al Norte ni al Este. Él no iría al Oeste, así que se fue al Sur."

"Bien. Entonces, mi dulce novia." Cilo suspiró en sus manos ahuecadas, quieto por un largo rato. Temblaba de profundo alivio cuando se puso de pie y le ofreció una mano a Maia. “Parece que lo ha pensado bien después de todo. No tendré que hacer nada respecto a las órdenes hasta que estemos de regreso en *Deva*, y podemos partir por la mañana."

***

En el fuego calentado a media luz de su cama, Maia trató de sopesar las posibilidades. Todos tenían secretos. Luc, Cilo, Justicia. Aun cuando creía saber toda la verdad, siempre había más, justo debajo de la superficie.

Cilo decía que huir era la única esperanza de supervivencia de Luc. Quizá tenía razón. Pero a él solo le importaba que ella se quedara aquí con él, segura y limpia y romana. Dolor pintado en sangre y retribución.

Luc decía que la esperaría y él nunca le había mentido. Podía haber ido al Sur, la aldea estaba al Sur. Tal vez había pensado que ella no podía vivir en el frío y la humedad. Quizá tenía razón. Pero él estaba esperando. Ella estaba segura de que, lo que fuese que Luc había hecho creer a Cilo, no tenía por qué tener nada que ver con la verdad. Luego él la seguía esperando.

Cualquier cosa que ellos dijeran e hicieran, realidad o ficción, había una verdad sólida que ella podía utilizar. Ella sabía quiénes eran. Conocía a Luc. Y conocía a su hermano.

Arrastrando los pies por la casa desconocida, se dirigió silenciosamente a la habitación de Cilo.

Él estaba sentado en la oscuridad, posado en el borde de la cama, mordiéndose con fuerza la uña de un pulgar. Cilo no había encontrado más motivos para dormir que ella. "No quiero estar sola," susurró ella. "Hazme un sitio."

Manius se movió cuando Cilo se recostó, haciendo espacio para que Maia se estirara junto a su pecho.

"¿Tienes el corazón roto?" Preguntó Cilo.

"No. Solo unos días atrás estaría hecha añicos. Mi mundo se habría derrumbado. Pero he visto hombres cortados por la mitad por dinero y celos y una especie de bravuconería enfermiza. Mi seguro capullito de seda, con todo su dolor y angustia, no era nada comparado con el precio que la gente paga en el mundo real."

"¿Y por eso no te importa que te haya abandonado?" Su incredulidad era evidente.

"Ya llegaré a eso. Tú sabes que yo solo he tenido a Tiberia. No había nada que ella oyera o pensara que no me contara. Ella me lo contaba todo. Nunca había un secreto, y si había intrigas en la casa grande, yo oía todo lo que ella y los sirvientes oían. En este mundo, toda la gente miente. Todo el mundo. Y no puedo soportarlo. Todos deciden cuál va a ser la verdad y cuánto van a compartir. Y ese es un juego mortal. La gente muere por sus elecciones aquí fuera."

"Por eso mienten," dijo Cilo. "Todo el mundo se cuida a sí mismo. Todos mantienen a sus seres queridos a salvo, en primer lugar."

"Sí, exactamente. Como tú. A mi modo de ver, durante mil años los más grandes generales han tenido sus amantes, los poetas han bromeado sobre sus guapos muchachos y los filósofos se han aguijoneado unos a otros sobre los chicos de alquiler y nadie parece importarle. Y aun así, tú querías una esposa muda para poder enfrentarte a la hipocresía de la sociedad, y yo fui el precio que estabas dispuesto a pagar por ello. Estabas dispuesto a sacrificar todas mis opciones para vivir tu propia mentira."

"Eso no es cierto. Yo también estaba negociando para ti. Tú no salías de esto como una perdedora."

"Sí, lo hacía, porque no tenía ninguna opción en el asunto."

"Ninguno de nosotros tiene opciones, Maia. Todo es tal como lo juegan los dioses. Somos peones en su juego y nosotros lo aprovechamos lo mejor que podemos."

"No lo creo. Pero tú pagaste un alto precio por tu elección también. Y eso es en lo que he estado pensando. Justicia dijo que todos nos ponemos en ridículo por amor. Tú apostaste tu vida, durante cinco años, por la oportunidad de estar con la persona que amas. Aun cuando cualquiera de los dos pudiera morir mañana, hiciste esa apuesta por la hora o el día o el año que tendrías con él. Tú no cambiarías eso, ¿verdad?"

"No." Hizo una pausa como si hubiera calificaciones, otras verdades importantes que él había omitido. "Pero no intentes decirme que tú estás en la misma posición. No lo estás. Yo tengo una oportunidad de luchar. Puedo confiar en mi propia fuerza, capacidad y experiencia. Tú no tienes esas cosas y yo no voy a apoyar a Lucius, no si eres tú el coste de esa apuesta."

Incluso en la oscuridad, los ojos de él brillaban. El dolor detrás de ellos era incandescente, ardiente. “Yo perdí mucho en el fuego. Tú eres lo único que me queda. Lo único que pude salvar. Él no tenía derecho a ponerte en riesgo."

“Yo también lo perdí todo. Y papá también. Y ahora le debo a mi madre construirme una vida. Ella nunca se habría escondido. Ella nunca me habría escondido. Salió buscando la felicidad. Ella lo arriesgó todo."

“Eso no es lo mismo. Te trasladó de este remanso hasta la villa de papá. Ella eligió la civilización para ti."

“No, ella eligió a tu padre y una nueva vida. Ella siguió su corazón."

"Pero tú no puedes. Ya no tienes esa opción. Luc ya ha decidido por ti. Él sabe que debes tener seguridad y una vida cómoda. O bien no te ama como tú crees que te ama, o te ama lo suficiente como para dejarte aquí conmigo."

"Eso será si él se ha ido. Y si lo ha hecho, entonces te daré la misma opción que él tuvo. Yo sé adónde va, sé más sobre mantenerme con vida que antes, y le seguiré." Hizo una pausa para asegurarse de que él había escuchado su silenciosa amenaza. "Él no me llevó a ninguna parte, se quedó conmigo, eso es todo. Yo lo arriesgué todo porque me tú dejaste sin nada que perder. Ahora estoy de nuevo ahí e iré tras él."

"Tú crees que no se ha ido, por eso no estás enrollada en una bola." Se frotó la frente, apartando las arrugas. "¿Por qué, Maia? ¿Por qué no crees que él haría lo mejor por ti si realmente te amara?"

"Él sí me ama; Ojalá pudiera convencerte de eso. Y no se merece tu enfado. Estas fueron elecciones mías, no suyas. Ojalá pudieras hablar con él. Él no me ha pedido que elija entre vosotros dos, lo estás haciendo tú."

"Tú no lo conoces como yo. He vivido con el hombre durante diez años. Lo conozco como conozco a mi propia carne, y puedo prometerte que no tiene nada que darte y que te dejará aquí, a salvo conmigo. Tú lo conoces desde hace un mes, ¿cómo puedes estar tan segura de que te está esperando ahí fuera?"

"Porque sé que nunca se arriesgaría a que yo intentara seguirlo." Esa era la fría verdad. "Y si no se ha ido, volverá por mí. Despídelo del ejército y yo me iré a casa y te esperaré. Aún puedes tener todo lo que quieres. Puedes ganar en todo esto. Lo único que necesito es algo de dinero. El oro que papá te envió para mí, ¿dónde está?"

"No puedes quedártelo." Su agitación era obvia. Ella podía sentirlo. Se hinchaba en su pecho con cada respiración, levantaba las venas de sus brazos y aceleraba el pulso de su garganta. "No quiero hablar más de esto, vete a dormir. Necesito pensar."

# Capítulo 14

La tensión anudó sus hombros y la impaciencia rodó por sus entrañas. Sentarse prolijamente en el *carpentum* de dos asientos era a la vez familiar y molesto, su avance revoltoso era demasiado lento y demasiado limitado. Después de solo unas horas, Maia estaba lista para caminar en lugar de tener que permanecer sentada detrás de las cortinas. Había cinco hombres montados dispuestos a su alrededor, y la posibilidad de que Luc intentara llegar hasta ella más allá de todos ellos en este campo abierto era demasiado pequeña para considerarla. Estaba atrapada en estas sombras, sin saber, y no saber era un picor.

No hubo ninguna sacudida cuando la carreta se detuvo, solo una desaceleración gradual hacia la inanición. Ella miró a través de las cortinas, más allá del conductor, hacia la carretera, donde una carreta de fardos de paja bloqueaba el paso mientras hombres estaban a pie en conferencia.

Cilo dio órdenes breves y los jinetes se acercaron a la carreta de Maia, sospechando que la demora era una emboscada.

Maia contuvo la respiración. Reconocía la carreta, los hombres y el enjambre de niños pequeños que se deslizaban alrededor de su *carra*, corriendo bajo los pies de las mulas, trepando al dosel, ignorando la ira de los soldados de los que se burlaban. En silencio, aceptó el rollo de pergamino de la sucia mano de un niño y sonrió mientras lo deslizaba dentro de la túnica.

Desde el asiento del conductor, oyó la risa de Edan mientras este desenredaba pequeñas extremidades de la tela y tiraba al suelo a los pilluelos y los enviaba bruscamente por su camino. Cilo circulaba enojado, ordenándole que empujara el obstáculo, ansioso por seguir moviéndose. Maia se apoyó en el asiento mientras la carreta se inclinaba hacia un lado, luchaba y rebotaba por la zanja del borde de la carretera, se asentaba y se enderezaba mientras subía de nuevo a la superficie sólida.

Dos veces le habían dejado una nota. En ambas ocasiones la habían

abandonado.

Comprobó que las cortinas estuvieran bien cerradas para que la *carra* quedara oscura y privada. Sin atreverse a respirar, sacó la misiva, desató la cinta y leyó.

«Maia,
Tu antigua vida está en sus manos. ¿La aceptarás, con toda la riqueza y la comodidad que te mereces? ¿Vivirás a salvo y cálida con el amor de tu hermano?
Briana,
Si aceptas mi mano, construiré un mundo para ti. Te daré el sol para que nunca tengas frío ni oscuridad. Te daré la luna, tú le haces avergonzarse. Bajaré las estrellas para que puedas sujetarlas en tu cabello. Eso es todo lo que tengo para ofrecer. Ya tienes mi corazon. Si no quieres estas cosas, yo no las necesito. Vendré por tu respuesta esta noche.
Luc.»

La leyó de nuevo, sonriendo. Y otra vez. Luego la enrolló y se la metió en la túnica. Se puso una alfombra alrededor de los hombros y la levantó para poder pasarla por la cabeza. Retiró las cortinas a un lado, avanzó tambaleante, se subió la fina tela de la falda y se subió al asiento junto al conductor.

"Hola," dijo sonriendo ante el ceño fruncido. "Edan, ¿no es así? Te pareces a tu padre." No hubo respuesta, por lo que ella se tomó el tiempo para mirar a su alrededor en los campos abiertos que se extendían hasta un risco azul en el horizonte.

"¿De verdad lo habrías matado?" Le tocó el corte en la garganta. "Si la situación se hubiera invertido, quiero decir."

Él se apartó de su toque y gritó: "Sí."

"Tu padre no estaba enojado, ¿sabes? Ni sorprendido. Dijo que los hombres eligen sus batallas. Tu madre parecía pensar que todo era una broma. Ella sonreía por todo lo que pasaba, todo lo que se decía."

Ella sonrió de nuevo, buscando cualquier suavidad en su mirada.

“¿Por qué estás tan enojado como para matar tu propia sangre? ¿Qué ha hecho él para que te afecte tanto?"

"¿Hecho?" Él escupió. “Se dejó... abrumar por tus obvios encantos. Dejó de pensar. Es blando, demasiado tiempo en la teta de su madre, ese."

"Oh." Ella asintió. "Entonces, ¿crees que es culpa mía, no de él?"

"Señora, no me importa. No tengo nada que decirle, y salvo por que es su hermano el que viaja allí, la tiraría de ese asiento de un bofetón. Es usted una niña mimada y está jugando con las vidas de hombres que valen diez como usted."

"¿Vale él tanto, aunque sea blando? ¿Y no es culpa suya de todos modos, es mía, ¿y te plantarías delante de tu padre y le dirías lo mismo? Verás, vi a tu padre matar a un hombre que quería matar a Luc. Pero supongo que él ya está jubilado, no está festejando tener que quedarse aquí otros diez años. Y antes de irme, para que lo sepas, yo no estoy jugando con nadie. Te veré de nuevo algún día, espero."

Se deslizó hacia un lado del asiento y llamó a Cilo. "Ven por este lado de aquí, quiero subir detrás de ti."

El caballo de Cilo saltó de lado cuando la manta de Maia le aleteó por las patas, ella recuperó el equilibrio y la recogió para envolverse mejor con ella. Inclinándose para agarrarse en el pecho de Cilo, preguntó: "¿Lo has pensado?"

"Sí. Y no, no te dejaré ir con él. Y no, no te daré ningún dinero."

Ella dejó reposar eso por el momento. "¿Adónde vamos y cuánto tiempo hasta que lleguemos?"

"¿Por qué?" Señaló la carreta. “Lo único de lo que tienes que preocuparte es de mantenerte caliente, seca y cómoda allí. Yo me ocuparé del resto."

Ella se encogió de hombros. “¿Podemos cabalgar al lado de Manius? Quiero hablar con él."

“Quiero que vuelvas a la carreta. ¿Cuándo te volviste tan exigente?"

"Cuando me di cuenta de que tenía derecho a estar enojada, y temerosa e informada." Ella rió. La alegría le burbujeaba en la sangre, aun cuando debería haber sido terror. “Esto es reciente. Venga, por allí. Quiero hablar con él."

Cuando se allegaron a su lado, Maia le preguntó a Manius: "¿Alguna vez te pide tu opinión o considera tu punto de vista?"

“Sí, pero siempre estamos de acuerdo. Estamos de acuerdo en que él siempre tiene la razón y así no hay discusión." Él sonrió. "Eso ha funcionado bien hasta ahora."

“¿Qué crees que él debería hacer? ¿Debería dejarme tomar mis propias decisiones? Si le confío todo lo que es precioso para mí, ¿debería él confiar en mí también?"

Manius se encogió de hombros y frunció el ceño. "Debería. Y lo hará. Pero no es de ti de quien duda, ¿verdad? Es de si va a perdonar o no a Lucius. Ese es el problema aquí."

Maia metió la mano en la túnica, sacó el pergamino y se lo pasó por encima del hombro de Cilo.

Manius lo leyó y rió amargamente. "¿Esta es tu prueba de amor?" Pero no sonó a una pregunta.

Cilo sostuvo el pergamino abierto, leyéndolo de nuevo, y Maia lo abrazó con más fuerza. "Esa es mi apuesta. Esa es mi vida entera y te la confío. Él me ama tanto como tú. ¿Lo perdonarás ahora?"

Un gemido le atravesó el pecho y la armadura. "Maia, esto es imposible." Redujo la velocidad, esperando a que la carreta se detuviera a su lado. “Tú espera ahí dentro. Entraremos en *Mediolanum* esta noche."

Cuando ella volvió a entrar en la *carra*, antes de que se pusieran de nuevo en movimiento, él le entregó la carta de Luc. Frunciendo el ceño hacia su mirada, dijo: "Uno de nosotros se va a arrepentir de esto para siempre."

***

"Me da igual. No pienso entrar ahí dentro." Un feroz titirar se apoderó de ella; sudores gélidos se le congelaban en el labio y debajo de los ojos. Se envolvió más con la manta y dio dos pasos hacia atrás.

“Maia, es seguro. Más seguro que quedarse aquí. Ya está empezando a nevar y necesitas comer y llegar hasta un fuego."

"Muy gracioso."

"No quise decir eso, sabes que no. Tengo trescientos hombres aquí," le siseó Cilo, "no me hagas quedar como un idiota frente a ellos." Él desmontó, pero cuando caminó hacia ella, ella retrocedió de nuevo.

Edan se pellizcaba los dedos conspicuamente y estiró las piernas, seguro de que podría romper el enfrentamiento si se lo pidieran.

“No hay otra cobertura. Todos los edificios a dos leguas a la redonda son de madera. Llevan aquí treinta años y te prometo que no se van a incendiar esta noche."

Puro terror le entumecía la garganta, hacía que su lengua se volviera espesa y seca. "No hagas promesas que no puedas cumplir. Deja la carreta aquí y yo esperaré allí dentro." Se alejó del puente que cruzaba el foso defensivo del fuerte. El pergamino de Luc estaba en su mano, y ella se golpeaba enojada la pierna con él mientras caminaba. "Entra tú, yo no voy."

"¡No! ¿Y esperar qué? No me importa lo que él te haya dicho, no va a venir aquí, no se arriesgaría, no mientras haya tantos de nosotros apostados aquí."

"Bueno, hay otra buena razón por la que no voy a volver a cruzar esas puertas. Te lo juro, Cilo, empezaré a caminar si no traes la carreta aquí y la dejas."

Su furia exploró el aire de la tarde y los copos de nieve se evaporaron con el calor de la misma. "Esto es ridículo. Yo mismo te llevaré en brazos allí dentro."

"Entonces será mejor que estés listo para atarme también, porque no me voy a quedar en uno de esos edificios."

La rabia le incendió los ojos. “Edan. Saca la carreta. Quédate aquí con ella y, si intenta ir a alguna parte, átala a una maldita rueda." Saltó a la silla de montar, hizo girar el caballo y lo azotó cruzando las puertas del fuerte.

Manius lo siguió con los otros jinetes, riendo para sí mismo. A Edan le dijo: "Enviaré fuera algo de comida."

Maia esperó hasta que la carreta se quedó quieta, las ruedas se calzaron y Edan se movió para desatar las mulas antes de que ella volviera a subir lejos del clima. Se había vuelto a vestir con su ropa de montar y las pocas cosas que quedaban en su talego estaban esparcidas por el suelo del carruaje. La bolsita con la nuez y la moneda de plata estaba atada a un trozo más corto de hilo de lana y le colgaba del cuello. Agarrando sueltamente la masa cada vez más salvaje de su cabello, lo retorció sobre su corona, sujetándolo allí. Se puso el brazalete en la muñeca y volvió a leer la carta de Luc. Tenía todo lo que necesitaba y quería. Se sentó para esperar.

El rostro que apareció en la cortina lateral no podía ser otro que el del hermano de Luc. Eran tan parecidos que ella se quedó sin aliento. Su brazo derecho desde la muñeca hasta el hombro estaba tatuado en azul profundo, un sinuoso patrón de líneas y ángulos que la mantuvo hipnotizada hasta que él habló. "¿Sigues pensando que vendrá aquí, entonces? ¿Con arqueros a lo largo de los muros? La mitad de los hombres allí arriba lo matarían al verlo."

"¿Sólo la mitad?" preguntó ella. "¿Qué harían el otro par de cientos?"

Él se rió y el parecido se hizo aún más profundo. “Esa sería una buena apuesta en cualquier caso. Cualquiera de nosotros que no intente matarlo estaría dispuesto a ayudarlo. La mayoría de ellos están esperando a ver de qué lado se pondrá Cilo y si emite órdenes."

"Como yo. ¿Y tú?"

Aún estaba sonriendo y asintió ante las palabras no dichas. "Yo no tengo que tomar esa decisión, tu esposo sí. Es difícil creer que algo pudiera haberse interpuesto entre ellos. Tuve que echar un vistazo más de cerca a eso por lo que chocaban cuernos."

"Edan cree que Luc ha elegido mal, pero claro, él cree que se marchó por mí causa."

“Esa es una suposición común. ¿No crees?"

"Yo no tengo que creerlo, lo sé."

Se rió de nuevo, asintiendo. "Te traeré algo de la comida de Edan. Dile a Luc de parte de Marcus que necesitas cebarte un poco."

“Recuérdale eso a mi hermano también, de mi parte. Creo que él me ha olvidado."

El tiempo pasaba lentamente y Maia se apretó más la alfombra y levantó las rodillas para protegerse del frío. Necesitaba dormir pero sus ojos se negaban a cerrarse, así que se quedó mirando las oscuros danzas de los copos de nieve mientras estos cruzaban el cielo más oscuro. El aire se iluminó de repente y una voz gritó: "Edan, entra. Yo me encargo aquí." Ella luchó por sentarse. Conversaciones murmuradas siguieron en el exterior y la luz de las antorchas llenó el carruaje.

Marcus retiró la cortina y Manius plantó dos antorchas chisporroteantes en el frío suelo del exterior mientras Cilo entraba en el interior. "Si está llegando, será pronto," dijo. "Probablemente esté observando fuera ahora mismo."

"¿Fuera del alcance de tus arqueros?"

"Se les ha ordenado que no disparen." Sus ojos estaban oscuros por el dolor, suplicantes como el día de su boda. La miraba con cejas pobladas. Ella le envolvió con los brazos y se aferró a él como una niña pequeña que se aferra a su única esperanza. Ella no quería hablar. Las palabras estaban atrapadas detrás de la apretada línea de la boca de Cilo y ella tenía miedo de escucharlas. Silenciosamente, él apoyó la mejilla en su cabeza y la atrajo hacia

sí.

Por fin dijo: "Te he traído esto." Era una alforja llena de comida. "Y esto." Una pesada bolsa de monedas. "Es moneda romana, así que no te servirá de mucho en el Norte o en cualquier otro lugar fuera de las fronteras, pero es tuya. Si me haces saber dónde estás, me encargaré de enviar más cuando lo necesites."

Ella se sentó y le secó una lágrima de la mejilla y luego otra de la suya. "No sé si puedo hacer eso."

"Tienes que hacerlo. Esta es una condición para que te deje marchar. Tengo que saber dónde estás, que estás bien." Se aclaró la garganta. "Si alguna vez él te lastima... si te das cuenta de que no puedes vivir allí fuera..."

"Eso no va a ocurrir." Metió la bolsa en el lateral de su talego junto con el pergamino de Luc.

"Maia, por favor, no hagas esto. No lo entiendes, tú no podrías. No es tu mundo ese de ahí fuera. Hace frío, es feo y brutal. Tú no perteneces a aquello."

"No pertenezco a ningún lado. Ese es el problema. Voy a tener que construir mi propio mundo." La incertidumbre se movía en el fino vello de la nuca de Maia. Ella sostuvo el talego en una mano y él lo empujó gentilmente en su agarre hasta que este yació en el suelo.

“En unos meses," él hizo una pausa y cerró los ojos, “para el final del verano, papá regresará a *Pompeii*. Me ha dejado la villa y la voy a mantener con personal durante la temporada baja. No puedes ir allí aún, no mientras ella esté allí, pero podrías ir allí pronto. Podrías esperarme allí."

Ella vaciló, mirando a través de la penumbra, buscando implicaciones. "¿Y Luc?"

Él no respondió.

"¿Y hasta entonces?" Ella se arrodilló sobre las duras tablas entre sus pies. Había tratado de no dudar de su amor por ella, pero él había elegido el ejército y esta vida de sangre antes que ella. Estaba

desesperado, no había duda de eso, pero había algo en la crudeza de su dolor que la confundía. "¿Le darás la baja?"

Negó con la cabeza. "No me fuerces a tomar esta decisión. No quiero hacerle daño." Las lágrimas se aferraron a sus espesas pestañas. Él la tomó de las manos y se las acercó al pecho. “Aún puedes decirle que se vaya. Puedes decirle que te quedas aquí conmigo. Si te quedas, nadie intentará detenerlo. Puede llevarse el talego de comida y el oro."

"No, no puedo. No lo haré, y si planeas matarlo, tendrás que hacerme lo mismo. Viva o muerta, me perderás para siempre, te lo prometo. Estoy atada a su destino, Cilo. Donde él va, yo voy."

"Ese es el juramento que me hiciste, ¿recuerdas?"

"Lo recuerdo. Me sorprende que tú lo hagas, estabas muy borracho en aquel momento. ¿Y recuerdas que Luc estuvo allí también?"

Aunque ella era la que estaba de rodillas, fue él quien suplicó. “Quédate aquí entonces, vosotros dos. Convéncelo para que vuelva."

"No. Esa no es elección mía."

"Maia por favor. Lo he intentado. Le he suplicado que se quede, una y otra vez. Volverá si tú le dices que lo haga. No me dejes sin nada en absoluto." Sus ojos estaban sombríos, buscando esperanza en los de ella.

La frustración le tensó las manos y le dejó áspera la voz. "¿Por qué no le dejas marchar, Cilo? ¿De verdad preferirías que lo cazaran? Eres el único con el poder de tomar una decisión en esto. Dále la baja y tendrás todo lo que siempre quisiste."

Su rostro decayó, suspendido en silencio durante un largo instante. Luego resopló con fuerza y se pasó con rudeza las manos por los ojos, la boca y la nariz. Agachándose torpemente, se apoyó ligeramente en los hombros de Maia al pasar junto a ella, subía al escalón del carruaje y saltaba al suelo. Caminaba como un hombre con dolor, como si enderezarse pudiera quebrar algo vital. "Estará aquí en alguna parte," dijo en voz baja. "Marc, hazle saber que es

seguro salir."

El hermano de Luc silbó, dos estridentes pitidos que a Maia le picaron en los oídos, luego reclinó la espalda en carreta para esperar.

Pasaron pocos momentos antes de que el ruido de los cascos chocara contra el duro suelo, y Luc conducía dos caballos desde atrás donde el camino se curvaba detrás de los muros del fuerte. Marc se adelantó mientras Luc se allegaba y se abrazaron, dándose golpes en la espalda. "Edan quiere recuperar el caballo."

"No puede quedárselo." Luc sonrió, pero estaba mirando a Cilo. Lentamente se movió hacia donde estaba Maia en el escalón de la *carra* y condujo un caballo hasta su alcance. "No esperaba una larga despedida de ti," le dijo directamente a Cilo cuando ella se subió a su silla y tiró del caballo y lo alejó del vehículo.

"No." La palabra fue espesa, forzada desde una garganta irritada, masticada y dura. La dureza de su boca hablaba de violencia tan cercana que él podía saborearla. Tenía los puños cerrados y sus ojos ardían en los de Luc. "No seguiré pidiéndote que te quedes, pero te pediré que te vayas. Deja a Maia conmigo."

Luc negó con la cabeza lentamente y Manius dio un paso adelante y le dio una patada en la rodilla hacia un lado. El cartílago crujió y el viejo soldado le agarró por los hombros mientras se doblaba, sujetándolo entre la hoja de una faca en la garganta.

En ese instante de movimiento, Marc había sacado una daga y la blandía, congelado, lista en su hombro, y alineada sobre Cilo.

Maia pescó el arco en el muslo, colocó una flecha y lo sostuvo tensado, asesinamente cerca del omóplato de Manius.

Cilo la fulminó con la mirada. ¡Maia! No."

"Suelta eso," siseó ella. Le ardía el brazo. Le dolían el hombro y lateral por el temblor de la tensión e invocó cada ápice de fuerza que tenía para mantenerlo firme.

Cilo le mantuvo una fiera mirada directamente a los ojos, sopesando

momentos agonizantes, luego negó con la cabeza. A esa distancia ella no podía fallar. Sin armadura ni cota de malla, la flecha atravesaría a ambos hombres. "Déjale marchar."

La violencia brotó de los ojos de Cilo cuando Manius se mantuvo firme un momento más, luego aflojó su agarre, dio un paso atrás y apartó el cuchillo.

Maia dejó que el vuelo volviera a la impotencia, temblando de adrenalina y tensión. Luc se enderezó, ignorando al hombre que lo había sujetado y sin hacer nada mientras avanzaba cojeando un paso. Más cerca de su mejor amigo. “Debería haber esperando eso. Tu ogro no tiene la correa." La distancia entre ellos era amor u odio, la promesa de un abrazo se suspendió hasta caer en heladas motas a través del aire vacío.

Cilo masticaba bilis, retorciendo la boca con amargura, pero sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas. "Estás cansado, Luc. Estás cometiendo errores. Si alguna vez permtes que alguien la lastime, te prometo que te haré pedazos con mis propias manos." Alzó la mirada. "Maia, yo..."

"No lo hagas," dijo ella rotundamente. "Es difícil jugar un farol cuando todo lo que amas está en juego, ¿verdad? Te avisaré si necesito más dinero." Llevó el caballo entre ellos y se inclinó para besarle. "Sabes que te quiero. La elección es tuya, mi oferta sigue en pie."

Luc subió detrás de ella, dejando a su caballo sin jinete, y preguntó: “¿Qué vas a hacer? ¿Me van a acusar?"

"No te voy a dar un salvoconducto, no lo pidas. Puedo darte cinco días." Su rostro estaba completamente desprovisto de color, sin sangre, como si su corazón acabara de romperse y desangrarse. Él estaba absolutamente quieto.

"Diez días." Dijo Luc.

Marc agarró las riendas de Luc y tiró del caballo alrededor para poder montar. Maia los miraba a todos en silencio, un ceño de confusión le surcaba la frente.

"Cinco días. Y cerraré las puertas esta noche, ahora. Eso es todo lo que puedo hacer. Nada más." Se volvió hacia Marc. “Tú no ganas nada. Eres hombre muerto. Ve al Norte, ahí es donde vamos y quiero ir a buscarte personalmente."

Marc se encogió de hombros rebeldemente, como si lamentara que Cilo se sintiera de esa manera, como si la amenaza no fuera muy seria, y giró al caballo hacia el oscuro camino hacia el Norte. Luc espoleó al caballo y lo siguió a medio galope, dejando que la noche cubriera sus espaldas y la piedra del camino cantara su progreso.

En cuanto estuvieron fuera del alcance auditivo del fuerte, redujeron la velocidad a un paseo y Maia se giró, apenas manteniendo el equilibrio mientras estiraba la mano para acercarse los labios de Luc a los suyos. La tensión corría por sus venas, sacudiéndola y se aferró a él, sollozando y riendo, débil de alivio.

"¿Estás bien?" Ella buscó en la oscuridad signos de heridas.

"Estoy bien. Ah, hueles muy bien." Pegó el rostro a su cabello. “Tienes que decirme cómo organizaste eso. ¡Y tu!" Dirigió su atención a su hermano. "De entre todos los más estúpidos, los más idiotas..." Luchó por los superlativos. "¿Le sacaste un cuchillo a Cilo? ¿Por qué? ¿En qué estabas pensando?"

"Lo sé. Lo sé. No hubo tiempo para pensar. ¿Preferirías que dejara que el Troll te rebanara?" Ella podía oírle sonreír. "Será mejor que nos desviemos aquí, ellos no estarán muy atrás."

Juntos hicieron girar a los caballos cuesta abajo desde la carretera, cabalgando en arco hacia el canal rodeado de árboles que había debajo. Para cuando se acercaron al bosque, se dirigían de regreso al fuerte, pero a un par de cientos de metros colina abajo desde la carretera.

"¿Adónde vamos? Dijo que teníamos cinco días, y que cerraría las puertas esta noche," argumentó Maia, confundida.

"No se rendirá tan fácilmente. Aunque piense que ha perdido esta ronda, esa autocompasión se convertirá en ira en dos minutos y decidirá que hacerse el bueno es una pérdida de tiempo. En cinco

minutos habrá llamado a los jjnetes y les habrá hecho ensillar, y otros dos minutos para llevarlos hasta aquí de lejos." explicó Luc. “Si bien está oscuro y aún no hay derivas en el suelo, simplemente nos apartaremos de su camino. Dejemos que corran por la carretera antes de que den la vuelta."

Se volvió hacia Marc. "¿Conoces bien este lugar?"

"No. Solo llevamos aquí unos días. Ya has visto el fuerte, no hay nada aquí, nada que ver." No entraron en los árboles, sino que siguieron en fila a través de la oscuridad, utilizando el pequeño contraste entre la luz de la luna nublada y la sombra del bosque para elegir una senda segura.

“Necesitamos ir a la tierra. Debe haber cobertura por aquí en alguna parte. Dejé a los contrabandistas esta mañana en la carretera que acaba de salir de *Viroconium*. Habrá algún lugar donde planearon acampar. Creo que buscamos una aldea en un terreno elevado en el lado oeste de la carretera."

"Creo que los árboles cubren el Este, y toma la carretera de las Tierras Medias hacia el Sur mañana."

Maia miró a Marc a través de la oscuridad. "¿Sur ahora?"

"Sur."

"Sur," afirmó Luc en voz baja.

El aullido de frustración que se elevó pasó como no más que un suspiro mordido. Nada era seguro, el cerebro de Maia estaba lleno de niebla y le palpitaba el espinazo de fatiga. Se apoyó en el hombro de Luc. En el exquisito aburrimiento de su suite en la villa, había soñado con galopar a través de campos interminables, con tentadores destinos del bosque a todo galope. Ahora, ni a un mes después de no levantarse de su cómoda cama, del cálido abrazo de Tiberia y la buena comida, todo parecía un sueño de otra vida.

Eso era todo lo que ofrecía Cilo. No había manera de volver a eso y no había fin para huir hacia adelante. "¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te quedaste en algún lugar?" Ella alzó la mano de nuevo

hasta la mejilla de Luc.

“Justo antes de tu boda. Siete, ocho meses." El agotamiento se abrió paso a través de sus palabras, rechinando el aire frío.

"Por eso..." Marc hizo una pausa dramática, pronosticando el impacto de sus palabras, "Creo que necesitas llegar a *Londinium*. Cincuenta leguas, por caminos con posadas y buena comida hasta el final."

"No." Luc dijo ásperamente.

Maia buscó de nuevo hilos de comprensión en la oscuridad. "¿Por qué tan lejos? Debe de haber algún lugar más cercano. ¿Qué hay en *Londinium*?"

“Él solo tiene un lugar seguro en este país. Es ahí hacia donde me dirijo. Llevo soñando con una dulce rubia que conocí allí una vez. Justicia no cruzaría la calle para ayudarme, pero a él le mantendrá a cubierto, y ella es la única persona en el mundo con los recursos para manteneros a ambos escondidos de Roma."

"No," repitió Luc.

"También hay una buena posibilidad de que la recojamos en el camino. Ella envió a un mensajero exigiendo una explicación y una escolta." Rió en voz baja. "Aunque ahora ella no le sirve a Cilo. Él no le va a hacer ningún favor."

"Sí, y ella también nos envió detrás una fiesta de bienvenida," dijo Luc.

Maia escuchaba en silencio mientras la horrible realidad del plan de Marc se deslizaba sobre su piel. Todas sus inseguridades se acumularon en sus entrañas, ardiendo en un sollozo que no pudo liberar. Se mordió el labio, saboreó la sangre y tragó. “Quizá no," dijo ella. “Cilo cree que fue la madrastra quien les pagó. Creo que sabe o sospecha más al respecto de lo que me dijo." Se le acabó el aliento. No había más para las palabras.

Luc murmuró: "Sí, entonces es lo que no te dijo lo que marcará la diferencia," pero no dijo más.

El silencio se extendió por sus nervios, roto sólo por el paso lento y pesado de los caballos. Imágenes de Justicia: su elegancia culta, su fría superioridad, su tranquila confianza, giraron en su mente como una tormenta de seda perfumada. Y Luc en esos brazos.

El silbido, cuando llegó, le golpeó el tímpano como una puñalada. Luc maldijo en voz baja y detuvo al caballo en seco.

"Eso pensaba." La voz de Edan era cercana, llena de amenaza, escondida en las sombras de los árboles. "Un par de cabrones predecibles sois vosotros. Tenéis suerte de que su hermano no pueda pensar con claridad con ella alrededor, o él también lo habría resuelto."

Ni Marc ni Luc hablaron, estaban preparados, esperando una indicación de la amenaza y de dónde vendría.

"No quiero mataros a todos, así que no lo intentaré con uno. Seguid moviéndoos despacio y tranquilo y diremos que nunca os hemos visto, solo por esta vez. Y Marc, ese sigue siendo mi caballo."

Marc empezó a hablar, pero Edan lo interrumpió. "No digas una palabra. Ya era bastante que el resto de nosotros tuviéramos que vivir bajo la sombra de lo que él había hecho, hermano. Ahora tú también. Esa es una vergüenza que ninguno de nosotros debería tener que cargar. No me haré a un lado para ninguno de vosotros una segunda vez, no me importa lo que diga papá, podéis creerlo. Cilo recobrará el sentido y os veré de nuevo entonces."

Luc espoleó al caballo en silencio, sintiendo la extensión de su espalda abrirse como una diana. El hambre y la fatiga le mareaban la cabeza, no le quedaban reservas para el miedo. Necesitaba dormir y necesitaba algo más que una noche. No había lugar para descansar. Sacudió la cabeza y trató de despejarla.

Tan pronto como pasaron por debajo del fuerte, Marc se adentró más en los árboles. Llamando suavemente a Maia para que lo siguiera, se abrió camino lentamente a través del follaje, adentrándose más en la oscuridad del bosque. Pasaron las horas en un silencio oscuro, hasta que la plata comenzó a engancharse en el dosel de ramas y el frío en el aire se volvió tan sólido como una

pared. El camino que eligió ascendía siguiendo un terreno más alto y elevándose constantemente con él.

Cuando el gris del amanecer se posó sobre los árboles, Luc miró a su alrededor, pareció satisfecho y se bajó de la silla diciendo: "Voy a hacer un fuego." Extendió la mano para Maia, quien pasaba la pierna por encima del cuello del caballo y saltaba. Luc se movía tan rígido como una marioneta, cojeando y descoordinado. Marcus agarró a su hermano y le dio una palmada en la cara. "Vamos, solete. Vuelve con nosotros."

Maia echó la capa sobre las hojas húmedas y Luc se dejó caer pesadamente sobre esta, rodando sobre la espalda, tapándose los ojos con el dorso de una mano.

"La comida que envió, ¿es seguro comerla?"

"Por supuesto que lo es." Maia negó con la cabeza en incredulidad mientras respondía.

"Sí." Luc murmuró. "No se arriesgaría a que Maia se la comiera."

"Bien. ¡Luc! ¡Despierta! Come algo." A Maia le dijo: "Haz que coma algo." Y salió andando fuera de vista a recoger ramitas más secas.

Sentada, con las rodillas envueltas junto al fuego, Maia sorbió vino caliente y mojó pan. Luc dormía detrás de ella y Marc miraba al fuego en silencio. El día había amanecido con frígida claridad, enfriando toda esperanza, entumeciendo las mejillas de Maia, la nariz y los dedos. No importaba de qué manera lo considerara, solo había una forma de avanzar.

"¿Cuánto tiempo hace que Justicia envió al mensajero?" Las palabras le hirieron la garganta, afiladas como el hielo.

"Siete días u ocho." Marc se envolvió más en la capa y apoyó la cabeza en un tronco.

"Teóricamente, si se ella se marchara sin una escolta, ¿podría estar a dos tercios del camino hasta aquí?"

"Teóricamente."

"¿O bien?"

"O bien le tomará más tiempo si tiene que organizar una guardia de la milicia. Y si ella no ha esperado, son forraje de bandido en algún lugar del camino, sin guardia y una caravana que grita «Tengo dinero, róbame»."

Ella mojó pan pensativa, frunciendo el ceño y anudando la suave piel alrededor de los ojos. "¿Y por qué crees que esa es la mejor opción?"

"Míralo. ¿Adónde lo vas a llevar? Britania es un territorio pequeño, no hay dónde esconderse y él ya está hecho polvo. No solo necesita llegar a un lugar seguro, necesita poder quedarse allí."

"¿*Cambria*? Dijo que podíamos ir al Oeste."

“Acabamos de matar todo lo que se mueve por allí. Agitamos a los druidas como quien patea un nido de hormigas. Hay algunos que se han rendido, pero los demás matarán a cualquier romano que vean. Cuando eres del ejército eres parte de un todo. Cuando no lo eres, estás solo. Un blanco fácil. No. Al Oeste no."

"¿*Glevum*?" Ella sabía la respuesta antes de que él la dijera.

Él rió secamente. "No lo lleves cerca de su madre, patético bebeleche que está hecho. Él es su bebé, él nunca hace nada malo. ¿Y cuánto tiempo tardó Cilo en encontraros allí la última vez?"

Dejó la taza y se mesó el cabello hacia adelante, rascándose la cabeza bajo los rizos. "Tuvo suerte." Eso no suponía ninguna diferencia si seguía teniendo suerte correctamente. "Bueno. ¿tiene Luc algo que decir?" Ella y Luc estaban atrapados entre dos mundos y la brecha entre lo que querían y lo que podían tener estaba creciendo.

“Él dijo que no, pero que irá adonde tú vayas. No hay ningún problema en eso."

“¿Y qué es lo que no me estás contando? ¿Cuál es el secreto esta vez?"

Esta vez, Marc se rió genuinamente, mirándola directamente con brillantes ojos azules. "¿Qué secreto? ¿Por qué iba a haber un secreto?"

"Porque siempre lo hay." Ella no tenía una sonrisa que devolver, estaba demasiado asustada de Justicia y sus secretos.

El progreso fue deliberadamente lento durante los siguientes días, avanzando en la carretera o cerca de ella, durmiendo al raso mientras las noches se mantenían despejadas. Junto a la antigua carretera celta al sur de *Pennocrucium*, Luc despertó con un dedo del pie en la espalda. Desenredando con cuidado sus extremidades de las de Maia, alzó la vista a través de la luz del fuego.

"Tu guardia."

Él asintió, estirándose. "¿Hay comida?"

"Algo así. Y encontré algunos caballos frescos. Tres de ellos."

Luc rió y se frotó los ojos, bostezando. "¿Dónde los encontraste?"

“Un poco por ahí, en un campo. Si Edan quiere su caballo, ahí es donde tendrá que ir a buscarlo."

Ambos rieron y Luc rebuscó en el talego. “¿Encontraste otra silla por casualidad? ¿O algún lugar donde podamos comprar una por la mañana?"

"No, pero pondremos a Maia en el caballo más gordo. Es pequeña, no necesita una silla de montar."

"Díselo tú a ella."

"No. Eso te lo dejo a ti. Esos ojos me están afectando." Tragó lo último de su taza y negó con la cabeza. “Cilo se doblega con ella como una hoja verde; es como un niño pequeño. Ella habló con Edan un momento, o discutió con él, y no nos clavaron cuchillos en la espalda. Sabes que él pudo haberlo hecho. Yo lo habría hecho también. Mamá diría que ella es un hada y brujilla. Esa es una.*shidh*.."

Luc sonrió y bebió un largo trago de agua. "Eso es lo que dijo papá."

"Deberías haberle hecho caso."

"Sí. Eso es lo que he estado pensando. Fui hasta allí para pedirle consejo y luego lo ignoré. Ahora creo que tenía razón."

"¿Qué te dijo?" Preguntó Marc. "Dioses vivos, ¿qué dijo mamá?" Se echó a reír ante la perspectiva.

“Él dijo que ella necesitaba alimentarse. Mamá también." Luc dejó de sonreír mientras recogía trozos de fruta seca. “Dijo que las Tierras Altas la matarían. Dijo que aunque termino muerto o en una arena, ella siempre terminará volviendo a la vida que conoce." Sirvió vino en una taza. "Lo peor es que él dijo que yo debería decirle lo que ella necesitaba oír y no perder el tiempo subiendo aquí arriba." Se la bebió, se secó la boca y volvió a sonreír. “Mamá dijo que ella no sabía lo que quería o necesitaba. Y que parecía un cachorrito."

Marc asintió. “¿Dónde te deja eso a ti? No veo cómo no te van a atrapar si vives en una lujosa villa en alguna parte. Especialmente considerando a tu cuñado. Una villa muy bonita tendría ella, por lo que he oído. Gusto caro." Se puso de pie, enderezó la manta y se preparó para dormir. "¿Cómo lo haces? Todas las ricas y hermosas hacen cola para mantenerte con estilo, y aún así terminas durmiendo en el barro sin nada para comer."

"Sí," dijo Luc, la fatiga y la desesperanza erosionaron sus palabras. "Papá dijo algo así también."

# Capítulo 15

Una fina llovizna agrisaba la distancia y hacía impráctica la cobertura de los árboles. Los caballos trotaban sobre adoquines y arcilla, los jinetes envueltos en una capa, pero pesados por el creciente peso de la saturación. Marc montaba sobre la grupa y estaba ansioso por llegar al fuerte de Alae en *Mandvessedum*, donde existía la posibilidad de encontrar pertrechos para los caballos. Los tres avanzaron con la promesa de comida caliente y una cama seca.

La *taberna diversoria* no era más que una casa de carretera con establos y alimento para los caballos, pero tenía chimenea y techo. Marc intentó negociar una habitación sin éxito, mientras Luc cuidaba los caballos y Maia se arrodillaba junto al fuego, tiritando. Llegaría comida caliente y, en el peor de los casos, podrían dormir en los establos. Cerró los ojos, sintiendo el calor en su rostro alejarse del pensamiento hasta que la conciencia no fue más que la alegría del aire cálido y seco.

Cuando ella se obligó a levantarse, se incorporó dolorosamente y arrastró los pies hasta la mesa y los taburetes. Los muchachos estaban comiendo estofado con avidez y ella sirvió tres jarras de vino antes de sentarse. "¿Hemos conseguido una habitación?"

Marc negó con la cabeza, arrancó el pan de la hogaza y se lo entregó. "Nada. Hay otra posada al otro lado de la ciudad, pero hay ejército. Podríamos arriesgarnos."

"Estos establos son una boñiga," agregó Luc. "Te ha vendido alguna silla de montar. Eso es una boñiga también, pero es mejor que nada."

Maia escuchó sin responder. Se metió comida en la boca y sintió que esta le calentaba el vientre al bajar. Ya no le importaba dónde iban o dormían. Tomando un largo trago de vino, miró por encima del hombro de Luc hacia la entrada, viendo cómo la oscuridad se asentaba y la lluvia caía en lluvias ocasionales.

"¿Bien?" Marc estiró la espalda, haciendo una mueca, mientras

empujaba su plato vacío. “¿Qué os parece mantas secas? ¿Probamos la otra posada?"

Luc se encogió de hombros. "No. Mi voto son los establos. Están sucios, pero… "

Maia le dio una patada en la espinilla y asintió con los ojos muy abiertos por encima del hombro. Un hombre había entrado y estaba hablando con el posadero. Tenía cuarenta y tantos años, grueso, con piernas cortas y robustas y brazos poderosos que se arqueaban sobre hombros anchos. La túnica le llegaba hasta la rodilla sobre las grebas de bronce, ceñida a las caderas con placas de bronce y cuero. Un *gladius* y una daga colgaban del cinturón sujeto al bies, y la empuñadura de otra espada de hoja ancha se elevaba por encima de su hombro.

Sus movimientos eran contenidos, no había nada en él que permitiera extravagancia o vanidad. Maia sintió el aura de tranquila confianza que llevaba y reconoció desde el otro lado de la habitación la potencia de la amenaza que representaba.

Luc encontró la mirada de Maia y le guiñó un ojo. La vio reconocer el peligro, leyó su miedo y sonrió para tranquilizarla. Marc no se giró. Metió la mano debajo de la mesa, buscando las empuñaduras de los cuchillos en las pantorrillas y caderas.

El extraño miró hacia ellos, siguiendo el dedo del posadero y Maia echó mano a su vino, observando por debajo de las cejas. "Se está marchando," murmuró ella desde detrás del borde de su taza.

Marc se puso en pie, se estiró y caminó hacia la puerta, sacando la rigidez de sus hombros. "Veamos si tiene compañía." Estaba sonriendo, sus ojos brillaban con la luz del fuego reflejada. Antes de cruzar la sala, el extraño volvió a entrar. Con él había una pequeña figura bajo una pesada capa negra, encapuchada para tapar el rostro, una mano pálida y delgada se extendió hacia el posadero.

Marc se congeló a medio paso y miró por encima del hombro. Arqueó las cejas, su sonrisa era maníaca. Luc maldijo con manos apretadas y tiradas hacia atrás. Nubes de tormenta se acumularon en sus ojos y la línea de su boca se puso blanca por la tensión

repentina.

A Maia se le apretó la garganta y se le hizo un nudo en el estómago. Se mordió el labio mientras la desolación la inundaba, tiñéndola de gris y llenando sus pulmones de polvo.

El extraño sostuvo la empuñadura de su *gladius* y Marc dio un paso atrás, con las manos extendidas y las palmas abiertas. “Guoo. Tengo noticias urgentes para tu jefe," dijo con cuidado mirando detrás del hombre hacia la puerta. "Supongo que ella está aquí en alguna parte."

“Asume lo que quieras. Yo no espero noticias de parte de ella. Puede que ten convenga retroceder unos pasos más hasta donde estabas."

Marc asintió y retrocedióсmirando a la figura encapuchada al lado. Ella miraba más allá de él hacia donde estaban sentados Maia y Luc. Su rostro estaba en las sombras pero su voz fue clara. "Está bien, Comandante. Justicia querrá verle. Urgentemente."

El comandante cuadró sus enormes hombros, miró a Marc y dijo: “Suéltalas. Todas."

Manteniendo sus movimientos claros y concisos, Marc sacó la espada por encima de su hombro y la dejó en el suelo. Una por una, levantó dagas de sus botas y caderas y también las amontonó en el suelo. El comandante dio una orden enérgica, y un segundo hombre tomó posición en la puerta, mientras él hacía un amplio gesto para hacer pasar a Marc por la puerta.

Unos tics jugaban en los músculos sobre los ojos de Maia y las lágrimas ardían a punto de formarse. Todo su enfoque estaba en el hombre que amaba, su corazón gritaba en silencio.

Él se miraba los puños, el dolor rompía en oleadas por su rostro. Un trueno estalló en su cabeza y Luc cerró los ojos. No tenía valor para enfrentarse a los ella, no tenía fuerzas para intentar huir. Sacudió la cabeza, negando todo. No tenía respuestas. "¿Qué podemos hacer?" preguntó. Bilis le subió por la garganta, llenándole la boca con el amargo sabor de la desesperanza. Abrió los ojos.

Ella llevó una mano a la mejilla de Luc. Los ojos dorados de Maia brillaban y le calentaban a Luc el rostro como la luz del fuego. Le sostenían el corazón, si se hubieran llenado de lágrimas, este se habría roto.

"Mantente con vida. Te necesito." De algún lugar más allá del lamento de su corazón, ella encontró una sonrisa. Fue pequeña pero suficiente.

“No sabes cuánto va a costar esto. Ella te hará pagar por esto hasta que sangres, Maia. Ella es cruel."

Ella asintió. "Tal vez. He jugado su juego antes. Ahora soy más astuta."

Él se puso en pie, cojeó y la atrajo entre sus brazos. "Cuando ya lo has apostado todo y quieren ver tu farol, ¿entonces qué?"

Ella lo besó. Sujetando su rostro como si pudiera atrapar el dolor, Maia se obligó a aclararse la garganta. "Apuestas doble o nada y vuelves a jugar."

Cuando Marc por fin regresó cruzando la puerta, despidió con la mano al guardia, luego caminó silenciosamente hacia su arsenal y comenzó a recolocar los cuchillos. En la mesa sirvió vino en una jarra y se la bebió de un trago, luego se sirvió otra. "¿Quieres una bebida?" Exclamó, luego apuró esa también.

Luc negó con la cabeza. "No. Vamos."

"No está contenta, Semental."

"Cállate."

"No. Lo digo en serio. No no está nada feliz." Cayó al lado de Maia mientras ellos caminaban hacia la puerta. "No estoy muy seguro de que ella albergue en el corazón nuestros mejores intereses." Agarró a Luc por el hombro y lo obligó a volverse. "Es peligrosa, Luc."

"Lo sé. ¿Cuántos hombres hay con ella?

“Yo he visto cinco, así que cuenta diez. Bien armados. Veteranos.

Todos montando. Tres carretas, un carro de suministros, mulas."

"¿Está acampada?"

"Sí, junto al río. Pero estaban aquí arriba buscando comprar algo. No sé el qué."

Luc se giró de repente, arremetiendo contra el posadero y agarrando la parte delantera de su túnica antes de que este pudiera agacharse. "¿Qué querían?"

El hombre se tambaleó hacia atrás, jadeando, luchando por mantener el equilibrio. "Medicinas," gimoteó. "Amapola. Y beleño. Yo no tengo ninguna."

Luc soltó la tela y dejó caer al hombre. "Hay alguien herido. ¿Alguna señal de daño a los vehículos?

"No."

"Pase lo que pase, la mantienes a cubierto, ¿entendido?" No miró a Maia.

Cuando salieron de la posada, ella se apresuró a igualar sus pasos. En el establo ensillaron los caballos en silencio, y cuando él la subió a su asiento, Luc se paró con una mano en su muslo, mirándola. Él se parecía a Edan, sus ojos habían adquirido la misma fría precisión. "Quédate con Marc si puedes. Haz y di cualquier cosa para mantenerte a salvo."

Ella asintió y miró a Marcus. Él estaba eufórico. Una amplia sonrisa le iluminaba el rostro con terrible ferocidad. Si esto generaba un enfrentamiento, ellos no podrían ser nunca rival, dos contra una tropa de veteranos. Aquello tenía que parar. Luchando por pensar entre la creciente tormenta de pánico, Maia los vio montar y los siguió cuando se agachaban bajo las vigas y cabalgaban hacia la noche.

Marc encabezaba la línea por la carretera hasta la amplia orilla del río, entrando por detrás del oscuro contorno de edificios y cercas. Recogieron a una escolta desde la sombra de los sauces cuando cubrían la última distancia hasta donde el *carpentum* formaba un

cuadrilátero.

Un guardia sujetó los caballos cuando desmontaron y Luc se acercó cojeando al lado de Marc. “Esto va a ir todo a su modo. Yo no voy a tener que preocuparme, pero una vez que tú cruces por aquí, no habrá salida para ti."

Marc sonrió, barriendo con el brazo hacia el hueco. "Después de usted."

Cuando ella pasó al lado, Maia agarró la mano de Marc, la sostuvo y sonrió. "Quédate conmigo," dijo. Él bajó la vista hacia su amplia mirada sin pretensiones, con la mano entre las de ella, y la sonrisa le cayó del rostro. La respiración de ella era breve, atrapada en el pecho. Su cabello se extendía sobre los hombros, húmedo, recogido en las sienes por largos mechones retorcidos. Ella entró en el campamento detrás de Luc, tirando suavemente de su mano.

Él se resistió, trató de quedarse atrás, luego se puso en movimiento detrás de ella.

Luc se paró ante la lona abierta de la tienda de Justicia. Los braseros iluminaban el espacio interior con una luz rojiza que se reflejaba y danzaba en el latón y el cristal. Mientras se movía detrás de su hermano, Maia miró desde detrás de Marc, pero oyó la voz antes de poder ver más que sombras. Esta fue almibarada, dulce y enfermiza; sedosa como una telaraña.

"Lucius. Qué agradable sorpresa." Justicia caminó hacia la lona de la tienda, con ambas manos extendidas para tomar la de él. "Y Marcus, ¿verdad? Vosotros, muchachos, me parecéis todos iguales. Y a ti también, parece, pequeña. Estás agarrada al hermano equivocado ahí en las sombras."

Maia apretó con más fuerza la mano de Marc y lo siguió por detrás dentro de la tienda.

"Necesito tu ayuda, Tish. Por eso estamos aquí." Las palabras de Luc fueron densas, salían de su garganta en una oleada de resentimiento.

"Lo sé," dijo ella bruscamente. “Le pedí a la diosa que te trajera. No estipulé cómo."

"¿Como carne cruda?"

"Muy cerca de eso, por el aspecto que tienes." Su tono volvió tan bruscamente a la dulzura como ella se obligó a relajarse. "Luc, no tienes que vivir como un salvaje. Eso no te conviene."

“Necesitamos un lugar para ocultarnos. Tú eres el único lugar seguro que he podido encontrar. Necesitamos cobertura durante un par de meses."

“¿Necesitamos, Luc? ¿Quiénes son esos nosotros?" Se volvió de repente hacia Maia. "¿Necesitas tú mi ayuda también, mi dulce Maia?"

"Sí. Y Marc," susurró ella, apenas audible en el aire denso entre ellas.

"Sí." Luc miró a la sacerdotisa con tranquila indignación. “¿Nos vas a ayudar o no? Si no, dilo. Quiero ir a un lugar cálido y seco para dormir."

"¿Cómo voy a decidir si voy a ayudaros o no?" Miró a Maia, examinándola de la cabeza a los pies y viceversa. “Me gustaría hablar con mi encantadora pequeña aquí presente. Pero tú, creo, estás demasiado cansado para mentirme Luc. Creo que debería hablar contigo un rato esta noche." Caminó hasta la puerta e hizo una señal brusca. “Maia, Neria os llevará a ti y a Marcus a una tienda. Hablaremos más tarde." Fueron despedidos con abrupta finalidad de regreso al patio iluminado por el fuego y su atención volvió a Luc.

"Esa es transparente, ¿verdad? ¿Crees que alguna vez ha dicho una mentira en su vida? Justicia se sirvió una copa de vino para ella y otra para él.

"No que yo sepa." Fue conciso. "¿Qué vas a hacer?"

"Dejar que te quedes. ¿Qué otra cosa voy a hacer? ¿Que te cortaran la garganta mientras duermes? Siéntate, siéntate. En la cama no, no

hasta que te hayas lavado." Ella se plantó frente a él, cerca, por lo que ese aliento estaba en su mejilla, y le ofreció la copa. "Me alegra que no hayas venido aquí fingiendo, Luc. Eso hubiera sido degradante para los dos. Después de todos estos años, ambos merecemos algo mejor."

Él cojeó hasta el sofá y se sentó rígidamente. "¿Cuáles son tus condiciones?" Su voz quería elevarse, su rostro estaba tenso entre sílabas recortadas. "Solo dime lo que quieres, y que sea razonable o me arriesgaré contra Roma y toda la condenada familia de Cilo."

“Ya sabes lo que quiero, Luc. Te quiero a ti. Con o sin tu amor. Y aún te daré todo lo que siempre quisiste si te quedas conmigo."

"Ya hemos tenido antes esta conversación," siseó Luc entre dientes apretados. Demasiadas veces, estaba harto de las palabras. "Tú no tienes nada que yo quiera. No he cambiado de opinión."

“Pero tienes a mi queridiisisma, la tienes tú. Estáis aquí. Esta conversación es muy diferente porque esta vez no tengo que suplicar. ¿Queréis mi protección?, esos son mis términos."

Él dejó caer la cabeza, apoyó los codos en las rodillas, entrelazó los dedos alrededor del vino y esperó.

“Además, no habrás olvidado que habéis entrado en un campamento armados. Ninguno de vosotros saldrá vivo sin mi bendición." Ella se movió para sentarse a su lado. "Pero tú no permitirás que se llegue a eso, ¿verdad?"

"No lo entiendo. De verdad que no." No levantó la mirada. “Podrías tener cualquier amante que desearas. Diez. Has hecho una fortuna arrastrando hombres por tu cama. ¿Qué crees que puedes ganar al encadenarme a mí aquí? No sé qué es lo que quieres de mí."

"Yo no quiero una fila de amantes y te estoy pidiendo mucho menos de lo que imaginas," espetó ella. "Salvo que no te lo estoy pidiendo. Te estoy contando ahora lo que vas a aceptar si queréis mi ayuda."

"¿Y eso es?" Luc se puso en pie, se alejó para colocarse junto al brasero.

Ella cruzó las piernas, le dio la espalda y pellizcó un disco del brazalete que llevaba. "Hay cosas que no sabes, Luc. Cosas de las que no quiero hablar en estas circunstancias." Respiró hondo y miró por la tienda como si esta fuese ajena a ella. "Estas mojado. Necesitas un baño y un afeitado, después de eso podemos hablar con más calma."

"No voy a hablar con más calma. ¿Qué hay de los otros dos? ¿Cómo encajan ellos en este arreglo?"

"Ellos son una molestia. Ya veremos. Déjame hablar primero con la pequeña. Ciertamente no puede volver a *Pompeí* con su madrastra, pero yo podría enviarla a las tropas en *Mandvessedum*. Cilo puede recogerla de allí si aún la quiere. O puede que valga la pena quedármela. Valdría mucho si aprende a usar esa mirada suya. ¿Si no?" Ella se encogió de hombros y serpientes se le movieron detrás de los ojos.

Luc le miró a los pies con meticuloso cuidado. "¿Marc?"

"Él no me sirve de nada. ¿Qué hace él aquí?"

"Insubordinación. Le sacó un cuchillo a Cilo."

Justicia dio una carcajada. “Eso le asciende en mi estima. No, él es peso muerto, Luc. Si lo quieres aquí, será parte de tu deuda conmigo. De lo contrario, será un cadáver en el río por la mañana."

Él no dudó de ella ni por un instante. "Él se queda."

"Por supuesto. Yo no querría que fuese de otro modo. Ahora." Se puso en pie, se acercó a él y le tocó la barbilla con un dedo. "Tu afeitado. Necesitaremos mi bañera. Veamos si me han calentado un poco de agua."

"Yo iré." Se acercó a la lona de la tienda, ansioso por irse, por respirar.

“Oh, no, Luc. Hay otra condición que debo mencionar. No sé cómo se encuentra la situación entre voostros dos, pero hasta que lo descubra, no te acercarás a ella. ¿Entendido? Ni siquiera al lado. ¿Convenido?"

Él se mordió la lengua mientras escupía maldiciones por los ojos y permanecía en silencio.

"¿Esa es tu respuesta? Esa es una mirada muy fría, Luc. " Ella chasqueó la lengua y frunció los labios pensativamente. "Te dejaré pensar en ello durante un rato. Recuerda que, si tuvierais otra opción, no estaríais aquí."

***

Lana negra envolvía a Maia mientras Neria la abrazaba en silencio en el patio iluminado por el fuego. Dos guardias tendían una olla hirviendo de hierro junto al fuego al pasar, pero Maia no los vio. Cuando Marc sacó la mano de entre las de Maia, ella le miró con torpe sorpresa, sintiéndose lanzada a la deriva.

"¿A qué ha venido eso?" preguntó él frotándose de la palma el frío del agarre de Maia como si fuese una mancha o una acusación.

Ella negó con la cabeza y dijo: "Shh." Justicia tenía ojos y oídos en todas partes.

Neria rió nerviosamente mientras los conducía a su tienda, cerrando la lona detrás de ella. Maia se giró, la reabrió una rendija y espió hacia donde habían estado, y Neria se retiró la capucha hacia atrás, sonriendo a Marc. "¿Has encontrado otro, Maia?"

"Sí." Ella fue vaga, observando a Luc mientras él estaba de pie en la entrada de la tienda de Justicia. Cuando él volvió a entrar, se perdió de vista y ella se giró para mirar a su amiga. "No, en realidad, él te ha encontrado a ti. Ha estado soñando contigo, me dice. " Intentó sonreír débilmente.

"¿De verdad?" La sonrisa de Neria se iluminó aún más. "No puedo creer que hayas vuelto a buscarnos."

Marc habló por ella. “De momento, lo único que buscamos es un lugar cálido y seco. ¿Podemos avivar este fuego?"

"Sí Sí. Quítaos la ropa mojada entonces. Encontraré algo para vosotros."

"Aún no." Marc apiló ramitas en el brasero y luego se colocó detrás de Maia para mirar a través de la lona de la tienda él mismo. "¿Qué hay en la tienda junto a la suya? Ella ha entrado allí."

"Su bañera. Están calentando más agua ahora."

Maia sintió que las palabras la golpeaban. Se clavó las uñas en las palmas de las manos y se volvió hacia el hueco para mirar.

“Sal de ahí, cariño. No hay nada que puedas hacer que vaya a cambiar algo de lo que suceda ahí fuera, ahora." Tiró suavemente de Maia hacia la mitad del familiar espacio estrecho. "Y quítate el tejido mojado. Aunque Luc decidiera salir luchando, no llegaría muy lejos. Créeme. Estáis aquí ahora, relájate y sácale el máximo partido."

Maia asintió. Se habían comprometido con este camino. Pero este había llegado tan de repente y con una finalidad tan sombría. Antiguas fracturas se quebraban dentro de su pecho y ella se encorvó dolorosamente sobre ellas. Ya no era el terror de una niña que lloraba, era su corazón y este gritaba el nombre de Luc.

Ella se quitó la túnica de lino y Neria sostuvo una alfombra acortinada mientras la dejaba caer también en una pila en el suelo. Se envolvió con la manta alrededor de los hombros y se sentó en el borde de la cama, mirando el fuego. Fue cuando Marc se apartó del hueco, se desabrochó los cinturones de la espada del hombro y caderas y arrojó las espadas al suelo donde las silenciosas lágrimas de Maia manaban y se derramaban. Luc no iba a luchar.

Mientras Marc se desvestía, Neria estaba cerca con una manta. "Háblame de estos sueños," dijo ella, provocativa. "Espero que hayan sido buenos."

Maia la miró ausentemente. La mujer parecía disfrutar mucho de su trabajo, ministrando. De pie cerca, el de ella dedo recorrió el largo de las líneas azules que se elevaban sobre un hombro, bajando por el músculo plano del pecho de Marc y alrededor de su omóplato derecho. El patrón era similar al de Luc y Maia cerró los ojos y escuchó el llanto de su madre. Las palabras tenían más sustancia ahora, los recuerdos llenos de familiaridad con el idioma. Si Luc

pudiera oír la canción, conocería las palabras de su madre. Entendería el terrible dolor de la pérdida. La abrazaría y todos los demonios del pasado desaparecerían.

***

Luc se recostó en el calor del agua, sintiendo que este le provocaba nudos en la espalda y el cuello. Mantuvo los ojos cerrados mientras la hoja resbaladiza eliminaba el vello de sus mejillas y cuello. Con los párpados cerrados, podía ver el ceño fruncido de concentración de Maia, verla morderse la punta de la lengua, sentir el calor y la suavidad de su aliento en la piel recién afeitada. No tenía deseos de abrir los ojos a la realidad.

"Eso está mejor. Necesitas cortarte el pelo, pero eso puede esperar. ¿No te sientes mejor?"

"Me sentiría mejor si supiera lo que vas a hacer. No dejas de dar vueltas como un buitre." Se enjabonó debajo de los brazos y hasta el cuello, limpiando las líneas de vello. “Cuando creo que vas a hablar, retrocedes otra vez. Ahora el agua se está enfriando y el sol estará alto antes de que saques lo que sea que tengas que decir."

"Sí. Esto no es fácil para mí." Ella se acercó más; la oscuridad de sus ojos era profunda, sus pestañas eran negras y extremas en constraste a su pálida piel. Por primera vez desde que la había vuelto a ver, Luc vio el rostro familiar y se mordió la lengua antes de decir un comentario cáustico.

Ella permanecía plenamente vestida, llevando no solo con una rica túnica de lino púrpura, sino también una gruesa palla de lana que mantenía envuelta sobre el pelo y alrededor de los hombros. Eso era inusual. También era inusual que no hubiera reclamado un espacio dentro del agua. “Luc, ¿cuándo dejaste Gallia Aquitania, te acuerdas? Fue cuando me dijiste que habías decidido no continuar nuestra relación." Mientras hablaba, le tomó la mano, le abrió los dedos y los colocó en el hinchado montículo de su estómago.

Él comenzó a responder, luego apartó la mano como si su carne lo hubiera quemado. Su rostro carecía de expresión mientras fijaba sus ojos en los de ella. "Siete meses, un poco más."

“Fueron las Calendas de Agosto, el final de nuestro último verano maravilloso. Lo recuerdo porque fue el día que empezó el dolor." Ella rodeó andando la bañera, de pie detrás de él, evitando la conmoción en su rostro.

***

Vigilando desde su asiento en el suelo junto a la puerta, Maia contemplaba el otro lado de la plaza. Los guardias avanzaban hablando en voz baja, y otras dos chicas, encapuchadas y tapadas, habían salido a comer, pero la puerta de la tienda de Justicia permanecía abierta y la tienda de baños cerrada. Ella había estirado la ropa mojada alrededor del brasero para que se secara y había dejado la cama a sus compañeros de cuarto. Ahora, mientras ambos dormían, ella vigilaba y esperaba.

El suave crujido de pasos a su lado la sacó de su lamento con un sobresalto y ella se puso en pie por acto reflejo. Agachándose en silencio, estiró el brazo hacia el cinturón de la espada y daga de Marc, arrastrando su peso hacia la cama. "Marc." Le golpeó el pecho con la daga y, sujetando la manta bajo los brazos, se puso de pie para sacar la pesada espada de su vaina. Cuando él saltó a la conciencia, ella siseó: "La puerta."

Volteando el cuchillo para sujetar la hoja, él le indicó que se sentara y ambos esperaron.

Una mano metió la mano por la rendija, levantando la lona suavemente hasta que el fuego alcanzó el rostro del comandante de la guardia. Este quedó de pie un momento, contemplando la escena con calma, luego asintió, rió y salió del hueco.

Marc la miró frunciendo el ceño con preocupación. "¿Estás bien?" Ella asintió y él extendió la mano para peinarle un mechón de pelo detrás de la oreja. "Intenta dormir algo. Ven, te haré algo de espacio." Giró gentilmente a la chica dormida a su lado y se apartó para que Maia pudiera caber detrás de él. Agarrando su manta con fuerza, ella se acostó mirando los patrones en la pared de la tienda y escuchando la angustia de su madre.

***

Justicia sobrevolaba detrás de él, tratando de pronunciar las palabras que había ensayado un millón de veces. Si sus siguientes palabras traían alivio a los ojos de Luc, ella misma le sacaría el corazón a cortes, así que se negó a mirar. "No es un niño, Luc. No es un niño vivo que respira. Puede ser un monstruo, nacido del resentimiento y la ira, pero no tiene corazón ni miembros. Simplemente crece allí."

Ella continuó su ronda, retrocediendo para mirarlo. Él tenía los ojos cerrados, profundas arrugas le surcaban la frente. Justicia extendió una mano para tocarle el pecho y él se estremeció ante su tacto como si lo hubiera fustigado. "El dolor es horrible. Con el frío ha empeorado. No puedo calentarme, los incendios se disparan en mi pecho."

"Un cirujano...."

"No puedo hacer nada. Me drena la sangre, Luc, mi vida. Se está comiendo mi carne. Tomo hierbas para el dolor y me hacen dormir todo el día y toda la noche. Por eso te necesito. Te necesito."

"¿Qué puedo hacer yo?"

Cuando la miró, ella buscó en su rostro ecos de amor. Encontraba su nativa compasión, encontraba dolor y preocupación, pero si el amor había iluminado aquellos ojos alguna vez, este ya había desaparecido. No quedaba nada. "Si esto es obra tuya, deshazlo. Líbrame de esta maldición."

"Yo no te hice nada, Tish. No hay ningún dios que me escuche."

Ella le tomó la mano, le besó los dedos, la sostuvo ante sus labios como si estuvieran unidos en una oración. "Entonces quédate conmigo. No me dejes morir sola."

Él quedó en silencio mientras reclamaba suavemente la mano. Salió de la bañera y se ató una sábana a las caderas, apartó la lona a un lado y regresó a la tienda.

Paseó por la rica alfombra, bebiendo una copa de vino y sirviéndo otra. Cuando ella entró detrás de él, se volvió hacia ella. “¿Por qué no me dijiste esto antes, en el viaje desde Lutetia? Tú lo sabías entonces, ¿por qué no me lo dijiste?"

“Pensé que tendría tiempo para decírtelo gentilmente, para convencerte. Incluso Cilo pensaba que te quedarías. Él hizo arreglos para que viajáramos aquí. Organizó las escoltas. Todo para que asegurarse de que te quedarías allí con él. Yo no sabía que te ibas a escabullir con la pequeña abandonada. Dioses vivos, Luc, ¿por qué llevarla? ¿En qué estabas pensando? ¿Pensabas que podrías quedarte con ella? Las chicas como ella requieren mucho mantenimiento, tú no puedes permitírtela. ¿Querías lastimarla? Te llevaste la única cosa que él ama más que a ti."

"No, Tish, ese podría haber sido tu plan, tú la trajiste aquí, tal vez querías usarla contra él, pero yo no la llevé a ninguna parte. Ella se iba a marchar. Yo solo permanecí con ella, traté de mantenerla a salvo."

“No es así como él lo ve. No es eso lo que a mí me parece."

"No me importa lo que parece. Podrías habérmelo dicho. Puede que eso no hubiese supuesto ninguna diferencia, pero tuviste abundante tiempo. Días y días."

"Estoy intentando explicártelo. Apenas fuiste civilizado en el viaje hasta aquí, ¿cuándo supones que podría habértelo dicho? Pensé que debería esperar hasta que estuviéramos instalados aquí; cuando todo estuviera en calma y de vuelta a la normalidad. Pero no te quedaste a escuchar, seguiste a Maia y no voy a arriesgarme a cometer el mismo error dos veces."

La llamada en la puerta fue brusca. Justicia se volvió con molestia hacia su comandante, pero se inclinó para escuchar mientras este hacía su informe, luego ella se lo agradeció y lo despidió. Cuando regresó, se sentó pesadamente en la cama, completamente agotada o aliviada. "Estoy exhausta, Luc. Deberíamos hablar de esto un poco más mañana." Señaló la puerta abierta. "Cierra eso con la cuerda y ven aquí, siéntate conmigo. Tengo otra cosa que contarte y te quiero cerca mientras lo digo."

Luc miró a través del patio al tirar de la lona hacia abajo. "Estabas esperando ese informe, Tish. ¿Qué era?" Bajó la lona. "Si les has hecho daño, te mataré."

“Bien, querido mío. Te conseguiré el cuchillo cuando llegue ese día, pero aún no ha llegado." De una caja a su lado, ella sacó un frasquito y bebió de este, luego se deslizó dolorosamente encima de la cama para yacer sobre las pieles. Reluctante, él ocupó el espacio junto a ella.

“Ahora, antes de dormir, debes saber que las órdenes para esta noche son matarte si sales de esta tienda. Lo mismo se aplica a Maia. Los guardias pueden quedarse con ella si rompe el toque de queda. Pero puede que le dé un poquito más de libertad mañana. Parece que ella y Marcus se adaptan al cautiverio mejor que tú. Mi comandante me dice que acaba de presenciarlos juntos. Una fiesta para tres con Neria, tengo entendido. Espero que tu hermano pueda cubrir los gastos de ambas. ¿Te llega esto como una gran sorpresa?"

Luc miró el lienzo encima de él, temiendo que ella viera la anarquía que se reproducía en sus pensamientos. Se obligó a apartar de la mente imágenes desgarradoras, rehusando considerar la posibilidad. "No quiero discutir eso. Pregúntales tú qué están haciendo. Te has asegurado de que yo no pueda ir a preguntarle."

"Buena respuesta, querido." Le levantó la mano hasta su mejilla y la dejó descansar en su cuello. "¿Podrías lastimarme con estas manos, Luc?"

"No." Se tragó la amargura que surgió.

"¿Ni aunque yo te obligara?" Ella sonrió, rodó para ponerle un delgado brazo sobre el pecho y se dispuso a dormir.

# Capítulo 16

El dolor desolló las nieblas de la morfina, abriéndose camino moliendo y masticando hacia la conciencia. Luz gris había elevado el fresco y el brasero había quedado desatendido. El frío calaba hasta sus huesos y se instalaba allí como hielo. Justicia se acercó lastimosa y lentamente a la caja a su lado, sorbiendo el tónico amargo y respirando sobre la oleada de náuseas que le traía.

Afuera, el campamento se estaba moviendo, entrando en acción mientras los hombres hablaban, comían y trasladaban los equipos. Ella necesitaba moverse, la espera era intolerable, esperar a que el dolor cediera suficiente para hoy.

Cuando pudo, ella se puso de pie, arrastrando su amada capa sobre los huesos, mirando a su hermoso muchacho mientras dormía. Nada era como debería ser. Los pequeños músculos de esa frente se agitaban ante terribles visiones, el sudor le perlaba el labio y le pegaba el pelo. Estaba dolorido, inquieto.

Si cayendo de rodillas y suplicando, si lavándole las manos con lágrimas de sangre, ella pudiera hacer que él la amara de nuevo, no habría la pausa de un latido de corazón. Pero aquello no era como debería ser.

Ella podía obligarle a quedarse.

Aún quedaba por ser seguro que él no tuviera motivos para marcharse.

Pero se requeriría todo lo que ella tenía y más para que él la eligiera.

Cuando estuvo lista, se bajó la capucha, enderezó toda dignidad y propósito que tenía, y caminó hacia la tienda al otro lado de la plaza. "Comandante." Ella lo tomó del brazo mientras cruzaba el espacio abierto. “Creo que deberíamos permitirles a todos un poco de libertad para moverse. No se gana nada con mantenerlos estrictamente confinados, siempre que mi invitado no disfrute de la

compañía de esta joven." El comandante aceptó sus nuevas órdenes y la dejó en la apertura de la tienda de Neria, quien retenía la lona mientras ella entraba.

Maia se sobresaltó al abrirse la puerta, agarrando su manta, esforzándose por sentarse derecha cuando la sacerdotisa entró.

"Maia." No había debilidad en la voz. "Quiero hablar contigo. Puedes dormir hoy. Báñate y busca ropa decente esta noche en el campamento y luego ven a verme de inmediato. Marcus. Tú duerme tambien. Estarás a disposición de nuestro comandante esta noche."

“Neria. Quiero que busques mis medicinas hoy. Si pasamos por algún puesto, que te acompañe un guardia y busca lo que necesitamos a cualquier coste. ¿Entendido?"

"Sí." La voz de Maia estaba tensa por la fatiga; sus ojos estaban secos de mirar fijamente.

"Sí, Tish." Neria tenía luz en su voz, se despertaba como si se hubiera repostado con un sol dorado durante la noche y se sintiera animada por esa alegría inarticulada.

"El oficial médico en el campamento del ejército en el municipio de aquí." dijo Marc simplemente. "Tendrá todo lo que necesites. Todo lo que necesitas es suficiente adelanto para entrar y pedirlo."

"Bien. Neria, vístete y vete ya. El comandante te asignará un guardia." Neria se levantó rápidamente para vestirse, arrojando una túnica de franela suave a Maia mientras lo hacía, y Justicia continuó. “Ahora viajaremos de vuelta a *Londinium* lo más rápido que podamos. Luc os ha asegurado a ambos nuestra protección. No hagáis nada para que él o yo lamentemos esa decisión."

A solas con Marc, Maia se bajó la túnica y comenzó el proceso de empacar la tienda para viajar. "Tendrás que levantarte y comer ahora. Una vez que la comida esté guardada, no habrá nada caliente hasta esta noche."

Él se volvió a estirar sobre el jergón, retorciendo la columna entre crujidos y bostezando. "Neria parecía muy feliz esta mañana, ¿no

crees?"

Ella levantó la vista de su equipaje, notó la sonrisa de satisfacción en aquel rostro, y rió a pesar del dolor en su corazón. "No te hagas ilusiones. Ella siempre es así. Siempre burbujea." Él se parecía tanto a Luc a la luz del amanecer, la tristeza borró la sonrisa y ella se mordió el labio para detener cualquier lágrima que pudiera caer.

Marc se sentó hacia adelante. "No me mires así, Maia, a menos que me vayas a dar una muy buena razón para ello. Luc lo ha arriesgado todo por ti. No te convendría jugar esos juegos con él. Ni conmigo."

Su movimiento y repentina vehemencia la asustaron, hicieron que su corazón latiera al galope. "Lo siento, estaba pensando en lo parecido que eras, eso es todo." Ella bajó la mirada hacia su plegado de ropa. "No pretendía nada."

¿Y agarrándome de la mano anoche? ¿Y flotando detrás de mí como una niña y la sonrisa y el «quédate conmigo»? ¿Eso fue pensando en Luc también?"

Ella caminó hacia la ropa de Marc, sintió la humedad aún en ella y luego se movió hacia el cofre de Neria y sacó una tela que él podía atarse a las caderas. Girándose bruscamente, se la arrojó y lo siguió hasta la cama. "Sí, lo fue. Y podría haber más de lo mismo, así que avísame si es demasiado para soportarlo."

La frustración formó puños y la impulsó a retroceder por el pequeño espacio del suelo. “Quiero a Justicia feliz, y nada la hará más feliz que pensar que lo tiene para ella sola. Así que tú," se volvió hacia él,“ quédate ahí, sonríe dulcemente y no digas nada." Arrastró su manta lejos de él, se la puso sobre los hombros y salió furiosa hacia la olla de cocina en busca de comida.

***

Luc sintió el aire vacío a su lado y estiró el brazo instintivamente antes de despertar, deslizando su mano abierta a través de las profundas pieles.

"Ahí no hay nadie, querido mío, pero tengo algo de comida caliente

para ti."

Se despertó asustado, con la cabeza llena de sueños y niebla manchada de sangre, y abrió los ojos a la fría realidad. Justicia estaba sentada en un taburete al lado de la cama, con una mesita para dos frente a ella. Cuencos de avena humeaban en el aire frío y él se recostó, cerró los ojos y trató de borrar la imagen frotándose la cara con ambas manos.

"Come. Hoy puedes dormir todo el día. ¿Cuál es la mayor distancia que podemos cubrir en un día de regreso a *Londinium?*"

"Pregúntale a tu comandante."

"Te estoy preguntando a ti. Yo no necesito velocidad, tú sí. ¿Distancia?"

Se dio la vuelta para encararla e intentó aclarar sus pensamientos. "¿Cuánto tiempo fue hasta aquí?"

"Ocho días."

"Bueno. Con monturas frescas, mínimo campamento por la noche y sin problemas en ningún lado, cinco días, siete u ocho leguas al día."

Ella le entregó un cuenco y una cuchara, pero él no comió. "Me alegra que hayas vuelto, Luc." Ella lo vio mover la cuchara. “Dime, ¿qué planes tienes? Puedo daros cobertura por un tiempo, ¿luego qué?"

El se encogió de hombros. "No lo sé." La desesperación coloreaba las palabras tan profundamente que ella anheló tocarle, pero tenerle retrocediendo ante ella dolía más que la distancia entre ambos.

“Cuando hablaste por primera vez de abandonar el ejército, cuando Cilo me habló de ello por primera vez, yo tenía la esperanza de que pudiéramos llegar a un acuerdo. Había hecho planes para el futuro."

Él alzó la vista, las negativas ya se estaban formando en sus ojos. Antes de que pudiera hablar, ella preguntó: "Dime, ¿tus planes incluirán eventualmente a Maia y a tu hermano también?"

“Fue idea de Marc venir aquí. Yo no tengo planes." Dejó caer la cuchara en el cuenco y volvió a poner este sobre la mesa.

“Ojalá no estuvieras tan enojado. La vida no estará tan mal mientras estés aquí."

"Esto es una prisión," dijo. "Estoy aquí porque si salgo por esa puerta, tus manos contratadas me matarán. ¿Te parece eso «no tan mal»?"

“Relajé ese orden esta mañana. Luc, no seas tan obtuso. No tienes otra opción; así es como es. Aunque puedo ofrecerte un incentivo. Preferiría que no hubiera amenazas, ni enojo entre nosotros."

“Ya te lo he dicho, tú no tienes nada que ofrecerme. No quiero nada de ti."

Su paciencia se agotaba, ese severo desafío puso a prueba la poca energía que tenía. “Oh, madura de una vez. Me necesitas y no necesita prometerme más que el tiempo que lleva regresar a *Londinium*. No puedes permitirte no escuchar."

La miró con una mirada gélida. "Eso es correcto, Tish. No puedo permitirme no escuchar. Y no puedo evitar pensar que me resentiré un poco más cada día hasta que no pueda soportar mirarte."

Lágrimas que ella no había tenido intención de derramar llenaron sus ojos, y ella se las secó salvajemente, decidida a terminar lo que había comenzado antes de que su voluntad colapsara. “Las fincas de Hispania, Luc, son tuyas si las quieres. Tenía la esperanza de que pudiéramos vivir allí juntos bajo el sol y olvidarnos de Roma y sus colonias y su hipocresía y sus legiones. Tengo aldeas enteras donde podrías desaparecer. Tengo una villa tan cómoda de la que nunca tendrías que poner un pie fuera de año a año. El personal se encarga de todo." Dejó que las palabras se fueran apagando hacia la nada.

La expresión de Luc había cambiado.

Por primera vez desde su regreso, esos ojos le dieron a Justicia un motivo de esperanza.

***

Maia regresó a la tienda con un plato de comida para Marcus. "Toma. Encuentra algo que ponerte. Los caballos no han sido atendidos. Aún están de pie con su equipo. Necesito una mano." Volvió a salir, lista para discutir con el guardia que la seguía sobre si podía llegar hasta sus caballos. Pero cuando regresó a la brumosa luz de la mañana, esquivó al guardia. Haciendo caso omiso de sus quejas, se dirigió rápidamente a la tienda de Luc y dio una palmada en la lona de la tienda.

“Justicia. Necesito tu ayuda, por favor." Desabrochó la lona y la apartó. La sacerdotisa estaba junto a la cama, quitando los platos del desayuno. Luc se estaba vistiendo, sujetando su falda en su sitio, el pecho desnudo. El agotamiento le circulaba los ojos y ennegrecía la carne de sus mejillas. Se había afeitado, estaba limpio, Maia podía olerlo desde el otro lado de la tienda y el olor le detuvo el aliento. Su corazón tartamudeó y se congeló, observando, registrando aquel rostro en busca de remordimientos.

"¿Maia?" la voz de la mujer fue helada.

“Los caballos," dijo Maia volviéndose. “No se les dio de comer ni de beber. Aún están ensillados. Ahora el guardia no me deja ir hasta ellos."

Se alzaron voces en el camino cuando Marc se encontró con el mismo problema.

"Vuelve y prepara la tienda para hacer las maletas, Maia. Lucius y Marcus se ocuparán de los caballos. Ve. Ahora."

Ella bajó la mirada, observándose los pies mientras se alejaba, temerosa de alzar la vista. Silenciosamente, entró en la tienda y reanudó la tarea familiar de empacarla. Le temblaban las manos y su seno estaba denso de lágrimas no derramadas. Él había encontrado su mirada y no había mostrado ningunq señal de culpa, pero él les había traído seguridad de alguna manera, y las imágenes que eso le traían a la mente desgarraban a Maia el corazón.

***

Luc flexionaba la rodilla derecha cada pocos pasos, tratando de liberar el cartílago dañado. Marc se había quitado dos sillas de montar y estaba desatando la tercera cuando Luc se acercó a él. "Marc, háblame de la fiesta de anoche."

"Nada de fiesta. Maia encontró a mi rubia por mí, me complace mucho decirlo. Espero que tú puedas cubrir el coste. Yo no tengo dinero."

“Yo he oído una historia diferente. Mantente alejado de Maia, no la toques. ¿Entiendes?"

Marc rió. "¿Eso? Eso fue idea de ella."

Luc le agarró por la pechera de la túnica. "Escucha, sé cómo eres. No estoy contento con esta situación, pero solo será hasta *Londinium*. Dile eso a ella. ¿Y tú? No la toques."

Marc sacó y le apretó con fuerza a su hermano un cuchillo en el estómago para que la punta le dejara claro el mensaje.

"Luc," dijo sonriendo. "Los caballos necesitan agua."

***

Para cuando Neria regresó, Maia había colocado todas las necesidades del día en su *carpentum* y estaba sentada dentro, revisando su alforja.

"Hola, cariño. Tish quiere que te pongas esto." Le entregó una capa a Maia y se quitó la suya. "Y tengo que buscarte ropa bonita, y tengo que averiguar si tú y Luc estáis juntos. Lo siento, tengo que preguntar, no se me da bien espiar y no le diré la respuesta de todos modos. Está tan enferma ahora que no necesita más malestar."

"¿Está enferma?"

"Sí. Lo ha estado durante mucho tiempo. Comenzó cuando Luc la dejó por primera vez, y ella cree que desaparecerá si él regresa. Yo no. Yo creo que tiene veneno en la sangre."

Maia mantuvo su rostro inmóvil. “Bueno, ella puede descansar, él es

libre de ir con ella. Luc hizo lo que prometió. Me llevó hasta Cilo y me trajo de vuelta. Eso es todo."

Marc subió al carro y se dejó caer sobre los cojines. “Damas, esta es mi cama por el día, que tenga entendido. Estoy en la lista de guardia desde esta noche, doble guardia cada noche, así que es vuestra última oportunidad. Tengo dos brazos, uno para cada una. Vamos a dormir un poco."

Maia le arrojó una almohada. Neria rió y se acostó a su lado, diciendo: "Le diré a Justicia eso. Me alegro porque yo habría creído que anoche estabas con el corazón roto."

"Y lo estaba. Tú tuviste toda mi atención y ella necesita un abrazo. Pero espero que no siga enfadada conmigo." Se sentó, le dedicó una sonrisa de disculpa y se quitó la túnica húmeda. "Vamos, no te quedes ahí sola."

***

Maia despertó en una bola apretada, de espaldas al muslo de Marc. La respiración hipaba en suaves sollozos y le dolía la garganta, pero no quedaba nada del sueño, excepto por su sensación de pérdida. Se apartó el pelo de la cara y miró entre las sombras. Los otros dos estaban pegados como dos cucharas y ella se arrastró hasta la cortina, abriéndola un poco hacia los restos del día.

Afuera, el viento aullaba y golpeaba la lona, empujando las hojas hacia adelante como si los propios árboles los siguieran si pudieran. Pero, como siempre, las cortinas cubrían toda vista del campo a su alrededor, lo único que veía era la calzadq, la dura, recta e inquebrantable calzada romana. Deslizándose dentro del calor seguro de su capa, acomodó una almohada y se acostó de nuevo para esperar hasta que la noche, y el campamento, estuvieran dispuesto.

"Marc." Ella le zarandeó el hombro. "Están acampando para pasar la noche. Tráeme un poco de agua, por favor.

Él gimió, frotándose los ojos. "Yo también quiero un baño." Se alejó rodando, enterrando el rostro en cabello dorado.

Neria susurró: "Te prepararé uno por la mañana. Y un afeitado."

Antes de que ambos pudieran vagar de regreso a su propio mundo, Maia lo zarandeó de nuevo. “Solo necesito la justa para el cuenco pequeño. Solo calentada."

Neria rodó entre los brazos de Marc y Maia se rindió. Arrastrándose hacia la cortina, dijo: "Cuando estéis listos," y bajó a estirar las piernas y quitarse algo de peso de los hombros.

Más tarde, en la intimidad de la tienda, Maia se metió de pie en la palangana y se enjabonó de la cabeza a los pies. De pie mientras Neria le echaba agua tibia sobre ella para quitarle la espuma. Habían elegido una túnica de lino de color ámbar, sujeta con broches de oro desde el hombro hasta el codo. Un *peplos* largo con flecos cayó de debajo del busto donde estaba atado con una ancha cinta negra.

Neria se recogió el pelo con horquillas, alentando los rizos en las sienes, luego se enjuagó los ojos y se echó sombra en las mejillas. "Así. Muy bonito." Eso era un eufemismo. “Maia, recuerda ceñirte a tu historia. Sé que no deberías tener que hacerlo, pero ella lo ama tanto. Por favor, no se lo pongas más difícil. Y nunca subestimes lo que te hará si cree que eres una amenaza." Tomó la mano de Maia y sonrió. Al pasarle la capa, dijo: “Toma. Buena suerte."

Justicia esperaba como una reina, reclinada en su sofá, una bandeja de fruta al alcance de la mano. "Te has superado a ti misma, pequeña. Toma, siéntate." Acarició el sofá junto a sus pies encogidos. "¿Fruta?"

Maia recogió media granada, sacó una pepita con el dedo y se la puso en la lengua. Bajó la mirada hacia sus propios dedos, sin querer mostrar su terror.

“Dime, ¿qué ha pasado en los días desde que te vi? ¿Lo suficiente como para que quieras volver a *Londinium*? Cuentamelo todo."

Maia levantó la mirada, sorprendida. "¿Días? Parecen meses. Años." Una vida.

“No, solo catorce días. No mucho para juzgar una nueva vida."

"El tiempo suficiente para darme cuenta de lo que he perdido y lo importante que es." La verdad sería su aliado más fuerte; ella había aprendido esa lección antes.

"Cierto." La sacerdotisa convirtió su visión en un dolor privado y preguntó: "Cuando te escapaste con Lucius, dime lo que habías planeado."

“No tenía nada planeado más que llegar hasta Cilo. Luc me trajo un mensaje para comprar una casa aquí y esperar. No pude. Tú planeabas irte. Me habría quedado sola otra vez. Y él debería haber venido a verme. Me debía respuestas. Yo quería tomar el dinero y buscarme el modo de llegar a él, pero Luc no me dejaba ir sola. Él ama demasiado a Cilo." Eso estaba cerca de la verdad, lo bastante cerca, esperaba ella.

"No tanto como Cilo lo ama a él, según parece. No lo suficiente para detener esta traición. Él podría haberse quedado con sus hombres y haberte llevado directamente hacia *Viroconium*."

Por segunda vez en tantos momentos, Maia se estremeció ante sus palabras. Comenzó un pequeño asentimiento triste mientras afirmaba la comprensión que ella misma había tenido demasiado tarde. Pero había peligro en esa dirección. Sintió que su equilibrio cambiaba y volvió a tropezar con su historia. "No, él no podía. Él quería ir a *Glevum*, así que fuimos hacia el Oeste, por *Calleva*. Había hombres allí, asesinos a sueldo." No estaba segura de cuánto decir, pero Justicia la interrumpió.

"Lyvia. ¿Te dijo Cilo que lleva esquivando sus ineptos ataques desde que regresó? Los dos sois un verdadero inconveniente para ella. No quiere que ninguno de vosotros regrese."

"Eso es lo que dijo Cilo." Se miró las manos y se frotó un pequeño callo que se estaba formando en su dedo índice. "Pero me preguntaba cómo encontraron la casa del padre de Luc. ¿Cómo habría sabido eso Lyvia?"

La sacerdotisa lanzó una mirada penetrante, templada por la

sorpresa o la admiración. “¿Cómo, ciertamente? Bueno, si fue otra persona más quien los envió, quizá no tenían intención de matarte." La mirada se convirtió en una sonrisa de complicidad. “No eran muy buenos, ¿verdad? No tuvieron éxito."

¿Entonces por qué? ¿Para dañarla o asustarla? ¿Obligar a Luc a matar? Y si no había sido Lyvia, ¿quién?"No." Maia asintió aturdida. No había nada que Justicia no supiera ya. Ella no tenía ninguna razón para preguntar. Salvo por que, como Neria había dicho, no podía soportar oír la verdad. Eran las mentiras lo que quería y necesitaba oír.

“Cuando llegué a *Viroconium*, Cilo me dijo lo que había planeado. Yo iba a ser la esposa discreta en Roma mientras él vivía su mentira para beneficio de los hipócritas, quienes ya sabían la verdad de todos modos. Yo solo fui un sacrificio. Y luego él quería a Luc muerto, después de todo lo que él había hecho, de todo por lo que había pasado."

"Él quería a Luc muerto porque Luc te eligió a ti, porque tú te lo llevaste. Después de todo lo que Cilo había hecho para mantenerlo allí, se escapó de todos modos. Aunque al final me resulta difícil imaginar a Cilo haciendo tal cosa. Más pronto se arrancaría el corazón antes que hacer daño a Luc." Justicia sonrió, como si esa fuese una mejor solución, y disfrutaba de los ceños fruncidos y la confusión que se deslizaba por la frente de Maia. “Cilo incluso estaba dispuesto a llevarme a mí a Britannia; no puedes imaginar cuánto orgullo debe haberle costado. ¿Me entiendes? Sabía que podía mantener a Luc calmado, mantenerlo cuerdo y mantenerlo allí."

Sintió las palabras como un golpe físico, sintió que la acercaban a empujones hacia un precipicio que le succionaba el corazón. Pero Justicia no había terminado.

“Pero llegaste tú y todo lo que tu querido hermano había planeado comenzó a desmoronarse. Tú le quitaste su mayor amor. ¿No te dijo él eso? Seguramente te soltó su discurso sobre amores mayores que la vida y la muerte. Si eres la única otra persona importante en su vida, debe de habértelo dicho."

Oh, Cilo. Ella lo había traicionado más profundamente de lo que podía haber imaginado y, aun así, él no le había dicho toda la verdad. "Él dijo que era Manius." Su voz se convirtió en un susurro.

“Sí, él. Todos lo conocemos. Lo llamamos el Troll, él es la alternativa inferior, el sustituto." Le sonrió y eligió otra pequeña pieza de fruta. "Parece un sapo, pero hace lo que le dicen. Esa es su única virtud. ¿Lo conociste?"

Maia asintió y Justicia levantó las manos como si le hubieran dado todo lo que necesitaría saber si le hubiera visto el rostro al hombre. "Entonces debes haber visto que era mentira. Él ha terminado su servicio militar obligatorio. Cilo no tenía necesidad de volver a Britania por él. Debes de haberlo visto. ¡Y seguramente no te imaginas que era Manius a quien Cilo soñaba con llevarse a Roma! Manius habría sido feliz de ejecutar cualquier orden judicial contra Luc. Estoy segura de que se imaginaba que así lo incluirían en el futuro de Cilo. Cuando tenga la oportunidad, lo intentará." Ella rió como si aquello fuese un chiste antiguo. Como si ambas ideas fuesen una insensatez.

Maia negó con la cabeza. No había fin para los secretos que se habían guardado. No había verdad en ninguna parte, solo mentiras sin fondo y mentirosos. Solo tenía que terminar su historia, ahora, y podría volver al silencio de su tienda. “Ya lo intentó. En *Mediolanum*. Ahí es donde entra Marc. Él defendió a Luc. Ahora estamos aquí."

"Sí, ahora estáis aquí. ¿Fue idea de Marc?"

"Y mía." Hizo una pausa y reunió las palabras que necesitaba, las mentiras que había ensayado. “Todo lo que dijiste era verdad. Me diste la libertad de mi propia vida en mi tierra natal. Me diste todo lo que le habrías dado a tu propia hija." Su voz se convirtió en algo parecido a la desesperación sin aliento. "Y al final," miró a los ojos de la Suma Sacerdotisa, los sostuvo con la silenciosa desesperación de una niña, "No sé cómo la gente puede vivir así. Necesito el consuelo y la seguridad de esta vida romana. Lo siento mucho. No puedo aceptar los compromisos de Cilo y no lo haré. Así que parece que tenías razón de nuevo, necesito un hermano más que un esposo, y he vuelto aquí para decírtelo."

“Así que has resuelto todo esto tú misma, aunque veo que aún hay muchas cosas sobre nuestro pequeño nido que nadie te ha dicho. Llegaste muy tarde al juego." Hizo una pausa para dar un sorbo de un frasquito que sostenía. "Dime por último, ¿sabes por qué te siguió Luc en tu viaje?"

Maia vio brillar la luz del fuego en el frasquito. Por supuesto que lo sabía, podía citar sus razones palabra por palabra, estaban escritas en lo más profundo de su corazón. "No," dijo Maia en voz baja.

"Eso pensé. Aunque creas que lo sabes, no es así. Simplemente no lo conoces lo suficiente. Puede que no te lo parezca, Maia, pero Luc es joven. Su espíritu no se adapta a los hados que él ha atraído, y personas muy poderosas lo han rodeado durante toda su vida adulta. Personas como tu hermano y yo, que han exigido su lealtad. Hay en ti una impotencia infantil que atrae a algunos hombres. Eso es lo que él cree que necesita, pero Maia, él mismo es un niño. Necesita una compañera fuerte. Se está derrumbando, como puedes ver. Es muy prudente dejarle marchar."

Le entregó la bandeja de frutas a Maia y bajó las piernas para ponerse de pie. “Descubriste por las malas que yo tenía razón en todo lo demás. Créeme. También tengo razón en esto. Lo dejaré dormir y dejaré que recupere las fuerzas. Tú diviértete con Marcus. Es una sabia elección esa que has hecho. Ahora ve."

***

Esa noche Maia comió cuando Neria insistió, aceptando un plato de estofado, pero no le interesaba la comida. Estaba esperando, irritada por las horas de oscuridad hasta que Marc terminara su guardia al amanecer.

Cuando él entró andando, ella esperó mientras él se desabrochaba los cinturones de la espada y guardaba los cuchillos junto a la cama. Ella esperó mientras él levantaba a Neria, balanceándola fácilmente sobre los pies. Cuando ella habló, sus palabras fueron suaves, pero lo detuvieron en seco. "Marc, necesito verle."

"No puedes." Él giró para mirarla por primera vez. "Dioses, Maia. Si él te ve con ese aspecto, cualquier trato que haya hecho se

cancelará y todos estaremos en problemas."

"No me importa. Incluso Justicia dijo que él está enfermo. Él me necesita. Tengo que ir con él. Lo prometí."

"Él necesita dormir, eso es todo. Me dijo que te dijera que esto es solo hasta llegar a *Londinium*. A él no le gusta, pero son solo cuatro días."

Ella lo tomó del brazo y llamó su atención. "Pero él no está durmiendo. Lo veo. Recuerda que ha estado a caballo durante los últimos siete meses. Solo eso es suficiente. Es mucho tiempo. Por favor, Marc, tienes que ayudarme."

"No me mires. Maldita sea, Maia, ¿cómo haces eso?" Giró el brazo para liberarlo y se volvió para dejarse caer de nuevo en la cama.

Neria se arrodilló a su lado. “Tish necesita mucha medicina. La hace dormir todo el día. ¿Quizá mientras duerme...?"

"¡No! No empieces tú ahora. Él sabe lo que está haciendo, simplemente dejádselo a él."

Neria se inclinó para besarle la mejilla. "Venga. Te he reservado un poco de agua que solo se ha usado un poco y tengo otra tina calentando. Tal vez después de bañarte y afeitarte, te apetezca hablar con él."

***

En cuanto Tish se acomodó en su *carpentum*, drogada y lista para dormir durante el viaje del día, Luc rodó hasta el aparador y saltó por encima del escalón. Su caballo estaba ensillado, sus espadas colgadas sobre el peralte y su trabajo claro en su cabeza. No tenía decisiones que tomar, ninguna responsabilidad, y la oportunidad de montar la guardia bajo la fría luz de la mañana ayudaba a despejar algunos de los terrores de los ojos insomnes.

Los veteranos que lo acompañaban reconocieron la contracción herida de sus hombros y el apretón estricto de su mandíbula. Lo conocían y le dieron espacio.

Cuando Marc cayó al paso a su lado, Luc le sonrió y sintió el estómago retraerse. No había nada racional en los ojos que brillaban desde las sombras tan profundos como la desesperación. "¿Cuándo planeas dormir?" Preguntó Marc. "A mí no me importa, pero Maia quiere saberlo."

Los ojos de Luc estaban vidriosos, desenfocados o buscando a grandes distancias, su piel era ceniza y sus labios trazaban una línea incolora apretada sobre los dientes. "En cuatro días." Bajó la cabeza, un mínimo indicio de afirmación. Sostenía la rodilla derecha hacia adelante, apoyando el pie en la punta del hombro del caballo en lugar de dejar colgar el peso.

Marc se movió para tocarle el brazo, luego cambió de opinión. Había demasiada tensión acumulada en la postura de esos hombros, en el agarre blanco de los nudillos en las riendas. "Sí, eso es lo que ella piensa también. Excepto que ella piensa que está demasiado lejos. Puede que tenga razón."

"Dile que estoy bien." La tensión en su voz se volvió cruda. "Dile que la amo. Dile que espere."

"Se lo diré, pero ella no va a esperar. Me mirará y se pondrá como una bruja. Quiere hablar contigo."

"No. Hay mucho en juego." Su ceño se relajó, luego volvió a fruncirse. "Y si hablo con ella, no seré capaz de hacer esto."

Aun cuando deslizaba las riendas por una argolla en la puerta trasera y trotaba para subir al carro en movimiento, Marc llevaba la respuesta de Luc como un bocado de plaga. Al menos las pesadas cortinas le ocultarían los ojos. Podría dormir todo el día con su dulce y pequeña rubia y olvidar que Maia estaba sentada vigilando la cortina, con la angustia palpitando en ella en las sombras.

***

Cuando se llamó al campamento por la noche, Luc se movió sin esfuerzo consciente; la rutina de montar y levantar el campamento yacía profundamente en su carne. El campamento era pequeño, todo lo innecesario quedaba guardado. Mientras los contratados

instalaban las tiendas, él se ocupaba de los animales, colocando arneses y haciendo trotar a las bestias. Arrastrar su alimento y acarrear agua no requiría más que músculo, y los animales no hacía preguntas.

Cuando supo que Tish estaba instalada en su tienda por la noche, subió a la fría oscuridad de su *carpentum* y cerró los ojos. Su perfume permanecía en cada suave rincón del interior, portando recuerdos de tiempos mejores.

Incluso ahora no la odiaba. Ella era despiadadamente narcisista, una fanática del control, y tenía más dinero y poder de lo que era bueno para ella. Pero había habido un tiempo en que esas cosas habían sido embriagadoras, mermerizantes.

Y ahora ella tenía la llave del único lugar seguro en el mundo romano.

Pero la oscuridad y el pasado no podían esconderle de los recuerdos del asesinato. Las visiones le surcaban la mente, su alma se estaba deshaciendo en nudos. Cada vez más, sus sueños se volvían hacia Maia: la pálida y sedosa perfección de su magullada y moteada piel, manchada por huellas de ensangrentadas manos que no eran suyas.

Luego, cuando ya no pudo soportarlo más, salió, se arrastró de regreso a la luz del fuego de la tienda de Justicia, evitó la conversación, evitó sus ojos y esperó el amanecer.

***

Maia vigilaba el amanecer, esperando. Marc terminaba su guardia nocturna y llegaba a la tienda, sin bromear más sobre los honorarios, sin hacer pretensiones. Él esperaba a Neria con mucha impaciencia, con la misma intensidad chispeante en sus ojos que ella había conocido en los de Luc. Y Neria vendría desde el lado de Justicia, preocupada y sumisa.

Maia esperaba. Cuando salían a comer o a la tienda del baño, o se apresuraban al carromato para robar las horas entre el amanecer y el desembarco, ella se sentaba junto a la cortina y vigilaba el patio y esperaba.

Luc aún cojeaba de la rodilla derecha, el dolor hacía eco en su espalda y en la postura de sus hombros. Su extremidad le dolía a Maia con solo mirarla, la atormentaba con la culpa de las promesas rotas. Él la necesitaba, ella lo sabía, y le había prometido que siempre estaría ahí para él. Ella podía ignorar cualquier peligro, desafiar cualquier amenaza; ella acudiría hacia él de todos modos. Pero el propio Luc decía que no. Que ella tenía que esperar.

Cuando Maia se subió al carro para el viaje del día, Neria se sentó erguida. Ella no tenía ninguna sonrisa, la oscuridad le había robado la luz del sol de la cara. "Maia, Tish quiere verte cuando acampemos esta noche." Su voz llevaba las lágrimas ocultas. “Está muy enferma. ¿Irás a hablar con ella?"

"No veo que tenga otra opción." Más secretos, más mentiras, más dardos venenosos.

"¿Comiste esta noche?"

"Sí," mintió Maia. "Estoy bien."

“Por favor, intenta dormir hoy. Todos están muy tensos. Es como si todo el campamento estuviera muriendo lentamente. Me está rompiendo el corazón." En el tiempo que Maia la conocía, Neria nunca había sido nada más que alegre. Estaba constante y consistentemente feliz, y su dolor era aún más desgarrador, para variar.

"Lo haré." Se inclinó sobre Marc, a través del estrecho espacio, quien abrazaba a su amiga. “Antes de hacerlo, dime, ¿hay algo más que yo no sepa, algo de esta historia que todos conozcan menos yo? No dejo de pensar que no hay nada más que puedan quitarme, y siempre encuentran la manera de arrancarme otro pedazo del corazón."

"No. No lo creo." Neria se enderezó el cabello y se puso la bata. “Los últimos cuatro años han girado en torno a esta interminable lucha de poder entre Cilo y Tish, con Luc en el medio. Supongo que Tish no podía creer la suerte que tuvo cuando te conoció. Tú habrías sido su final de la partida. Luc nunca le habló de ti, ni de la boda, ni de cuánto te adoraba Cilo. Nada."

“Pero yo solo conocí a Luc en mi boda. ¿Cilo nunca os habló de mí?"

“Cilo nunca hablaba con ninguna de nosotras. Él odia a las mujeres. Nos desprecia a todas, excepto a ti, por supuesto."

Maia frunció el ceño y negó con la cabeza. "No, no las odia. ¿Las odia?" La madre de Cilo había muerto cuando él era un niño. Después su madre había ido y venido, y su hermano con ella. Después había llegado Lyvia. "Yo también lo he traicionado," dijo ella en voz alta. "Todas las mujeres que ama lo abandonan."

“Puede que no quieras oír esto, pero es difícil de creer que él haya amado a alguien alguna vez, en cualquier momento. Excepto a Luc. Y a ti. Él es como el hielo, Maia."

Maia sintió que se le tensaba la boca. "Tú no lo conoces. No sabes por lo que hemos pasado. Simplemente se amuralla. Yo me escondía, pero él arremetía. Él es hermoso, cariñoso, divertido y valiente y si lo conocieras como yo... " Detuvo las palabras. Y él había negociado su futuro y había ordenado que mataran a Luc.

Si Marc hubiera podido agregar algo, él se había decidido por el silencio.

"No sé, quizá tengas razón." Neria se tapó con almohadas. "Yo sé que le tengo miedo. Cuando le miras a los ojos, es como si no hubiera nadie allí. Es uno de los pocos hombres de los que he tenido miedo de acercarme."

Neria se recostó y Maia se sentó junto a la cortina contemplando la rendija de brillante realidad. Esperando. "Todo saldrá bien. Son solo tres días y volveremos a la casa de *Londinium*."

***

Maia vio a Luc subir al *carpentum* de Justicia mientras el resto de la guardia se reunía alrededor del nuevo fuego de la noche, buscando la comida que vendría. Cuando Marc se marchó, ella se lavó y se vistió y Neria se puso *kohl* en los ojos y se sujetó el pelo con alfileres. La falta de sueño y la falta de comida la dejaban aturdida

y entumecida. Ella no tenía miedo, ya no había forma de imaginar cómo podría ser lastimada. No había nada más que Justicia pudiera llevarse.

En la tienda de Justicia ella se sentó donde le dijeron, se centró en los giros y vueltas del brazalete de Cilo y trató de encontrar sentido en las palabras que la rodeaban. Neria y una segunda chica pululaban cerca preparando comida, y la Suma Sacerdotisa se movió deliberadamente al sofá junto a Maia y tomó asiento.

"Maia." El sonido agudo sacudió a Maia, la hizo saltar y volver la cara, esperando. “Tengo algo que darte. Le prometí esto a Luc, pero no puede tener la propiedad a su nombre, así que te la voy a dar a ti." Maia apretó sus pesados párpados para cerrarlos y los abrió de nuevo, confundida, tratando de ver claramente de qué dirección vendría el golpe. Tish le puso un rollo de pergamino en la mano y Maia lo miró sin comprender.

"Me estoy muriendo," explicó Justicia sin rodeos. “Tenía la esperanza de mejorar, pero eso no va a ocurrir. También esperaba que, si él no me liberaba de esta maldición, Lucius terminaría con mi vida por mí. Habría sido una nimiedad, una cosa muy pequeña, usar tu vida para alentarle ayuda. Pero al final me cuesta más morir de lo que parecía. Así, lo único que le he pedido a Luc es que se quede conmigo hasta que lleguemos a *Londinium*. Las propiedades de las que tú posees los títulos son el pago para él. Allí estará a salvo."

No había respuesta que Maia pudiera dar, nada que decir.

“También esperaba que él recordara tiempos mejores y que pudiéramos encontrar algo de la felicidad que solíamos compartir. Desafortunadamente, eso tampoco ha ocurrido, porque tú estás en medio."

El encogimiento de hombros de Maia fue involuntario. Se encontró con la mirada de Justicia y permaneció en silencio.

"Quiero que sepa que no te haré daño ahora, ni te enviaré con los hombres del fuerte ni te ofreceré al mejor postor." La tranquilidad siseó entre ellas como una amenaza. "Quiero que le digas eso.

Quiero que le digas que se relaje, que duerma y coma más. Quiero que le recuerdes que son muy pocos días para darse por vencido. Para esto." Tocó el pergamino enrollado. “Quiero que le convenzas de que debe mantener este pequeño trato conmigo. ¿Harías eso?"

Maia sintió que el espectro de la risa histérica danzaba en su pecho, sintió que su boca se retorcía para sonreír. Se mordió el labio y sacudió la cabeza. "No."

Justicia presionó. "No creo que entiendas el valor de la propiedad que estás sosteniendo."

Maia intentó apartar el documento. "¿Qué te hace creer que estoy en condiciones de hacer un trato que le cuesta tanto, o que me gustaría a mí que hiciera?" Le temblaban los labios y se sacudían sus manos, pero su voz fue firme.

Había lágrimas en los ojos oscuros de la sacerdotisa, sus largos dedos se curvaron por la frustración. "Porque lo amo, y le daría esto y más, pero es a ti a quien él llama cuando duerme."

"No intentes decirme que lo amas." Maia se atragantó de repulsión ante la idea. “Tú y Cilo sois iguales; queréis ser dueños de él, y no dejaréis de tomar hasta que se rompa. Ninguno de los dos le dará nunca lo que necesita, solo lo que os sobra. Y no mientas sobre que odias la esclavitud cuando crees que puedes comprar a la gente con amenazas y crueldad y con...," arrojó el pergamino, “trozos de pergamino."

“Maia, debes mirar con razón esto. La gente se compra y se vende todos los días por las decisiones que toma. Y cuando amas a alguien, no hay ningún coste demasiado alto, tú ya debes saber esto." Con manos que temblaban incontrolablemente, se llevó el frasco de amarga medicina a los labios y tragó. "Has desperdiciado una vida de lujo, Roma, comodidad, para venir aquí y suplicar por un agujero seguro donde esconderte. Luc lo sabe. Él hizo este trato por tu bien. Vas a hacer que sus decisiones sean inútiles."

Maia se puso de pie. “Y esa es la única razón por la que le he cumplido mi palabra. Aun cuando esto me está matando, he esperado. Tengo que confiar en él." La desesperación le golpeaba el

pecho al ritmo de su corazón y su voz se elevó. "Pero tú estás haciendo que su vida sea inútil."

Neria la tomó del brazo, le colocó una capa sobre los hombros y la condujo hacia la entrada, susurrando: "Es suficiente. Basta. Ven fuera, ven. "

Luc despertó con sudores fríos, se revolvió en un nudo de dolor. El aire era demasiado denso para respirar, demasiado oscuro, se estaba ahogando en sangre. Se sentó erguido en el frío vacío del *carpentum*, el rigor le drenaba la fuerza de los brazos y él rechinó los dientes. Respiró hondo, otra vez, se tapó los hombros con una manta y miró por el hueco de la cortina.

No había ninguna duda en su mente; aun con capucha, la conocía. Silbó, un sonido bajo, apenas audible, pero ella se volvió. Dolorido por la debilidad y la pérdida, se besó las yemas de los dedos y se las tendió afuera hacia ella.

Maia se congeló. Cada parte de ella anhelaba ir hacia él. Los sollozos salieron de su garganta, el fuego se extendió por su piel. Luc. Su pecho se cerró sobre sí mismo, aplastando su corazón y sus pulmones. Luces nebulosas se tambaleaban por su visión y ella tropezó, dio un paso y otro.

"Vamos, cariño." Neria la atrapó, la condujo a su propia tienda calentada por el fuego, la abrazó cuando Maia se desplomaba sobre la cama y la dejó sollozar hasta que no pudo llorar más y se durmió.

***

Luc se recostó en el sofá de Justicia, frotándose distraídamente la áspera gamuza sobre los muslos y mirando el fuego. El cansancio le pesaba mucho en los ojos, pero cuando los cerraba, el fuego y el humo, la sangre y los gritos, colmaban su cabeza y le obligaban a abrirlos de nuevo. Frunció el ceño y movió la mandíbula, tratando de aliviar los calambres.

Tish se sentó a su lado, posada torpe y dolorosamente. "Querido, necesitas comer." Le entregó una taza de vino caliente con miel e hizo una mueca cuando él lo bebió de un trago. Le tocó la mejilla,

trató de borrar la palidez. Él tenía los ojos enrojecidos y amoratados.

"No tengo hambre, estoy cansado." El alcohol debilitaba su control sobre las imágenes en su cabeza. Las lavaba a través de la niebla, arremolinándolas hacia el vórtice de sus entrañas, convirtiendo la negrura allí en náuseas calientes.

“Déjame darte un poco de mi medicina. Detiene el dolor y te ayuda a dormir."

"No la quiero. No seré capaz de despertar cuando necesite respirar."

Ella le tomó la mano entre las suyas, mirándola, incapaz de mostrarle su terror. Ella le necesitaba entero. Necesitaba yacer entre sus brazos y aprovechar su fuerza. Ella lo necesitaba y él se estaba cayendo en pedazos entre sus manos. Nada de lo que ella hacía podía llegar hasta él. “¿Qué puedo hacer, Luc? Ya no sé cómo ayudarte."

Él la miró, sus ojos brillaban con fiebre y una tristeza lastimosa. "No puedo hacerlo, Tish. Ojalá pudiera, pero no puedo vivir tu sueño." Él le devolvió el agarre en los dedos, se acercó la mano de ella y trató de enfocarla con claridad. "Si pudiera hacer algo que redujera tu dolor, lo haría, pero no tengo nada que darte."

“Solo recuerda, Luc. Recuerda lo que tuvimos. Haz eso por mí. Ámame."

Él rió, ahogándose con la absurdidad. "Si hiciera eso, tendría que salir por la puerta ahora. No sé qué es lo que crees que recuerdas, pero aquello no tuvo nada que ver con el amor. Manipulación, obsesión tal vez, pero nunca amor."

Lq voz de ella se tensó, perdió el aliento. "No lo dices en serio. No podrías." Se puso en pie y se movió para distanciarse de su afirmación. "Hablé con Maia esta noche, ¿te lo dije?" Vio que sus palabras dieron en el blanco, vio sus ojos brillar y oscurecerse. Había una urgente y enfermiza necesidad de ver su propio dolor reflejado en ese rostro. "Parece que hay mucho que ella no sabe sobre nuestra historia."

Él asintió, su boca se torció en pálidos tonos asesinos. "¿Qué encontraste para decirle?" Bajó los pies al suelo y la miró de frente.

"No mucho. Lo suficiente para convencerla de que hizo bien en dejarte conmigo. Ella ha aceptado eso." Justiciq estaba temblando. Ya no tenía la fuerza física para hacer esto.

"Venga ya, Tish. Esto no es propio de ti. No saques un cuchillo si no lo vas a usar." El rostro de Luc se compuso entre una mueca y una sonrisa. "Retuércelo. ¿A qué estuvo ella de acuerdo?"

Un rígido silencio creció entre ellos, drenando la fuerza de la frágil forma de Justicia y él rompió esta con una risa amarga. “Ahora es desesperación. ¿No hay respuesta o es que tienes miedo de darla? ¿Me vas a decir que está contenta de quedarse con mi hermano? No te creeré. ¿Me vas a decir que está contenta de que me quede aquí contigo?"

"Sí." Ella reunió la fuerza que le quedaba. “Ella esperará, como le he pedido. Ella confiará en mi elección en estas cosas."

Rió de nuevo. "Ella confiaría en ti tanto como yo. Esto no está mejorando. Intenta decirme exactamente lo que ella dijo."

“Le dije que te amaba, que me preocuparía por ti. Y ella dijo que aceptaría la decisión que tomaste de quedarte." Ella trató de alejarse, le dio la espalda. "Le pedí que te dijera que le había garantizado su seguridad."

Cuando se volvió para mirarlo, él estaba sonriendo. “Escogiste el puñal equivocado, Tish. Ya sé cuál habría sido su respuesta. Y si yo estuviera equivocado, me habrías dicho sus palabras exactas."

"¿La amas, Luc?" Se acercó, sintiendo emerger las lágrimas, sabiendo la verdad absoluta de su respuesta sin necesidad de oírla.

"¿Cómo se supone que voy a responder a eso?" Su rostro era de piedra; dolor, su único color.

“Deberías responder «no». Me lo prometiste."

"No puedo. Y no lo prometí. Te prometí que me quedaría porque no

tenía otra opción. Lo sabes tan bien como yo."

Ella le puso una mano gentil en el hombro. "Te necesito, Luc. Es tan poco tiempo." Las lágrimas cayeron por su barbilla. "¿Cómo puedes ser tan cruel?"

"Aprendí de la mejor."

Acercándose, colocándose entre sus rodillas, tomó el rostro de Luc entre sus manos, cerró los ojos y apoyó la frente en la de él. “En todas las cosas, querido mío. Recuerda eso al menos." Se quedó quieta durante un largo momento mientras gruesas lágrimas se escurrían entre sus párpados cerrados, luego respiró hondo, le besó el rostro y dio un paso atrás. "Te diré lo que dijo, ¿quieres? Dijo que no haría tratos si eras tú quien tenía que pagar. Dijo que confiaría en tus elecciones aunque eso la estaba matando. Y me dijo que si yo te amaba, te daría lo que necesitas y no solo lo que me pudiera sobrar."

Él no respondió. La rabia había desaparecido de su rostro, una tristeza oscura y temblorosa irradiaba de él como calor.

La voz de ella, cuando forzó las palabras, era plana, rota. "Si vas con ella, ¿volverás?"

Entonces él se puso en pie, temblando, y la abrazó suavemente, respirando con alivio y una intensa debilidad física. "Gracias," dijo, y le besó la frente.

Su puño se retiró atrás para medir la distancia hasta la barbilla del guardia que le bloqueaba el paso, y Justicia se movió detrás de él para asentir su silencioso permiso.

Desde la cortina de la tienda del baño donde ella vigilaba, Neria respiró asustada mientras luchaba por ponerse una túnica y la capa. "Justicia," susurró. "Oh, no."

Ella corrió hacia la tienda de Justicia, extendiendo la mano instintivamente para alcanzar y sostener a la sacerdotisa. “Oh, Tish. ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?" Con cuidado, la condujo hasta el sofá y la ayudó a sentarse.

El rostro de Justicia estaba en blanco, entumecido por la desesperanza y el dolor. "Lo necesito. Lo necesito. Pero no puedo ayudarlo, Neria, está enfermo."

"Sí. Lo sé."

"No puedo llegar hasta él. Dijo que nunca me ha amado." Nuevas lágrimas rodaban por su suave mejilla.

"Sabes que eso no es cierto. Está exhausto. Está cansado, enojado y frustrado. Tú lo sabes. Y está atrapado donde siempre está, dividido entre las personas que ama." Le entregó a Tish la botella de opio.

"No está desgarrado." Tomó un trago, luego otro. "Esto no es lo que era." Se pasó los dedos por la mejilla, con cuidado de no mancharse el maquillaje, y suspiró mientras nuevas lágrimas rodaban. “Yo sabía que ella era especial. Que sería un rival para mí si tan solo se diera cuenta, y yo se lo habría dado todo. Como a mi propia hija. En cambio, se llevó lo único que yo quería para mí."

"Lo sé. Pero ahora has hecho lo correcto. Verás. Él te ama. Y ahora le has demostrado lo mucho que te preocupas, él lo recordará y volverá contigo." Sostenía a la mujer que había sido su única madre. "Y por su propia voluntad también, no porque tú, Cilo o los dioses le obliguen a hacerlo. Sé que lo hará."

"Eso está por verse, querida mía. Ojalá yo tuviera tu confianza. Has visto cómo usa ella esa mirada que tiene. Él la creerá y ella le dirá lo que mejor se adapte a su propósito."

"No estoy segura de que lo haga. No estoy segura de que ella se dé cuenta de que podría."

"Entonces es una idiota después de todo. Ella confía demasiado libremente. Si no puede aprender a mentir, se la comerán viva. Y él encontrará a alguien que pueda, alguien que le diga lo que quiere oír."

"Dales tiempo. Cuando todo esto esté arreglado, puedes enseñar a Maia, tal como querías, y él seguirá ahí contigo al final."

"Tiempo. Tiempo es lo que no tengo." Volvió a cubrirse la cara y

respiró hondo. "El mismo Luc se ha encargado de eso." Bebió de nuevo de la botellita.

No había modo de que todo sonara mejor de lo que ya sonaba, y Neria la abrazó y trató de frotar algo de calor en los frágiles hombros. “Es casi de mañana, deberías instalarte a dormir en la *carra*. ¿Puedo ayudarte?"

Mientras estaban de pie, una alarma escarlata se extendió por el sofá. La sangre era brillante con la muerte, empapando la tela del asiento, manando para gotear sobre la rica alfombra de abajo.

Los ojos de Neria se llenaron de lágrimas. "Tish, estás sangrando de nuevo."

"Lo sé. Es su ira, su odio."

"No. No, no lo es. Tienes que acostarte. Voy a encontrar un modo de parar esto."

"No puedes pararlo. Él dijo que no me amaba. Esta es su prueba. Nada lo hará parar ahora que él se ha ido."

***

Maia se sentó en el borde del jergón, doblada alrededor de las rodillas, con los brazos cruzados, manteniéndose cuerda. Apoyándose en la barbilla, miraba interminablemente el brasero, viendo cómo las ramas se quemaban y se ennegrecían, se convertían en carbones rojos y dorados y se caían.

Cuando se abrió la lona de la tienda, ella no hizo ningún movimiento para volverse. No tenía nada que decirle a nadie. Cerró los ojos. El latido de su corazón era un golpe sordo y abatido.

El silencio clamaba en sus oídos y ella esperó que hablara o se moviera para romper la quietud, pero solo había el ardor de unos ojos observadores y un calor subiendo en su sangre. Maia parpadeó ante el fuego, sintiendo que su pulso se aceleraba, pero sin osar mirar.

Temblores despertaron en su estómago, la desafiaron a respirar, a saborear el aire. Tenía miedo de volverse, aterrorizada porque sus sentidos la hubieran traicionado. Su cuello estaba rígido, rechinando sobre vidrios astillados mientras se movía.

Cuando ella alzó la vista, él sonrió y le tendió una mano.

Luc sintió la vida atrapada en el pecho. El mundo y todo lo que contenía era inútil al lado de la visión que tenía ante él. Si todo se detuviera entonces, tendría suficiente recompensa si ella aceptaba su mano.

Maia se levantó con cuidado, presionó la tela de su vestido por los muslos, deseó que sus temblorosas rodillas dieran el paso, dos pasos hasta donde él esperaba. Se tragó las lágrimas, se obligó a inhalar y exhalar, buscó en ese rostro y sólo encontró su propio reflejo en los ojos de Luc.

El brazo se Maia era pesado, tenso y rígido cuando se estiró para tomarle la mano. Con el destello de contacto vino un alivio que se chocó contra ella. Se apoderó de ella como una ola de consuelo caliente como la sangre, se aferró a su piel, llenándola de alegría.

Él dio un paso atrás, invitándola a seguirlo, silencioso y sin aliento.

Amanecía lo suficiente como para lavar las estrellas y morder el aire, pero no lo suficiente para iluminar el campamento más allá del alcance del fuego. Los ojos de ella nunca dejaban los de él, sus dedos temblaban en su agarre mientras él la guiaba hacia donde estaba el *carpentum* de Neria, escondido en el remanso de la noche.

Ella ardía por correr hacia él, por permitir que sus labios le recorrieran la piel, pero se contuvo, intuitivamente consciente de la tensión de su postura, de la presión que se acumulaba en ese pecho y hombros desnudos. Él la levantó fácilmente por encima del escabel y ella se metió dentro, haciendo espacio.

Cuando él subió dolorosamente a su lado, el rigor le subió desde las rodillas, sacudiendo todo su cuerpo para que ella pudiera oír su brutal tensión en la oscuridad. Ella se arrodilló, desesperadamente insegura de qué hacer, solo sabiendo que no debería hablar.

Con meticuloso cuidado, él extendió la mano para desatarle el lazo de la túnica, luego levantó la tela mientras ella levantaba los brazos, desenvolviendo solemnemente a su diosa. Él no necesitaba luz para saber que no había marcas en aquel cuerpo ni huellas de dedos en esa piel. Lenta y suavemente, él se inclinó hacia adelante, descansó la frente en ese hombro, la rodeó con los brazos para poder abrazarla con fuerza, para presionar su carne contra la suya y lloró en silencio.

Maia cruzó los brazos sobre esos hombros, apoyó la mejilla en ese cabello y dejó que el dolor de Luc le recorriera la piel.

# Capítulo 17

Maia le tocó el hombro, le besó en la mejilla y le susurró cerca al oído: "Despierta. Han reabastecido los suministros. Te he traído algo de comida caliente."

"¿Comida caliente?" murmuró él. "¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?"

"Creo que es alrededor de la medianoche, así que, dieciocho horas más o menos."

Él gruñó y se sentó, frotándose la cara, los ojos y con rudeza por el pelo. "Necesito algo de ropa."

"Están detrás de ti," dijo Maia entregándole estofado y pan para que lo mojara. "Y aquí hay vino." Se movió para sentarse a su lado. "No necesitas ir a ningún lado. Quédate aquí y duerme y come."

"Eso pretendo. ¿Dónde están los otros dos?"

“Neria sigue con Justicia. Marc seguirá de guardia, se queda fuera toda la noche y duerme todo el día, pero no sé dónde lo ha apostado ella hoy."

Como si fuera una señal, una palmada en el tablón respondió por ellos. "¿Luc?"

"No. Vete."

Marc subió un paso y se giró, sentándose medio dentro, medio fuera, de modo que el fuego distante solo le tocaba el rostro. "Tenemos compañía."

Luc maldijo ante la comida, encorvado como si se hubiera roto la espalda y tragó vino.

“La guardia ha recogido hoy a un jinete en el flanco del lado alto, solo manteniéndonos a la vista, siguiéndonos a una buena distancia. Cabalgué en amplio círculo esta noche. Están en un campamento a

un kilómetro y medio."

"¿Alguien que conozcamos?"

La oscuridad no pudo ocultar la sonrisa en su respuesta. "Parece una reunión familiar allí."

Maia gimió, horrorizada por las repentinas implicaciones; mareada por lo que eso impliaba y lo que implicaría.

Luc no dijo más, solo comió en silencio, esperando los detalles.

"Mañana por la noche estamos en casa a salvo y esos no muestran ningún signo de estar listos para decampar para una incursión al amanecer, así que esta noche termina." Bajo la luz poco fiable, Maia vislumbró la tensión inquieta en el rostro de Marc y apartó la mirada.

Luc le entregó el plato a Maia y le dio un beso. Vació la taza y buscó su túnica en la oscuridad. Mientras se vestía, Marc continuó: "Solo hay cinco, tal vez por eso se están conteniendo; esperando hasta que regresemos a la ciudad."

"¿Quién?"

"Cilo y el Troll, Antony, Edan y Tav." A Maia le dijo: “Nuestros hermanos. No hay más familia que esa."

Luc hizo una pausa para atarse las botas y preguntó: “¿Por qué? ¿Por qué ellos? ¿Qué me está diciendo? Podría estar esperando hasta llegar a *Londinium*. Hay toda una guarnición allí a la que puede recurrir en busca de apoyo. O podría cabalgar hasta *Londinium* y acusarnos a los dos de deserción. No tiene por qué ensuciarse las manos." Se volvió hacia sus botas. "O podría estar esperando que vayamos hasta él." Bajo el peso de las sombras, abrazó a Maia posando los ojos en su cabello.

"Obtendrá su deseo, entonces," dijo Marc. “El comandante de Justicia nos quiere y él es el jefe aquí. Supongo que nos enviará de regreso."

Luc le dijo a Maia: “¿Alguna idea de lo que quiere? Tú hablaste con

él por última vez."

Todos los sentidos de su cuerpo luchaban contra el simple conocimiento de que ella no podía rogarle que se quedara. Durante unas pocas horas lo había vuelto a abrazar: sentido el calor de su piel, aspirado el olor curativo de él en su alma, yacido entre sus brazos y oído el sagrado latido de su corazón. Era demasiado pronto para que el mundo se lo llevara de nuevo y estuviera en peligro cuando lo que él necesitaba era paz.

Quiso arrojarse a sus pies, mostrarle su terror y suplicarle que se escondiera allí con ella. Que dejara que otra persona se ocupara de la amenaza. Ella sabía que no podía hacer eso y sabía que él no se quedaría.

Luchando por pensar con claridad, Maia se apretó los párpados con los pulgares, buscando en su memoria cualquier palabra que Cilo pudiera haberle dicho que lo respondiera. "Pensé que él había aceptado dejarnos marchar. Quería que me quedara y que te dijera que te fueras. Luego cambió de opinión y nos ofreció protección a los dos si tú también te quedabas. Al final, le dije que él tenía el poder de cambiar las cosas. Que podía darte la baja y que yo le esperaría. Pero se alejó andando. Pensé que se había rendido. Manius me sorprendió. ¿Pudo esto haber sido idea suya, no de Cilo?"

Luc rió. "¿Qué piensas tú, Marcus? ¿Me odia ese lo suficiente como para desafiar la autoridad de Cilo? Me pregunto si de verdad se siente tan seguro."

Marc negó con la cabeza. "¿Importa? Ambos están aquí ahora, y si él desafió a Cilo una vez, puedes estar seguro de que no se atreverá a hacerlo de nuevo. Tavish hará todo lo que haga Edan." Sonrió a Maia. "Gemelos. Mamá dividió un cerebro entre ellos. Antony siempre estará de tu lado. En el mejor de los casos, eso nos da cinco contra sus dos, en el peor de los casos, somos tres contra sus cuatro. Yo me apunto."

Maia apretó una almohada en el puño, queriendo arrojarla contra su fanfarronería. "Cualquier otra cosa que quiera esta noche, puedo decirte lo que siempre quiere: control. Siempre que te enfrentas a

él, subes las apuestas. Nunca va a retroceder. Aparte de eso, me quiere a mí y quiere a Luc."

"O venganza," agregó Luc.

Ella hizo una mueca ante las palabras y giró su rostro hacia el rincón más oscuro, pero no pudo negarlo. “¿Queréis los dos considerar al menos la posibilidad de que él no esté aquí para mataros? Luc, me preguntaste cómo conseguí que me diera comida y dinero y nos dejara ir. Yo lo llevé a ese lugar dándole todo el poder. Y le di una forma de ganar. Si lo conoces, si lo amas, tienes que saber que tengo razón."

“¿Aún estás segura de que lo conoces? ¿Cuántas veces lo has visto matar?" Había un tono en la voz de Luc, una acusación, y ella se volvió para arrodillarse de modo que su rostro estuviera cerca del de él.

"¿Lo estás tú? ¿Cuántas veces lo has visto inseguro de sí mismo? ¿Y tú, Marc? ¿Cuándo lo viste por última vez? Eso nunca ocurre, ¿verdad? Y eso sorprendió a Edan lo suficiente como para cerrarle el pico. Eso mantuvo sus cuchillos alejados de vuestra espalda, ¿verdad?"

Marc intentó responder. "Eso es por ti. A mí no me gustaría tener que enfrentarme a Cilo. Ni a Edan, ya puestos, no a menos que tenga un puñado de algo afilado."

"Correcto, es por mí. Y por eso voy con vosotros."

"No." Luc no levantó la voz, pero la expectativa de obediencia fue clara.

"Voy. Y tengo que ir a prepararme." Ella se inclinó hacia adelante y lo besó rápidamente, luego se movió hacia la cortina abierta y saltó pasando a Marc.

"Maia, no." Luc maldijo, luchando por llegar a la abertura. "Alto."

Ella esperó, con la suficiente luz de luna en los ojos para recuperar el aliento. Cuando él se paró frente a ella, ella dijo: “Luc, ¿qué opción tengo? Si te vas de aquí, y supongo que te irás ahora en

lugar de esperar hasta mañana, discutirás con él y uno o ambos terminaréis muertos. Te amo, pero también le amo a él, y no quiero que ninguno de los dos resulte herido."

"No dejaré que vengas, Maia." Le puso las manos sobre los hombros. "No puedo mantenerte a salvo allí."

El pequeño nudo de ira que se retorció en sus entrañas comenzó a deshilacharse y a engancharse. “Ahora suenas como él: «Voy a pensar por ti, Maia». «Te mantendré a salvo». «Te quitaré todo lo que amas y te dejaré sin nada». Felicidades, Luc, he vuelto adonde empecé."

Marc avanzó de lado y pasó junto a ellos, con las palmas abiertas levantadas. "Te lo dije. Papá te lo dijo. Mamá te lo dijo."

"Cállate, no estás ayudando," espetó Luc.

Él sacudió la cabeza y siguió caminando. “El comandante está en el fuego. Está esperando." Luego se detuvo un momento para mirarse los pies y se volvió hacia Maia. "Dile a Neria que dije adiós."

El agitado mareo en el estómago de Maia comenzó a extenderse y a convertirse en horror. Forzó una sonrisa. "Iré a buscarla." Se apartó de Luc y empezó a caminar en busca de Neria.

Luc la tomó del brazo. “¿Qué hay de confiar en mi juicio? No hagas esto. Es muy peligroso. No he intentado evitar que hicieras lo que querías hacer antes, pero esta vez es demasiado peligroso. Por favor. Si él está lo bastante enojado como para haber venido hasta aquí, podría hacer cualquier cosa. Eso incluye lastimarte. Y el Troll podría hacer eso solo por el gusto de hacerlo." Eso al menos la detuvo.

Volviéndose hacia él, ella levantó la mano de su brazo y la sostuvo. "Él nunca me hará daño, Luc. Jamas. ¿No has terminado con matar? ¿Por qué crees que eligió traer a tus hermanos como escoltas? Si sobrevives a esto, ¿volverás a casa con la sangre de mi hermano o la sangre de tus propios hermanos en tus manos?"

Le levantó la mano frente al rostro y luego la bajó para poder

besarle la palma. "¿Y si no sobrevives? ¿Qué voy a hacer yo entonces? ¿Irme a Roma con Cilo? ¿Unirme a las chicas aquí y cumplir todos los más elevados ideales espirituales de Justicia? ¿Qué, Luc?"

El pecho de Luc se bloqueó en torno a una respiración, reteniendo el aire caliente apretado en el interior donde no podía escapar con palabras.

Maia miró su silencio durante un largo instante, luego dejó que la tensión desapareciera de sus hombros, se acercó a él y lo rodeó con los brazos. “Si vas solo, habrá una pelea. Si yo también voy, tal vez escuche. Si puedes hablar con él, tal vez puedas hacerle ver tu versión de esto. ¿No vale la pena intentarlo?"

Con los brazos sobre sus hombros, él forzó el aire hacia adentro y hacia afuera. "Nada merece este riesgo." Cuando pudo aflojar los dientes, concedió. "Promete que te quedarás detrás de mí y harás todo lo que te diga, sin cuestionarlo."

"No puedo prometer eso. No sé cómo va a reaccionar. Si cree que estoy en su contra, eso podría empeorarlo." Ella retrocedió y lo miró directamente.

Luc no estaba menos tenso cuando siseó: "¿Crees que no lo sé?"

Él dio media vuelta y Maia se tragó la repentina incertidumbre. Nunca lo había visto tan enojado, ciertamente no con ella. "Luc."

La palabra lo detuvo, pero él no dio media vuelta y ella se acercó rápidamente hasta él. "Si estoy equivocada, dime cómo. Te escucho."

"No, no me escuchas." Él dejó escapar el aire duro, estiró el calambre de su cuello. "Pero te dije que te llevaría adonde quisieras ir, aunque eso significara morir por ti. Parece que me estás forzando a mantener mi palabra."

Cuando comenzó a caminar de nuevo, pasó desde la sombra hacia la esfera de luz del fuego y los hombres allí reunidos se volvieron para mirar. Maia se congeló. Un temblor se apoderó de sus piernas,

se alimentó de su fatiga, se convirtió en miedo desesperado, y ella regresó tropezando hacia la oscuridad. En sombras profundas y silenciosas tropezó, se sentó pesadamente en el suelo y apretó las rodillas ante el pecho.

El fuego estaba demasiado lejos para que ella pudiera escuchar la conversación, pero veía a los hombres hablar. Lo que fuese que estaban diciendo, no era tan sencillo como enviar a Luc y a Marc solos para enfrentar al grupo de Cilo. Más de uno parecía estar armado y, cuando finalmente se alejaron del fuego para preparar los caballos, ella se levantó y siguió al comandante hasta la tienda de Justicia.

Las tres chicas estaban encapuchadas, dispuestas alrededor de la cama de Justicia escuchando el informe y recibiendo instrucciones. Ella parecía un cadáver. Sus ojos oscuros estaban apenas abiertos, hundidos y magullados. Era fantasmal, labios secos retraídos en una mueca de dolor o indiferencia.

El comandante se quedó en el espacio vacío, no menos formidable que la primera vez que Maia lo había visto. "Sus invitados regresan para enfrentarse a los hombres que nos siguen. Si su intención al seguirnos es capturar o matar a uno o a ambos, un ataque será innecesario y estos vehículos estarán a salvo. Puede que sea su intención brindar seguridad a sus invitados, es la mía conducirlas a salvo, señoras, hasta *Londinium*. No dejaré que esta caravana sea un objetivo inmóvil."

Maia dio un paso atrás desde la entrada de la tienda, haciendo un gesto a Neria para que viniera. La enfermedad y el horror que sentía devino en alimañas extendiéndose por su piel, reptando con patas ganchudas y dientes afilados, royendo dentro de su pecho.

Cuando Neria salió, le tomó la mano, dominando su miedo, forzando a su voz a funcionar. "Marc quiere verte, decirte adiós."

"No va a decir adiós, no hay necesidad. Volverá." Parecía confiada a la luz del fuego, pero Maia sentía el temblor en esos dedos.

"Van al sacrificio."

"No." Había una sonrisita en las palabras de Neria. “Llevan haciendo esto diez años. Más. Y no tienen una marca. Son buenos en eso, cariño. Puede que a ti y a mí no nos guste o no lo entendamos, pero eso es a lo que se dedican y lo hacen bien."

En la *carra*, mientras esperaban la despedida, Neria dijo: “Uno de ellos tiene que llevar a Tish a su *carpentum*, ella no puede caminar. ¿Crees que Luc lo haría?"

No había compasión en la voz de Maia, solo un rechazo frío. "Pregúntale."

"No la juzgues con demasiada dureza; piensa en lo que te ha dado."

"No quiero pensar en ella en absoluto." El tema era irritante, se amontonaba en los nervios que se esforzaban por escuchar el regreso de Luc.

"No creo que ella consiga volver a casa. Creo que Luc debería verla antes de irse."

Maia espetó, "No me importa. ¿Por qué me preguntas a mí? Si crees que es tan importante, pregúntale a él."

Neria le tomó la mano. Incluso en la oscuridad, sus ojos parecían brillar. “Porque esto debería salir de ti. Él no debería sentir que tiene que elegir. Dale tu permiso para decir adiós."

Maia retiró la mano. “Él no tiene que elegir. La elección está hecha."

"Sí. Buena chica." Neria la abrazó. "Sabía que lo entenderías."

Ella no lo entendía. Estaba molesta. La irritación enrojeció sus mejillas y se apartó del abrazo. "Voy fuera a esperar."

En las sombras más allá de la luz del fuego, Maia se paseaba en un pequeño círculo, mirándose el pálido disco de la palma mientras la frotaba con el pulgar. Astillas heladas de sudor picaban como alfileres y agujas, pero no había mancha, nada que frotar excepto miedo.

Cuando se acercaron pasos, ella salió de las sombras, señalando a Marc hacia la carreta. Luc la levantó, enterrando el rostro en su cabello y ella le envolvió las caderas con sus piernas, sus brazos alrededor de su cuello. Cuando se besaron, fue con toda la ternura del dolor pasado y lágrimas no derramadas. No hubo urgencia ni adiós, solo la promesa de una eternidad en la suave caricia de esos labios, el toque de su lengua sobre la de ella.

Si había alguna forma de mantener este momento, Maia la aprovechó. Ella rehusó el miedo y la súplica histérica que se desencadenaba en su interior, concentrándose a cambio en la boca de él. Se comprometió a recordar el fulgor de cada lugar donde se tocaban sus cuerpos, ese sabor, la desconocida suavidad de esa barbilla sobre la suya.

Cuando finalmente estiró las piernas para quedar de pie, los brazos estaban menos inclinados a soltarse.

"¿Has cambiado de opinión?" preguntó él.

"No. Aún quiero acompañaros." Él inclinó la cabeza hacia un lado y miró hacia otro lado, y ella agregó: “Pero sí confío en tu juicio. Me quedaré. Si eso es lo que quieres, esperaré. No estarás confiando en sorprenderlo, ¿verdad?"

Él negó con la cabeza. "No confío en nada. Intento cubrir todas las posibilidades, incluso aquellas en las que no he pensado aún. Tu hermano me asusta, Maia. Siempre he estado de su lado antes, el lado que gana."

"No más despedidas después de esto, bien," dijo ella. "He tenido suficiente de ellas." Apoyó la cabeza en su pecho, escuchó su corazón y cerró los ojos. "Justicia está demasiado enferma para caminar." Las palabras fueron quedas y ella trató de hacerlas más fuertes. "Se está muriendo. ¿Quieres ir y llevarla hasta su carro antes de irte?"

Él guardó silencio, pero el latido de su corazón no cambió. No se apresuró ni desaceleró con gran pavor. Él se puso de pie, con los brazos cruzados sobre los hombros de Maia y los labios presionados sobre su cabello. Cuando se movió, fue para tomar su rostro entre

las manos y besarla suavemente. Le tomó la mano y se giró para volver cojeando por el patio iluminado por el fuego.

En la entrada de la tienda de Justicia se detuvo repentinamente, dio media vuelta y regresó al fuego. Permaneció de pie durante un largo rato, encorvado sobre una pierna, con las manos en las caderas, mirando el fuego. Maia esperaba junto a la puerta, observando aquella visión que lo había detenido.

Justicia apenas se parecía a ella misma. Las últimas horas le habían cortado la carne de la cara. No había gracia, ni fuego, ni afilado ingenio. Era como si su naturaleza esencial ya hubiera descartado esta forma y hubiera pasado a lujos distantes. Sin querer entrometerse más de lo necesario, Maia susurró a las chicas a su lado: "¿Está preparada para mudarse al *carpentum*?"

"¿Luc?" La voz de Justicia vino desde alguna parte del fuerte, libre de las agonías de la muerte y la decadencia.

"Sí." Respondió él desde la puerta. Él fruncía el ceño por el dolor y sus ojos eran sombríos, pero su voz fue gentil.

"¿Has vuelto?" Ella abrió los ojos, encontrándole a través de las brumas de la morfina, y le tendió la mano. Las chicas la envolvieron con las pieles para protegerla de la noche y él se arrodilló a su lado. Ella luchó por sentarse erguida y él le pasó un brazo por los hombros, apoyándola en su pecho.

Cuando ella volvió a hablar, Maia retrocedió unos pasos silenciosos. Justicia se apoyaba en el hombro de Luc, sollozando, hablando con un sentido de urgencia desesperada, con una desgarradora súplica en su voz. Él respondió en un susurro. Tomándola por debajo de las rodillas, la levantó fácilmente y la llevó hacia la noche. Las chicas la siguieron, ansiosas por ponerla cómoda, y Maia se tapó la cara y respiró profundamente.

***

Dejada sola en la fría oscuridad de su *carra*, Maia miraba ciegamente el lugar donde yacía Neria, dejando que el silencio la envolviera como un sudario. Un millón de miedos exigían ser

expresados y no había palabras para ninguno de ellos. La locura o la histeria bailaban en las posibilidades, su única vía para calmarse era la esperanza: esperanza sin cuestionar.

"Deberíamos acercarnos al *carpentum* de Justicia."

Incluso las palabras en voz baja de Neria pincharon como gritos. Maia se sentía desarticulada, separada incluso de su propia carne débil, y encontrar la voluntad de responder requirió concentración. "Sí," fue todo lo que pudo decir.

"¿Estarás bien con Tish? Es posible que no podamos volver a salir hasta que lleguemos a *Londinium*."

Maia se puso rígida con el súbito descubrimiento. “¿Y los chicos? ¿Cuándo sabremos lo que ha ocurrido?"

“Cuando nos alcancen, cuando todo esté hecho." Neria avanzó a través de la oscuridad para sentarse a su lado y poner un brazo alrededor de ella.

Maia sintió que la amenaza del tiempo se extendía ante ellas como una tortura. La absoluta oscuridad dejó su sentimiento suspendido en la incertidumbre. Tenía que desafiar el silencio, tenía que encontrar palabras que llenaran el espacio y el tiempo. "Luc le dijo adiós, creo. No pude entender las palabras."

"Gracias. No estoy segura de que sepas lo valioso que fue ese regalo. Justicia también te lo agradecería, si pudiera." Apretó con más fuerza los hombros de Maia. "Creo que estará muerta en unas horas, está sangrando. Demasiada sangre."

"¿Qué harás tú? ¿Qué pasará con todas sus chicas?"

Hubo lágrimas libres cuando Neria trató de responder, con la voz entrecortada y nasal. "No sé lo que dice su testamento. Habrá hecho planes, siempre tiene un plan, y sabía desde hace mucho tiempo que esto vendría. Las propiedades hispanas son tuyas, creo, si las quieres. Lo que hagas con ellas depende de ti."

"Son de Luc, no mías." Maia rehuyó la responsabilidad. "Pero ¿qué hay de vosotras?"

Esta vez Neria sollozó con fuerza entre sus manos, respirando y jadeando por su dolor. Sus palabras fueron confusas y Maia escuchó con atención, tratando de comprender.

“Quiero preguntarle a Marc si puedo quedarme con él. No tengo otro lugar adonde ir. Aunque ella mantenga el templo abierto, no quiero quedarme allí. Si hay dinero para mí, nunca será suficiente, no si no puedo trabajar. Y no puedo. Estoy embarazada de nuevo."

Maia luchó por mantenerse al día con la repentina avalancha de palabras y sus implicaciones. "¿Se lo has dicho?"

"No." Ella sacudió su cabeza. “Agradecí a la Diosa por habérmelo traído, le rogué que le dejara quedarse. Pero al final, he sido una ramera desde que era niña. He estado con la mayoría de los hombres que él conoce. No puedo esperar que él quiera quedarse conmigo. Ni quedarse con el hijo de un extraño." Su voz gimió con desesperanza, y se golpeó débilmente el muslo por la frustración. "Y él va a huir del ejército romano. Nunca habrá ningún lugar seguro para él, especialmente si también tiene que mantenerme. Pero yo no tengo ningún otro sitio al que poder ir."

Maia gimió, colocando la cabeza de su amiga sobre su hombro mientras esta sollozaba. "No llores aún. Quizá a él no le importe. Y si yo puedo encontrar un lugar seguro, tú también puedes quedarte allí. Seguro que nos merecemos un poco de felicidad."

Neria se secó la cara con la sábana debajo de ambas y se sonó la nariz con fuerza. Le temblaban las manos y las lágrimas seguían cayendo al decir: “Así es como los dioses nos mantienen de rodillas y en sus sombras, ¿no? Todos creemos que no merecemos ser felices."

Eso era cierto, tanto si Luc creía en los dioses como si no. "Bueno, si la Diosa te lo trajo una vez, será mejor que lo traiga otra." Que uno de los dioses, cualquiera de ellos, les mantenga a todos a salvo.

***

Pacientes, quietos, silenciosos, esperaron a que la oscuridad cediera. Casi sin transición, la hierba a su alrededor cambió de tinta a

carbón y la silueta de las copas de los árboles se contrajo contra el cielo. Luc leyó el cielo, luego asintió hacia adelante y espoleó el caballo hacia un lento progreso colina abajo.

Mientras se allegaban al fuego, un quedo silbido sonó desde la línea de árboles, y Antony entró andando en el campamento desde su guardia en el lado opuesto, arrojando un montón de ramitas y ramas al fuego.

Las formas alrededor del fuego se movían sin ningún sentido de urgencia cuando la luz se encendió en medio de ellas. Luc se detuvo fuera del círculo de luz, en silencio, esperando. Cilo permanecía de espaldas junto al fuego, con las rodillas dobladas y las manos cruzadas sobre el pecho como si esperara poder dormir unos minutos más antes de que su visita le obligara a despertar. Iba vestido de negro de nuevo, un negro mate que absorbía la luz del fuego; sólo el blanco crudo de su túnica brillaba en contraste, entre su armadura y su piel de aceituna.

Los otros dos hombres se sentaron lentamente, frotándose el sueño de la cara y el frío de la piel.

"Nuestro tribuno parece relajado para alguien que ha dormido con armadura, ¿no es así?" susurró Luc a Marc. "Pero ¿dónde está su macaco?"

Luc avanzó hasta que sólo Cilo estuvo entre él y el fuego, sus tres hermanos al otro lado y Marc detrás de él. "¿Dónde está tu troll, Cilo?"

"Sé caritativo." Cilo comenzó a sentarse erguido, miró a su alrededor y se detuvo el tiempo suficiente para registrar sorpresa. Se puso de pie fácilmente, sus acciones y reflejos eran tan agudos como siempre. "Baja, no pareces cómodo ahí arriba."

"No." La sonrisa de Luc fue tan fría y aguda como la palabra. "No hasta que me digas dónde está."

Cilo se volvió con una sombra de duda en los ojos. Algo inesperado lo había inquietado, una posibilidad que no había considerado. "Ha ido a visitar a tu ramera."

"Recibirá una cálida bienvenida, allí." La voz de Luc se mantuvo firme mientras lanzaba una mirada rápida a Marc y exploraba el rostro de Cilo en busca de alguna señal de mentira.

"Sí." Cilo alzó la mirada. "Debería haberse llevado algunos amigos con él. ¿Dónde está Maia, Luc?"

“No muy lejos. ¿Esperabas que la trajera?"

Asintió, escudriñando la oscuridad fuera de la luz del fuego como si pudiera vislumbrarla allí. “Sí, lo esperaba. Mira a tu alrededor. Estos chicos no están armados. Te hemos estado esperando." Miró hacia arriba con los labios apretados por la preocupación. "Baja. Ven y habla conmigo. Todo esto es para tu beneficio."

Luc miró a sus hermanos por encima del fuego. Los gemelos pusieron agua a hervir y enrollaron la ropa de cama. Antony les daba la espalda mientras cambiaba la ropa húmeda por seca. Tinta pintaba triángulos irregulares en la parte superior de la espalda y los hombros. Era más delgado que Luc y Marc, su cabello era corto pero más oscuro. Todos estaban completamente relajados.

Marc permaneció montado, tenso y callado. Luc se desmontó resbalando y se movió para pararse frente a Cilo, dándole la espalda deliberadamente al alargar la mano para devolverle las riendas a Marc.

"Está a salvo aquí abajo, ¿sabes? Me he asegurado de eso y puedes verlo. Ve por ella."

"No. Quieres hablar conmigo. Habla."

Cilo se echó a reír en voz baja, como si él hubiera jugado ese farol antes, y negó con la cabeza. “Por eso siempre ganas, amigo. No regalas nada." Se acercó a su talego y sacó un rollo de pergamino. El sello rojo de los documentos oficiales del Ejército Imperial brillaba a la luz del fuego. “Te he traído esto. Quiero discutir el trato de Maia."

Luc habló en voz baja, reconociendo el pergamino sin necesidad de examinarlo. "¿Por qué ahora?"

"Siéntate, hay mucho tiempo. Si estás aquí para hablar, hablemos." Él estaba sonriendo, ronroneando como Justicia.

"¿Por qué ahora?" repitió Luc. "¿Por qué aquí? ¿Por qué así?"

Los ojos de Cilo se oscurecieron y su ceño se profundizó, pero la sonrisa permaneció fija. "No conseguí hacerle entender a ella, no mientras estuviera preocupada por ti, pero sabía que tú me escucharías. Sé que no van a seguir corriendo con ella. Es demasiado peligroso para ella estar ahí fuera. Tú lo sabes. No puedes esperar que ella viva así."

"Ya tienes las bajas, vámonos." Las palabras de Marc atravesaron el fuego como una espada lanzada.

Luc lo ignoró. "¿Cuál es el truco, Cilo? Esto es demasiado fácil." Luc tomó el documento ofrecido y se lo entregó a Marc sin examinarlo.

Cilo dio un paso adelante, cercándole hacia las sombras y Luc se mantuvo firme, por lo que se juntaron pecho con pecho, cara a cara.

"Un paso atrás, Cilo." La voz de Luc se mantuvo firme, casi educada. "Responde la pregunta. Me quedo aquí mismo, da un paso atrás."

Cilo no hizo ningún movimiento para retirarse. "Ella es mi esposa. Pertenece aquí, conmigo, y sé que habría venido si hubiera tenido la oportunidad. Está aquí en alguna parte, ¿no es así?"

Los caballos pisoteaban nerviosos y daban empujones ante la agitación a su lado, pero ninguno de los dos hombres cedió terreno. Luc dijo: "Ella ha tomado una decisión. Está donde quiere estar. Búscate otra esposa."

“Consulta con ella sobre ese asunto. Ella me hizo una promesa. Tú tienes la baja." Miró más allá de Luc hacia las sombras. En el frío del amanecer, el sudor formaba pequeñas joyas a lo largo de la línea del cabello y le humedecía la barba oscura del labio. "Y ella viene conmigo ahora."

Marc volvió a examinar la oscuridad. "Esto no huele bien, Luc. Hora de irse."

Esta vez, Luc asintió. "Estás sudando. Y ya no jugaré a este juego contigo. Ella no ha hecho ningún trato contigo que signifique quedarse aquí. Ahora, tengo lo que quiero y voy a volver al campamento."

“Tienes que jugar. Hay mucho en juego. Y yo no me iré de aquí sin ella." Cilo retrocedió dos pasos claros con las manos abiertas extendidas, pero la tensión en sus brazos era miedo, no anticipación por una pelea. "Te lo preguntaré de nuevo. ¿Donde estáa? No creo que no quisiera venir aquí esta noche. Habría venido a hablar conmigo. Lo prometió."

Marc estaba en silencio con los cuchillos desenvainados en ambas manos, explorando las sombras, pero sin encontrar un objetivo claro.

Luc levantó la espada ancha sobre su hombro instintivamente, colocando la hoja plana sobre el hombro de Cilo. Su borde afilado trazó una línea en su garganta, imitando la fría sonrisa de arriba. Girándose de espaldas al empujón de los caballos, Luc buscó la amenaza en el amanecer gris y las sombras en movimiento del fuego. Ninguno de los otros hombres reaccionó. Realmente estaban desarmados o tenían órdenes estrictas de no interferir.

"No tiene por qué ser así, Luc. Puedes irte ahora con tu baja. Pero Maia se queda con nosotros. Ella está a salvo aquí. Debiste haberla dejado venir. Déjala hablar. Ella misma te dirá que me hizo esta promesa."

Edan ignoró a Luc, moviéndose hasta plantarse como una roca detrás de Cilo, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho. Estaba desarmado, aparentemente no era una amenaza, pero no dejaba dudas sobre su lealtad.

Manius emergió de repente en el borde de la luz, sonriendo. Se frotaba las manos, haciendo correr el sudor y la grasa de cuero de las palmas. El sudor de caballo le bajaba por las pantorrillas. Todos los ojos se posaron en él.

Marc tenía razón, todo esto olía mal. Manius había estado cabalgando mucho, pero no desde hacía algún tiempo. Su

respiración era uniforme, no había rubor de esfuerzo en sus mejillas. Había estado esperando, observando o demorando mientras Luc consideraban la oferta de Cilo. Su cebo. Pero, a pesar de su sonrisa, algo había salido terriblemente mal.

La piel morena de la mejilla de Cilo palideció y quedó como una placa de hielo, su sonrisa desapareció instantáneamente. Solo sus ojos escapaban al frío.

Ardían.

Luc observó el cambio, miró la sonrisa de Manius y volvió a mirar a Cilo. Empujó el filo de su espada un poco más cerca, a sangre, y habló con tranquila claridad. "¿Dónde ha estado, Cilo?"

La garganta del tribuno se abultó contra la hoja, la furia subía hasta tensarle los músculos del cuello, avanzando a empujones el filo de la hoja. "¿Qué estás haciendo aquí atrás?"

Cuando Manius habló, aún estaba sonriendo. "Luc, será mejor que te pongas en movimiento. He planeado una fiesta para tu puta y he pagado a una gran lista de invitados. No quedará mucho de ese campamento como no regreses pronto. Y la diversión comenzará al amanecer. De hecho, ¿no es humo lo que huelo?"

Luc lo ignoró, mirando a Cilo, dijo con voz ronca: "¿Así es como se supone que debe ser, Cilo?" El sarcasmo curvó sus labios y cortó el aire. "¿Están las apuestas lo bastante altas ahora?"

¿Dónde está, Luc? Dime que la has traído contigo." Algo que parecía locura brillaba en sus ojos: una pesadilla de comprensión que deshilachaba los últimos hilos de la razón.

"¿La ves tú por algún lado?" Luc levantó la voz, pero su tono cambió con la velocidad de la inspiración. "Toma." En un instante, dejó caer la pesada espada a su lado, agarró la hoja más corta de su cinturón y la sostuvo con la empuñadura hacia afuera para que Cilo la tomara. "Ve a explicarle a tu troll por qué hay un problema."

Cuando Cilo tomó el cuchillo, probando su peso en su mano, se acercó al borde de la luz, sonriendo como una calavera. "No, no es

así como se supone que debe ser. Manius no debería estar complaciendo su nuevo gusto por la improvisación. Simplemente ha tirado todo lo que es importante para mí. Otra vez."

"Cilo." La confusión de Manius se quebró en su voz. "Te acaba de entregar una espada. Aprovecha la oportunidad. Si no tienes estómago para matarlo, yo lo haré."

Luc cerró los ojos y levantó la espada, como si su peso fuese un ancla en el que poder mantener su foco el tiempo suficiente para superar la crisis.

Cilo apenas susurró. "¿A quién pagaste? ¿Qué clase de competencia, una chusma o milicia?" El avance de Cilo era concentrado, su miedo y su rabia habían descubierto una fuerza irresistible.

“Solo una chusma de *Verulamium*. Borrachos. Algunos veteranos. Estarán allí ahora. Les dije que les destrozaran el campamento. ¿Cilo?" Manius observó cómo la hoja giraba en la mano. "Esa fue tu orden."

"Se suponía que debías quedarte con ellos. Se suponía que tenías que asegurarte de que Maia no estuviera allí." Las rodillas de Manius se doblaron, pero él no cayó. Cilo lo sostenía erguido sobre la espada en su estómago, apoyando todo el peso contra su pecho mientras sus ojos se abrían con incredulidad. "Ella es lo único que importa, ahora. Lo único que importa. Pensé que lo habías entendido."

Edan maldijo, alzó las manos al aire y dio media vuelta.

Luc enfundó la espada ancha por encima del hombro y subió de un salto a la silla. Hizo retroceder al caballo, observando a Cilo apartar de un empujón el cuerpo de Manius, observar la realidad batallar por recuperar el control.

Cilo se estaba mirando las manos, observaba cómo la sangre se espesaba y goteaba de las yemas de sus dedos. Miró hacia arriba, buscando esperanza en la fría luz del amanecer, luego levantó un puño ensangrentado hacia Luc y gritó: "¡Ve! Encuéntrala."

Luc omitió toda otra súplica que él pudiera haber hecho, espetando a Edan, "No dejes que se mate. Vosotros dos os merecéis el uno al otro."

Galopando por la misma línea que habían recorrido en la oscuridad, Marc parpadeó para alejar los cortes del viento helado. Estaban lo bastante cerca para ver el camino de abajo, lo bastante alto para salir de los árboles, y cabalgaban hacia el humo espeso, la destrucción y el pillaje donde ardía el campamento de Justicia. “La carretera," chilló. "Es más rápido si nos siguen y no nos veremos atrapados en el alboroto."

Luc asintió, tiró de los caballos entre los árboles hasta la dura superficie y los fustigó a plena velocidad.

***

El conductor del *carpentum* de Justicia mantenía a las mulas a un galope constante con el resto de la guardia en formación cerrada a su alrededor. En el interior, las chicas intentaban reducirle a Justicia la sacudida y el tambaleo, colocando cojines a su alrededor para minimizar su movimiento y sujetando su medicina en sus labios cada vez que gemía. Todo lo que habían podido conservar estaba empacado en los estrechos espacios entre ellas. Los demás vehículos y todo lo que llevaban habían sido abandonados.

Maia se sentaba en la parte trasera del carruaje, sintiendo la distancia crecer fuera de su control mientras lágrimas de terror corrían por sus mejillas. Quería saltar y volver corriendo por el oscuro camino, pero estaba paralizada por un pavor inútil. Neria llevaba la misma máscara de silenciosa desesperación, de esperanza destrozada por realidades irrevocables. Nadie hablaba.

El olor nauseabundo de la enfermedad se adhería a las telas y el dosel lo sellaba, esas respiraciones entraban y salían con las agrias exhalaciones de la muerte inminente. Al menos el retumbar de las ruedas tamborileaba sobre el traqueteo y el gemido en el pecho de la Gran Sacerdotisa, y eso era lo más cercano a la compasión que podía encontrar Maia. Se recostó en la pared trasera, se tapó la cabeza con un cojín y cerró los ojos.

***

Cuando el amanecer iluminó el cielo, el comandante hizo un alto. Sin pausa, el derrotado grupo de mulas fue desatado y desviado hacia los pastos al borde del camino, y un segundo grupo fue arrastrado hacia los caminos. No estaban frescas, sino mejor por haber corrido sin carga. Podrían mantener el ritmo otra hora, tal vez más.

Él miró atrás por el largo camino recto. Si tenían persecución, comenzaría ahora, detrás de las cuatro leguas que habían cubierto en las últimas tres horas. Poco más de una hora para un caballo al galope, y en ese tiempo podrían estirar su ventaja en otra legua. Así que, solo quedaba otra legua hasta las murallas de la ciudad. Enviaría jinetes por delante para pedir refugio cuando se acercaran lo suficiente. Su confianza fue más fuerte.

En cuanto el nuevo equipo estuvo en el arnés, ordenó al conductor que las condujese de nuevo. Estarían en *Londinium* a media mañana.

***

Afuera del templo de Justicia, Maia permanecía en silencio, agarrando un puñado de su túnica con dedos tensos y observando cómo el personal llevaba con cuidado la camilla de Justicia a través del amplio pórtico delantero. Cuando la multitud de chicas despejó el patio, ella dio un paso atrás contra la pared delantera para protegerse de la lluvia y resbaló por esta hasta sentarse, esperando.

"No puedes quedarte aquí, cariño. Saben donde estamos. Llegarán hasta aquí y, cuando lo hagan, necesitarán comida y agua caliente. Hemos mandado llamar al cirujano de Justicia, por si acaso, así que ven y ayúdame a prepararme."

Maia apoyó la cabeza en las rodillas y miró hacia la calle vacía. Estaba igual, exactamente igual. En el tiempo que había estado fuera, nada había cambiado en la calle por la que había corrido hacia la libertad. Era cierto, esperar aquí fuera no tenía otro propósito que llegar antes a las malas noticias.

Neria la rodeó con un brazo. “Ven y elige una suite. Toma un baño

caliente. No hay nada más que hacer que esperar."

Pero esperar era duro. Si el viaje convulso y discordante había sido insoportable, al menos había habido un punto final a la vista. Había sido posible, al menos, calcular cuánto duraría. Y el entorno cambiaba, y las señales estaban ahí, que su meta se estaba acercando.

Esperar ahora era más de lo que sus tensos nervios podían soportar.

Llenando los momentos con detalles, incluso bendiciones como agua caliente y buena comida, molida. No había consuelo en remojarse y su estómago rechazaba cualquier cosa que no fuese un bocado de pan y miel.

El ambiente en la casa también estaba dividido y algunas de las chicas sonreían brillantes y daban la bienvenida a los hombres que habían sido su escolta de seguridad. Mientras lo hacían, otras lloraban o se deslizaban silenciosamente por los pasillos fuera de la suite de Justicia, respondiendo a las llamadas del galeno.

Neria dividía su tiempo entre estar al lado de la Suma Sacerdotisa y al lado de Maia. En la habitación de la enferma no podía hacer más que susurrar aseveraciones, confiando en que sus palabras fueran escuchadas, y con Maia solo podía quedarse sentada en silencio, confiando en que el tiempo estuviera llevando a los hermanos a salvo a casa.

Maia se sentó en el borde de un sofá, lejos del color y el movimiento del comedor y de espaldas a la luz de la entrada. No tenía nada más que decir, simplemente cruzó los brazos sobre el estómago y esperó. Era imposible que pudiera imaginar un resultado aceptable. Estaba agotada por la especulación y el miedo. Esperaba. Y contaba los momentos.

***

Marc entró por la puerta, sonreía como si se estirara entre el agotamiento y la histeria, y le tendió una mano a Neria. Cuando ella corrió a su abrazo, Maia fue dejada sin protección contra el tiempo. Su acelerado latido de corazón hacía que cada segundo

pareciera un siglo, cada respiración una proeza de resistencia.

Cuando Luc por fin entró, el alivio burbujeó por la piel de Maia, dejó una erupción de nervios encendidos y cayó como piedra caliente en su estómago. Luc estaba vivo, estaba aquí y parecía ileso. El júbilo y la desesperación salieron al aire de entre sus labios abiertos. Ella no podía encontrar suficiente aliento para llenar el hueco en su interior. ¿Y Cilo estaba muerto? Se mordió el labio para que este no temblara y, cuando sintió el sabor de la sangre, trató de lamerla. Tics tiraban y jugaban en su rostro, cambiando las sonrisas en un fruncir el ceño y viceversa mientras ella se levantaba despacio.

Marc parecía entero, ninguno de los dos mostraba ningún signo de derramamiento de sangre y, sin embargo, eso parecía imposible. ¿Habían matado? ¿Habían muerto hombres otra vez? Ella se apretó contra la pared, incapaz de dar el primer paso.

Luc también jadeaba por los duros esfuerzos de su viaje. No había indecisión en su rostro, sus ojos eran feroces, ardiendo de pasión, él estaba sonriendo. Avanzó dos pasos y, sin apartar la mirada de ella, le dio a Marc una palmada en el hombro y tendió la mano.

Este no era lugar para la sonrisa de Luc, ni para la impaciencia que brillaba en sus ojos mientras él esperaba que su hermano pusiera a Neria en el suelo. Habían cabalgado duro, pero eso podía no implicar persecución. Ninguno de los dos miraba por encima del hombro.

Marc metió la mano en su túnica, sacó un rollo de pergamino y lo golpeó en la anhelante mano de Luc. Él sonrió y se lo empujó a Maia mientras todas las expresiones con las que ella había batallado caían hacia una mirada en blanco. Como no podía hablar, Luc tomó la jarra de cerveza de Neria y levantó su mano limpia y sin sangre para mostrarla mientras la apuraba. Tenía que ser una baja, tenía que serlo. Cilo lo había convenido después de todo.

Maia asimiló todo lo que vio y partió las ataduras de su terror. El comedor estaba lleno de guardias veteranos y sacerdotisas atentas, por lo que ella tomó la mano de Luc y una jarra de cerveza y tiró de él rápidamente por el pasillo hasta su suite de habitaciones. Ella le

entregó la jarra mientras atrancaba la puerta. "¿De dónde has sacado esto?"

Luc vació la jarra, la lanzó al suelo y rió. "Cilo lo cambió por ti." Tiró de su túnica mojada sobre la cabeza y la echó al suelo también, luego se dejó caer sobre la cama, exhausto y aún riendo.

"¿Estás bien? ¿Estás herido?" Maia corrió a arrodillarse a su lado. "¿Lo está él?"

El esfuerzo por respirar era tan feroz que cada músculo de su pecho y estómago estaban tensos y flexionados en una dolorosa repetición. Le temblaban las manos a causa del cansancio. Aún así rió. "Él no está bien, Maia. Está loco. Creo que le he llevado al límite."

"Pero ¿está vivo? ¿No matasteis a nadie?"

"Está vivo. O lo estaba cuando nos fuimos." Eél la agarró, tiró de ella sobre su pecho y rodó para que ella estuviera acostada de espaldas a su lado. "Y te contaré todas y cada una de las cosas que se dijeron e hicieron, pero ahora quiero comer y dormir. Quiero que la puerta esté atrancada y que no se abra durante una semana y te quiero aquí a mi lado, donde pueda tocarte, ya sea que esté despierto o dormido." Parecía un niño. La euforia de la juventud había inundado su sistema o los años habían desaparecido junto con su esclavitud.

Maia reía y lloraba, le temblaba el cuerpo, por sus ojos fluía el llanto. "Eso suena razonable," susurró. "Creo que son las palabras exactas que usó Hércules cuando terminó su penitencia." Le deslizó las yemas de los dedos tiernamente por el cabello en las sienes y suavizó la última tensión de sus ojos, y se obligó a respirar más despacio.

"¿Hay algo que necesites ahora? ¿Quieres comida caliente? Hay mucha por ahí. Y buen vino. O cerveza."

Ella cruzó las manos sobre su cabello mientras él enterraba la cara en su pecho y dejaba que su respiración se relajara. "Tenemos nuestra propia chimenea, nuestro propio baño. Tenemos ropa limpia y seca." Ella comenzó a soltar risitas. "Tenemos sirvientes. No

hay viento ni lluvia ni caballos que alimentar o ensillar. No hay agua que sacar, calentar o transportar. No hay ningún lugar al que llegar mañana."

Luc alzó la vista y sonrió. “¿No hay bosques plateados? ¿Ni luz de luna y estrellas en lo alto? ¿No hay noches frías que te envuelvan en la orilla de un río?

"Ni nieve ni barro." Ella se apoyó sobre los codos, riendo. “Ni pan seco ni frutos secos ni vino agrio. Nada de posadas sucias y asquerosos posaderos. Ni locos intentando matarnos. Ni moretones, rozaduras ni calambres, ni oídos congelados ni narices goteando."

"¿No hay pueblos de piedra antiguos o puntas de sauce?"

La sonrisa de Maia se suavizó y sus ojos se oscurecieron, exquisitos con la oleada del deseo. “Oh, tú ganas. ¿Cuándo podemos volver?" Miró más allá de la hermosa simetría de ese rostro hacia la fuerza y el coraje, la honestidad y la bondad de ese corazón y esa alma. "Lo conseguimos. Después de todo eso, estamos a salvo."

La miró en silencio por un momento, tocando sus labios. "¿Te he dicho lo mucho que te amo?" preguntó él.

La penetrante intensidad de esa mirada entró en el corazón de Maia, apretándole con fuerza el pecho y parando la respiración. "Un millón de veces. Todos los días. En todo lo que haces y dices. Nunca lo he dudado ni por un minuto."

"Bien." Él sonrió. "¿Podemos comer ahora?"

"Sí. Tú quédate ahí y yo iré a buscarte algo de comida."

Cuando llevó la bandeja a la habitación y la dejó junto a él, cruzó la suite para cerrar las contraventanas y oscurecer la habitación. La luz del fuego era el mejor color de Luc, era toda la luz que ella quería. Tumbada a su lado, lo vio comer, besando ocasionalmente la salsa de sus labios, su barbilla o sus dedos. Y cuando él dejó la bandeja a un lado, ella supo que tenía todo lo que necesitaría.

**FIN**

# Glosario de la Serie Roma

**Aba, Abaya**: La *abaya* "manto", a veces también llamado *aba*, es una simple prenda suelta, esencialmente un vestido similar a una túnica, que usan algunas mujeres en partes del norte África y la Península Arábiga. Los *abayat* tradicionales son negros y pueden ser ya sea un gran cuadrado de tela que cubre los hombros o un caftán largo. La *abaya* cubre todo el cuerpo excepto la cara, los pies y las manos.

**Ablutium**: Baño.

**Aedicula**: Una edícula (plural, ediculae) es un pequeño santuario.

**Al siq**: al-Siq (traducido: el eje) es la entrada principal a la antigua ciudad de Petra en el sur Jordán. El desfiladero es tenue y estrecho (en algunos puntos no más de 3 m de ancho) con curvas que recorren aproximadamente 1,2 km y termina en el punto más elaborada ruina, Al Khazneh (El Tesoro).

**Al Uzza**: Al-Uzzá fue el diosa principal adorada por los nabateos, quienes (eventualmente) la equipararon con la diosa griega Afrodita Ourania (Venus romana, Caelestis).

**Alae**: caballería auxiliar romana.

**Alkanet**: Raíz utilizada en Cosmética romana para una mancha roja brillante en los labios. También se utilizó como abortivo.

**Árab el-Hajaya**: Jordania, Área, Zona tribal.

**Ares**: Dios griego de guerra. Marte romano.

**Atrebati**: Tribu celta. Los Atrebates del sur de Gran Bretaña. Habitando una región ahora contenida dentro el condado moderno de Berkshire, e incluyendo las partes del norte de Wiltshire, Hampshire y Surrey. Su capital tribal estaba situada en Calleva Atrebatum, hoy conocido como Silchester en Hampshire.

**Aureus**: El aureus (pl. aurei "dorado") era una moneda de oro de la antigua Roma valorada en 25 denarios de plata.

**Auspex**: capellán/sacerdote del ejército.

**Auxiliaria**: Tropa no romana reclutada y adjunta a las Legiones.

**Bab al-sirr**: Tradicional Las casas árabes a veces tienen un "Bab Al-Sirr": una puerta secreta utilizada como una salida de emergencia incorporada en las paredes y oculta con un alféizar de ventana o un librero. El nombre proviene de una de las seis puertas cortadas a través de un antiguo muro en Adén (en el actual Yemen), que se abrió sólo en caso de emergencia de seguridad del estado.

**Bean Shidhe**: O «mujer de los montículos de hadas» es un espíritu femenino en la mitología escocesa, generalmente visto como un presagio de muerte o un mensajero del Otro Mundo. (también deletreado beanshìth). Banshee.

**Bétyle**: Los nabateos veneraba a sus deidades en *betyls* (losas de piedra anicónicas). El *betyl* indica la presencia divina de cualquier deidad que se está representando, y no es restringido a Dushara y Al-Uzza.

**Bilbilis**: Ciudad romana cerca de la Calatayud moderna.

**Bisht**: Un *bisht* es un manto de los hombres árabes tradicionales. Es esencialmente una capa exterior fluida hecha de lana, usado sobre el *thobe*. A diferencia del *thobe*, el *bisht* es suave y es generalmente de color negro, marrón, beige, crema o gris. Como los inviernos son cálidos, esta región, el *bisht* generalmente solo se usa por prestigio en ocasiones especiales como bodas o festivales.

**Brecks**: pantalones.

**Buccina**: Una *buccina* es un instrumento de bronce utilizado en el antiguo ejército romano similar al *Cornu*. Un *aeneador* que soplaba una *buccina* se llamaba «buccinador» o «bucinator». La *buccina* se utilizaba para el anuncio de las guardias de noche y varios otros propósitos en el campamento.

**Caesaraugusta**: Ciudad romana. Capital celtíbera del Área tribal de

Lusone. Zaragoza moderna. Construida sobre el río Ebro en la confluencia del Huerva y el Gallego.

**Caledonia**: Escocia romana.

**Caligai**: sandalias del ejército romano.

**Calleva Atrebatum**: Silchester, Hampshire (territorio de los Atrebati).

**Caracca**: Ciudad ibérica, Guadalahara moderna

**Carpentum**: Carreta cubierta con madera o cortinas, usada principalmente por mujeres. Debido a que los vehículos con ruedas eran ilegales en muchas áreas de las ciudades romanas, el más pequeño de estos vehículos podían separarse y transportarse como una parihuela.

**Carra**: Carro pequeño popular entre los celtas. Pequeño carruaje.

**Casa**: Residencia.

**Castrum**: La palabra latina *castra*, con su singular *castrum*, era usada por los antiguos romanos para referirse a edificios o parcelas de tierra reservados o construidos para uso como posición defensiva militar.

**Cenario**: Pequeño comedor

**Centuria**: unos 80 hombres.

**Cingulum**: Cinturón de la espada del ejército romano, hecho de restos de latón y cuero, de dos correas.

**Cohorte**: unos 480 hombres.

**Compluvio**: Un espacio sin techar, en el patio de una vivienda romana, a través del cual la lluvia caía en el *impluvium* o cisterna.

**Contubernium**: Escuadrón u octeto moderno. Ocho hombres.

**Curia**: Una *curia*, plural *curiae*, es una asamblea, consejo, o tribunal,

en el que se discuten asuntos públicos, oficiales o religiosos y se toman decisiones. En la antigua Roma, los concilios se reunían para confirmar la elección de los magistrados, presenciar la instalación de los sacerdotes, la elaboración de testamentos y adopciones. La palabra *curia* también se aplicaba a lugares de encuentro donde se reunían varias asambleas, especialmente en casa de reunión del senado.

**Diezma**: Una forma de disciplina militar utilizada por los comandantes superiores en el ejército romano para sancionar delitos capitales como motín o deserción. La palabra *diezma* se deriva del latín que significa «eliminación de una décima parte». El procedimiento fue un intento pragmático de equilibrar la necesidad de castigar graves delitos con los aspectos prácticos de tratar con un gran grupo de delincuentes.

Una cohorte seleccionada para el castigo por diezma se dividía en grupos de diez, cada grupo echaba suertes (Sorteo), y el soldado sobre quien recaía era ejecutado por sus nueve camaradas, a menudo usando piedras o garrotes. Los soldados restantes a menudo recibían raciones de cebada, en lugar de trigo, durante unos días y tenían que acampar fuera del campamento de marcha.

Como el castigo caía por sorteo, todos los soldados del grupo eran elegibles para la diezma, independientemente del grado individual de la falta, del rango y distinción, a menos que se amañara para eliminar a los cabecillas del motín. El liderazgo generalmente se ejecutaba independientemente en una de cada diez muertes entre la tropa y la lanza.

**Deva**: Chester, Cheshire.

**Durocornovium**: Dunstable, Bedfordshire.

**Dushares**: También transcrito como Dusares, una deidad en el antiguo Medio Oriente adorada por los nabateos en Petra y Madain Saleh (de cuya ciudad era el patrón). Fue engendrado por Manat la diosa del destino. En la época griega, estaba asociado con Zeus porque era el jefe del panteón nabateo, así como con Dioniso. Su santuario en Petra contenía un gran templo en el que una gran piedra cúbica era la pieza central.

**Dux**: Equivalente latino en este sentido al Duque. Nobleza de alto rango.

**Centurión de Primera Lanza**: El rango de centurión era un rango de oficial que incluía muchos grados, lo que significaba que los centuriones tenían muy buenas perspectivas para promoción. El centurión más antiguo de una legión era conocido como *primus pilus* (primera fila o lanza), que comandaba directamente la primera centuria de la primera cohorte y mandaba la primera cohorte entera en la batalla.

De la segunda a la décima cohortes, el comandante de la primera centuria de cada cohorte era conocido como *pilus prior* y estaba al mando de toda su cohorte respectiva en la batalla. A la antigüedad de los centuriones *pilus prior* les seguían los otros cinco comandantes de centuria de la primera cohorte, que eran conocidos como *primi ordines*.

**Flagrum**: Una fusta es un látigo o azote, especialmente un tipo multi-cuerda, utilizado para infligir castigos corporales severos o automortificación en la espalda.

**Flammeum**: Velo rojo de la novia.

**Gallego**: Río principal del valle del Ebro que fluye desde el Norte en Zaragoza.

**Gallia Bélgica**: A veces dado como Belgica Prima, era un Provincia romana ubicada en lo que hoy es la parte sur de los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, noreste de Francia y oeste de Alemania. De acuerdo con Julio César, la frontera entre Gallia y Bélgica estaba formada por los ríos Marne y el Sena, y la de Germania por el Rin. La zona es el histórico corazón de los Países Bajos, una región que corresponde aproximadamente al actual Grupo de estados del Benelux, los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo, así como el Flandes francés y alguna parte de Renania.

**Galia**: Francia moderna, Bélgica, Luxemburgo y Alemania occidental. La provincia más al sur era Gallia Aquitania que limitaba con Hispania a lo largo de los Pirineos.

**Gens Togata**: Personas u hombres de la toga. La implementación de la toga, con su capacidad de cambio, demuestra rango y el estado y las formas en que los elementos de adorno se pueden utilizar para afirmar, defender y manipular identidades en respuesta a cambios políticos y circunstancias sociales. Como herramienta para mantener el orden demostrando legitimidad, la toga cambiante fue adoptada por Augusto cuando él y cada élite de los miembros de Roma negoció su propio lugar en el mundo romano.

**Germania**: Tradicionalmente, el área al oeste del Rin, hacia Rusia, en el siglo I el frente activo y volátil estaba más cerca a la frontera moderna de Bélgica y Francia.

**Ghutrah**: El keffiyeh / kufiya, también conocido como ghutrah, es un tocado árabe tradicional formado a partir de una bufanda cuadrada, generalmente de algodón. Por lo general, lo usaban los hombres árabes. Se encuentra comúnmente en regiones áridas para proporcionar protección contra la exposición directa al sol, así como para proteger la boca y ojos de polvo y arena.

**Gladius Gladii**: Espada relativamente corta y puntiaguda de la infantería romana. Particularmente efectiva como arma punzante en combate cuerpo a cuerpo donde no se podían blandir espadas más largas.

**Glevum**: Gloucester, Gloucestershire.

**Gnaeus Julius Agricola**: (Cneo Julio Agrícola; 13 de junio de 40-23 de agosto de 93) fue un general romano responsable de muchas de las conquistas romanas de Bretaña. Nacido en una destacada familia política, Agrícola comenzó su carrera militar en Bretaña, sirviendo bajo el gobernador Cayo Suetonio Paulinus. Su carrera posterior lo vio servir en una variedad de puestos; fue nombrado *quaestor* (cuéstor) en la provincia de Asia en el 64, luego Tribuno Plebeyo en el 66, y *praetor*n en el 68. Apoyó a Vespasiano durante el Año de los Cuatro Emperadores (69), y recibió un mando militar en Bretaña cuando este último se convirtió en emperador. Cuando terminó su mandato en el 73, fue nombrado patricio en Roma y nombrado gobernador de Gallia Aquitania. Fue nombrado cónsul y gobernador de Britania en el 77. Mientras estuvo allí, conquistó gran parte de lo que ahora es Gales y norte de Inglaterra,

y se aventuró brevemente en las tierras bajas de Escocia.

**Hera**: Hera es esposa y una de tres hermanas de Zeus en el panteón olímpico de la mitología y religión griegas. Su función principal es la de diosa de la mujer y el matrimonio. Su contraparte en la religión de la antigua Roma era Juno. La vaca, el león y el pavo real son sagrados a ella. La madre de Hera es Rea y su padre Cronos.

Representada como majestuosa y solemne, a menudo entronizada y coronada con el *polos* (una alta corona cilíndrica usada por varias de las Grandes Diosas), Hera puede llevar la fruta de la granada en la mano, emblema de sangre fértil y muerte y sustituto de la cápsula narcótica de la adormidera.

Hera era conocida por sus celos y naturaleza vengativa, sobre todo contra las amantes y la descendencia de Zeus, pero también contra mortales que la traicionaran; como Pelias. Paris la ofendió al elegir a Afrodita como la diosa más hermosa, ganándose el odio de Hera.

**Hispania**: Tarraconensis. La más septentrional de las tres provincias en la España del primer siglo, cubriendo el área de los Pirineos, y el sur en una línea irregular desde Vigo, pasando por Toledo; hasta Almería.

**Hookahs**: un *hookah* (narguile), también conocido como pipa de agua, es un instrumento para fumar de una o varias varillas en el que el vapor o el humo se pasa a través de un recipiente de agua (a menudo de vidrio) antes de la inhalación. Cuando la pipa de agua se utiliza para producir humo (como es común en los Estados árabes del Golfo Pérsico), generalmente se le conoce como *hookah*, que significa "tarro" en árabe.

**Huerva**: Río principal del valle del Ebro, que fluye desde el sur en Zaragoza.

**Iberia**: Nombre griego de España/Portugal. Hispania latina.

**Iberus**: Río Ebro, en Aragón, España.

**Ilerda**: Ciudad ibérica. Lleida moderna. Centro de un municipio autónomo separado.

**Isis-Al Uzza**: Isis como la diosa Al Uzza.

**Isis-Mut**: Isis como Mutt, la diosa madre de todos.

**Jabal Habees**: Fortaleza de Al-Habees en Petra.

**Jalón**: Río principal frente al Ebro, que fluye desde el Sur.

**Khameez**: Un vestido tradicional usado por mujeres y hombres. Los *shalwar* son pantalones holgados que parecen pijamas. Las piernas son anchas en la parte superior, y estrecho en el tobillo. El *kameez* es una camisa o túnica larga. Las costuras laterales, si se deja abierto por debajo de la línea de la cintura, brinda al usuario una mayor libertad de movimiento.

**Khat**: Khat (Catha Edulis) es una planta con flores nativa al Cuerno de África y la Península Arábiga. Entre las comunidades de estas áreas, masticar *khat* tiene una larga historia como costumbre social que se remonta a miles de años. La *khat* contiene un alcaloide monoamínico llamado catinona, un estimulante similar a la anfetamina, que se dice que causa excitación, pérdida de apetito y euforia.

**Ksirakakoli**: Nombre latino: Fritillaria roylai El bulbo es antiasmático, antirreumático, febrífugo, galactógogo, hemostático, oftálmico y oxitócico. La planta se usa para masajear a pacientes con hinchazón de las articulaciones causadas por la artritis. Reduce la inflamación y las lesiones, alivia y reduce la hinchazón, los hematomas y el dolor en las articulaciones. Refresca la piel, revitaliza circula y estimula la oxigenación.

**Lectus**: suntuosos asientos o sofás de forma semicircular donde los romanos ricos comían reclinados alrededor de una mesa que tenía la misma forma. El *lectus* fue quizá el elemento más importante del mobiliario de estilo romano que se utilizaban para dormir, sentarse, relajarse o comer. El *lectus* tenía un marco de madera con correas de cuero que sostenían un colchón relleno con paja o lana o plumas. En un extremo del *lectus* siempre había un brazo aunque muchos de estos sofás también tenían respaldos y dos brazos. El *lectus* se hizo aún más cómodo con la adición de almohadas, cojines y un colcha confeccionada con los mejores tejidos. Las patas del *lectus* eran a

menudo caras, decoradas con preciosos metales y marfil. Se hace mención incluso de monturas de plata maciza. La costumbre de reclinarse a la hora de comer se introdujo en las naciones del Este y fue adoptada al principio sólo por los hombres, pero luego se le permitió también a la mujer. Para los pobres, o en las comidas informales, se comía en las mesas y sillas normales.

**Locus Consularis**: El lugar designado para la persona principal de la compañia.

**Londinium**: Londres.

**Lupae**: Prostituta. Uno de los cuarenta nombres para prostitutas, cada uno describe el servicio. Se rumoreaba que estas tenían extraños poderes nocturnos y eran particularmente dotadas en estimulación oral. Las sacerdotisas viajeras de Justicia son una completa ficción, nada típico de las *lupae*. Luc en realidad le señala esto a Maia, pero los lectores me han planteado la pregunta.

**Lupercalia**: La fiesta de la Lupercalia se celebraba el 15 de febrero, en parte en honor a Lupa, la loba que amamantó a los huérfanos Rómulo y Remo, los fundadores de Roma, explicando así el nombre del festival, Lupercalia o «Festival de la Loba».

**Lutetia**: París.

**Mandvessedum**: Mancetter, Warwickshire.

**Manumisión**: Liberación de un esclavo.

**Mediolanum**: Whitchurch, Shropshire.

**Messalina**: Valeria Messalina, a veces deletreada Messallina, (17/20–48) fue la tercera esposa del emperador romano Claudio.

También era prima paterna del emperador Nerón, prima segunda del Emperador Calígula y bisnieta del emperador Augusto. Poderosa e influyente mujer con reputación de promiscua, se afirmó que conspiró contra su esposo y fue ejecutada cuando el fue descubierto la conspiración. Su notoria reputación es posiblemente el resultado de políticas parciales. Ha sido perpetuada por obras de arte y literatura en los tiempos modernos.

Con su acceso al poder, Messalina entra en la historia con una reputación de despiadada, depredadora y sexualmente insaciable. Su esposo es representado como fácilmente conducido por ella e inconsciente de sus muchos adulterios, hasta informó que había llegado a casarse con su último amante, el senador Cayo Silio en el 48. El Senado romano ordenó entonces que el nombre de Mesalina y todas sus estatuas fueran retirados de todos los lugares públicos o privados *(damnatio memoriae)*.

**Milites Gregarii**: Hombres de armas no nobles. Soldados regulares..

**Nafud**: El Nafud o Al-Nefud es un desierto en la parte norte de la Península Arábiga que ocupa una gran depresión ovalada. Tiene 290 km de largo y 225 km de ancho, con un área de 103 600 $km^2$. El Nafud es una región desértica de dunas de arena con poca o ninguna vegetación. Es conocido por sus repentinos vientos violentos que explican las grandes dunas en forma de media luna. La arena en el Nafud es un color rojizo ladrillo. La lluvia llega una o dos veces al año. En algunas zonas de tierras bajas, es decir, en las cercanas a las montañas de Hejaz, hay oasis donde se cultivan dátiles, verduras, cebada y frutas. El Nefud está conectado al Rub 'al Khali junto al Dahna, un corredor de llanuras de grava y dunas de arena, 450 km de largo y de 10 a 30 km de ancho.

**Nacione**: Soldados extranjeros alistados o reclutados para Roma. Obtenían la ciudadanía por el servicio.

**Nertobriga**: Ciudad romana cerca de la moderna Almunia, España.

**Hierba mora**: BELLADONA. Planta tóxica de la familia Solanum, fatal incluso en pequeñas dosis.

**Numancia**: Capital celtíbera de las tierras de la tribu Arevaci. Cerca de la moderna Garray.

**Nimphaeunum**: El *nimphaeunum* era una gran fuente pública a lo largo de la calle Colonnaded de Petra. Solo quedan los cimientos hoy, pero en la antigüedad era un edificio espléndido con una media cúpula interior empotrada.

**Okilis**: Ciudad celtíbera, ahora Mediacelli.

**Ordovices**: Tribus en Cambria (Gales).

**Palla**: Gran chal suelto usado por las mujeres

**Pallas Atenea**: «¿Detuvo Hera a su propio hijo cuando era Reina del cielo?
No, hizo que Palas Atenea lo detuviera por ella.»
El libro 5 de La Ilíada, líneas 430-910.

**Palium**: Una pesada capa de lana. Hay muchas opiniones diferentes sobre el origen del *pallium* papal. Algunos lo rastrean hasta una investidura de Constantino I; otros lo consideran una imitación del *Efod* hebreo, la prenda humeral del Sumo Sacerdote. Otros declararan que su origen se remonta a un manto de San Pedro, que era simbólico de su cargo de pastor supremo. Una cuarta hipótesis encuentra su origen en un manto litúrgico, el cual se afirma que ya fue utilizado por los primeros papas. Una quinta dice que su origen se remonta a la costumbre de doblar el ordinario manto-palium, una prenda exterior en uso en la época imperial.

**Pennocrucium**: Water Eaton, Staffordshire.

**Peplos**: Vestido griego a diferencia de la túnica romana, recogido y dividido de hombro a cintura.

**Peristilium**: Jardín privado o patio (peristilo).

**Pilus Prior, Pilus Posterior**: El rango de centurión era un rango de oficial que incluía muchos grados, lo que significaba que los centuriones tenían muy buenas perspectivas para promoción. El centurión más antiguo de una legión era conocido como *primus pilus* (primera fila o lanza), que comandaba directamente la primera centuria de la primera cohorte y mandaba la primera cohorte entera en la batalla.

De la segunda a la décima cohortes, el comandante de la primera centuria de cada cohorte era conocido como *pilus prior* y estaba al mando de toda su cohorte respectiva en la batalla. A la antigüedad de los centuriones *pilus prior* les seguían los otros cinco comandantes de centuria de la primera cohorte, que eran conocidos como *primi ordines*.

**Pompa**: Marcha jovial de invitados para acompañar a la nueva pareja de forma segura a su nuevo hogar.

**Pompaelo**: Ciudad romana, Pamplona moderna.

**Pompeii**: Ciudad romana, Pompeya clásica.

**Pontes**: Staines, Surrey.

**Portus Itius**: Un antiguo nombre romano para un puerto en Picardía, Francia. Probablemente Wissant y Boulogne, más comúnmente llamada *Gesoriacum*.

**Praefectus Castrorum**: Oficial de mayor rango en un área determinada, investido en ausencia de un oficial de mayor rango.

**Princep**: Del término latino para «primer ciudadano», raíz y equivalente moderno, en este sentido, al Príncipe.

**Princeps Prior**: El *Princeps Prior* era un centurión romano de alto rango. Cada una de las diez cohortes, que componían una Legión, tenían a la cabeza el rango de *primus prior* seguido por el *princeps prior*.

**Pronuba**: Doncella/matrona de Honor.

**Rekeem**: El nombre nabateo de Petra.

**Rub 'al Khali**: El Rub 'al Khali o Barrio Vacío es el desierto de arena más grande del mundo, que abarca la mayor parte del tercio sur de la Península Arábiga, incluida Arabia Saudita y áreas de Omán, Estados de Emiratos Árabes Unidos y Yemen. El desierto cubre unos 650.000 kilómetros cuadrados.

**Rutupiae**: Richborough, Kent.

**Río sabrina**: Río Severn.

**Samhain**: Fiesta celta que se celebra tradicionalmente en la luna llena entre octubre y noviembre. El calendario romano corrompía ocasionalmente tales festivales, por lo que era posible que una festividad basada en la luna cayera en cualquier momento del ciclo

lunar.

**Saragosa**: Zaragoza moderna. Pronunciación corrupta del latín Caesaraugusta.

**Schenti**: Prenda corta de cuero similar a una falda usada por los hombres egipcios.

**Sottovoce**: En tonos suaves, para no ser escuchado; en un tono de fondo.

**Estola**: Sobretúnica usada por las mujeres casadas. A menudo la parte decorativa de un atuendo.

**Tabernas**: (también *taberna diversoria*) Posada, albergue de carretera, estación de servicio.

**Tabilae Nuptiales**: Certificado de matrimonio

**Tablinum**: En la arquitectura romana, un *tablinum* (o *tabulinum*, de *tabula*, tablero, imagen) era una habitación situada generalmente a un lado del atrio y opuesta a la entrada. Se abría en la parte trasera al peristilo, con una gran ventana o solo una antesala o cortina. Las paredes estaban ricamente decoradas con pinturas al fresco y bustos de la familia dispuestos sobre pedestales a ambos lados de la habitación.

**Tagum**: Tajo. Río principal en el centro de España.

**Bloques de sebo**: Jabón temprano. Fabricado por primera vez en la Galia germánica a principios del primer siglo.

**Río Tamesis**: Río Támesis (Thames).

**Thagiyah**: Los hombres árabes también usan una cubierta para la cabeza de 3 piezas. La pieza inferior de esta cubierta para la cabeza es una gorra blanca que a veces se llena con agujeros. Este gorro, llamado *Thagiyah*, se usa para sujetar el cabello en su sitio. Encima del *Thagiyah* hay una cubierta para la cabeza en forma de bufanda que viene en dos tipos: una cubierta blanca clara para la cabeza llamada *Gutrah*. Estas cubiertas para la cabeza protegen la cabeza de la luz solar directa y se puede usar para cubrir la boca y la nariz

durante tormentas de arena o clima frío. Encima del *Thagiyah* y el *Gutrah* está el *Agal*, que es una banda que rodea la parte superior de la cabeza para sujetar todo lo demás en su lugar. Cuando los niños varones llegan a la pubertad, se les enseña a llevar la cubrirse la cabeza como una señal de entrada en la edad adulta. Dentro de la casa, la cabeza no necesita cobertura; cuando alguien tiene invitados en casa, lo usa como señal de respeto.

**Thoub**: Un vestido de una pieza de manga larga para hombre que cubre todo el cuerpo.Esta prenda permite que el aire circule, lo que ayuda a refrescar el cuerpo durante los calurosos días de verano. Durante el verano se suele hacer de algodón blanco para reflejar la luz del sol. En invierno está hecho de más pesado tela como la lana y viene en colores más oscuros.

**Toletum**: Ciudad romana, Toledo moderna.

**Tribuno Augusticlavius**: Uno de los cinco oficiales de alto rango en una legión.

**Tribuno Laticlavius**: Oficial senatorial, segundo al mando de una legión. Más comúnmente los hijos de ricos aristocráticos romanos que hacían un reclutamiento de cinco años antes de ascender al senado.

**Triclinio**: El comedor mismo se llamaba triclinio, aun cuando contenía varias mesas de comedor. Romanos de distinción en épocas posteriores tenía varias salas de este tipo para diferentes épocas del año. En invierno cenaban en el interior de la casa a la luz de la lámpara, en verano en un cenador anexo a la casa o en la planta superior. Los *lecti*, dispuestas para tres personas cada una, eran espacios amplios y acolchados, más bajos hacia el exterior e inclinados hacia arriba con un soporte lateral; en cada uno de los tres lugares había una almohada sobre la cual los comensales, mientras estaban sentados a la mesa, se apoyaban con el brazo izquierdo y los pies hacia el exterior. La asignación de los nueve lugares se hacía de acuerdo con estrictas reglas de etiqueta. El diván del medio, *lectus medius*, y el de la izquierda, *lectus summus* (el más alto), eran designados para los invitados, el primero para los más invitados distinguidos; que a su derecha, *lectus imus* (el más bajo), era para el anfitrión, su esposa y un niño o un liberto. En el *lectus*

*summus* e *imus*, el lugar de honor (locus summus) estaba en el lado izquierdo, en el que estaba el apoyo del sofá y, en consecuencia, el asiento más conveniente. Aunque el lugar designado para la persona principal de la empresa, el *locus consularis*, era en el *lectus medius* (y no a la izquierda, sino a la derecha y sin apoyo lateral), junto al del anfitrión, que ocupaba el primer lugar en el *lectus imus*.

**Trirreme**: Era un antiguo barco y un tipo de galeón utilizado por las antiguas civilizaciones marítimas del Mediterráneo, especialmente los fenicios, antiguos griegos y romanos. Para navegar tenía tres hileras de remeros.

**Turmae**: Una turma (latín para "enjambre, escuadrón ", plural *turmae*) era un escuadrón de caballería en el ejército romano de la República y el Imperio.

**Tutulus**: Complejo peinado favorecido por las novias del primer siglo.

**Tutus Caverna**: Sala de una cueva protegida / segura / a salvo.

**Valentia**: Puerto romano, Valencia moderna.

**Verulamium**: St Albans, Hertfordshire.

**Vía Nova Traiana**: Nueva Carretera de Trajano, originalmente «La Autopista del Rey», era una ruta comercial de vital importancia para el antiguo Medio Oriente. Esta comenzaba en Egipto y se extendía por la península del Sinaí hasta Aqaba. Desde allí giraba hacia el Norte a través del Jordán, que conducía a Damasco y al Río Éufrates. La *Vía Traiana Nova* (anteriormente conocida como *Vía Regia)* era un antigua calzada romana construida por el emperador Trajano. Se conocía específicamente como la *Vía Traiana Nova* para distinguirla de la *Vía Traiana* en Italia. Ocasionalmente también se la conocía simplemente como *Vía Nova* o *Vía Nova Traiana* y se completó bajo Adriano.

**Villa Urbana**: Residencia o finca de lujo cerca del conveniencia de la ciudad.

**Vinalia Rústica**: La Vinalia Rústica se celebraba el 19 de agosto.

Originalmente sagrada para Júpiter, más tarde se llevó a cabo en los templos en honor a Venus. No era una fiesta estimada por las mujeres. Debido a la intensa bebida y a la pérdida de control resultante, las mujeres de la clase alta romana eran supervisadas durante este festival y, a veces, se les daba bebidas de bajo contenido alcohólico.

**Viroconium**: (También Uriconium) Wroxeter, Shropshire.

**Vitis**: Caña de vid llevada por los centuriones. Hecha de una rama de vid.

**Wadi Musa**: El principal valle del río que atraviesa Petra.

**Antorchas Blancas**: Llevadas al nuevo hogar de la novia para transladar el espíritu del hogar familiar desde la casa del padre hasta la nueva.

**Legio XX Valeria Victrix**: (Vigésima Legión Victoriosa de Valeria) fue una legión romana constituida por Augusto en algún momento después del 31 a. C. Sirvió en Hispania, Illyricum y Germania antes de participar en la invasión de Britania en el 43 d.C., donde permaneció y estuvo activa hasta al menos principios del siglo IV. El emblema de la legión era un jabalí.